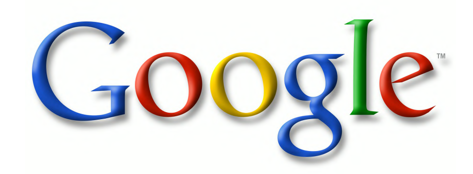
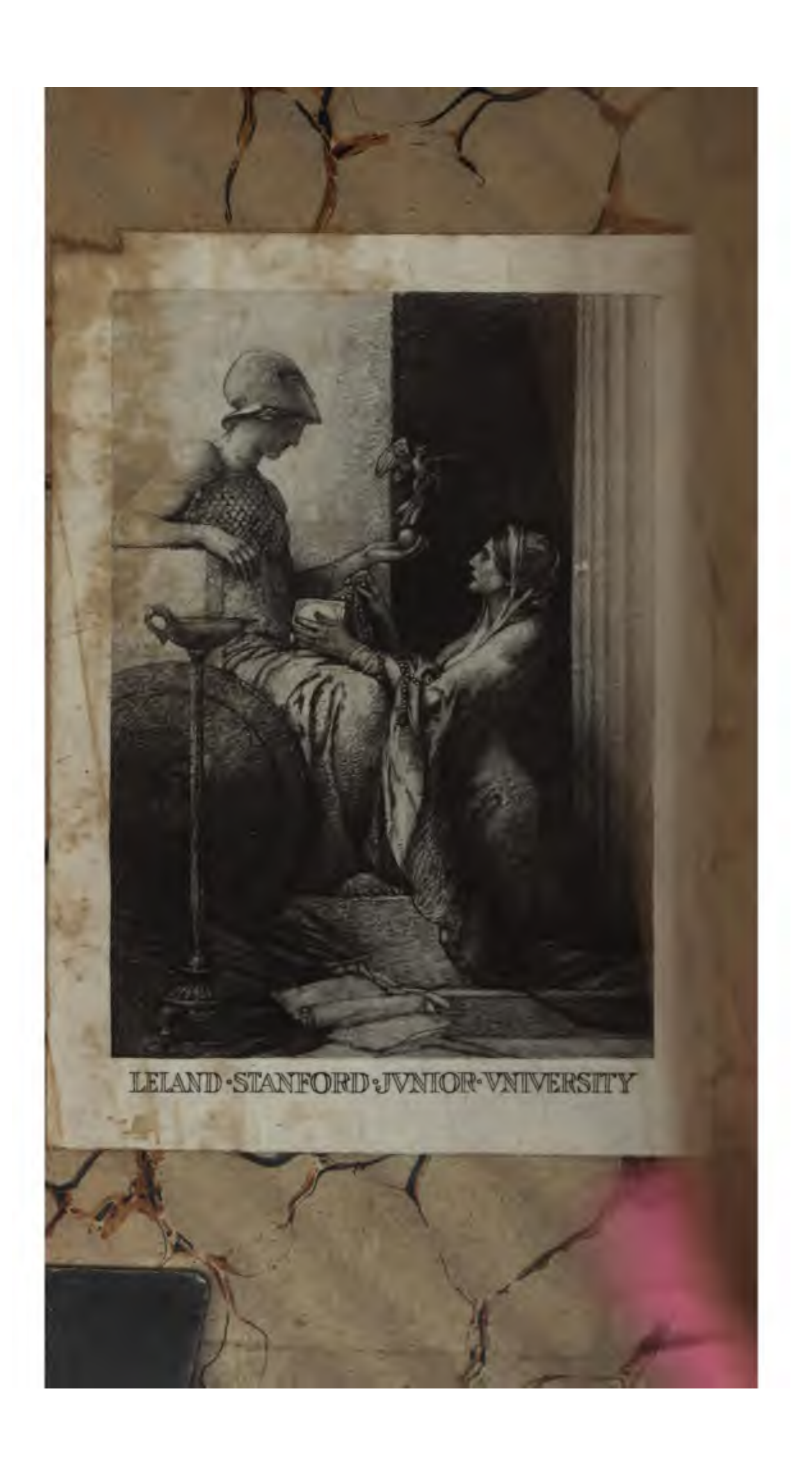





LELAND·STANFORD·JVNIOR·VNIVERSITY



OBRAS

DE

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS

II

OBRAS

DE

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

CON UN PRÓLOGO DE

D. Alejandro Pidal y Mon

TOMO II

VIRGINIA.—VIRGINIA (NUEVA EDICIÓN).
LA LOCURA DE AMOR.—LA RICAHEMBRA.

MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Impresores de la Real Casa
PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20

1899

VIRGINIA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

A ti, padre mío; á ti que lloras aún la muerte de mi madre.

Madrid 8 *de Septiembre de* 1853.

Sr. D. Manuel Cañete.

Terminada al fin la obra que hasta hoy ha sido mi mayor delicia y mi más cruel amargura, alimento casi exclusivo de toda mi alma, vuelvo á ti los ojos, Manuel mío, queriendo dar treguas al torturado pensamiento en el blando regazo de la amistad; y así como enfermo que en vano trata de poner en olvido su dolencia, siento que de nuevo se entra por mis sentidos con más vigoroso empeño aquella dulce enemiga de quien ya me juzgaba libre.

Y cuando no me autorizase á derramar en la tuya mi alma el nudo, nunca aflojado siquiera, de nuestro mutuo y desinteresado cariño, diérame á ello derecho suficiente el indomable entusiasmo y no quebrantada constancia con que, pródigo de tu erudición y talento en bien de la juventud que siente y cree, procuras disipar las tinieblas y señalar los escollos del traicionero laberinto en donde yacen ocultas Melpómene y Talía.

Ruégote, sin embargo, mi querido Manuel, que me perdones si te importuno demasiado, abandonándome todo á las tumultuosas reflexiones que en este momento me absorben y dominan á pesar mío.

¿Qué es Virginia? ¿Qué debería ser la tragedia para conseguir carta de naturaleza en la España de 1853?

Perdidamente enamorado de un género de litera-

mi concepto, debería ser la tragedia para lograr alzarse victoriosa en la España de nuestros días; y aun cuando no ignoro que en tan asendereada cuestión nada nuevo puede decirse, deber mío es recordar en este sitio algo de lo que todos saben, manifestando á la vez mis propias opiniones, aun cuando haya de ser con el desorden natural en quien escribe sin previo análisis ni coordinación de ideas.

Hija la tragedia francesa de la tragedia antigua, quiso seguirla paso á paso, en cuanto era posible hacerlo así, dada la distinta índole de dos épocas tan separadas. Este sistema, merced al poderoso numen de Corneille y de Racine, al común acierto de sus innumerables émulos é imitadores, y á los respetables preceptos de la crítica, escudado por el venerando ejemplo de la antigüedad, y despótico señor de la literatura del portentoso siglo XVII en Francia, dió leyes al mundo y redujo desgraciadamente la tragedia clásica á la triste condición de planeta estacionario.

¿Carece, por ventura, de defectos? ¿No es susceptible de mejora este tipo de belleza que, realzado en el teatro griego por el candor y la virginidad del recién nacido, es hoy contumaz y gastado caduco?

Yo creo firmemente que en las bellezas parciales de sus obras llegaron los griegos á un punto de perfección que no se ha sobrepujado, ni aun igualado después; pero creo también que para que la tragedia conquiste en nuestros días el puesto preferente que le corresponde, es fuerza romper la cadena que, en cierto modo, une aún la tragedia moderna con la antigua, si bien las que en ésta son bellezas indudables han mudado naturaleza, y son en aquélla defectos, de los que nunca perdona un auditorio del siglo XIX.

Los coros, profusamente prodigados en el poema trágico de la antigüedad y enteramente ajenos al argumento de la fábula, contribuían á estrechar más y más la acción, casi siempre esclavizada por las unidades de tiempo y de lugar. Reducido el poeta á trazar un solo momento de la vida de su héroe, el dolor tampoco tenía por lo común más que una sola manifestación; y exento las más veces el poema de la peripecia, que consiste en el cambio de la situación moral de los personajes, adolece necesariamente de cierta monotonía y languidez. Los griegos trazaban en sus obras, más que humanos, ciegos instrumentos de los dioses, que, libres de combates consigo mismos, caminaban derechos á su fin, sin estorbo ni detención alguna; resultando de aquí que, considerados los caracteres y los sentimientos como un efecto de la fatalidad, carecen de variado y profundo desarrollo, y el poema, en general, de aquella importancia moral y filosófica que tanto le enaltece convirtiéndole al ejemplo y enseñanza de las naciones. El teatro en Grecia, por otra parte, tenía un carácter esencialmente político y religioso, y el poeta no necesitaba redoblar sus esfuerzos para interesar y conmover á la multitud, seguro de lograrlo al recurrir á la superstición, ó al ensalzar los hechos de los más ilustres antecesores de un pueblo tan virgen y entusiasta. Aun el mismo teatro contribuía á facilitar la ilusión. El teatro antiguo, según las palabras de Saint-Marc de Girardin, tenía por techo el firmamento, y por decoraciones las montañas y los mares; y cuando Ayax saludaba al sol por última vez, el sol brillaba efectivamente en el cielo, iluminando el rostro moribundo del héroe y las afligidas miradas de los espectadores

y cuando exclamaba: «Salamina, suelo sagrado de mi tierra natal», éstos podían ver á Salamina y su golfo esclarecido; y cuando decía: «Bella y gloriosa Atenas, dulce hermana de mi patria», Atenas entera estaba delante de sus ojos. El poeta en la antigüedad todo lo hallaba virgen, y tenía á su disposición el cielo, el mundo y el infierno: los espectadores abrían el desnudo pecho á todas las impresiones que quería hacerles experimentar, y libre de crecido número de rivales, lograba fácilmente espontánea y duradera admiración.

De todos estos elementos combinados nacieron las bellezas que tanto nos admiran, y los que no pudiendo llamarse defectos en el teatro antiguo, lo son aún imperdonables en el teatro clásico moderno.

Los franceses y los italianos, sin tener en cuenta que la índole especial de un género de literatura cualquiera nace del influjo que sobre él ejerce el espíritu de una época dada, se amarraron gustosos con la triple cadena que muchas veces no había pesado sobre la Melpómene antigua; restableciendo y aumentando las opresoras trabas, y atentos muy particularmente á despojar los caracteres y las pasiones de todo movimiento y variedad. Y como la sencillez de los griegos no era ya natural entre los escritores de los siglos XVII y XVIII, resultó que, degenerando poco á poco la imitación, lo que en el teatro antiguo fué disculpable trivialidad, magnífica sencillez, y muchas veces vigorosísimo arrebato, vino á ser en Francia, y más aún en Italia, afectación, amaneramiento y monotonía.

Firmes en el propósito de dar á la palabra y al sentimiento un tinte convencional de grandeza y de-

coro afectados, carece este género, por lo común, de toda la flexibilidad apetecible; y esta circunstancia, combinada con la pobreza del artificio, hace que todas las tragedias tengan un colorido análogo por cierta semejanza en la trabazón de la fábula y en el modo de hablar, pensar y sentir de sus personajes, héroes ó esclavos, grandes ó pequeños.

Los escritores del presente siglo que ponen su mayor conato en dar lógica combinación al plan de una comedia ó drama, esto mismo es lo que más descuidan al tratar de componer una tragedia; y libres, por fortuna, de las trabas que motivan la uniformidad de expresión en la tragedia francesa é italiana, sacrifican, sin embargo, el interés á la monotonía de una sencillez rebuscada, la verdad á una grandeza casi siempre deslustrada por la afectación. Quizá sin darse cuenta á sí propios rinden á la tradición un culto idólatra, y se creen en el deber de despojar la fábula de la belleza del artificio en su parte material, y del interés que nace de las diferentes alternativas de toda pasión ó carácter en su parte espiritual. Ni juzgo conveniente el que italianos y españoles hayan convertido en razón de belleza lo que entre los franceses es pura razón de necesidad. Si ellos escribieron y escriben, así la tragedia como la comedia y el drama, en un mismo metro invariable, es porque, como todo el mundo sabe, no tienen otro á propósito; pero cuand los mismos antiguos autorizan lo contrario, ¿á qu encerrarnos nosotros en tan vicioso círculo, con pe juicio notorio del poema dramático, que tanto pier así del movimiento y galanura de su forma indíg Esta reforma ya admitida, pero no suficientem autorizada, contribuiría también, sin duda algur

españolizar la tragedia, haciendo más fácil su vencimiento en el teatro.

Quizá no sea posible adelantar un solo paso en el perfeccionamiento de varias de las dotes que ilustran ya la tragedia, levantándola sobre todos los demás géneros de literatura dramática; mas ¿perdería mucho, por ventura, si trocase sus envejecidos defectos por las lozanas cualidades del novísimo poema dramático, dócil al soplo perfeccionador de los siglos? Muchos rigurosos preceptistas prefieren, sin embargo, verla muerta para la literatura de la presente edad, á verla renacer con forma adecuada al espíritu de la época en que vivimos. El ya mencionado y justamente célebre Saint-Marc de Girardin, entre ellos, trata de probar que en lo antiguo todo era acabada perfección, y todo imperfección en lo contemporáneo; que los griegos pintaban las pasiones con verdadero colorido, y que ahora se equivoca por lo común el dolor físico con el moral, y en vez del sentimiento se retrata el instinto. Varios de los parangones que establece para probarlo me parecen inoportunos cuando menos; pero, por lo demás, no seré yo el que me atreva á impugnar á los que condenan toda situación violenta en los productos del entendimiento, y aspiran á proscribir del teatro todo lo que sobresalga un poco del orden más general de la Naturaleza, fundándose en que el exceso del dolor priva al hombre de su manera de ser. Pero ¿cuántos ejemplos irrecusables no podrían citarse en contra de tan sistemática doctrina? Y en el terreno de la realidad, ¿cuántos serán los que no hayan sentido mil veces ofuscada y vencida su razón á los rudos embates de las pasiones, siempre tan intranquilas y arrebatadas que, aun dado el carácter

más apático, la menor contrariedad le lastima y ensoberbece? Y ¿no resultará una enseñanza profundamente saludable de hacer ver el extremo de angustia y degradación á que puede llegar el hombre impulsado por una pasión desordenada no reprimida á tiempo?

Sabido es, mi querido Manuel, que sólo la época en que los ingenios florecen es responsable de un defecto común á los más diestros como á los menos hábiles, y no negaré yo que así como las circunstancias especiales de los autores trágicos en Grecia dió á veces por resultado la trivialidad, así también entre los modernos produce á menudo el no menos reprensible defecto de la exageración, la exuberancia de vida de la sociedad que los conmueve, y los desesperados esfuerzos que necesitan hacer para ganar ó no perder un nombre. Hoy apenas halla el poeta un solo carácter, idea ó sentimiento que no esté ya beneficiado, y tiene que luchar al mismo tiempo con la afectada susceptibilidad de los que sólo gustan de ver la superficie del hombre en el teatro, y la de los que todo se lo exigen y se lo vedan todo. Pero ¿cuándo se han trazado con más delizadeza de expresión, con más vigoroso colorido que ahora, los más recónditos arcanos del alma? ¿Cuándo la ficción ha imitado más perfectamente la verdad? Triste propensión la que nos inclina á despreciar todo lo que existe á nuestro lado, que es despreciarnos á nosotros mismos. Yo, el más humilde de todos, pero más afortunado que otros muchos, no necesito para divinizar al gran escritor esperar á que desaparezca de la tierra, por más que pueda ver al hombre con mis propios ojos, tal cual le hayan hecho la Naturaleza y la sociedad.

Ni se me diga que la tragedia dejaría de serlo si experimentase modificaciones en el carácter que la ha determinado hasta aquí. Esto equivaldría á querer que la comedia fuese siempre como la de Aristófanes ó Terencio, ó bien como la de Molière. La tragedia clásica, á mi ver, puede reformarse y regenerarse como la comedia y como el drama mismo, sin perder el sello peculiar que la distingue; sin confundirse en manera alguna con el drama llamado romántico; sin dejar de ser, respecto de los demás géneros de literatura dramática, lo que el severo y majestuoso ciprés respecto de los demás árboles.

Nada que es difícil puede ser despreciable: ¿cómo ha de poder serlo el artificio dramático? Toda producción del arte se compone de dos elementos distintos: la estructura y la esencia; el cuerpo y el alma. Cuánto es más importante la segunda que el primero, no es menester decirlo; pero así como es difícil adivinar un alma hermosa en un cuerpo contrahecho y exiguo, así, en el poema dramático sobre todo, el artificio pobre y mal combinado debilita y encubre las bellezas del pensamiento.

Nunca fué ni será bastante en España para componer una tragedia inventar dos ó tres confidentes que escuchen impasibles de boca de sus dueños, ó se cuenten entre sí, lo que haya pasado ó vaya sucediendo en el transcurso de la obra, y un mensajero ó personaje episódico que en minuciosa relación describa su desenlace.

No quiere tampoco el público de nuestros días ver á Medea, por ejemplo, siempre furiosa é irritada contra su pérfido amante, formar desde luego y llevar á cabo, sin obstáculo moral ni material, el propósito

de dar muerte á Creón y su hija, prometida esposa de aquél, para clavar después el hierro homicida en el pecho de sus propios hijos.

El público de nuestros días quiere que la acción de la obra dramática se enlace primero para ser desenlazada después; y no que sea, como sucede en la tragedia puramente clásica, un desenlace prolongado. El público de nuestros días querría que Medea no fuese sólo la venganza: querría que fuese el amor, el sacrificio, el desengaño, el dolor, la cólera, los celos, la mujer y la madre, y la venganza, al fin, triunfadora de todo.

Voltaire, más atrevido que sus predecesores y coetáneos, deploraba ya la esclavitud á que el ingenio se veía reducido en su patria y envidiaba la cualidad soberana del teatro inglés. He aquí el secreto: el teatro inglés había tenido á Shakspeare por padre, así como el teatro español debía la vida á Lope de Vega y Calderón. El más alto privilegio de los seres prodigiosos, que verdaderamente pueden llamarse creadores, es el de transmitir su espíritu á las generaciones futuras. El de Shakspeare vivía y vivirá siempre en Inglaterra, como el de Lope y Calderón en España. La rica y portentosa vena de estos tres colosos ha dado un carácter indestructible á entrambas literaturas. La bandera enarbolada por ellos ondea todavía triunfadora en ambas naciones sobre las ruinas de la tradición, proclamando la libertad del ingenio.

Y por otra parte, ahora sólo van muchos al teatro á matar el fastidio durante algunas horas, y el autor dramático se dirige á una multitud que, al comenzarse la representación, apenas puede desprenders

de los graves ó ridículos pensamientos que la absorben. La política, en que hoy interviene desde el más alto al más pequeño, y tanto preocupa á todos; los azares de las operaciones mercantiles, alma de las sociedades modernas; el afán desmedido de medro, que, merced á fabulosos ejemplos de fortunas improvisadas, punza y exacerba á los más humildes; el necio alarde de no pequeña parte de nuestra juventud de desdeñarlo todo y burlarse del dolor ajeno, así en la realidad como en la ficción; la ridícula manía de los muchos que siempre están dispuestos á satirizar lo humano y lo divino con tal de hacer reir á costa del prójimo; los celos literarios, tan enconados hoy que á veces no perdonan ni á los ingenios más ilustres; la envidia, prodigiosamente desarrollada y más despierta que nunca; la impaciencia, soberana absoluta del siglo XIX; todo, todo conspira contra el escritor dramático en la refinada y turbulenta sociedad en que vivimos.

Ahora los buques surcan los mares sin necesidad de viento que los impulse; el vagón vuela inflamado por la llanura destruyendo la distancia; la palabra cruza el espacio en alas del pensamiento; mil y mil portentosos descubrimientos se suceden á la carrera; atropéllanse los trastornos que mudan la faz á los pueblos; todo es agitación y vida, todo tiene proporciones colosales: el amor y el odio, la cobardía y el heroísmo, la perfidia y la lealtad, la frivolidad y el arrebato, el indiferentismo y la abnegación, la duda y la creencia; y gastada el alma á fuerza de nuevas y terribles impresiones, la sociedad es otro Prometeo, y el ansia de la novedad buitre insaciable que le devora las entrañas.

Y para conmover el alma y fijar la atención de un auditorio del siglo XIX, ¿no será preciso retratar su vida, su agitación, su manera de ser, ese indefinible conjunto de miseria y grandeza, en todo poema que aspire á obtener su aprobación en el teatro? ¿No será preciso romper, pulverizar las cadenas de la tradición, haciendo que la tragedia interese y conmueva como el drama moderno, aun cuando pierda algo de su severidad majestuosa?

Menos desabrida sencillez, más lógico artificio; menos descriptiva, más acción; menos monótona austeridad, más diversidad de tonos, más claroscuro en la pintura de los caracteres; menos cabeza, más alma; menos estatua, más cuadro.

Tal debería ser la tragedia, ó mucho me engaño, queridísimo amigo, para lograr carta de naturaleza en la España de 1853.

¿Son éstas las alteraciones que me he propuesto introducir en la presente obra?—No me he propuesto introducir ninguna. Exacto regulador de mis propias fuerzas, no he intentado descubrir un nuevo rumbo, y sólo el irresistible incentivo de mis gustos y tendencias particulares me ha impulsado á hermanar algún tanto en ella el elemento moderno con el antiguo.

Decidido á ensayarme en el género de que se trata, y creyendo que esta tragedia mejor que otra alguna podría tener en nuestros teatros ventajosa interpretación por la índole especial de los personajes que en ella figuran, dí principio á tan ardua tarea con el calor de un entusiasmo virgen todavía, y animado, sobre todo, por la firme convicción de que la excelencia del asunto sería escudo protector á las imperfecciones de su desempeño. El pobre edificio construído por

mi débil numen se apoya en dos fortísimas columnas: el amor á la honra; el amor á la libertad. Si mi *Virginia* desagrada, mía es toda la culpa; si, por lo contrario, alcanza éxito feliz, á aquellos dos sentimientos, tan puros como grandes, seré deudor de toda la gloria.

Muchas eran las tragedias escritas sobre el mismo asunto; pero ninguna de ellas goza de gran popularidad, exceptuando una sola, que tampoco es la obra maestra de su autor. Esta reflexión, y la no menos convincente de que casi todos los asuntos *teatrales* de la historia romana están beneficiados en multitud de producciones trágicas, me alentaron á arrostrar aquel inconveniente, teniendo también en cuenta la circunstancia de ser bastante pálidas y desabridas las *Virginias* trazadas por pluma española. Mairet, Dutheil, Leclerc, Chabanon, Le Blanc, Campistron, La Harpe y Latour de Saint-Ibars en Francia; Alfieri en Italia; el Conde Leopoldo en Suecia; y Juan de la Cueva, Montiano y Ledesma en España, entre otros, han presentado en obras dramáticas la muerte de Virginia y la caída del decenvirato. Conozco las de Alfieri, Latour de Saint-Ibars, Leopoldo, Montiano y Ledesma, y la traducción que de la del primero hizo tan hábil y vigorosamente nuestro erudito Solís. Las otras de que tengo noticias no han llegado á mis manos.

El grandilocuente arrebato de la de Alfieri, los rasgos atrevidos y gran tesoro de bellezas de la de Latour de Saint-Ibars, y las patéticas situaciones de la del Conde Leopoldo, hacen resaltar á mis propios ojos las imperfecciones y bajeza de la mía; pero aún me lisonjeo de que, comparada con las de Montiano

y Ledesma, podrá sostener con ventaja la competencia.

Alfieri presenta á Virginio por primera vez en la mitad de la obra, sabiendo ya la atroz desventura de su hija; Montiano sólo le hace intervenir en el final. Yo he creído, con Latour de Saint-Ibars, que para que después interesasen hondamente sus dolores era preciso darle á conocer primero como virtuoso ciudadano y amorosísimo padre; prefiriendo parecerme á este último escritor, en la dura alternativa de tener que parecerme á alguno de los que antes que yo habían dado vida literaria á este suceso. Más padre que romano, tal como sistemáticamente se comprende este carácter, mi Virginio se diferencia por esta circunstancia de los demás que conozco, y creo que, mala ó buena, es creación que exclusivamente me pertenece.

Lo mismo puedo decir, y tal vez con más sólida razón, del decenviro Claudio, cuyas fuertes y variadas tintas difieren en todo de las que hasta ahora se habían dado á este personaje. Cobarde y temerario á la vez, teme al noble soldado y al antiguo tribuno; teme á Roma; ríndese falto de aliento y vida no bien se alza delante de sus ojos el airado fantasma de la superstición, y tiembla de sí mismo; pero ni la tierra ni el cielo pueden detenerle en su carrera, y, simbolizando siempre la obstinación más ciega y desordenada, atropella todos los obstáculos y corre de escollo en escollo hasta precipitarse en el abismo.

Icilio, que en la *Virginia* del enunciado trágico francés ha sido eliminado de la fábula y eclipsa completamente á los demás personajes en la de Alfieri, descuella en la mía mucho menos que cualquiera de

los tres en que literaria, histórica y filosóficamente debe de estar reconcentrado el interés de la acción, sin dejar por esto de tener vida propia, como encarnación del amor á la libertad y del odio á la tiranía.

También he procurado dar á mi *Virginia* distinta esencia de la que anima á las demás, y éste es quizá el carácter en que resulta más visible cierto consorcio del gusto antiguo con el moderno. Sobrio y severo, tiene, sin embargo, movimiento y variedad. Virginia teme y espera, suplica y manda, llora y resiste, ama la vida y muere. Verificadas las ceremonias con que entre los romanos se efectuaba el matrimonio, Virginia es conducida en mi tragedia, con arreglo á dichas ceremonias, á la casa de su marido. Pero abandónala éste, animado por ella misma, antes de haber logrado la casta dicha de llamarse suya; y muriendo virgen por su honra, creo que el carácter de la que históricamente era prometida esposa de Icilio no pierde nada con semejante modificacíón, ya se le mida con el compás de la historia, ya se le contemple á la luz de la poesía. El cuadro á que podía dar lugar la presencia de la esposa en casa del esposo parecióme por extremo galano, y supuse á la vez que hacer depositaria á Virginia de su propia honra, de la del padre y de la del esposo, era en cierto modo completar el símbolo y dar al carácter más vivo interés. Y á ser este un pecado, juzga tú, amigo mío, si pecado tan venial merece absolución, previa la penitencia de pedirla que voluntariamente me impongo.

El último acto de mi tragedia y el de la de Latour de Saint-Ibars sólo se componen de dos escenas semejantes. Ambas son puramente históricas, y están, por

lo tanto, bajo el público dominio. Nadie ignora, mi querido Manuel, que, según la práctica de aquellos tiempos, los acusados, vestidos de luto y seguidos de sus deudos, se presentaban al pueblo á fin de interesarle en su favor, recordando los servicios que habían prestado á la patria, y muchos historiadores refieren además detalladamente cómo Virginio y su familia apelaron á este recurso extremo. Esta es la primera de ambas escenas referidas. Nada debo decir acerca de la segunda, que es la del juicio.

Virginia, al recibir el golpe mortal, exclama dirigiéndose á Claudio: «Tirano, ya soy libre.» Semejante rasgo, que tiene exacta equivalencia en Alfieri y Latour de Saint-Ibars, brotó naturalmente de mi pluma; porque ¿qué ha de decir el padre que mata á su hija para que no sea esclava, ó la mujer que recibe la muerte para librarse de la esclavitud? Demás de que dicho rasgo, consignado en la historia por Tito Livio, ha sido formulado de distintas maneras por escritores antiguos y modernos.

Después de concluída mi *Virginia* me he ocupado en la ridícula tarea de dar diverso giro á varias situaciones y no pequeño número de pensamientos que, como era de todo punto indispensable que sucediese, tenían semejanza con otras situaciones y otros pensamientos de obras ajenas sobre el mismo asunto. Si todavía hay en la presente reminiscencias ó imitaciones, culpa es, más que de un deliberado propósito, de la absoluta imposibilidad de que una *Virginia* escrita en 1853 sea completamente original en la acepción que hoy se da á esta palabra. Bástame que lo sea, por más que coincida á veces con alguna de sus hermanas, en las dotes de expresión, en las más im-

portantes situaciones, en la pintura de los caracteres, en el plan general de la fábula, en el lazo que une todos los sucesos, y en el espíritu que les infunde sér y vida.

Triste situación la mía al pesar en mi conciencia lo mucho que el público merece y lo poco que yo puedo darle. Pero fortaléceme el recuerdo de su benevolencia para conmigo en otras ocasiones, y la convicción profunda de que no puede ser indigna de toda gracia una obra en que, á vueltas de graves y numerosos defectos, hijos de la inexperiencia y de la escasez de ingenio, brillen como exhalaciones entre nubes el estudio, el entusiasmo, la constancia y la fe.

No es modestia, mi querido amigo, la ridícula hipocresía que ha tomado su nombre y obliga á algunos escritores á condenar previamente la obra que someten, sin embargo, al fallo del público. El poeta que, ajeno á toda pasión bastarda, acaricia y alberga en lo más íntimo de su corazón la idea fija, compañera inseparable de su sér; ya miserablemente pequeño, ya grande á sus propios ojos; siempre en lucha; muerto para el mundo real, vivo sólo para el mundo resucitado por su fantasía, no puede ni debe condenar hipócritamente la casta concepción, fruto de incesantes vigilias y de no resarcibles amarguras. La verdadera modestia consiste en la duda, en la horrible duda que emponzoña el corazón del poeta, y es uno de los más amargos tormentos de la vida, hasta que al fin queda resuelta en la azarosa noche de una primera representación; noche en que el triunfo es para él una sensación dolorosísima, porque, rendido el ánimo, no se encuentra con fuerzas para soportarla.

Los errores como los aciertos de mi *Virginia*, han tenido un mismo manantial: el corazón, que tantas veces nos engaña, y tantas otras nos ilumina. No; no se hallarán en la mía aquellas dotes que más ilustran las buenas obras de esta clase, y son por lo regular fruto de una vasta erudición y larga experiencia. Mi *Virginia* no es la obra trazada por la madurez de los años, que todo lo medita y analiza con fría calma, vencedora del entusiasmo la reflexión. Mi *Virginia* es hija de la ardorosa juventud, que siente más que reflexiona y se deja arrebatar en ímpetu irresistible, para caer á veces, como Ícaro, despeñada. *Virginia* es hija del ciego entusiasmo, que sólo puede retratarse á sí mismo. Yo, como Claudio, me he gozado en escarnecer á un gran pueblo; yo he amado á Virginia con el amor de esposo y con el amor de padre; yo he sentido estremecerse mis entrañas al clavar en su pecho el hierro homicida; yo me he levantado con Roma gritando venganza y libertad, para derrocar al infame opresor. Feliz mil veces, adorado Manuel, ese loco que se llama poeta.

Felices los que nunca conocieron la vana presunción que ciega los ojos del alma, ni el seco egoísmo que sólo vive dentro de sí propio, ni la voraz envidia que á sí misma se despedaza. Felices los que, saciado en un mundo ficticio el incontrastable anhelo de sensaciones fuertes y desconocidas que hoy atormenta al hombre, tranquila la conciencia y libres de todo doloroso recuerdo, sólo vuelven á la existencia real para convertir el pecho depurado á sensaciones de tierna piedad y desinteresado amor. Felices los que osan mostrarse á la luz del día sin la ridícula máscar con que hoy el crimen disfraza á la virtud. Felices l

que pueden hacer propia la ajena satisfacción y dar cabida en su alma á la humanidad entera.

Y dichoso también mil veces, con la dicha de ser tu hermano adoptivo,

MANUEL TAMAYO Y BAUS.

Madrid 19 *de Diciembre de* 1853.

Cuando recibí, Manuel querido, la elocuente epístola con que ha tenido á bien honrarme tu cariñosa amistad, formé deliberadamente el propósito de no decirte acerca de ella la menor cosa y de remitir al tiempo la respuesta. Cumplida la has recibido ya del público, y tan satisfactoria y envidiable como la esperaba y apetecía el fraternal amor que desde la infancia te consagro. Tu *Virginia* es el más vivo ejemplo, la más expresiva confirmación de la doctrina que estableces en tu carta.

Tragedia, y tragedia revestida de la severa majestad de formas del gusto clásico, tal como ha sido comprendido desde que prevaleció en Europa la imitación de la dramática francesa, *Virginia* ha conseguido en la primera escena de esta corte uno de los más altos triunfos que puede ambicionar el alma, abierta á los nobles sentimientos hijos del entusiasmo y de la gloria. Aquí, donde por falta de educación literaria no hay gusto formado para apreciar debidamente el mérito de creaciones de cierta elevación y grandeza; aquí donde se ha perdido, en el oleaje de la revolución apellidada romántica, hasta la memoria

de la tradición antigua, nunca muy autorizada entre nosotros, *Virginia* ha logrado esclavizar la atención del público, subyugar su corazón, conmoverlo, entusiasmarlo, y anular para siempre la falsa idea de que la tragedia era, y no podía menos de ser, planta exótica en nuestro suelo.

¿Qué causas han contribuído á la realización de este singular fenómeno? ¿Por qué ha triunfado tu *Virginia* de la prevención desfavorable que abriga contra el género trágico la mayor parte de nuestro público? Porque has logrado hacer que en ella prevalezca el *arte* sobre el *artificio*, sobre la *declamación* el *sentimiento*. Porque la verdad impera al cabo hasta en el alma de los que no quieren oirla. Porque has pedido inspiraciones al corazón, formas al buen gusto, modelos á la Naturaleza, nueva siempre y siempre rica para los que saben utilizar sus tesoros, y el corazón, la Naturaleza y el buen gusto no han sido avaros de los suyos para contigo. Y en verdad que no han de arrepentirse de su largueza cuando consideren el digno empleo que ha hecho de ellos tu generoso entusiasmo.

Yo que soy joven como tú, que tengo también la fortuna de abrigar un alma joven y que rindo culto idólatra á la belleza del arte, bien que jamás hayan dominado mi espíritu las caprichosas exigencias de gustos sistemáticos ó exclusivos, no sólo creo que es condición imprescindible en las obras del ingenio atemperarse á la índole y circunstancias de la época que las produce, sino que juzgo de absoluta necesidad el proscribir las definiciones consagradas hasta ahora por críticos y preceptistas para determinar los diversos géneros literarios; definiciones que, por estar fun-

dadas en la vana exterioridad de los objetos más que en la esencia vivificadora que los anima, son muchas veces tan erróneas como todo lo que es superficial y arbitrario.

Dices, y con sobrada razón lo aseguras, que en los productos del arte, la forma, aunque importantísima, es secundaria y debe amoldarse á experimentar las transformaciones que experimenten, en el vario curso de los tiempos, la civilización y las costumbres. Esta doctrina liberal, hija legítima del cristianismo, que va prevaleciendo en Europa merced á los heroicos esfuerzos de la crítica moderna, y que expones y autorizas en tu carta con tanta lucidez y fuerza de lógica, es la única racional, la única verdadera, la única digna de fijar la consideración de los hombres pensadores. Profesándola con el ardor que la profesas, tienes mucho andado para llevar á cabo la regeneración profunda y filosófica de la tragedia. Sigue, pues, por el camino en que tan gran paso acabas de dar con tu *Virginia*. Afortunadamente has encontrado lo que ni siquiera sospeché que llegases á encontrar: un público de bastante ilustración y criterio para comprender bellezas de detalles que mal pudieran percibir gustos poco depurados.

Esta circunstancia, de feliz augurio para los amantes de lo bello, acredita que la buena semilla prende siempre cuando el terreno es fecundante; cuando las manos, á veces inexpertas, que en él la arrojan, tienen la suficiente perseverancia para no desmayar aunque tarden en coger el fruto, aunque digan las apariencias que sus esfuerzos serán perdidos. Si es ilusoria esta creencia, permite, querido Manuel, que, estimándola real, me consuele con ella de los infinitos

sinsabores que he debido, en el espacio de ocho años, á la firmeza con que, en todo género de luchas, he sustentado la que hoy me gozo en apellidar nuestra fe artística. Ya que no he sido el último en contribuir á la reforma del gusto que empezamos á saborear, y que vuelve provechosamente la atención de nuestro público, distraída en futilidades poco dignas, al cauce profundo y transcendental del arte que siente y piensa, deja que me lisonjee con la esperanza, engañosa si se quiere, de que alguna parte de gloria me ha de tocar en la saludable regeneración que se está verificando. Sin esta dulce esperanza, ¿no habría desfallecido mil veces nuestro espíritu, extraño al egoísmo interesado y calculador de los mercaderes que profanan el templo en que la belleza del arte se custodia?

Ajeno fuera de este lugar detenerme en el examen de tu *Virginia*, ó entrar á discutir lo que expones acerca de las circunstancias del público y de las que hoy debe tener la tragedia para aclimatarse entre nosotros. Tú que conoces mi modo de pensar como el tuyo propio, y que, por lo tanto, posees la justa medida de mis opiniones y creencias, sabes que profeso há tiempo las que proclamas con tan ardorosa convicción, y que estamos completamente de acuerdo. Siempre he juzgado que el drama (llámese tragedia, comedia, ó lo que se quiera), más que rebuscada sencillez, más que afectación tradicional, más que símbolos poéticos de convención, necesita pintar con el ingenuo candor de la poesía la verdad de la Naturaleza. De este modo, cuando el pensamiento que deba hacer perceptible exija, para su más eficaz determinación, el empleo de personajes simbólicos, hará por que semejantes símbolos se compongan de elementos

verdaderamente humanos. El corazón del hombre no puede interesarse profundamente si no percibe en la abstracción la realidad, si no ve delante de sus ojos la mezcla de grandeza y pequeñez, de elevación y bajeza, fruto de la pugna en que, por lo común, suelen estar las sublimes aspiraciones del espíritu con la sordidez de la materia.

Pero insensiblemente me desvío de mi propósito, y quiero volver á él olvidándome de que soy crítico, malo ó bueno, para hablarte sólo como amigo; para gozarme en tu gloria sin reserva de ninguna especie; para apartar la vista del lastimoso cuadro de envidias y flaquezas que ofrece el campo de nuestra literatura cada vez que nace una planta rica en frutos de buen sabor y duradera fragancia. El triunfo de tu *Virginia*, que desde hace doce días llena el teatro del Príncipe de un público que no cesa de aclamar, me ha proporcionado satisfacción tan intensa y pura, que no la concibe mayor el alma. Ni ha faltado al mérito de tu obra la sanción que prestan á lo que á todas luces es bueno los alaridos de la envidia; sólo que esta vez los alaridos se han convertido en sollozos, exhalados vergonzosamente por el despecho en el fondo de la obscuridad.

Ya que conoces los elementos vitales de la sociedad de nuestros días; ya que has puesto el dedo en la llaga, desentrañando, ayudado de la meditación y del estudio, lo que ha sido hasta ahora la tragedia llamada clásica, y lo que puede y debe ser en adelante, pon mano esforzadamente en la obra de su completa regeneración. Ya que le has dado principio tan felizmente, procura llevarla á cabo. La duda que abriga tu corazón respecto á las facultades de tu espíritu, esa

duda, origen verdadero de la modestia, según dices en tu carta, hará que salgas airoso en tan arduo empeño. La inteligencia que sin nimios escrúpulos desconfía razonablemente de sí propia, casi siempre hace prodigios. Y harto lo es, en mi concepto, haber escrito á veinticuatro años de edad una tragedia como *Virginia*, harto haber hermanado con el vigor y lozanía de la juventud la sobriedad y madurez, producto de los años y de la experiencia. Verdad es que la imaginación del hombre de genio vive largos años en un minuto. Tan grande es el poder de la intuición en las almas nacidas para la gloria.

Dos palabras y concluyo: otorgo el permiso que me pides para dar tu carta á la luz del público; pero exijo de tu amistad que des al mismo tiempo la mía. Es un tributo de admiración que te rinde mi amor al arte; es una prueba de cariño que tu santa madre en el cielo y tu buen padre en la tierra se gozarán en que publiques, por ser verdadera y por ser mía, y no quiere rehusarles este placer tu hermano adoptivo,

MANUEL CAÑETE.

REPARTO

en el estreno de la obra, representada en el teatro del Príncipe el 7 de Diciembre de 1853.

PERSONAJES.	ACTORES.
VIRGINIA	Doña Teodora Lamadrid.
CAMILA	» Mercedes Buzón.
SILVIA	» Cristina Ossorio.
OCTAVIA	» Juana Ridaura.
EMILIA	» Inocencia López.
VIRGINIO	Don Joaquín Arjona.
APIO CLAUDIO	» José Calvo.
ICILIO	» Manuel Ossorio.
MARCO CLAUDIO	» José García.
AULO	» Victorino Tamayo.
UN AUGUR	» Antonino Bermonet.
MARCIO	» Pedro Maffey.
SERVILIO	» José Alisedo.
DECIO / UN POETA	» Antonio Zamora.
UN TRIARIO	» Esteban Montilla.
UN CIUDADANO	» Mariano Serrano.

Dos camilos, tres mancebos, amigos y esclavos de Virginio, ídem de Icilio, íd. de Apio Claudio, clientes del mismo, triarios, soldados, lictores y pueblo.

Roma—305.

ACTO PRIMERO.

Atrio de casa de Icilio. Gran puerta en el foro, por la cual se distingue el vestíbulo; en segundo término un lecho; en las paredes trofeos militares con toda clase de armas.

ESCENA PRIMERA.

ICILIO y VIRGINIO, sentados en el lecho. Después AULO.

ICILIO.

Deja que el pecho en júbilo palpite;
Deja que eleve á númenes propicios
Ardiente voz de gratitud, y encomie
De Virginia el encanto peregrino.
Y tú, que debes al triunfante arrojo
Lauro envidiable, y sin igual prestigio
Á la virtud doméstica, modelo
De padres de familia y de caudillos;
Tú que me diste en la mujer amada
De inocencia y beldad raro prodigio,
Benigno acoge el férvido tributo
Que de eterna amistad te rinde Icilio.

VIRGINIO.

Tuya será la cándida Virginia,
Que en este lazo mi ventura cifro.
Ya á los amantes convirtió en esposos
El sacro farro entre los dos partido;
Ya desde el ara la potente Juno

Vió la sangre correr del sacrificio:
Sin más tardanza la reciente esposa
Quedará sometida á tu dominio.
¡Y yo dichoso, que premiarte puedo,
Yo que nunca olvidé los beneficios
Que en otro tiempo te debió la patria,
Cuando tu voz y arrojo tribunicio
Eran espanto al pérfido magnate,
Consuelo y esperanza al afligido!

ICILIO.

¡Gloria que huyó veloz!—Tu acento aviva
El recuerdo, un instante fugitivo,
De la presente mengua. ¡Oh patria! ¿Cómo
Te dejaste engañar y á diez inicuos
Tu libertad fiaste? Y ¿cómo ¡oh dioses,
Protectores del Lacio! envilecido
Lo veis, y el rayo vengador no lanza
Júpiter á la tierra? Al fin pudimos
Romper un día la coyunda infame
¿Y hoy suspiramos en el propio abismo?
¡No hay escarmiento á la torpeza humana!
Tal es de un pueblo el mísero destino:
Caer mil veces en el propio lazo;
Por culpa igual sufrir igual castigo.

VIRGINIO.

Alguien se acerca.

ICILIO.

Es Aulo.

VIRGINIO.

Enojo y duelo
Muestra su torva faz.

AULO.

Salud, amigos.

VIRGINIO.

Di, ¿qué sucede?

AULO.

El venerable anciano
Á quien debió la patria más servicios;
El valiente adalid que en cien batallas
Dió de valor ejemplos infinitos,
El héroe augusto, el semidios de Roma.....

VIRGINIO.

¿Dentato?

AULO.

Sí; Dentato ha sucumbido.

ICILIO.

Luchando siempre como bueno.

AULO.

Astutos
Lo han matado á traición los decenviros:
Que amar la patria cuando yace opresa
Es ofender al que la oprime altivo.

VIRGINIO.

¿Será verdad?

AULO.

El rencoroso Claudio,
Oyendo sus clamores repetidos,
Temió su audacia, y lo envió á la lucha
Para que nunca retornase.

VIRGINIO.

Dinos
Cómo se perpetró tan negra infamia.

AULO.

Pronto á la voz del general, Sicinio
Á recorrer el campamento sale
Con cien soldados que le da el inicuo;

Y no bien llegan á paraje oculto,
Acométenle todos de improviso.
Como tigre y león potente y ágil
Resguárdase la espalda con un risco,
Y el rudo choque impávido resiste,
En otros cien su acero convertido;
Y nunca al bravo campeón rindieran
Á no apelar á infames artificios.
Flechas le asestan, y entretanto algunos
Subiendo al monte que le presta arrimo,
Con duras piedras su cerviz quebrantan,
Y acero y alma rinde á un tiempo mismo.

ICILIO.

¡Fiera traición!

VIRGINIO.

¡Oh ilustre compañero!

AULO.

¿Y nosotros cobardes lo sufrimos
Cuando un acento, un soplo bastaría
Á vengar los ultrajes recibidos?

ICILIO.

Cese el infame abatimiento, caigan
Apio Claudio y sus cómplices malditos.

VIRGINIO.

Las sabias leyes de la culta Grecia,
Trasplantadas á Roma por Sulpicio,
Manlio y Postumio en venturosas naves
Que el fiero mar acarició sumiso,
Por ellos rigen.

AULO.

En las doce tablas
Para escarnio y baldón las han escrito,
Al propio tiempo las de Roma hollando,

Para saciar su anhelo desmedido,
Perpetuo aclaman el poder que un día
Redujo el pueblo á término preciso.

ICILIO.

Para hacer leyes lo pidieron sólo;
No para hacer esclavos se lo dimos.
¡Oh cara libertad! ¡Oh patria mía!

VIRGINIO.

Modérese tu afán y espera, Icilio.

ICILIO.

¡Es la esperanza el único tesoro
Que á la opresión no cede el oprimido!
Pronto remedio nuestro mal exige.
Ya de los diez varones elegidos,
Uno manda cual déspota inhumano.
¿Qué resta ya del patrio poderío?
¿Qué fué de aquellos venerables padres
Que dió al Estado Rómulo Quirino?
¿Dónde el tribuno que en el monte Velio
Se alzó calmando el popular bullicio,
Y fué sostén de las augustas leyes?
Todo, todo acabó; y en tal conflicto
Inerte el pueblo su cadena arrastra
Y en mudo asombro gime; los patricios
El miedo alivian en nefarios goces;
Duerme el Senado al campo retraído.
Ved al Ecuo en el Álgido triunfante
Y amenazando á Túsculo; al Sabino
En el Ereto vencedor; rendidas
Las águilas de Roma; dentro vicio
Y tiranía y desaliento; fuera
Mengua y espanto y robo y exterminio.

VIRGINIO.

De ambos tribunos el arrojo aplaudo;
Mas todavía os cumple reprimirlo.
Al rey clemente de la ninfa Egeria
Ciego amador, benéfico Pompilio,
Roma idolatra; pero Hostilio y Marcio
Y Tulio expiran en su sangre tintos,
Y al fin el trono de los reyes vuelca
El golpe audaz de Bruto y Colatino.
La fuerza de los cónsules no basta
Si Mavorte se muestra enfurecido,
Y álzase el Dictador que lucha y vence,
Pero cuyo poder juzga excesivo
La altiva Roma; de los diez varones
Hoy nos abruma el yugo aborrecido.
El primero en odiar á los tiranos,
Yo como tú pretendo combatirlos;
Pero evitemos nueva tiranía
Antes de dar un golpe decisivo:
Triunfemos, pues, del enemigo extraño
Para hundir al doméstico enemigo.—
Los breves días que el amor de padre
Lejos del campamento me ha tenido
Son grave peso al alma..... Al fin ya puedo
Volver á batallar con doble ahinco.
Mas vuela el tiempo, y entretanto..... mira:

Asomándose á la ventana y señalando.

Junto á mi albergue espera rëunido
El séquito nupcial.

AULO.

Camila llega.

ESCENA II.

DICHOS y CAMILA, que entra aceleradamente.

CAMILA.

Corre, señor; te aguardan tus amigos
Y tus parientes todos; con el huso
Y la rueca tus siervos más adictos;
Los dos camilos y los tres mancebos
De la blanca pretexta revestidos.
Ya de Himeneo la risueña antorcha
Aumenta el gozo con su claro brilló;
Y al dulce són de las acordes flautas
Prorrumpe el vate en cántico divino,
Enalteciendo el nombre de Talasio,
De las sabinas robador invicto.

VIRGINIO.

Corramos, pues.

ICILIO.

¡Virginia idolatrada!

VIRGINIO.

Muy pronto aquí la mirarás conmigo.

Vase con Aulo.

ESCENA III.

ICILIO, CAMILA y esclavos.

ICILIO.

Esclavos, acudid.

Gritando desde la puerta del foro.—Los esclavos se presentan en la misma.

Aquellos muros

Con mis tapices adornad más ricos,
Y esta puerta cubrid de gayas flores,
Que ante Virginia perderán su hechizo.

Los esclavos empiezan á enguirnaldar la puerta. Otros cruzan por el vestíbulo cargados de tapices.

¡Oh cuán hermosa la verán mis ojos
Cuando, elevada por los dos camilos,
Iris de amor, encanto de mi vida,
Sin tocar el umbral llegue á este sitio!

CAMILA.

La blanca veste de purpúreas franjas,
El ceñidor que anuncia del marido
La próxima ventura, el casto velo
Que hurtó á la llama su color rojizo,
Y la guirnalda que tejió su mano,
Y su cabello en trenzas dividido,
Ya de Virginia púdica realzan
El noble aspecto y mágico atractivo.

ICILIO.

Los cielos hoy, anciana venerable,
Supremo bien me otorgan compasivos,
Que es la virtud de la mujer reposo,
Dicha y valor del hombre. ¡Cuál bendigo
El que te debe generoso afecto!

CAMILA.

¿Y cómo no quererla con delirio
Si la estreché solícita en mis brazos
Cuando exhalaba su primer gemido?
Yo de mi seno la miré pendiente
Como de tosca vid pende el racimo,
Y yo temblé por su preciosa vida
En raudales mis ojos convertidos,
Hasta que al fin su juventud lozana

Fué de mi yerta ancianidad abrigo,
Y altiva pude contemplar el fruto
Sazonado al calor de mis suspiros.
Dichoso tú que para eterna gloria
La arrancas hoy de su verjel nativo.
¿Oyes?

ICILIO.

Se acercan. ¡Venturoso instante!
Mas no juzgues ¡oh patria! que te olvido.

Vase.

CAMILA.

¿Por qué, por qué cuando Virginia obtiene
El codiciado bien, cuando la miro
De insigne esposo en los amantes brazos,
Cuando también mi anhelo está cumplido,
Por qué en mi pecho á batallar comienzan
El gozo y el dolor brotando unidos?
Deidades protectoras de Himeneo,
Benéficas prestadle vuestro auxilio.

En este momento empieza á oirse una música de flautas, liras y sistros, que no cesa hasta la conclusión del epitalamio.

ESCENA IV.

Camila é Icilio, en seguida Aulo y Virginio, sus parientes y amigos; esclavos con husos, ruecas y cestos de flores, y otro en que se supone estar la ropa de la desposada; tres mancebos con pretextas blancas; dos de ellos con teas encendidas en la mano y otro con la antorcha de Himeneo; esclavos de Icilio (uno trae una ánfora y otro las llaves de la casa). — Después Virginia, que en medio de dos camilos se detiene en el vestíbulo cerca de la puerta del foro.

ICILIO.

¿Quién eres?

VIRGINIA.

Caya soy.

ICILIO.

Yo Cayo.

Los dos camilos, sosteniendo en alto á Virginia, hacen que éntre en el atrio sin tocar el umbral de la puerta.

VIRGINIO.

El fuego
Tocad y el agua, cual lo manda el rito.

Icilio y Virginia sumergen en el ánfora las teas que han sacado dos de los mancebos.

Ocúltese la antorcha de Himeneo
Para que no se aplique á maleficios.

El mancebo que tiene en la mano la antorcha de Himeneo desaparece con ella.

POETA.

Deja, deja el Olimpo, Himeneo;
Solícito ven,
El placer derramando y la vida,
De mirto ceñida la cándida sien.

¿Qué tardáis, fortunados amantes?
Las almas unid;
Y copiad en benéficos lazos
Los dulces abrazos del olmo y la vid.

¡Plegue á Jove que os den vuestros hijos
Perpetuo solaz,
Y á su pueblo, señor de la tierra,
El triunfo en la guerra, la dicha en la paz!

¡Oh momento! Desciende, Ciprina,
Bañada en fulgor;

Que ya el mar y la tierra y el cielo
Con férvido anhelo suspiran de amor.

La robada sabina le debe
Diadema nupcial;
Él en próvido gozo la inunda,
Y Roma es fecunda, ¡Talasio inmortal!

¡Oh momento! Desciende, Ciprina,
Bañada en fulgor;
Que ya el mar y la tierra y el cielo
Con férvido anhelo suspiran de amor.

ICILIO.

He aquí las llaves del modesto albergue
Con tu presencia al cabo embellecido.
Guárdalas fiel á tu deber de esposa;
Guárdalas: te amo y en tu amor confío.

VIRGINIO.

Eres su esposo. Abrázala.

ICILIO.

¡Virginia!

Abrazándola.

El contento y la paz vienen contigo.
Bella en el rostro y en el alma pura,
Trémulo el pecho de placer te admiro,
Cual flor lozana cuyo seno esconde
Encantadora perla de rocío.
¿Por qué la frente silenciosa inclinas
Y el velo del pudor amengua el brillo
De tus fúlgidos ojos, como suele
Flotante nube el de Orïon divino?
Cese la turbación que te avasalla,
Dame de esposo el nombre apetecido,

Calma el afán de quien por ti suspira
Y alienta sólo en tu beldad cautivo.

VIRGINIA.

¡Señor!.....

VIRGINIO.

Habla, Virginia.

VIRGINIA.

Bien, callando
El dulce objeto de mis ansias digo.
Pero si en día tan solemne debo
Dar á la voz el sentimiento mío,
Y así mi padre y mi señor lo mandan,
Enmudezca el pudor y hable el cariño.
Amante ayer, á tu querella sólo
Respondió el corazón con sus latidos;
Esposa ya, mi corazón palpita
Y al propio tiempo ufana lo publico.
Del tierno padre que sumisa adoro
Dióme cumplir el Hado los designios
Labrando mi ventura. ¡Cuántas veces
Ojos y manos levanté al Olimpo
Y á mis penates adoré postrada,
Pidiéndoles tu amor, oh caro Icilio!
Llegó el instante de llamarme tuya,
Todo mi sér con júbilo te rindo;
Amarte fiel hasta la muerte juro,
Cumplir humilde tu menor capricho;
Y de mi firme juramento sean
Los sacrosantos númenes testigos.

VIRGINIO.

Yo ventura sin fin para vosotros
Y algún consuelo para mí les pido.
¡Te dí la vida, te adoré, te pierdo!

Así lo manda próvido destino.
También yo un día la que fué mi esposa
Arrebaté á sus padres; un marido
Hoy te arranca á mi amor; del tronco viejo
Fuerza es que se desprenda el fruto opimo.
Comprende bien la obligación sublime
Que madre de familia has contraído.
Un yerro, tarde se remedia ó nunca;
La ociosidad es llave del delito.
Sobria fatiga fortalece el cuerpo
Y á un tiempo el alma; inútil regocijo
Prudente evita: la mujer casada
Brilla en el fondo de su hogar tranquilo
Más que á la luz del sol. Intacta siempre
Resplandezca tu honra, y si en peligro
Se encuentra alguna vez, resiste, lucha,
Vence, ó exhala tu postrer suspiro.
Si el tálamo nupcial produce flores,
Árbol hallen en ti que les dé abrigo.
El temor que los Númenes reclaman
Á tus hijos infunde; sus instintos
Dirige al bien; su entendimiento ilustra
Con los altos ejemplos de otros siglos,
Para que en Bruto al ciudadano adoren,
Y al tirano aborrezcan en Tarquino,
Y ávidos quieran derramar su sangre
De Roma y libertad al santo grito.

VIRGINIA.

¡Padre del corazón!

Arrojándose en sus brazos.

VIRGINIO.

El llanto enjuga.

Sin poder dominar su emoción.

ICILIO.

En rostro de mujer es nuevo hechizo
¿Mas tú, soldado valeroso?.....

En tono de cariñosa reconvención.

VIRGINIO.

Lloran
Los soldados también si tienen hijos.

VOCES.

¡Al Capitolio! ¡Al Capitolio!

Dentro.

ICILIO.

¿Voces,
Y el crujir de las armas?.....

VIRGINIO.

¿Qué motivo?.....

AULO.

Ved cual pasan guerreros.

Señalando á la última puerta, por la cual se ve la calle.

VIRGINIO.

Vuela, inquiere.....

A Aulo.

ICILIO.

Súbita alarma acaso.....

VIRGINIO.

¡El decenviro!

Al ir á salir Aulo se presenta Apio Claudio en la puerta.

ESCENA V.

Dichos y Apio Claudio, Marco Claudio, doce lictores y soldados. Después seis triarios de la centuria de Virginio.

CLAUDIO.

¡Ay de Roma!

ICILIO.

¿Qué nueva desventura
La amenaza?

VIRGINIO.

¿Qué nuevo precipicio
Á nuestras plantas se abre?

CLAUDIO.

Las legiones
En otra nueva lid han sucumbido.

ICILIO.

¡Oh mengua!

CLAUDIO.

El campo de insepultos muertos
Sembrado está.

VIRGINIA.

¡Qué horror!

CLAUDIO.

Y el enemigo
Rápido avanza á esclavizar á Roma.

ICILIO.

Cadáveres y templos derruïdos
Podrá tan sólo esclavizar, si triunfa;
Que no á Roma.

CLAUDIO.

No bien cundió el aviso,
Ya vuelan en tumulto al Capitolio

Fuertes guerreros y hábiles caudillos.
Tu legión parte al Álgido; la tuya
Al Ereto.

Dirigiéndose á Virginio é Icilio.

ICILIO.

Mis armas.

Los esclavos descuelgan las armas de un trofeo y se las visten á Icilio.

VIRGINIO.

Pronto, amigos,
Seréis vengados.

VIRGINIA.

¡Al tocar el gozo
Verlo en humo fugaz desvanecido!

CAMILA.

Con nuevo amor le abrazarás triunfante.

VIRGINIA.

¡Ay, que de Roma se cambió el destino!

VIRGINIO.

No siempre Roma gemirá vencida;
No siempre ha de correr su sangre á ríos;
No, que las armas de los pueblos libres
Triunfan al cabo, si con alto brío
Leyes defienden y familia y honra
Y patria y dioses.

TRIARIO.

¡Á lidiar, Virginio!

Entrando seguido de otros cinco: uno trae la enseña del águila romana.

VIRGINIO.

Son mis triarios.

CLAUDIO.

En tu busca vienen.

VIRGINIO.

¡Á vencer ó morir!

CLAUDIO.

Yo deposito
En tus manos el águila. Saturno
La custodió en su templo.....

VIRGINIO.

Honor debido
Al centurión de los triarios.

VIRGINIA.

Tiembla
Cobarde el pecho, tiembla á pesar mío.

ICILIO.

¡Virginia, la república me llama!

Acercándose á ella completamente armado.

VIRGINIA.

Parte, lucha, sucumbe si es preciso.

ICILIO.

De tu valor no dudo.

VIRGINIO.

Es hija mía.
¡Roma ante todo!

VIRGINIA.

Si morís, unidos
Moriremos los tres: venced por ella
Y algo de vuestra gloria será mío.

VIRGINIO.

¡Dioses del Lacio, sálvese la patria
Y muera yo; pero que viva Icilio!

Vanse todos excepto Claudio, Marco, los lictores y los soldados.

ESCENA VI.

APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO, lictores y soldados.

CLAUDIO.

¡Corred ansiosos de renombre y lauros;
Corred, que sólo encontraréis castigo!
Me odiáis: me vengo, y mi implacable furia
Sacio á la vez y mi anhelar más vivo.

MARCO.

Pero recuerde mi feliz patrono
Que ha de quedar muy pronto desmentido
El supuesto revés que al pueblo alarma.

CLAUDIO.

Diremos todos que engañados fuimos
Por falsa nueva. Y si logré alejarlos
Cuando ya la hospedaba este recinto,
¿Qué importa lo demás?

MARCO.

Volver pudieran
El padre y el esposo.

CLAUDIO.

Fabio, Atilio,

Dirigiéndose á dos soldados.

Mi mandato cumplid.

Vanse los soldados. Dirigiéndose á Marco.

Con ellos parten.
Y en reservadas órdenes prohibo
Que á Roma vuelvan.

MARCO.

Luego ya es inútil
El plan que ayer contra Virginia urdimos.

CLAUDIO.

Si cede, inútil; si mi voz desoye,
Tú su dueño serás mañana mismo.

MARCO.

Cauto procede: la soberbia Roma
Echa de menos su gobierno antiguo.

CLAUDIO.

Siempre los pueblos ávidos codician
Lo que aún ignoran ó lo que han perdido.
No bien se alejen buscaré á Virginia.
La vi, y al verla, en férvido incentivo
Mi pecho ardió; sucumba. ¡Así lo quiere
Quien nació para ser obedecido!

Diígese seguido de Marco hacia la puerta del foro.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Larario ú hogar en casa de Virginio. Puertas laterales y una mayor en el foro. A la izquierda el ara de los penates. A la derecha, en primer término, una ventana. En el ángulo de la izquierda un lecho. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

VIRGINIA y CAMILA: la primera reclinada sobre el antepecho de la ventana; la segunda hilando á la luz de una lámpara.

VIRGINIA.

Pálida reina de la noche umbría,
Mudo testigo de mi afán violento,
Rápido al fin desaparece, y brille
El suspirado resplandor de Febo.
Sólo una vez, de las nocturnas aves
Llegó á mi oído el perezoso vuelo;
Sólo una vez, á mis dolientes quejas
Con sus lúgubres ayes respondieron.
Ni ya, cual antes, se querella el Tíber
Llorando el deshonor del patrio suelo;
Ni el aire mismo á revolar se atreve
De la quietud esclavo y el silencio.
¡Todo enmudece y su favor me niega!
¡Cuanto mis ojos ven, parece muerto!
Hija infeliz y desdichada esposa,
¿Qué fué del gozo y anhelar inquieto

Que ayer tu amante corazón llenaban?
Los nupciales ornatos ¿qué se hicieron?
Torció su rueda la voluble diosa,
Y arrancando á mi sien guirnalda y velo,
De esposa el nombre me dejó tan solo,
Trocada la ventura en sufrimiento.
¡Oh Icilio! ¡Oh padre! En las guerreras filas
Marchando hacia distintos campamentos,
Tal vez á Roma la mirada vuelven,
Y amantes me consagran un recuerdo.
Tal vez ¡ay triste! en desigual pelea
Rinden la vida al enemigo acero.
Fieles penates, del hogar custodios,
Como ofrenda acoged mi llanto acerbo,
Único alivio á mi profunda pena,
Único bien que en mi aflicción poseo.

CAMILA.

No infundado temor tu pena agrave;
Ya tenaz rechazando mis consejos,
Has convertido en manantial de horrores
La que es plácida madre del sosiego.

VIRGINIA.

¿Libre me juzgas del furor de Claudio
Porque me oculte en el hogar paterno?
¿No me privó de los que pueden sólo
Prestarme ayuda, y á su aleve intento
Sólido muro alzar? ¿Desiste acaso
De atroz designio quien nació perverso?
¿No le viste siguiéndome implacable,
Como si fuera sombra de mi cuerpo?
¿No me detuvo en las desiertas vías?
¿No turbó mi plegaria á Jove excelso
Y al fin comprar tu lëaltad no quiso?

¿Has olvidado sus traidores hechos,
Del vicio campëon, bárbaro azote
De la virtud? ¡Es Claudio; el monstruo fiero
Que el llanto de sus víctimas apura,
Y se nutre voraz de oprobio ajeno!
Di que no tiemble al nauta, amenazado
Por la furia de impíos elementos;
Di que no tiemble á la infeliz paloma,
Cuando el milano la persigue hambriento;
Mas deja, deja que Virginia llore,
Deja que vele, minorando el riesgo;
Deja que al padre y al esposo envíe
En las alas del aire sus lamentos.

CAMILA.

Pero si Claudio, cual recelas, fija
En nuestro hogar la planta, ¿qué debemos
Hacer? Responde.

VIRGINIA.

Valeroso el labio
De su deber le mostrará el sendero.

Camila se acerca á la ventana.

CAMILA.

Cobra esperanza: la tiniebla odiosa
Desciende ya del Aventino huyendo;
Ya en soplo leve el céfiro susurra,
Húmedo de rocío, y sus reflejos
Manda á la tierra la naciente aurora,
El limpio azul en púrpura tiñendo.

VIRGINIA.

¡Cuánto es bella su luz tras noche horrible!

Aproximándose también á la ventana.

CAMILA.

Ahuyente al par la sombra y tu recelo.

VIRGINIA.

¡Padre del día, bienhechor del mundo,
Yo te bendigo, y renacer me siento!
¡Oh!..... No me engaño..... Acércate, Camila.
¿No ves un hombre que en su toga envuelto,
Hacia aquí se dirige? ¡Es Claudio!

CAMILA.

¡Claudio!

VIRGINIA.

Llega á la puerta.

CAMILA.

¡Audacia sin ejemplo!

VIRGINIA.

¡Y ábrela algún esclavo miserable
Á quien temor ó dádivas rindieron!
¡Míralo, y di si con razón temía!

CAMILA.

¿Y pudo hacer que tus leales siervos?.....

VIRGINIA.

¡Ay! El malvado es fruto corrompido
Que al sano comunica su veneno.
¿Qué logro retardando una entrevista
Que no puedo evitar?..... Vete.

CAMILA.

Obedezco;
Mas piensa.....

VIRGINIA.

Acude si mi voz te llama.

CAMILA.

(¡Valedla, dioses!)

VIRGINIA.

(¡Amparadme, cielos!)

ESCENA II.

VIRGINIA y APIO CLAUDIO.

CLAUDIO.
(¡Despierta, sola!) El decenviro Claudio
perdón te pide.

VIRGINIA.
Gratitud le debo.
¿Cuándo el hogar del centurión Virginio
Honra tal mereció?

CLAUDIO.
Si en él penetro
No bien alumbra el resplandor del alba.....

VIRGINIA.
¿Es quizá porque fausto mensajero
Nuevas te dió de mi valiente padre?.....

CLAUDIO.
Cesa y no ultraje tu desdén el fuego
En que por ti mi corazón se abrasa.
Á repetir que te idolatro vengo.

VIRGINIA.
Bien se comprende el móvil que te guía,
Por más que así lo ocultes: tu deseo
Es probar mi virtud; y cuando Icilio
Y el tierno padre vuelvan, como en premio
De su valor en la campal batalla,
Referirles mi púdico denuedo.
¿Tú perseguir á la infeliz doncella,
Mientras lucha y tal vez muere contento
El amoroso padre de familia

La libertad romana defendiendo?
Tú que gobiernas, y á la faz de Roma
Debes favor á todos justiciero,
Recompensar al ínclito soldado
Con amargura eterna y vilipendio?
¿Ser un patricio, como nadie ilustre,
Menos leal que el último plebeyo?
¡Nunca: imposible! Quien lo diga miente;
Se engaña quien se atreva á suponerlo.

CLAUDIO.

Fija la mente en codiciosos planes
Miré el amor con lástima y desprecio,
Hasta que Venus decretó sañuda
Que en viva lumbre se cambiase el hielo;
Y al ver tu rostro, me clavó en el alma
La aguda flecha del amor primero.
Sé que al amparo de tu padre, ofreces
Á las más puras vírgenes ejemplo,
Y auméntase el afán; que á Icilio adoras,
Y hórrida tempestad rompe en mi pecho.
Juro olvidar el malhadado sitio
En que te vi, y á recorrerle vuelvo;
Pasas, y miro tu divino rostro
Jurando no mirarte al propio tiempo.
Contra el amor que me avergüenza lucho;
Vana es la lid. Mi corazón soberbio,
Que armado en ira resistencia opone
Al fuerte impulso de voraz deseo,
Sucumbe al fin, y despechado late
Cual ruda peña que estremece el viento.
Ya desistí de la tenaz porfía:
Ávido cunde el comprimido incendio,
Y amado quiero ser. Mi nombre sabes,

Dueño de Roma soy, y he dicho quiero.

VIRGINIA.

Ni al corazón se manda, ni me asusta
Vano furor, ni Roma tiene dueño.
Esposa, es fuerza que me acates; hija,
Favor me debes; tu piedad merezco,
Niña infeliz y sola; ciudadano,
Ceder te cumple á mi ferviente ruego;
Padre de Roma, en tan amargo trance
Contra ti mismo á tu defensa apelo.
¿Quieres que doble la cerviz? Humilde
Me postro y lloro. Desarruga el ceño;

Se arrodilla á alguna distancia de Claudio. Éste aparta de ella la vista.

Abre el seno á mis lágrimas: fecundo
En flores de piedad le hará este riego.
¿Es por ventura apetecible hazaña
Rendir á una mujer? Más digno objeto
Reclama tu valor. El ay escucha
Que dan al aire en crudo abatimiento
Madres, viudas y huérfanas; contempla
Los campos de cadáveres cubiertos;
De extraño yugo amenazada Roma.
¿Y tú lo sufres? No; ¡que ya te veo
Arder en nobles ímpetus! ¿Qué aguardas?
Débase el triunfo á tu incansable celo;
Y el bien de Roma codiciando solo,
Dicha tendrás y plácido sosiego,
Libre de infausto amor; que amor de patria
Basta á llenar un corazón entero.

CLAUDIO.

Sólo tu amor codicio. ¿Y qué, pudiste
Ambicionar más alto vencimiento?
¿Débil mujer con su desdén me agravia,

Y yo el agravio sin venganza dejo?
Venid, cobardes ciudadanos: todos,
Sin que la lengua os paralice el miedo,
Decid si el hombre que su afán reprime
Y suplica y aguarda, es el tremendo
Decenviro, el tirano, el que dispone
De haciendas y de vidas, y á un acento
Difunde en torno el júbilo, ó de espanto
Hace temblar de Roma los cimientos.
¡Tampoco yo me reconozco ahora:
Yo también de mí propio me avergüenzo!
Venid, venid y en mi baldón gozäos:
El que tigre os espanta es vil cordero.
¡Venid, y el susto convirtiendo en mofa,
Ved al tirano convertido en siervo!

VIRGINIA.

Déjame.

CLAUDIO.

No lo esperes.

VIRGINIA.

Me horroriza
Tu amor.

CLAUDIO.

¡El de otro te seduce!

VIRGINIA.

Eterno
Será el que á Icilio consagré.

CLAUDIO.

Desiste.

VIRGINIA.

Nunca.

CLAUDIO.

Olvídale.

VIRGINIA.

¿Ignoras que un afecto
Que en la virtud se funda, acaba sólo
Con la vida? ¡Le adoro! ¡Te aborrezco!

CLAUDIO.

Pues bien, mía serás.

VIRGINIA.

¿Virginia tuya?
Sella el impuro labio.

CLAUDIO.

Estoy resuelto:
Tú misma el precio del favor señala.

VIRGINIA.

¿Yo vender mi virtud? ¡No tiene precio!

CLAUDIO.

Pues tiembla.

VIRGINIA.

En vano intimidarme quieres.

CLAUDIO.

¿Ignoras, desdichada, cuánto puedo?

VIRGINIA.

Á reprimir y castigar delitos
Alcanza tu poder; no á cometerlos.

CLAUDIO.

El corazón de la mujer es cera.
El tuyo al fin se ablandará; lo espero.

VIRGINIA.

El corazón de la mujer romana
Es cera á la virtud, al vicio hierro.

CLAUDIO.

Lástima sólo tu desdén me inspira.
Yo postraré tu efímero ardimiento.

VIRGINIA.

¡Auxilio á Roma pediré!

CLAUDIO.

¿Y en Roma
Quién puede más que el decenviro?

VIRGINIA.

El pueblo.

CLAUDIO.

Basta. Adiós, pues. Para luchar contigo
Tengo astucia y poder, y tengo celos.

VIRGINIA.

Para vencer en la contienda impía
Yo mi virtud y mi constancia tengo.

Vase Apio Claudio.

ESCENA III.

VIRGINIA y CAMILA.

VIRGINIA.

¡Camila!..... ven. ¡Camila!

CAMILA.

¿Fuese?

VIRGINIA.

Tanto
Pude lograr.

CAMILA.

¿Qué hiciste?, di.

VIRGINIA.

Primero
Responder con la súplica al agravio;
Después con la arrogancia y el desprecio

Desafiar su cólera, humillarle,
Hacerle huir rabioso de despecho,
Probarle que el valor que al hombre inflama
Cabe también en mujeriles pechos!

CAMILA.

¡Oh, sí! Los dioses tu inocencia escudan.
Mas ya que el triunfo en su bondad te dieron,
Al buen soldado que en la tregua atiende
Á reponer el abatido esfuerzo,
Dócil imita, y tu zozobra acabe
En los tranquilos brazos de Morfeo:
Que mal conserva su vigor el alma
Si en largo insomnio desfallece el cuerpo.

VIRGINIA.

En tu adhesión y tu prudencia fío,
Y á obedecerte voy. Ya nada temo.

CAMILA.

Y Marte quiera que el bifronte Jano
Cierre en breve las puertas de su templo.

VIRGINIA.

Cumple á los hombres defender con gloria
El honor de la patria combatiendo;
Guardar intacto á las mujeres cumple
El honor de los hombres. Lidien ellos
Con armas en el campo; aquí nosotras
Armadas de virtud lidiar sabremos.
Prendas del alma, cuya ausencia lloro,
Hoy nos amaga pérfido extranjero;
Soldados sois: por el honor de Roma
Impávidos luchad; yo guardo el vuestro.

Entra en su estancia.

ESCENA IV.

CAMILA, después ICILIO.

CAMILA.

¡Amigo bienhechor del sér que llora,
Inagotable fuente de consuelo,
Padre del hondo olvido, hermosa imagen
De la eternal quietud, próvido sueño!
Sobre ella ejerce tu benigno influjo
Librándola de aciagos pensamientos.
¡Horrible fuera padecer velando,
Buscar reposo y padecer durmiendo!
Tú que al agravio de enemiga suerte
Dulce mentira opones, placentero
Con ósculo de paz su frente sella,
Bate á su alrededor tu manso vuelo,
Y plácidas imágenes sonrían
Á quien busca en tu amor pronto remedio,
Ya que afilando la insaciable garra
Torvo espera el dolor pegado al lecho.

Pausa.

¿Mas qué nuevo rumor?..... ¿Será posible
Que torne Claudio?..... Corro á detenerlo.
¡Icilio!

ICILIO.

¡Gracias, soberanos dioses!

Dando señales de fatiga.

¡Al fin logré llegar, al fin aliento!

Dejándose caer en un lecho.

CAMILA.

Cómo, señor, ¿tú en Roma?

ICILIO.

Al punto, corre,
Llama á Virginia.

CAMILA.

Mírala.

ICILIO.

Durmiendo.

CAMILA.

¡Ha padecido tanto!

ICILIO.

¡Horrible duda!
¿Quién su dolor motiva?

CAMILA.

¡Ay! El exceso
De mal tan grande adivinar no puedes.

ICILIO.

Lo ignoro aún, pero si á Roma vuelvo
Es porque el alma resistir no pudo
Á la voz de fatal presentimiento.
¡Y ojalá que me engañe! Ayer que el lauro
Iba á lograr de mi ferviente anhelo,
El decenviro de mi bien me aparta,
Falsa derrota, astuto, suponiendo.
El fiero Atilio que cayó en mis brazos
Herido por sus propios compañeros,
Ultrajados por él, llevaba ocultas
Órdenes misteriosas, prohibiendo
Que yo á Roma volviese..... La perfidia
Del proceder de Claudio....., el desenfreno
De sus nefandos vicios....., la hermosura
De Virginia..... ¡Mil dudas!..... ¡Mil recelos!.....

CAMILA.

Habla: ¿recelas?.....

ICILIO.

Que el protervo Claudio
Ama á Virginia.

CAMILA.

¡Desdichado, es cierto!

ICILIO.

¡Oh!, sí: se engaña el corazón que espera
Mas no el que teme..... ¡Apenas me sostengo!.....
¡Valedme, amor y libertad!..... Inicuo.
¿Lo que ofreciste al mendigar tu puesto
De esta manera se nos cumple? Siempre,

Camila cierra la puerta del aposento de Virginia como para que la voz de Icilio no la despierte.

Vil opresor, empezarás pidiendo,
Para negar después; siempre á tu lado
Ha de tomar la ingratitud asiento.
¡Y Roma expira bajo infando yugo,
Cáncer que pudre el alma de los pueblos!
No: Roma vive. Si matarla quieres,
Tirano, ven y mátala en mi pecho.

CAMILA.

Piensa en Virginia.

ICILIO.

Defenderla juro,
Aulo me ayudará; venga al momento.

CAMILA.

Há largo rato le envié un aviso;
Pronto aquí le verás.

ICILIO.

Que el fiel Numerio
Á la senda que al Álgido conduce,
Vuele en raudo corcel, y con secreto
Diga á Virginio que regrese al punto,

Que Virginia le llama; que muy luego
Podrá tornar al campo.

CAMILA.

No es posible
Que desoiga su voz.

ICILIO.

Mas, dime, ¿el siervo
Cuanto sucede ignora?.....

CAMILA.

Nada sabe.

ICILIO.

Entonces guía.

CAMILA.

Por aquí. Volemos.

Vanse por la puerta de la derecha.

ESCENA V.

Apio Claudio, Marco Claudio, y cuatro esclavos que entran por la puerta del foro. Después Virginia, y á poco Icilio y Camila.

CLAUDIO.

Entrad. Aquí la vi.

MARCO.

Tal vez medrosa
Huyó á esconderse bajo amigo techo.

CLAUDIO.

¡Por Júpiter! Mi encono redoblara
La empresa dilatando que proyecto.
Ella lo quiso: me rechaza libre,
Esclava tuya depondrá el esfuerzo.

MARCO.

Cesa, y escucha sus dolientes ayes.

CLAUDIO.

Ven, pues, y á cabo nuestro plan llevemos.

Abre la puerta de la estancia de Virginia y se detiene.

¡Dormida!

MARCO.

Horrible agitación demuestra.

CLAUDIO.

Tal vez mi sombra la persigue en sueños.

VIRGINIA.

¡Claudio!

Dentro.

CLAUDIO.

No me engañé.

VIRGINIA.

Detente..... aparta.....

Dentro.

MARCO.

Va á despertar.

VIRGINIA.

¡Socorro!

Dentro.

CLAUDIO.

Aquí la espero.

VIRGINIA.

¡Huye, impío de mí!..... ¡Déjame!..... Nunca.....

Sale despavorida de su estancia, y como queriendo detener á alguno.

¡Antes la vida!..... ¡Ay mísera!..... ¿Qué es esto?

Como volviendo en sí.

¿Es sueño ó realidad? Á Claudio he visto
Y he luchado con él....., y aún juzgo verlo
Tender los brazos hacia mí.

CLAUDIO.

¡Virginia!

Presentándose á ella.

VIRGINIA.

¡Oh!..... ¡Claudio!..... ¡No he dormido!..... No; no sueño:
Es él..... ¡Es realidad!..... ¡Favor!..... ¡Socorro!
Déjame....., tente..... Aparta. ¡Lejos..... Lejos!

Sale retrocediendo por la puerta del foro.

CAMILA.

¡Icilio!

Presentándose en la puerta de la derecha.

CLAUDIO.

¿Qué oigo?

Deteniéndose.

CAMILA.

¡Icilio!

ICILIO.

¡Claudio!

Apareciendo igualmente en la puerta de la derecha.

CLAUDIO.

¡Oh, furia!

CAMILA.

¿Dónde, Virginia....., dónde? ¡Allí la veo!

Después de haber recorrido el escenario se asoma á la puerta del foro y sale por ella precipitadamente.

CLAUDIO.

La ley castigue al desertor. Vosotros
Detenedla.

ICILIO.

¿Por qué?

Colocándose en medio de la puerta del foro.

CLAUDIO.

Marco es su dueño:

La reclama.

ICILIO.

¿Qué dices?

CLAUDIO.

Pronto en Roma
Se sabrá la verdad de este misterio.

ICILIO.

¿Creiste hallar dos tímidas mujeres?.....

CLAUDIO.

Seguidla.

AULO.

¡Icilio!

Presentándose en la puerta del foro.

ICILIO.

Ven. ¡Te envía el cielo!

CLAUDIO.

Deja al traidor y al decenviro acata.

AULO.

¡Por él y contra ti brille mi acero!

Desnudando el estoque y preparándose á guardar la puerta.

CLAUDIO.

Paso, ó temed mi cólera.

ICILIO.

Detente,

Desnudando también el estoque.

Ó Roma es libre y á Virginia vengo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Plaza. Desde el promedio del escenario se extiende hacia el foro el atrio de un templo dedicado á Júpiter.

ESCENA PRIMERA.

VIRGINIA, ICILIO y CAMILA.

ICILIO.

Descansa aquí, y en mis amantes brazos
Da treguas al dolor. Yo te lo ruego;
La causa dinos del pavor que sientes.

VIRGINIA.

No, que olvidarla para siempre anhelo.
¿Y Claudio? ¿Cómo su furor burlaste?
¿Dónde está? ¿Nos persigue?

ICILIO.

No queriendo
Acrecentar la indignación de Roma
Si era en el rudo choque descubierto,
De no seguirte ni espiar mis pasos
Rindió por el dios Fidio juramento.
Franca dejando la salida entonces,
Aulo y yo, nos lanzamos por diversos
Caminos en tu busca.

VIRGINIA.

¡Oh monstruo aleve!

CAMILA.

En nuestro hogar con impío atrevimiento
Fijó la planta, pero tú le diste
Mil y mil pruebas de virtud y esfuerzo.
Tal vez comprenda que triunfar no puede,
Y desista por fin del loco intento.

VIRGINIA.

Mal le conoces, ó me engañas.

ICILIO.

Pronto
Verás en Roma al ínclito guerrero
Que el sér te dió.

VIRGINIA.

¡Mi padre!

ICILIO.

Adicto esclavo
Partió veloz.....

VIRGINIA.

Salgamos al encuentro
Del que se acerca á defenderme.

ICILIO.

Apenas
Puedes mover la planta.

VIRGINIA.

¡Bien lo veo!

CAMILA.

Si el decenviro nuestra fuga sabe,
Nos seguirán.....

ICILIO.

Más tarde partiremos:
Cuando el terror que te domina cese.
Habla, mi bien; á comprender no acierto
Por qué gritando y pálido el semblante,

Trémula de pavor.....

VIRGINIA.

¡Fatal recuerdo!

ICILIO.

No así te rindas al quebranto: piensa
Que venga á veces rápido momento
Las maldades de un siglo. Si hoy el crimen
Vence, y al carro de sus triunfos vemos
La ley atada, y la virtud por senda
De abrojos huye lágrimas vertiendo,
Quizá, Virginia, encontrarán mañana
Castigo el crimen, la inocencia premio.
Ni el engreído Claudio es invencible
Porque hoy se mire en elevado puesto
Y nos agravie audaz: también se eleva
En alta cima el roble corpulento,
Desafiando al huracán, y sopla
El huracán, y dóblase gimiendo,
Y cede y cae.

CAMILA.

La esperanza aliente
Tu acongojado espíritu de nuevo.

ICILIO.

Dínoslo todo.

VIRGINIA.

¿Lo queréis? Oidme:
Dolor comunicado agobia menos.
Después que huyó de mi presencia Claudio,
Procuré, reclinándome en el lecho,
Las fuerzas recobrar. ¡Ojalá nunca,
Ojalá nunca me venciera el sueño!
Dormí....., ¡soñé! Fatídicas visiones
Cruzaron las tinieblas en silencio,

Cuando al embate de huracán bravío,
Estallando el relámpago y el trueno,
Claudio aparece súbito: al mirarme
Brillan sus ojos con fulgor siniestro;
Quiero gritar, y en mi garganta expira
Muda la voz, y el pavoroso espectro
Corre hacia mí!..... Pero en el mismo instante,
Rápida de las nubes descendiendo,
Una mujer entre los dos se lanza,
Fijo en su corazón puñal sangriento.
Claudio la mira, y tiembla y retrocede;
Y ella doblando con el pie su cuello,
«Lucrecia soy», prorrumpe; «otro tirano
Dicha y honor me arrebató; muriendo
Lavé mi mancha, y al tirano impío
Ahogué en la sangre que vertió mi pecho!»
Cesa, y al punto de la edad pasada
La imagen fiel atónita contemplo:
Álzase Bruto á la venganza; Roma
Arde en justo furor; á extraño suelo
Con vil desdoro los Tarquinos huyen;
Triunfa la libertad del yugo horrendo.
Y en mí Lucrecia su mirar clavando,
«La patria gime en nuevo vilipendio:
Que nueva sangre de mujer la riegue;
Te espero»; dijo, y remontó su vuelo.
Y el hondo trueno en su postrer murmullo
«¡Te espero!» clama en lúgubre lamento;
Y el huracán perdiéndose en la esfera,
Con ¡ay! doliente repitió «¡te espero!»
Entonces Claudio su furor redobla,
Lucho..... y ya sabes lo demás. Despierto;
Y al despertar, como le vi dormida

Al tigre miro de mi honor sediento;
Crece mi asombro, y de mi albergue salgo;
Juzgo que me persigue, y más me alejo;
Llego rendida aquí, tu voz me llama,
Y gozosa al oirla me detengo.

ICILIO.

¡Cielos, que nunca á realizarse llegue
Tan aciaga visión!

CAMILA.

¡Infausto ensueño!
Yo con la mano en su rodilla puesta
Elevaré mi voz al Dios supremo
Que el orbe rige; á su benigno solio
Suba tu nombre en mi suspiro envuelto.

ICILIO.

Mas ved: la multitud el templo deja.

ESCENA II.

DICHOS. AULO, que llega por el segundo término de la izquierda, y pueblo que empieza á salir del templo pausadamente. Á poco MARCO CLAUDIO seguido de tres esclavos. Después APIO CLAUDIO con doce lictores.

ICILIO.

¡Aulo!

AULO.

Amigo infeliz, al fin te encuentro.
¿Qué debo hacer?

ICILIO.

En busca de Virginio
Con ella parto.

AULO.

Os seguiré.

VIRGINIA.

Marchemos.

Dirigiéndose á la derecha.

MARCO.

Detente, y ven conmigo.

Llega por el mismo sitio que Aulo.—Queriendo asir de un brazo á Virginia.

ICILIO.

¡Aparta!

VIRGINIA.

¡Oh dioses!

ICILIO.

¿Ella seguirte?

MARCO.

Ayer se ha descubierto
Oculto engaño, y á la faz de Roma
Hoy de Virginia apoderarme puedo.
Si no me sigue, apelaré á la fuerza.

Haciendo á sus esclavos señal de que se acerquen.

ICILIO.

¡Tened!

Amenazándolos.

MARCIO.

¿Por qué razón?

ALGUNOS DEL PUEBLO.

¿Con qué derecho?

CLAUDIO.

Siempre á tu voz el decenviro acude,

Sale por la izquierda seguido de doce lictores.

Pueblo romano. Explícame el suceso
Que así te alarma.

ICILIO.

¡Y se atrevió á jurarme
Que no te seguiría!

MARCO.

Ampara recto
Á quien justicia y protección reclama.
Mi labio ayer te reveló un misterio
Que dueño me hace de Virginia. Vuelva
Á mi poder.

CLAUDIO.

Á tu demanda accedo.

MARCO.

Sígueme.

VIRGINIA.

Dinos el motivo.

CLAUDIO.

¡Ay triste!
No lo quieras saber.

VIRGINIA.

Quiero saberlo.

CLAUDIO.

Habla.

MARCO.

La que pasó por madre tuya,
No lo fué en realidad.

VIRGINIA.

¿Qué dices?

MARCO.

Viendo
Su lecho estéril y al airado esposo
En lejana región, compra en secreto
Á mi esclava Laódice una niña,
Y hace creer que es fruto de su seno.

Ayer murió tu verdadera madre,
Esta escondida trama descubriendo.
Según la ley, el hijo de mi esclava
Me pertenece.

VIRGINIA.

¡Sí....., no hay duda!..... ¡Aun sueño!

CAMILA.

¡Qué iniquidad!

ICILIO.

¡Calumnia!

PUEBLO.

¡Sí; calumnia!

ICILIO.

Fácil es comprender tu infame objeto.

CLAUDIO.

Es su esclava.

Al pueblo que murmura.

VIRGINIA.

¡Yo esclava....., yo!.....

MARCO.

Lo afirmo.

VIRGINIA.

Sí, tú lo afirmas; pero yo lo niego.

CLAUDIO.

Niegas en vano que naciste esclava.

VIRGINIA.

Libre nació Virginia.

CLAUDIO.

¡Error funesto!

VIRGINIA.

Virginia es libre.

CLAUDIO.

¿Quién te lo asegura?

VIRGINIA.

La sangre á voces me lo está diciendo.

MARCO.

Haz que me siga adonde yo la ordene.

ICILIO.

Mi cólera temed.

VIRGINIA.

¿Y se atrevieron
Á mancillar el adorado nombre
De aquella madre que debí á los cielos?
Si verme al cabo en tu poder querías,
De mi virtud vengarte, y mis esfuerzos
Vanos hacer, ¿por qué no has empleado
Para lograr tu afán distintos medios?
Yo sola te ofendí: la culpa es mía,
Lanza sobre mí sola tu veneno;
Pero respeta el nombre de mi madre,
¡Respeta la memoria de los muertos!

CLAUDIO.

Llevadla.

VIRGINIA.

¡Oh madre, á defenderme acude;
Yo te lo pido por el gozo inmenso
Que te inundó cuando por vez primera
Fué tu Virginia á tus entrañas peso!

CAMILA.

Amparadla.

Al pueblo. Éste se adelanta hacia Claudio dando muestras de furor. A una señal del decenviro los lictores amenazan con las fasces, y el pueblo retrocede.

ICILIO.

¿Calláis?

AULO.

¡Oh mengua!

ICILIO.

Nunca
El heroísmo floreció entre hierros.

CLAUDIO.

Lictores: obligadla á que obedezca
Á Marco, su señor.

ICILIO.

Juzga primero,
Después condenarás.

GRITOS GENERALES.

¡El juicio! ¡El juicio!

AULO.

Todos lo piden.

PUEBLO.

Todos.

CLAUDIO.

Ya os precedo,
Y al punto mismo.....

ICILIO.

¿Ignoras que Virginia
Tiene un padre supuesto ó verdadero?
¡Es Virginio!

MARCIO.

¡Un soldado valeroso!

AULO.

¡Un héroe!

ICILIO.

Que se aguarde á su regreso.

MARCO.

(Sin orden tuya regresar no puede.)

Á Claudio.

CLAUDIO.

Pues bien; de Roma acato los preceptos.

VIRGINIA.

¡Gracias, clemente Jove!

CLAUDIO.

Pero en tanto
Que el juicio que pedís se lleva á efecto,
Es fuerza que á Virginia se custodie
En seguro lugar. Nadie, os lo advierto,
Verla podrá; ni el centurión Virginio.

MARCO.

Yo la reclamo: custodiarla debo.

VIRGINIA.

¡Tú! Nunca.

Murmullos del pueblo.

CLAUDIO.

Yo, mi rectitud probando,
La guardaré bajo mi propio techo.

VIRGINIA.

¡Ten de mí compasión!

ICILIO.

Oidme: quiere
Ponerla en tan odioso cautiverio
Porque lúbrico amor su pecho inflama.

VIRGINIA.

¡Amor al crimen que inspiró el averno!

ICILIO.

¡Porque rendir su honestidad pretende!

VIRGINIA.

¡Y porque yo, romanos, la defiendo!

CLAUDIO.

Sustraerse á la ley en vano esperan
Con tal acusación, que yo desprecio.
¡Ay del que osado á mi querer se oponga!

Al pueblo que da muestras de indignación y cólera. — El pueblo retrocede de nuevo.

ICILIO.

Mátame.

CLAUDIO.

Á Icilio aprisionad.

VIRGINIA.

Teneos.
Cede á la fuerza, y á mi padre aguarda.
Yo á los tres mi venganza os encomiendo.
¿Tú morir? No: ¡para salvarme vive!

ICILIO.

¡Oh rabia!

VIRGINIA.

(Tu puñal.

Icilio entrega un puñal á Virginia; ésta le oculta.

Gracias.) Marchemos.
Roma degenerada, ¿así me entregas
Al corruptor infame? Quiera el cielo
Que no se miren vuestras hijas nunca
En el horrible trance en que me veo.
Sígueme: yo te mostraré el camino
Gritando que soy libre y te aborrezco!

Da un paso y se detiene.

¿Y permitís, oh númenes, que nazcan
Tales malvados? Pero sí; comprendo
El gran designio..... y mi valor se aumenta:
¡Al malo hacéis para probar al bueno!
¡Vamos!

Vase por la izquierda, seguida de Apio Claudio, Marco Claudio, los lictores y los esclavos.

ESCENA III.

ICILIO, AULO, CAMILA y pueblo; después VIRGINIO.

ICILIO.

¡No, no es posible! Antes la muerte
Que abandonarla á su destino adverso.

AULO.

Fuera tu arrojo inútil.

Deteniéndole.

ICILIO.

¡Me abandonan
Las fuerzas!..... ¡Oh! Corred á detenerlos:
No toleréis que me la robe. Amigos,
¡Ved que es mi bien, mi esposa! ¡Yo fallezco!

AULO.

¡Icilio! ¡Icilio! Desdichado, alienta
Para vengarla. ¡Sí; la vengaremos!

CAMILA.

Pronto Virginio volverá, y entonces.....

AULO.

Sucumbirá también si al tigre fiero
Su presa intenta arrebatar.

CAMILA.

¡Bien dices!

AULO.

Todos calmar su furia procuremos.

CAMILA.

¿Quién, hija mía, llorará contigo?
¿Quién te dará su ayuda en tanto duelo?

SERVILIO.

¿Qué piensas tú de lo que está pasando?

MARCIO.

Que ni en Roma nacimos, ni tenemos
Sangre en las venas.

SILVIA.

¡Desdichada joven!
¡Maldito decenviro!

MARCIO.

¡Me avergüenzo
Al recordar!.....

OCTAVIA.

¡Y cuando vuelva el padre!.....

SILVIA.

¡Crudo golpe le aguarda!

ICILIO.

¿Es cierto, es cierto
Que la virtud á la traición sucumbe,
Que el vil me la arrebata?

DECIO.

¿Qué estoy viendo?
Aquellos dos que en rápidos corceles
Hacia aquí se dirigen.....

CAMILA.

Sí, son ellos.

Mirando en la misma dirección.

ICILIO.

El esclavo y Virginio.

MARCIO.

Allí.

Indicando á algunos del pueblo el lugar por donde se supone que llega Virginio.

ICILIO.

¡Y es fuerza
Decirle la verdad! Yo no me atrevo.

Retírase con Aulo, como temiendo la presencia de Virginio.

CAMILA.

Me ve.

DECIO.

Desciende.

CAMILA.

¡Oh númenes!

VIRGINIO.

¡Camila!

Dentro.

MARCIO.

¡Padre infeliz!

SILVIA.

¡Ay triste!

CAMILA.

Me estremezco.

VIRGINIO.

¿Aquí por dicha me esperabas? Dime

Saliendo por la derecha.

¿Por qué me obliga á regresar Numerio;
Por qué á tu lado se encontraba Icilio?

Breve pausa.

En el camino á mi centuria dejo;
Y, al obtener la competente venia,
Juré llegar mañana al campamento.

Otra breve pausa.

¿Qué sucede? ¿Y Virginia?..... ¡El rostro ocultas!.....

Separándole las manos del rostro.

¡Cómo! ¿Llorando estás?—¿Por qué?..... ¡No acierto!.....
Vamos; dilo.

CAMILA.

¡Señor!

VIRGINIO.

Prosigue.

CAMILA.

El llanto
Que me ahoga conteste; yo no puedo.

VIRGINIO.

¡Sacras deidades!—¿Y también vosotros
Del padre os alejáis? ¡Tampoco obtengo

Mirando al pueblo que se retira de él en ademán de dolor.

De vosotros respuesta!..... ¿Qué infortunio
Más grande que la duda?..... Yo os lo ruego:
De esta ansiedad libradme.—¡Y callan todos!
¿Será?..... ¡No, no; qué horrible pensamiento!
Sosiégate, Camila. ¿Acaso dudas
De mi valor?

ICILIO.

¿Y quién ha de tenerlo

Presentándose con Aulo.

En tan infausto día?

VIRGINIO.

¡Icilio!

ICILIO.

¡Padre!

Con desesperación y amargura.

VIRGINIO.

¡Ay, que no me engañé! ¡Virginia ha muerto!

ICILIO.

¡Infeliz!

VIRGINIO.

¡Hija mía!..... Vamos..... vamos.
Regaré con mis lágrimas su cuerpo;
Su casta frente ceñiré de flores;
Daré á sus labios el postrero beso.....
Y después al combate. ¡Oh patria mía!
¡Dichoso yo si expiro como bueno!

AULO.

Virginia vive.

VIRGINIO.

¡Vive!

ICILIO.

Tu infortunio
Fuera si no viviese más pequeño.

VIRGINIO.

Acaba de una vez.....

ICILIO.

Mi tierna esposa
Se hallaba en este sitio hace un momento.....

AULO.

Y Claudio ahora en su poder la tiene.

ICILIO.

Marco á Virginia reclamó diciendo
Que fué su madre verdadera, esclava
Que le pertenecía, y que en secreto,
Lejano tú, se la vendió á tu esposa.

Virginio los mira alternativamente con el mayor asombro.

AULO.

Aun comprender no puedes el misterio
De tan horrenda trama.

ICILIO.

El decenviro
Arde por ella en licencioso fuego.

AULO.

¡Y á tus brazos la arranca!

ICILIO.

¡Y la condena
Á ceder sin defensa en duro encierro!

VIRGINIO.

¡Oh!..... ¿Qué dices?..... Repítelo.....—¿Qué tardas?

¡Para creer el mal ni aun basta verlo!
¡Deshonra! ¡Esclavitud!..... ¡Virginia!..... ¡Claudio!.....
¿Cuál de los dos delira?..... ¡Tú!..... ¿No es cierto

Dirigiéndose al pueblo.

Que ya el sepulcro la inocencia guarda
De la que fué mi orgullo y mi embeleso?
¿Será verdad?..... ¡Esclavitud!..... ¡Deshonra!.....
¡No!..... ¡Mentira!..... ¡Imposible!..... ¡No lo creo!

Pausa.—Todos demuestran el mayor abatimiento. Virginio dirige una mirada indagadora en torno suyo, y exclama dirigiéndose al pueblo:

¡Y aquí se hallaba....., y los traidores lobos
Por la tímida oveja aquí vinieron!
Dadme á Virginia; dádmela. ¡Cobardes,
El brillo de una espada os causa miedo!.....
Bien hace Claudio en oprimir á Roma:
Cuando un pueblo es esclavo, debe serlo.

CAMILA.

¡Señor!

AULO.

Escucha.

ICILIO.

Cálmate.

VIRGINIO.

Dejadme:
No irritéis mi dolor con el consuelo.
Venganza pide la virtud, venganza
La libertad, venganza mundo y cielo.
¡Le buscaré! ¡Le mataré!

Desnudando el estoque.

AULO.

Detente

ICILIO.

Sólo á tu perdición caminas ciego.

VIRGINIO.

Y ¿qué he de hacer? Aconsejadme todos;
Prestadme ayuda. Si triunfar no puedo,
Mi fuerte brazo perderá la patria,
Que no hay valor sin honra..... ¡Y vuela el tiempo
Y su pureza el bárbaro marchita,
Y ultrajando mi honor, ultraja el vuestro!
Por la sangre en los campos derramada,
Perdonadme estas lágrimas que vierto.
¡Era mi solo bien! ¡Único es siempre
El hijo desdichado! Hablad: salvemos
Á la infeliz, ó el que la agravia expire.
¡Á su lado! ¡Indefensa! ¡Un medio! ¡Un medio!

Recorriendo la escena y dirigiéndose á todos.

ICILIO.

Valor, romano, y tu aflicción modera.

VIRGINIO.

¿Sabes tú por ventura lo que pierdo?
¡Tú no eres padre!

CAMILA.

Protegedla, ¡oh dioses!.....

Icilio y Aulo hablan aparte, como para tomar una resolución.

VIRGINIO.

Sí, la protegerán: los elementos
Nuncian su encono, la tormenta avanza.
Hunde, tonante Dios, hunde al protervo.

La escena se obscurece rápidamente. El pueblo, sobrecogido de pavor, se retira al fondo del teatro, donde permanece hasta la conclusión del acto.

ICILIO.

Corre y en sus moradas penetrando
Refiere á tus amigos y tus deudos
La iniquidad que te deshonra.

Á Virginio.

VIRGINIO.

Al punto.

AULO.

Haz que te sigan y arrostrando el riesgo,
Vuela al palacio del traidor.

ICILIO.

Su guardia
Quizá no te conozca.

VIRGINIO.

Mensajero
Me fingiré del campo.

ICILIO.

Tu presencia
Refrenará la audacia del perverso.

AULO.

Yo á mis parciales buscaré.

ICILIO.

Los míos
Acudirán veloces.

CAMILA.

En el templo
Rogaré por vosotros.

ICILIO.

Ciudadanos,
Dirá mi voz, por nuestro honor lidiemos!

AULO.

¡Por nuestra libertad!

VIRGINIO.

¡Por nuestros hijos!

ICILIO.

¡Esperanza!

AULO.

¡Valor!

VIRGINIO.

¡Pronto!

ICILIO.

¡Volemos!

VIRGINIO.

Y si he de hallarla deshonrada ó muerta,
Que la encuentre sin vida, justo cielo!

Los tres salen precipitadamente por distintos lados. Camila se dirige al templo.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Atrio de casa de Apio Claudio. Puerta en el foro. A la derecha la silla de marfil sobre una especie de altar. A la izquierda un lecho muy elevado; otro más pequeño en primer término. Trofeos, estatuas, etc.

ESCENA PRIMERA.

APIO CLAUDIO sobre un lecho. El AUGUR de pie á su lado, revestido de la trabea y con el lituo en la mano derecha. MARCO CLAUDIO. Esclavos arrodillados y como implorando al cielo. Éstos se levantan. Claudio vuelve de su letargo.

AUGUR.

Rotas, señor, las turbulentas nubes
Ya no silban los vientos desatados,
Ni rodando veloz retumba el trueno
Ni la atmósfera rasga el ígneo rayo.
Respira al fin, y á la existencia vuelve.

CLAUDIO.

Al fin respiro, y triunfo del letargo
Que heló mi sangre.

Incorporándose en el lecho.

AUGUR.

Del tonante Jove
Tal es el poderío soberano.
Á un revolver de sus ardientes ojos
Hondo estrépito asorda los espacios,

Y el cielo vierte sobre el mar su lumbre,
Y álzase el mar al cielo rebramando.
Á otra señal los elementos gimen
Á sus plantas de nuevo encadenados,
Y el cielo copia las azules ondas,
Y el mar refleja el brillo de los astros.

CLAUDIO.

Al sumo Dios que en el Olimpo reina
También el hombre gime esclavizado.
Mi pecho hervía en el afán más vivo,
Y al terrífico son nuncio de estragos,
Desfalleció mi espíritu cobarde.

AUGUR.

La alegre fiesta, los solemnes actos,
Las ceremonias se interrumpen, tiembla
Lleno de susto el corazón más bravo,
Cuando Júpiter muestra sus furores,
Estremeciendo chozas y palacios.
Tú me llamaste, y obediente vine.
¿Qué anhelas?

CLAUDIO.

Despejad.

Marco y los esclavos se van por la puerta del foro.

Augur, reclamo
De tu saber los beneficios.

AUGUR.

Habla.

CLAUDIO.

Tumba sea tu pecho á mi relato.
Existe una mujer que me aborrece
Y á quien rendir frenético he jurado;
Mas hoy que la privé de humana ayuda,
Llevar queriendo mi designio á cabo,

Nuevo Tarquino me llamó, Lucrecia
Una vez y otra vez sonó en su labio,
Y á Jove luego demandó socorro,
Y al punto Jove respondió tronando;
Y «¡Jove me defiende, tiembla!» dijo,
Y temblé....., como tiemblo al recordarlo!.....
Corro al hogar, ofrezco á mis penates
Dulce miel, y á mis plantas la derramo;
Huyo de nuevo, y rásgase mi toga;
Y corro más, y cuando llego al atrio,
Gira á mi alrededor siniestro buho,
Negro can á mi vista pasa aullando,
Y siento al fin mi sangre congelada,
Y me roba la vida el fiero espanto!
¿Qué significa mi fatal congoja?
¿Qué me dicen augurios tan infaustos?
Rasgue tu ciencia el misterioso velo
Que sobre lo futuro extiende el Hado.

AUGUR.

Cálmate.

CLAUDIO.

Ningún riesgo me amenaza,
¿No es cierto? Sí; lo presumía! Caro
Pagará la cuitada el hondo susto
Que en fatídico instante me ha causado.
Pronto sin honra bajará á la tumba.

AUGUR.

(¡Tan joven, tan hermosa!)

CLAUDIO.

En holocausto
Al sumo Jove ofreceré su sangre.

AUGUR.

¡Ay de ti si ella muere, desdichado!

CLAUDIO.

¡Oh! ¿Qué pronuncias?

AUGUR.

El funesto augurio
Es ya á mis ojos como el día claro.

CLAUDIO.

¿Qué tardas? Habla; explícate!.....

AUGUR.

La vida
De esa mujer que el repetido halago
Supo esquivar impávida, á la tuya
Ligada está por invisible lazo.
Será su muerte de tu muerte anuncio,
Y entre ambas mediará muy breve espacio.

CLAUDIO.

¡Qué horror! ¿Será verdad?

AUGUR.

Cuando ella muera
Tu morirás también.

CLAUDIO.

¡Destino aciago!
Pero ¿qué debo recelar?

AUGUR.

Las aves
Predecían ayer con vuelo y canto
Crimen horrendo y sin igual desdicha;
Negro aviso también del mal cercano
Las víctimas al cielo consagradas
Ayer á los arúspices mostraron.

CLAUDIO.

¿Y no es posible desatar el nudo
Que á ella me liga? ¡Fuerza es desatarlo!

AUGUR.

Si cede al fin la cólera del cielo,
Serán independientes vuestros hados;
Si no cede el furor y ella sucumbe,
¡Ay de Claudio!

CLAUDIO.

¡No sigas!

AUGUR.

¡Ay de Claudio!

Vase lentamente por la puerta del foro.

ESCENA II.

CLAUDIO solo; después MARCO.

CLAUDIO.

¡Oh! Sus palabras, su ademán, su acento
De turbación mi espíritu han llenado.
«Cuando ella muera, morirás.» ¡Mi vida
Es de otra vida esclava!..... En vano, en vano
Querré salvarme si mortal congoja
Se ceba en ella, si imprevisto acaso
Abre su tumba. El moribundo espera;
Yo ni aun podré esperar en tal quebranto,
Y vivo aún ¡me juzgaré sin vida!
¡Qué ansiedad!..... ¡Qué morir tan prolongado!
Mas ¿qué recelo!..... Juventud lozana
Presta á Virginia vigoroso encanto.
Aquel semblante en púrpura teñido
Salud proclama..... Infatigable avaro
Yo miraré en su vida mi tesoro,
Y le sabré guardar años y años!.....

Pausa.

Ya no se escucha ni el rumor más leve.....
Sin duda en mi cerebro acalorado
Sólo existieron tétricas visiones.
¡Aun soy el decenviro....., el rey....., el amo;
Y de Virginia triunfaré!..... Mañana
Calmará su dolor el brillo, el fasto.
¿Yo desistir? Mi voluntad no cede.
¡Yo por doncella mísera humillado!.....
Álcese el pueblo en impotente saña:
Fiero león dispersará el rebaño.
Ruja otra vez la tempestad, ¿qué importa?
¡Aun soy el decenviro....., aun puedo....., aun mando!
Marco.

Acercándose resueltamente á la puerta del foro.

MARCO.

Señor.

Entrando por el mismo sitio.

CLAUDIO.

¿Qué hiciste?

MARCO.

Al campamento
Ha partido veloz nuevo legado,
Y una vez en el Álgido Virginio,
Intentará sin fruto abandonarlo.

CLAUDIO.

¿Y á mi guardia severo previniste?.....

MARCO.

Que sólo entrar no vede á quien del campo
Algún mensaje traiga.

CLAUDIO.

Corre, y torna
Con Virginia á este sitio. Escucha, Marco.

Marco se detiene.

Si el juicio al fin se verifica, y eres
De esa doncella dueño declarado,
Hasta que yo la guarde, de su vida
Tú me responderás. Ni leve daño
Sufra Virginia si la tuya aprecias.

MARCO.

Fía en mí.

Vase por la puerta de la izquierda.

CLAUDIO.

¡Venceré! No amor liviano
Á Claudio avasalló; pasión más grande
Le embravece: ¡el despecho! ¿Triunfa acaso
Débil arbusto de huracán soberbio
Á cuyo fuerte empuje el monte es llano?
Héla aquí.

ESCENA III.

Apio Claudio. Virginia, que cruzada de brazos se adelanta hacia el proscenio. **Marco** y dos esclavos, que á una seña de **Claudio** se retiran por la puerta del foro.

CLAUDIO.

Ya lo ves: nadie te ampara;
Aquí todo obedece mi mandato;
Sola estás.

VIRGINIA.

El pudor está conmigo.

CLAUDIO.

No lograrás enfurecerme: te amo.

VIRGINIA.

Pruébalo.

CLAUDIO.

¿De qué modo?

VIRGINIA.

El sacrificio
Es del amor inseparable hermano.
Renuncia á tu propósito; respeta
Á la mujer amada.

CLAUDIO.

Nunca el dardo
En su rápido vuelo retrocede:
Tal es mi voluntad.

VIRGINIA.

¿Y así obcecado,
Su cólera tremenda desafías,
El aviso del cielo despreciando?
Sé clemente una vez; si humanos padres,
Y no insensibles fieras te engendraron,
Benigno cede, ó teme que los dioses
Borren hasta la huella de tus pasos.

CLAUDIO.

¡Loca audacia! ¿Qué esperas? ¿Qué presumes?
¿Qué te propones?

VIRGINIA.

Sucumbir lidiando.

CLAUDIO.

¿Morir deseas?.....

Como recordando el pronóstico del augur.

VIRGINIA.

Cuando amada vivo,
¿Cómo no amar la vida? Claudio, Claudio,
¿Por qué te privas del mayor deleite
Que ennobleció jamás un pecho humano?
¡Llanto ajeno secar! La propia dicha

Con la ajena se labra.

CLAUDIO.

¿En lloro amargo
Trocada miro la altivez?

VIRGINIA.

¿Qué fuera
De quien padece en triste desamparo,
Si como airada tempestad su lluvia
No tuviese el dolor su amigo llanto?

CLAUDIO.

¿Cómo vencer tu repugnancia, cómo
Tu afecto conseguir?

VIRGINIA.

Puedes lograrlo.
Existe una mansión donde mi vida
Libre corrió de aleve sobresalto.
Mi madre unidos prodigóme en ella
Tiernas caricias y preceptos sabios.
Allí mi boca en su postrer aliento
Su espíritu bebió; mi yerta mano
Cerró sus ojos, y por cuatro veces
Con lacrimoso acento la llamamos!
Aquel recinto venturoso un día,
Aun yace en sus virtudes impregnado,
Y aquel ambiente próvida perfuma
La flor eterna de recuerdo santo.
Condúceme tú propio á tal morada,
Y puro afecto lograrás en cambio,
Que es perdonar en la mujer trofeo,
Y borra un beneficio mil agravios.

CLAUDIO.

¿Dejar que libre á tu morada vuelvas?
¿Unida verte á mi feliz contrario?

¡Para que vuestro júbilo me insulte!
¡Locura fué tan sólo imaginarlo!
Arda su pecho en cancerosa envidia,
Sufra la pena del talión, calmando
Con su rabia mi rabia. Roma entera
Llorará tu desdén. Sierva de Marco,
Te compraré á tu dueño: de mi vista
Nunca te apartarás; ¡siempre á mi lado!

VIRGINIA.

¡Hazañas dignas de memoria eterna!
Yo desde luego tu heroísmo aplaudo.
Siga rigiendo en la potente Roma
Tan recto juez, caudillo tan bizarro,
Y el pueblo rey que amenazaba al mundo,
Siervo se arrastrará de pueblo extraño.
Gozarte ansioso en el dolor ajeno,
Recurrir á encubierto asesinato,
Cebar tu saña en tímida doncella;
Las leyes que tú mismo has sancionado
Pérfido hollar, juzgarte valeroso
Cuando te cerca bélico aparato,
¡Oh, sí; de tantos portentosos hechos
Ciñe tu frente el envidiable lauro!
Pero en la cumbre del poder te miras
Á desventura eterna condenado,
Porque á sí propia la maldad se hiere,
Porque al hacer temblar, tiembla el tirano!

CLAUDIO.

En breve los excesos que me imputas
Verás en justa pena realizados.
Esto exige mi amor.

VIRGINIA.

¡Maldito sea

Amor que al odio se parece tanto!

CLAUDIO.

Icilio morirá.

VIRGINIA.

Con honra expire.

CLAUDIO.

Será tu padre de mi furia blanco.

VIRGINIA.

Mátele el golpe de enemiga saña,
Y no el dolor de verse deshonrado.

CLAUDIO.

¿Por qué desdeñas á propicia suerte?
Pronuncia un sí, pronúncialo, y ufano
Rompo tus hierros y te doy riquezas,
¡Poder! Un no te abismará en el fango.
Responde.

VIRGINIA.

No.

CLAUDIO.

Tu desventura labras.

VIRGINIA.

Mil veces no.

CLAUDIO.

Si galardón más alto
Codicias, habla; pide, y Roma es tuya.

VIRGINIA.

Fácilmente se otorga un bien robado.

CLAUDIO.

Pues de la tumba ó mía.

VIRGINIA.

De la tumba.

CLAUDIO.

¡Al punto!

Dirigiéndose hacia la puerta del foro.

VIRGINIA.

Corre, que impaciente aguardo.

CLAUDIO.

Piénsalo bien. ¡La muerte!

Deteniéndose.

VIRGINIA.

Soy romana.

CLAUDIO.

Pierdes la vida.

VIRGINIA.

La inocencia salvo.

CLAUDIO.

Mía serás aunque el averno mismo
Te dé favor.

Con arranque de ciego furor.

VIRGINIA.

¡Jamás!

Retirándose.

CLAUDIO.

Pronto en mis brazos.....

Dirigiéndose á ella furioso.

VIRGINIA.

¡Un paso más, y abrazas un cadáver!

Levantando sobre su pecho el puñal que Icilio le dió en el acto anterior.

CLAUDIO.

¡Qué miro!..... ¡Horror! Detente.

Retrocediendo.

VIRGINIA.

¡Un solo paso!

En la misma actitud.

CLAUDIO.

¡Oh; no!..... Perdona..... ¡Compasión! El hierro
Dame..... Dámelo.

Acercándose á ella como para quitarle el puñal.

VIRGINIA.

Aparta.

Haciendo nuevo ademán de herirse.

CLAUDIO.

Sí; me aparto.

Retrocediendo otra vez.

Tú mandas, tú..... Pero del pecho aleja
Ese puñal..... Lo pido arrodillado.....

Inclinándose.

Fingí querer matarte..... ¡Vive..... vive!.....

Cayendo completamente de rodillas.

¡Ay que si mueres tú!..... ¡Fatal presagio!

VIRGINIA.

Que mueras manda el cielo.

Dirigiéndose á él como inspirada para darle muerte.

¡Ah; no! ¡La vida
Es el mayor castigo á los malvados!

VIRGINIO.

¡Hija!

Dentro.

CLAUDIO.

¡Esa voz!

Levantándose.

VIRGINIO.

¡Virginia!

Dentro.

VIRGINIA.

¡Padre!

CLAUDIO.

Calla.

VIRGINIA.

¡Padre!

Dirigiéndose hacia la puerta del foro.

CLAUDIO.

Tente.

Deteniéndola.

ESCENA IV.

DICHOS y VIRGINIO, presentándose en la puerta.

VIRGINIO.

¡Hija mía!

VIRGINIA.

¡Padre amado!

Corriendo á precipitarse en los brazos de Virginio.

VIRGINIO.

¡Hija del corazón!

Abrazándola.

CLAUDIO.

¡Cielo implacable!

VIRGINIO.

Ya no está sola, inicuo: ¡está en mis brazos!

VIRGINIA.

Sí; te esperaba.

VIRGINIO.

Pero no..... ¡Virginia!.....

Apartándola de sí.

Habla, responde, sepa un desdichado

Si aún te puede abrazar!

VIRGINIA.

Por vez primera
Me juzgo digna del paterno halago.

VIRGINIO.

¿Triunfar pudiste?..... ¡Desdichada! ¿Cómo?

Manifestando duda.

VIRGINIA.

¿No vences tú peligros batallando,
Que el más valiente insuperables juzga?
¡Pues yo también el riesgo he despreciado,
Que el amor á la honra, padre mío,
Vence imposibles como el fuego patrio!

VIRGINIO.

Vuelve á mi seno, prenda idolatrada.
¡Ó noble ardor! ¡Ó esfuerzo sobrehumano!
¿Dónde más alta gloria? ¿Cuándo un padre
Se miró por un hijo más honrado?
¿Qué importan los dolores padecidos?
¡Este momento basta á compensarlos!

Abrazando á su hija repetidas veces frenético de gozo.

VIRGINIA.

¡Envidia el triunfo de las almas puras;
Hallar consuelo en el mayor quebranto!

VIRGINIO.

Casi me inclino á perdonar el crimen
Que tu virtud á conocer me ha dado.

CLAUDIO.

¿Cómo entraste? Responde.

VIRGINIO.

Mensajero
Del campo me fingí. Luego burlando
La vigilancia de tu guardia.....

CLAUDIO.

¿Y osas
Confesar que has mentido?

VIRGINIO.

¿Ignora Claudio
Cuánto puede su influjo? El mal ejemplo
Del magnate corrompe á los vasallos.

Con ironía.

CLAUDIO.

¿Á qué viniste?

VIRGINIO.

Á rescatarla vengo.

Señalando á Virginia.

CLAUDIO.

¿No sabes ya que pertenece á Marco?

VIRGINIO.

Basta de torpe disimulo: el crimen
Es menos detestable siendo franco.

VIRGINIA.

¡Padre del alma!

VIRGINIO.

La traición te dijo
Que no lo soy. ¡Mentira; infame engaño!
¡Soy tu padre: sí, sí; tu padre! Nunca
Lo dudes, hija mía.

VIRGINIA.

¡Yo dudarlo!

VIRGINIO.

El que tu infancia coronó de flores;
El que de vanas pompas olvidado
Gozó en tu gozo y suspiró contigo
Y vivió de tu vida; el que arrostrando
Seguro riesgo á defenderte acude,

Ese es tu padre. ¡Y quieren separarnos!
¿Cómo romper el nudo que nos liga?
Naturaleza eterno lo ha formado.
¿Juzgas tan fácil profanar sus leyes
Porque has vencido, las de Roma hollando?
Porque derecho nos robaste y gloria,
¿Pretendes hoy el corazón robarnos?
Porque en la tierra dominar pudiste,
¿Quieres al cielo mismo hacer esclavo?
No te detengas. ¡Adelante! Sube.....
¡Tu caída será desde más alto!

CLAUDIO.

Nunca supuse que existiera un hombre
Capaz de cometer tal desacato.

VIRGINIO.

¡Yo nunca presumí que llegaría
Tiempo tan azaroso, tan infausto,
Que ni puede llamarse el libre libre,
Ni padre el padre!

CLAUDIO.

Tu furor calmando,
Quién soy recuerda.

En tono de amenaza.

VIRGINIA.

¡Á su venganza expuesto!
¿Cómo he podido, cielos, olvidarlo?

Atemorizada por el ademán y acento de Claudio.

Huye, déjame.

VIRGINIO.

Nunca los peligros
En las sangrientas lides me arredraron.
¡Merezca el hijo al amoroso padre
Lo que debió la patria al buen soldado!

CLAUDIO.

¡Ay de la patria que rebeldes nutre!

VIRGINIO.

¡Ay si depone el miedo, recordando
Que siempre fué la horrenda tiranía
Férreo coloso en pedestal de barro!

CLAUDIO.

¡Basta! ¡Lictores, acudid!

Acercándose á la puerta del foro. Se oye confuso rumor de voces.

VIRGINIO.

Escucha.

CLAUDIO.

¿Qué significa?.....

VIRGINIO.

Reconoce, insano,
La voz del pueblo que nos presta auxilio.

CLAUDIO.

Mientes.

ESCENA V.

DICHOS, MARCO CLAUDIO, después ICILIO y AULO.

MARCO.

Señor, el pueblo amotinado
Á las puertas se agolpa.

VIRGINIA.

¡Oh gozo!

CLAUDIO.

¡Oh rabia!

VOCES DENTRO.

¡Virginia! ¡El juicio!

CLAUDIO.

Al punto dispersadlo.

MARCO.

Fuera empresa arriesgada. Hablarte quieren.

CLAUDIO.

Sólo á dos por la plebe designados
Conduce á este lugar.

Vase Marco precipitadamente por la puerta del foro.

VIRGINIO.

¡Lo ves, soberbio!
Roma alienta de nuevo: estoy vengado.

Nuevos rumores.

CLAUDIO.

Yo en su furor encuentro mi delicia,
Que así más gloria al reprimirla gano.
Esa voz es el último quejido
Que lanza el moribundo entre mis manos.

VIRGINIO.

Ese rumor que tu coraje irrita,
Anuncia que volvió de su desmayo;
Y el despertar de un pueblo es más terrible
Á medida que el sueño fué más largo!

VIRGINIA.

¡Icilio!

Icilio, Aulo y Marco entran por la puerta del foro.

ICILIO.

Roma por mi voz te ordena
Que des al punto libertad á entrambos.

AULO.

Que sin demora se celebre el juicio.

CLAUDIO.

Pues bien, salid; y al juicio preparaos.

Fuera de sí.

ICILIO.

¡Al foro, al foro!

CLAUDIO.

Á mis clientes arma;
Al foro mis lictores, mis soldados.

VIRGINIO.

¿Quieres la guerra?

CLAUDIO.

Cuenta mis secuaces.
¿Quiénes serán allí tus partidarios?

VIRGINIO.

La juventud y la vejez unidas.

VIRGINIA.

¡Los padres y los hijos, sublevados
Al grito del amor!

ICILIO.

Pronto veremos

Acercándose á Claudio.

Si en Roma alientan siervos ó romanos.

VIRGINIA.

Pronto en el juicio, de mi tierna madre

Acercándose también al decenviro.

Verás sin mancha el nombre calumniado!

VIRGINIO.

Sí, fementido: la calumnia es nube
Y la inocencia sol que brilla al cabo!

Imitando el movimiento de Icilio y Virginia.

VOCES DENTRO.

¡Virginia! ¡El juicio!

ICILIO.

Tu castigo empieza.

CLAUDIO.

Salid.

VIRGINIA.

¡Con honra entré; con honra salgo!

Virginio, amenazando todavía á Claudio con la mirada, se dirige hacia la puerta del foro seguido de su hija, Icilio y Aulo. El decenviro, teniendo á Marco á su espalda, permanece colérico en el centro del escenario, señalándoles la puerta de salida con el brazo derecho.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Foro romano.—En el centro la tribuna.

ESCENA PRIMERA.

Pueblo ocupando el ala derecha del escenario.—VIRGINIA, CAMILA y otras dos mujeres en el lado opuesto, de rodillas y en actitud suplicante. Las cuatro visten traje de luto.—VIRGINIO, ICILIO (enlutados también) y AULO ocupan el centro.—El primero, con una corona de encina en la cabeza, estará más cercano al proscenio y como llamando la atención hacia el grupo que forma su hija con las que la acompañan. El pueblo da muestras de abatimiento, y parece esquivar las miradas de Virginio.

VIRGINIO.

Pueblo romano, tu favor implora
Enlutada familia. Atroz vileza
Del pacífico hogar de mis abuelos,
Para siempre tal vez la dicha aleja.
Nunca ignoré que mancha el beneficio
La vana ostentación que lo recuerda;
Mas no lo mancha el infortunio honrado
Cuando á la gratitud gimiendo apela.
Yo vengo ¡oh pueblo! á recordar los míos;
Que á extremo tal mi desventura llega.
Lucio Virginio soy: ni leve falta
Turba la eterna paz de mi conciencia.
Si á Roma supe defender, mi sangre
Enrojeciendo el campo os lo demuestra.

Con oro y plata, generosa un día,
Roma ciñó mi frente en recompensa
De haber salvado el campamento amigo
Y rendido enemiga fortaleza.
También gané la veneranda encina
Que en la corona cívica se ostenta.
Miradla: os dice que salvé á un romano,
Matando á su enemigo en la refriega.
Hé aquí mis hechos: defender la patria
Y amar á mi familia. ¿Se me niega
El patrocinio que reclamo? ¡Todos
Sabéis por qué! ¿Ninguno me contesta?

AULO.

¡Cómo! ¿Los que antes con gallardo intento
Á Claudio amenazaban á las puertas
De su propia guarida, al ver que algunos
En su poder cayeron, porque elevan
Cien lictores las fasces y el soldado
Con duelo el hierro envilecido muestra,
Ya retroceden, y la frente inclinan
Para besar la planta que los huella?

Levántase Virginia y se dirige al grupo de la derecha.

VIRGINIA.

¡Oh hermanas mías! Recordad que siempre
Visteis en mí querida compañera,
Y á vuestro lado visité los templos
Y presencié los ritos y las fiestas.
¿Consentiréis que la traición me prive
De cuanto amé desde la edad más tierna?

ICILIO.

Y si al ajeno llanto no te apiadas,
Mira, pueblo infeliz tu propia mengua:
Los ojos vuelve al lastimoso aspecto

Que la ciudad de Rómulo presenta.
Los decenviros, que formando leyes
Á no cumplirlas aprendieron, huellan
Los más santos derechos; nuestra gloria
Hundida yace en afrentosa guerra,
Y el valiente adalid ríndese ufano
Por humillar al jefe que detesta.
Y..... ¿lo pudistéis olvidar?..... Sicinio
Víctima fué de la traición más negra.
¡Venganza piden sus airados manes,
Vagando sin cesar en noche eterna!
¿Es éste, es éste el valeroso pueblo
Á quien Bruto legó tan rica herencia?
¿Cayó Tarquino, y toleráis humildes
Que diez tiranos su rigor ejerzan?
No porque se alze con distinto nombre,
El malvado opresor de serlo deja,
Ni la execrable servidumbre acaba
Porque á un solo tirano diez sucedan.

VIRGINIO.

Decid: ¿ninguno de vosotros llora
Torpe desmán, injusta violencia
Del que hoy me agravia? Á su apetito ciego
Ya no tienen las vírgenes defensa
En el santo pudor; ni ya el marido,
Recelando traidora estratagema,
En la virtud de su mujer descansa;
Ni ya los padres con sus hijos cuentan.
¡Ya el amor en zozobra se convierte,
Y es dón funesto el dón de la belleza!

VIRGINIA.

¡Oh, sí; temblad: la desventura mía
Es infalible anuncio de la vuestra!

¡Abraza, Emilia, á tu adorado padre,

Impeliendo á una joven para que abrace á su padre.

Que mañana, infeliz, tal vez le pierdas!
¡Abrázalos, Octavia, aún son tus hijos;

Levantando en sus brazos á un niño y arrojándolo en los de Octavia.

Pero acaso muy pronto no lo sean!

EMILIA.

¡Padre!

Abrazando al anciano.

OCTAVIA.

¡Hijos míos!

Estrechando al niño que le ha dado Virginia, y á otro que tiene á su lado.

VIRGINIA.

¡Silvia, hoy eres libre;
Quizá en esclava hoy mismo te conviertan!

SILVIA.

¡Nunca!

VIRGINIA.

¿Lloráis? Oh amigas, en mi pecho
Cae vuestro llanto y su amargura templa.

Abrazándola.

SILVIA.

¡Virginia!.....

OCTAVIA.

Claudio en nuestro mal se goza.

EMILIA.

Y á todas nos ofende al ofenderla.

VIRGINIA.

¡Pronto en el juicio, al verme sin apoyo,
Se burlará de mi aflicción!

SILVIA.

¡No temas!
Si los romanos tu clamor desoyen,

Para que libre y casta permanezcas,
Á darte ayuda y reclamar justicia
Las mujeres de Roma están dispuestas.

ICILIO.

Ellas os dan ejemplo.

VIRGINIO.

¡Cuántas veces
Arriesgando mi vida por la ajena,
Dichoso me juzgué! Contad, amigos,
Mis cicatrices. Marcio, ¿no te acuerdas?
Yo me interpuse á recibir el golpe
Que, al verte herido y solo en la pelea,
Fiero enemigo te asestaba. Mira
La señal que en mi pecho se conserva.

MARCIO.

Bien lo recuerdo, generoso amigo;
Y si agotó la ancianidad mis fuerzas,
Hoy á tu lado ocupará mi puesto
Quien te debe de un padre la existencia.

DECIO.

Tú me salvaste de orfandad impía:
Consiga yo satisfacer tal deuda.

ICILIO.

Y también recordad que un tiempo Icilio
Fué tribuno leal. Yo vuestras quejas
Apoyé en el Senado; yo el derecho
Del pobre defendí; yo la soberbia
Del senador y el cónsul refrenando,
Hice que el pueblo respetado fuera.

MARCIO.

Todos á Claudio pedirán justicia.

PUEBLO.

Todos.

AULO.

El pueblo generoso os premia.

VIRGINIA.

¡Oh dicha!

CAMILA.

¡Oh dioses!

MARCIO.

Amparar debemos
Al soldado.

DECIO.

¡Al tribuno!

SILVIA.

¡Á la doncella!

SERVILIO.

¡Basta de infame cobardía!

MARCIO.

¡Tiemble
El que agotó de Roma la paciencia!

VIRGINIO.

Al fin os reconozco. ¡Sois romanos!

Abrazando á varios.

Esa bizarra indignación lo prueba.

VIRGINIA.

¡Padre mío!

Viendo venir á Claudio.

VIRGINIO.

¡Valor!

ICILIO.

¡Llegó el instante!

VIRGINIO.

¡Roma, sé Roma!

ICILIO.

Tu señor se acerca.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos. Apio Claudio, que toma asiento en la tribuna.—Marco Claudio, que con sus esclavos permanece entre la multitud.—Clientes de Apio.—Lictores y soldados.—Varios de los primeros se colocan á espaldas de Claudio. Los demás se sitúan al pie de la tribuna, y en el ala derecha y foro del escenario.

CLAUDIO.

Pueblo romano, el deplorable juicio
Que motiva tu asombro y tu impaciencia,
Á comenzarse va. Cual siempre dócil,
Conjeturas inútiles desecha,
Y en fiel balanza, silencioso el labio,
De entrambas partes las razones pesa.
Aquí donde tan ínclitos varones
Su rectitud mostraron y su ciencia;
En este sitio, donde el rayo hermoso
De la verdad disipa las tinieblas
Del negro error, el decenviro Claudio
Ofrece culto á la divina Astrea.
Marco, Virginio, hablad.

MARCO.

Pretendo sólo
Que al punto á mi poder Virginia vuelva

Adelantándose.

VIRGINIO.

Ni estuvo en su poder, ni tú lo ignoras,
Ni encontrarás en Roma quien lo crea.

CLAUDIO.

Con más cordura las palabras mide.

VIRGINIO.

Á herir de frente la batalla enseña.

CLAUDIO.

El juramento que la ley reclama,
Ambos prestad sin dilación.

MARCO.

Le presta
De no mentir mi labio.

VIRGINIO.

El mío jura
Que, al jurar no mentir, mintió su lengua.

CLAUDIO.

¡Virginio!

VIRGINIO.

Juro en la verdad fundarme,
Y la calumnia confundir con ella.

CLAUDIO.

¿Cuándo he sido, decídselo vosotros,

Dirigiéndose al pueblo.

Para con él avaro de clemencia?
¿Quién resolvió que se aplazase el juicio,
Para evitar que desde luego sierva
Suspirara Virginia? Y tú ¿qué hiciste?
Pagar el beneficio con la ofensa.
Alcen de nuevo atronadoras voces
Imputándome excesos y vilezas;
Clamen de nuevo que á Virginia adoro
Y que Virginia mi pasión desdeña.....
No importa: exento de cobarde saña,
El recto juez á sentenciar se apresta.

VIRGINIA.

Si así tu acento á la mentira otorgas,
Sobornada verdad, ¡maldita seas!

MARCO.

Momentos antes de morir, su fraude

Mi esclava consignó.

Entregando un papiro á Claudio, que éste repasa con la vista.

VIRGINIO.

Y aunque así fuera,
¿Merece en Roma crédito un esclavo?

CLAUDIO.

Pruebas escritas Marco me presenta,
Pero ninguna tú.

VIRGINIO.

Te engañas: lée.....

CLAUDIO.

¿Dónde?

Interrumpiéndole.

VIRGINIO.

En el corazón de Roma entera.

CLAUDIO.

¿Tienes testigos?

A Marco.

MARCO.

Tres.

A una señal suya se adelantan tres ciudadanos.

CLAUDIO.

Hablad.

UN CIUDADANO.

Nos consta,

Los tres extienden el brazo derecho.

Y sostenemos cuanto Marco alega.

CLAUDIO.

Son ciudadanos y atestiguan

A Virginio.

VIRGINIO.

Siervo
Es todo el que se vende.

CLAUDIO.

Tu insolencia
Ya nos agravia á todos.

VIRGINIO.

He jurado
Decir verdad, y cumplo mi promesa.

VIRGINIA.

Otros afirman lo contrario.

CLAUDIO.

¿Quiénes?

CAMILA.

Yo, que vi de su madre verdadera
El maternal delirio; ¡amor sublime
Que en la menor caricia se revela!

AULO.

Yo, sosteniendo que tan sólo aspiras
Á manchar inclemente su pureza.

ICILIO.

Yo, á quien de Roma pérfido ahuyentaste,
Para que nunca regresar pudiera.

PUEBLO.

¡Todos! ¡Todos!

CLAUDIO.

Benignos ciudadanos,
No vil falacia y súplicas os venzan.
Turbar la paz pretenden. Tal designio
Á tiempo supe, y malogré su empresa.

Señalando á los soldados que rodean el foro.

Claudio los compadece; el juez, de Marco
Ve la razón, y en su favor sentencia.

Movimiento general de indignación. Rumores prolongados.

VIRGINIA.

¡Álzate de la tumba, madre mía,

Ó den por ti los númenes respuesta!

ICILIO.

Feroz tan sólo te juzgué; de astuto

Irónicamente.

Fama también mereces duradera.
Siempre será modelo de tiranos
El que tigre y raposo á un tiempo sea.

CLAUDIO.

¡Ay de ti, miserable!

VIRGINIO.

¡Y no hay remedio!
¿De la que es hija mía te apoderas?

CLAUDIO.

¡Culpable obstinación! Si en este engaño
Has sido tú la víctima primera,
¿Cómo puedes saber que es hija tuya?

VIRGINIO.

¡Cómo lo sé pregunta! ¡Si os dijeran

Dirigiéndose al pueblo.

Que no sois padres de los hijos vuestros,
Hijos de vuestros padres, ¿lo creyerais?

PUEBLO.

¡Nunca! ¡Jamás!

VIRGINIO.

Para mayor victoria,
Resuelve que me juzgue una asamblea
De padres de familia, y un suspiro
Será en mi abono irrecusable prueba.
¡Cómo lo sé! Desventurado, ¿ignoras,
Que siempre fué verdad la voz secreta
Con que á los tiernos corazones habla,
Fuente de vivo ámor, naturaleza?
¡Yo en mis entrañas resonar la escucho!

¡Hija!

VIRGINIA.

¡Padre!

Corriendo á precipitarse en sus brazos.

VIRGINIO.

¿Lo ves? ¡Vana cautela!
Mi corazón es corazón de padre.
¡Cómo lo sé! ¿No basta que lo sienta?

VIRGINIA.

Duélete de sus canas. ¿Tienes hijos?
Esta infeliz por ellos te lo ruega.

CLAUDIO.

Yo sólo atiendo á mi deber.

VIRGINIA.

¿Qué dije?
¡Hijos tú, Claudio!..... La justicia eterna
No pudo concedérselos al hombre
Que á los demás robárselos intenta.

CLAUDIO.

Basta. Virginia pertenece á Marco.
No yo, las doce tablas la condenan.

Nuevos rumores y gran movimiento en el pueblo

VIRGINIO.

¡Bárbaro!

CLAUDIO.

¿Lo escucháis?

SILVIA.

¡Defiende un hijo!

VIRGINIO.

¿Qué puedo ya temer?

CLAUDIO.

¡La muerte!

VIRGINIO.

Venga.
La vida, infames, adorad vosotros
Que otra cosa no amáis sobre la tierra.

CLAUDIO.

Apoderaos de Virginia.

A los lictores, que se adelantan hacia ella.

ICILIO.

¡Amigos!

VIRGINIO.

¡En vano arrebatármela deseas!

Cogiendo convulsivamente á su hija, y como procurando ocultarla entre sus brazos.

CLAUDIO.

La ley, la ley te la arrebata.

ICILIO.

Siempre
La invoca más quien menos la respeta.

El pueblo toma una actitud amenazadora.

CLAUDIO.

¿Quién duda ya que perturbar pretenden
La santa paz que afianzó mi diestra?

VIRGINIO.

Santa es la paz que en el amor se funda
¡No la que el crimen y el terror engendran!

ICILIO.

¡Vuestra hacéis la maldad si Claudio vence!

Al pueblo.

PUEBLO.

¡No! ¡No!

CLAUDIO.

La plebe dispersad y mueran.

Los lictores acometen á la multitud, que retrocede.

VIRGINIA.

¡Cielo!

ICILIO.

¿Y así me abandonáis?

Al pueblo.

CLAUDIO.

¡Lictores!

Los lictores rodean á Icilio, Virginio y Aulo.

VIRGINIO.

¿No hay ya padres en Roma?

ICILIO.

Sólo quedan
Siervos en Roma.

CLAUDIO.

Aprisionadlos. Pronto

Los lictores separan de la multitud á los tres, llevándolos á la derecha del teatro.

Sufrirán el castigo.

Abatimiento general.—Pausa.

VIRGINIA.

¿Es ésta, es ésta

Con enérgica desesperación.

Vuestra justicia, oh dioses? Triunfa el malo,
Sucumbe el bueno; ¡y dejaréis que pierda
Familia, honor, la libertad que adoro
Y hierve altiva dentro de mis venas!
¡Icilio!..... ¡Padre!..... ¡Roma! La justicia
Huyó á la vez del cielo y de la tierra.

CLAUDIO.

Llevadla.

Los lictores dan un paso hacia Virginia, y se detienen cuando empieza á hablar Virginio.

VIRGINIA.

¡Y nadie me defiende! ¡Nadie!

Mirando en torno suyo.

VIRGINIO.

¡Hija del corazón!

Clavando los ojos en Virginia. Después hace un gran esfuerzo sobre sí mismo y se dirige á Claudio.

¿Acaso anhelas
Verme á tus pies rendido? ¡Claudio, el hombre
Sucumbe al padre..... y gime..... y se prosterna!

Cayendo de rodillas.

Mas tú, corona que debí á la patria,

Quitándosela.

Huye de mí con toda tu pureza.
¡No cual las canas que ensalzaste un día,
Á los piés de un tirano te envilezcas!

Arrojándola al suelo.

¿Qué digo?... ¡Ay triste!... ¡Compasión; y al punto
Confesará mi voz, si tú lo ordenas,
Que has sentenciado justo, que Virginia
Á Marco pertenece; pero piensa
Que por hija la tuve, que la adoro,
Que es hija mía, ¡aun cuando no lo sea!

VIRGINIA.

Virginio el rayo de las arduas lides,

Dirigiéndose á Claudio.

Sangre del alma llora en ancha vena,
¿Y tu rencor no cede?—¡Claudio! Mira
Cómo la madre recelosa estrecha
Al tierno hijuelo que su cuello oprime,
Y por instinto con horror te observa.
¡Cómo triunfó la indignación del miedo!
¡Todo suspira....., ó amenaza....., ó tiembla!

¿Y tú insensible permaneces?

CLAUDIO.

Marco
Ponga fin si le place á tu querella.

MARCIO.

Pues bien, si Marco de Virginia es dueño,
Véndasela á Virginio.

PUEBLO.

¡Que la venda!

DECIO.

¡Yo mis bienes le ofrezco!

SILVIA.

¡Yo los míos!

SERVILIO.

¡Yo todos mis rebaños!

MARCIO.

¡Yo mis tierras!

CLAUDIO.

Decide.

A Marco.

MARCO.

No la vendo.

CAMILA.

¡Infausto día!

SILVIA.

Padre no tengo. Acéptame por ella.

VIRGINIO.

¡Yo el esclavo seré! Mi nombre infama
Con vil castigo, con horrible afrenta,
¡Y sálvese Virginia!.....

MARCO.

El decenviro
Ya sentenció; su dueño la conserva.

CLAUDIO.

Del foro, pues, arráncala. Obedece
Al que es ya tu señor, rebelde sierva.

VIRGINIO.

¿Persistes en robármela? Responde:

Como tomando una resolución.

Te lo pregunto por la vez postrera.

CLAUDIO.

Llevadla.

VIRGINIO.

Cedo..... y tu justicia acato.
Pero Virginio humilde te lo ruega.....
Permite al menos que la abrace.

CLAUDIO.

Al punto
Dejad, lictores, que abrazarla pueda.

Los lictores se separan de Virginio. Éste se dirige hacia Virginia, que le sale al encuentro, y expresa con la voz y la actitud que ha comprendido el pensamiento de su padre.

VIRGINIA.

¡Padre!

VIRGINIO.

¡Virginia!

VIRGINIA.

Te comprendo.

VIRGINIO.

Falta
Hierro á mi mano.

VIRGINIA.

Ten. Mi frente besa

Dándole el puñal que conserva en su poder desde el acto 3.°

Y acaba.

VIRGINIO.

¡Horrible acero!

VIRGINIA.

¿Eres mi padre?

VIRGINIO.

¿Lo dudas tú?

VIRGINIA.

Lo dudaré si tiemblas.

VIRGINIO.

¡Valor!

VIRGINIA.

¡Mi madre á recibirme en triunfo
Se prepara!.....

VIRGINIO.

¡Hija mía!

Besándola en la frente.

VIRGINIA.

¡Es fuerza!

Cubriéndose el rostro con el manto.

VIRGINIO.

¡Es fuerza!

Clavando el puñal en el pecho de su hija.

VIRGINIA.

¡Tirano, ya soy libre!.....

Descubriéndose el rostro, y avanzando algunos pasos hacia Claudio. Después cae en brazos de su nodriza y de otras mujeres que corren á sostenerla.— Grito general.

CLAUDIO.

¡Horror mil veces!

Levantándose despavorido, y dando un grito espantoso.

ICILIO.

¡Virginia!

Corriendo hacia ella, sin que los lictores puedan detenerlo.

VIRGINIA.

¡Icilio!... ¡Adiós!... ¡Muero contenta!...

Expira.

VIRGINIO.

¡Veis como soy su padre!.....

Levantando en alto el acero, como para mostrar al pueblo la sangre de su hija.

CLAUDIO.

¡Á mí, lictores!.....

Trémulo de espanto. Los lictores rodean la tribuna, sacando las hachas de las fasces.

VIRGINIO.

¡Yo al averno consagro tu cabeza

Acercándose á Claudio.

Por esta sangre!

Rumores y gritos.

ICILIO.

Pueblo de Virginia,
Acuérdate del pueblo de Lucrecia.

SILVIA.

¡Muera el tirano!.....

Arrancando la espada á un soldado.

ICILIO Y AULO.

¡Libertad!.....

Lanzándose en medio del escenario.

VIRGINIO.

¡Venganza!

Corriendo á asaltar la tribuna de Claudio.

PUEBLO.

¡Muera!

Trábase la lucha. Las mujeres toman parte en ella. Varios lictores y soldados caen muertos, y otros son desarmados por la multitud.

CLAUDIO.

¡Lictores!

De pie en la tribuna y con los brazos abiertos, como queriendo animar á los soldados.

GRITOS GENERALES.

¡Muera! ¡Muera! ¡Muera!

Virginio é Icilio, seguidos de varios del pueblo, asaltan la tribuna de Claudio, defendida por los lictores, algunos de los cuales caen rendidos á sus golpes. Aulo hiere á Marco. Lucha encarnizada en que el pueblo va quedando vencedor, mientras se repiten los tres últimos gritos. Virginia en los brazos de su nodriza, y otras dos mujeres en un ángulo del escenario. Varias madres sólo atienden á salvar á sus hijos.

FIN DE LA TRÁGEDIA.

NOTA.—Esta admirable tragedia se reproduce aquí tal y como se representó é imprimió en la primera edición; pero su insigne autor, al preparar la segunda, hizo tales variantes en la forma que resulta una tragedia completamente nueva. Por eso la reproducimos á continuación copiandola del original escrito de puño y letra de Tamayo, y pudiendo asegurar que es lo último en que empleó su poderosa inteligencia. El público y los críticos, juzgarán de ambas: nosotros creemos que, con ser tan admirable la primera, le supera en mucho la segunda.

VIRGINIA.

SEGUNDA EDICIÓN.

ACTO PRIMERO.

Atrio de la casa de Icilio.

ESCENA PRIMERA.

ICILIO y VIRGINIO; después AULO.

ICILIO.

Númenes, que á mi ruego favorables,
Me dais mujer, en cuyo rostro admiro
Belleza divinal, tomad en pago
Mi corazón de gratitud henchido.
Y tú, por quien tan noble criatura
Vino á la tierra y á mis brazos vino;
Tú, Virginio intachable; tú, modelo
De padres, ciudadanos y caudillos,
Acoge tú benévolo tributo
Que de filial amor te rinde Icilio.

VIRGINIO.

Ya de la diosa prónuba ante el ara
Sangre corrió de puro sacrificio;
Cual para ti, para Virginia dulce,
Ya el farro os liga entre los dos partido;
Ya va tu hogar con ella á iluminarse.
¡Ay! Sin ella mi hogar ¡qué obscuro y frío!
Pero ¿cómo negártela? Del premio

Que ahora recibes te mostraste digno
Cuando, más fuerte el pueblo que el Senado,
Tierras logró del público dominio
Por la tonante voz y el firme empeño,
Y el espantable arrojo tribunicio
Con que benignas leyes demandabas
Al duro prócer y al ansioso rico.

ICILIO.

Jurábamos entonces todavía
Nunca perder el bien que al fin perdimos.
De su postrer monarca vencedora
Después de largo y hórrido martirio,
Libre alentaba Roma, y, siendo libre,
Gemir de nuevo esclava ¡oh mengua! quiso.
Nada el humano aprende en la desdicha,
Y una vez y otra vez corre al abismo
Donde ha de hallar, con reiterado asombro,
Por la misma locura igual suplicio.

Aulo entra con semblante ceñudo por la puerta del foro.

Ven á mis brazos, Aulo, y este día
Conságrese al placer.

AULO.

¿Placer has dicho?
Dolor os traigo, indignación, coraje.
Dentato, el héroe como sér divino
Por la romúlea gente venerado
Y á quien debió la patria más servicios.....

ICILIO.

¿Murió?

AULO.

Murió.

VIRGINIO.

¿Luchando?

AULO.

Sí.

ICILIO.

Tomemos
Del sabino venganza.

AULO.

Muerto ha sido
Por hombres que romanos se apellidan.

VIRGINIO.

¿Engañado no estás?

AULO.

Los decenviros
Fraguaron la traición. No admite duda
La aciaga nueva del atroz delito.

ICILIO.

Salvar de Claudio á Roma pretendía.

VIRGINIO.

Dando sin tregua de su anhelo indicio.

AULO.

Y ahora que bajo el mando militaba
De un malhechor á Claudio siempre adicto.....

ICILIO.

¿Por qué enmudeces?

VIRGINIO.

Habla.

AULO.

Se me anuda
La voz en la garganta al referirlo.
Nuevo lugar donde sin riesgo acampen
Va Dentato á buscar, de un fementido
Las órdenes cumpliendo; cien sicarios
Por escolta llevaba; de improviso
Todos le embisten; contra todos lucha

De riscosa montaña guarecido
En honda grieta, que cerrar consigue
Con valladar de muertos y de heridos;
Pero, fecundo el miedo en villanías,
Á sus contrarios hace aún más inicuos,
Y unos de lejos flechas le disparan,
Otros, del monte que le presta arrimo
Coronando la cumbre, enormes peñas
Sobre él arrojan; y el anciano invicto,
De heridas lleno, exangüe, destrozado,
Alma y acero rinde á un tiempo mismo.

VIRGINIO.

¡Que así murió Dentato!

ICILIO.

¡Claudio muera!

AULO.

¡Mueran los que le ayudan á oprimirnos!

VIRGINIO.

Con vil terror el pueblo los acata
Y que les debe grande beneficio
Negar no puede. Por los diez varones
Juntáronse con leyes del latino
Leyes de Grecia á nave encomendadas
Que el fiero Ponto acarició benigno;
Por ellos hoy ostentan los romanos
En doce tablas su derecho escrito.

AULO.

Concluya, pues, el mando intolerable
Que se les dió con término prefijo
Y un solo fin.

ICILIO.

Para que hicieran leyes,
No para hacer esclavos se le dimos.

VIRGINIO.

Sol nacerá que nos contemple libres;
Ten esperanza.

ICILIO.

Porque espero vivo.
Decretaron los númenes que tema
El opresor, y espere el oprimido.
Mas ¡cuán vano esperar! Los diez autores
De ese funesto código, principio
De tanta ruina, déspotas se hicieron,
Y entre ellos uno ejerce poderío
Que antes nadie ejerció. Calla el Senado
Que, aun sometido al Rey, cumplió su oficio.
Calla el tribuno, rota la concordia
Que tuvo al Sacro Monte por testigo,
Y con que Roma, á punto de extinguirse,
Recuperó su pueblo fugitivo.
Callan, á igual tormento condenados
Y á oprobio igual, plebeyos y patricios.
Todo se humilla. Y mientras hijo espurio
De la ciudad de Rómulo Quirino
Descarga en ella azote ignominioso,
Cércanla triunfadores sus vecinos.
Para salvarla de enemigo extraño
Fuerza es matar primero al enemigo
Por quien opresa está; juntos renacen
La libertad de un pueblo y su heroísmo.
Y, si á los hados plugo que de Roma
No quede en breve ni el menor vestigio,
Muramos, defendiéndola, nosotros,
Antes de haber llorado su exterminio.

VIRGINIO.

Pide la patria á quien salvarla intente,

Más que ciego furor, prudencia y tino.
Amado fué de grandes y pequeños
El sabio, justo, bienhechor Pompilio;
Mas luego el trono, asiento de la culpa,
Rueda á los pies de Bruto y Colatino.
¡Ay, que también los cónsules ejercen
Tiránico poder! ¡Ay, que al peligro
La libertad se rinde acobardada
Y el dictador impera á su albedrío!
Más dura es hoy de Roma la cadena;
Fuera, sin duda, horrible su castigo,
Si hoy que en el campo sin vencer batalla
Promoviera disturbios intestinos.
Yo que tres días há del campo vine,
Y que ahora al fin de nuevo el hierro ciño,
No bien esté Virginia en tu morada,
Parto á lidiar con redoblado ahinco.

Óyese música y rumor lejano.

Pero ¿no oís? Delante de la mía
Júntase y lanza su clamor festivo
El séquito nupcial. Allí me esperan.

Camila entra aceleradamente por la puerta del foro.

ESCENA II.

DICHOS y CAMILA.

CAMILA.

Allí te esperan todos tus amigos:
Los camilos también; los tres mancebos
De cándida pretexta revestidos.
Allí tus deudos ostentando alegres

La rueca y los colmados canastillos
Que de la virgen heredó la esposa;
La esposa allí con rostro purpurino.
Ya se invoca á Talasio, al que ahora es numen,
Y ansia de amor y gloria satisfizo
Cuando por Venus Roma compelida,
Yertos dejó los tálamos sabinos;
Fulgura ya la antorcha de Himeneo,
Causando al par envidia y regocijo;
Llénase el aire de armonía; canta,
Vate ardoroso, triunfos de Cupido.

ICILIO.

Virginia, ven, y adora á mis penates.

VIRGINIO.

Y tus penates mírenla propicios.

Vase por la puerta del foro.

ICILIO.

No tardes, corre, vuela.

AULO.

Bien dijiste;
Los duelos hoy pongamos en olvido.

Se va en pos de Virginio.

ESCENA III.

CAMILA, ICILIO y familiares de éste.

Los familiares de Icilio entran por la izquierda con guirnaldas que ponen en la puerta del foro.

ICILIO.

Pronto, que ya la reina de las flores
Viene hacia aquí. Ya aquí verla imagino.

Ante esa puerta se detiene humilde,
Y, alzándola de tierra los camilos,
Sin hollar el umbral entra en mis lares.
¿Cómo, férvido numen, que incentivo
Para el amor hallaste en hermosuras
De Tiro y Grecia, cómo este prodigio
Del Tíberno me quitas? Mi impaciencia
Piadoso aplaca, aplaca mi delirio,
Si no es mi suerte al ímpetu de gozo,
Para fuerzas humanas excesivo,
Antes morir de que á mi lecho llegue
Beldad mayor que las de Grecia y Tiro.

CAMILA.

La blanca y muelle veste que al deseo
Deja entrever ocultos atractivos;
El ceñidor, de tu ventura emblema,
Pues sólo tú, con celestial permiso,
Desatarle podrás; el tenue velo
Que de la llama el resplandor rojizo
Y el movimiento copia; la guirnalda
Tejida en huerto solitario al brillo
De la deidad nocturna, y la áurea flecha
Medio escondida entre galanos rizos,
Nuevos encantos prestan á la hermosa
De quien eres al par dueño y cautivo.

ICILIO.

No habrá en el orbe esposa más querida.

CAMILA.

Yo solamente para amarla existo.
Yo la estreché solícita en mis brazos
Cuando exhalaba su primer gemido;
Yo la miré pendiente de mi seno
Como de tosco pámpano el racimo;

Y fué perderla mi continuo susto,
Preservarla de mal mi afán continuo;
Y ahora que todo un pueblo á sus virtudes,
Sin cesar halagando mis oídos,
Tributa encomio, llano me parece
De la vejez el áspero camino,
Y en ver me gozo el fruto incomparable
Sazonado al calor de mis suspiros.

La música y el ruido suenan cada vez más cercanos.

ICILIO.

¿Oyes?

CAMILA.

Se acercan.

ICILIO.

Arrostré la furia
De la civil discordia; los conflictos
De Belona arrostré; ¿cuándo en mi pecho
Tan viva agitación y estos latidos?

CAMILA.

Luchan en mí, contento sin medida,
Y temor, cuya causa no adivino.

ICILIO.

¿Quién feliz como yo? ¡Mi esposa llega!
Moradores del cielo, no os envidio.

ESCENA IV.

DICHOS, VIRGINIO, parientes, amigos y familiares de éste, AULO, un POETA, tres mancebos, músicos, VIRGINIA y dos CAMILOS.

Uno de los familiares de Icilio con una ánfora; otro con las llaves de la casa; os parientes de Virginio con una rueca, un huso y canastillos vistosamente engalanados; el poeta, coronado de rosas; los mancebos, revestidos de pretextas blancas; dos de ellos traen teas encendidas, y el otro la antorcha de Himeneo; Virginia, que lleva el traje y los adornos descritos por Camila, se detiene antes de entrar en medio de los dos camilos. La música no deja de oirse hasta que acaba de hablar el Poeta.

ICILIO.

¿Quién eres?

VIRGINIA.

Caya soy.

ICILIO.

Soy Cayo.

Los camilos alzan del suelo á Virginia, y hacen que éntre en la casa de Icilio sin hollar el umbral.

VIRGINIO.

El fuego
Tocad y el agua cual lo manda el rito.

Icilio y Virginia sumergen en el ánfora que tiene uno de los familiares la parte encendida de las teas que traían dos de los mancebos.

Tú la prónuba antorcha luego esconde
Para que no se aplique á maleficios.

El mancebo que lleva la antorcha de Himeneo se va con ella.

ICILIO.

De tu nueva mansión las llaves toma.

Presentando á Virginia las llaves de la casa.

VIRGINIA.

Para velar por ellas las recibo.

EL POETA.

Deja, deja el Olimpo, Himeneo,

Y en demanda de nuevo trofeo
Solícito ven,
Despidiendo risueños fulgores,
Ceñida de flores
La cándida sien.
  Tú precede á Himeneo, Cupido;
Tú, del orbe á tu ley sometido,
Supremo rector;
Tú que enciendes con próvido anhelo
En tierra y en cielo
Vivífico ardor.
  Á tu impulso, robando sabinas,
Trueca Roma su lecho de espinas
En lecho nupcial,
Y Talasio con dulce victoria
Conquista la gloria
Que le hace inmortal.
  Hoy deparas al gran ciudadano,
Cuya voz fué del pueblo romano
Deleite y salud,
La doncella á quien justa la fama
Dechado proclama
De gracia y virtud.
  Prole digna de sangre tan pura
Dé á sus padres en toda amargura
Consuelo eficaz,
Y á su pueblo, pavor de la tierra,
El triunfo en la guerra,
La dicha en la paz.
  Tú precede á Himeneo, Cupido;
Tú, del orbe á tu ley sometido,
Supremo rector;
Tú que enciendes con próvido anhelo

En tierra y en cielo
Vivífico ardor.

VIRGINIO.

Abrázala.

ICILIO.

¡Virginia!

Abrazándola.

Si eres diosa
Que para mí bajaste del Olimpo,
Cuál de ellas eres, dime compasiva.
Juntos en ti fulguran los hechizos
Que vió del Ida el huésped venturoso
En tres de las mayores repartidos.
¿Serás quizá la virgen atenea
Rica en pudor, entendimiento y brío?
¿Quizá de Jove la arrogante esposa?
¿Quizá la madre del vendado niño?
Habla, mi bien, y el culto que me pidas
Te ofrecerá mi amante desvarío.

VIRGINIO.

Quiere tu voz oir; callar no debes.

VIRGINIA.

Harto, callando, lo que siento digo.
Pero no más callar. ¡Al fin me amaste!
¡Yo á ti primero! Al escuchar el ruido
Con que de un héroe el nombre sublimaban
Á cada instante las plebeyas tribus,
Llanto de gozo en mi niñez vertía
Tan dulce nombre repitiendo á gritos.
Te vi después un día que en el foro
Se promovió tumulto repentino,
Y «él es», clamé corriendo desolada
Por entre aceros mil á darte auxilio.

Cuando, con miedo de afligirme acaso,
Mi padre tu demanda y sus designios
Me reveló, ya dentro de mi pecho
Se ocultaba el amor que ahora publico.
Y por los cielos, por la santa madre
Que me quitaron, á mi ruego esquivos,
Juro que, ni aun mirándome en tus brazos,
Posible el logro de mi anhelo estimo,
Porque no es dado á humana criatura
Tanta dicha gozar, ¡oh esposo mío!

VIRGINIO.

Te engendré, te adoré, te pierdo: acata
Ley que el amor impuso á los nacidos;
Y, ya que á un padre hiciste venturoso,
Delicia sé y orgullo de un marido.
Mas ¡ay! que en vano la mujer más pura
Se guarda á veces de atentado impío.
Tan sólo pudo la ejemplar Lucrecia
Vengar su oprobio con feliz cuchillo:
Á tiempo tú, si el deshonor te amaga,
Procura hallar bajo la tierra asilo.
Y dé tu seno á Roma defensores
Que amen á Bruto y odien á Tarquino;
Y vea yo que el júbilo de madre
Sirve de premio á tu filial cariño.

VIRGINIA.

¡Padre!

Abrazándole muy conmovida.

VIRGINIO.

¿Por qué llorar? Sal de mis brazos
Con faz risueña y corazón tranquilo.

Enjugando con la mano las lágrimas de Virginia y llorando él.

ICILIO.

No es mucho que en el llanto las mujeres
Para su pena busquen lenitivo,
Si ven llorar á los soldados.

VIRGINIO.

Lloran
Los soldados también, si tienen hijos.

Voces dentro.

¡Á la lid! ¡Á la lid!

Por la puerta del foro se ven pasar hasta el fin del acto soldados y gente del pueblo corriendo en una misma dirección.

ICILIO.

¡Gritos marciales
Y gente alborotada!

VIRGINIO.

¿Qué motivo?.....

AULO.

Hacia un mismo lugar plebe y soldados
Van en tropel.

Después de haberse acercado á la puerta del foro.

VIRGINIO.

Sepamos del bullicio
La causa.

Yendo hacia el foro.

AULO.

Tente: el decenviro llega.

VIRGINIO.

¡Claudio!

Viéndole.

ICILIO.

¡Claudio en mi hogar!

ESCENA V.

DICHOS, APIO CLAUDIO y doce LICTORES: después TRIARIOS.

CLAUDIO.

Nos han vencido
Los ecuos otra vez, y á Roma quieren
Esclavizar.

ICILIO.

Con triunfo decisivo,
Cadáveres y polvo esclavizaran.

VIRGINIO.

Roma es eterna.

CLAUDIO.

Haced en otro sitio
De ánimo alarde: entrambos con la hueste
Que al campamento amenazado envío
Vais á partir.

ICILIO.

Mis armas.

Sus familiares se las visten.

VIRGINIO.

Hoy debía
Tornar y hoy torno al bélico ejercicio,
Y nunca habré mi acero desnudado,
Con ansia tal de verle en sangre tinto.

CLAUDIO.

Id, y luchad por los benditos muros
En que el romano pueblo tiene abrigo.
Id, y venced.

VIRGINIA.

¡Me dejan!

Reclinando la cabeza en un hombro de Camila. Oyese un toque de bocinas militares, instrumento parecido á la trompeta. Dentro crece el tumulto.

CLAUDIO.

Las bocinas
El aire rasgan.

UN TRIARIO.

Á la lid, Virginio.

Al entrar por la puerta del foro seguido de otros varios. Trae la enseña del águila romana.

VIRGINIO.

¡Á vencer ó morir!

TRIARIOS.

¡Victoria ó muerte!

CLAUDIO.

Yo el águila en tus manos deposito.

Quitándosela al triario que la lleva y dándosela á Virginio.

Vuelva con honra al templo de Saturno.

VIRGINIO.

Cual yo lo sabes: tócame este signo
Llevar y defender: de los triarios
Soy centurión.

Con ufanía.

VIRGINIA.

En vano me reprimo.

A Camila llorando.

ICILIO.

La patria, amenazada, auxilio implora.

Acercándose ya armado á Virginia. Ésta, al verle, domina súbitamente su dolor.

VIRGINIA.

Parte, pelea, muere, si es preciso.

Óyese otro toque de bocina.

CLAUDIO.

¡Á la lid!

Después de haber mirado con torvo semblante á Icilio y Virginia.

TRIARIOS.

¡Á la lid!

Dirigiéndose precipitadamente hacia el foro.

VIRGINIO.

¡Guerra y venganza!

Dirigiéndose también hacia el foro. Al llegar adonde está su hija se pára un momento.

Llora sólo por él, si ambos morimos.

Señalando á Icilio. Vanse todos por la puerta del foro, encaminándose hacia la derecha, excepto los lictores y Claudio, á quien detiene Marco, que, dando señales de inquietud, entra por el lado izquierdo de la misma puerta.

ESCENA VI.

APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO y LICTORES.

MARCO.

Te encuentro al cabo. Dime: ¿esa derrota?.....

A una señal de Claudio los lictores se van por la puerta del foro.

CLAUDIO.

Ficción.

MARCO.

¡Ficción!

CLAUDIO.

De mi rival me libro.

MARCO.

¡Lo imaginé! ¿Qué has hecho?

CLAUDIO.

Aquí esperabas

Tú que me execras y á quien yo abomino

Bien supremo obtener: de aquí te alejo,
Y este envidiado hogar quedó vacío.
Los dos partid en busca de laureles
Y objeto sed de lástima ó ludibrio.
Los dos queréis el mando arrebatarme:
Yo, desdichados, á Virginia os quito.

MARCO.

Si alguien te oyera.....

Mirando con temor hacia uno y otro lado.

CLAUDIO.

Nadie. Estamos solos.
Déjame hablar, gritar. ¡Al fin respiro!

MARCO.

Tan vil pasión reprime, y no desdeñes
De tu leal cliente los avisos.

CLAUDIO.

Vencerme pude cuando hirió mis ojos
La luz de aquel semblante peregrino:
Pude tener oculto y subyugado
Un día y otro día mi apetito;
Mas ¿mi adorada en brazos de un esposo?
¿Ajeno el bien que para mí codicio?
¡No, Marco, no! La vi cual nunca bella,
Luciendo seductores atavíos
Hacia aquí dirigirse. ¡Horrible instante!
Y al verla entrar aquí.....

MARCO.

¿Perdiste el juicio?

CLAUDIO.

Mi agonía calmé.

MARCO.

Con torpe dolo
De que mañana quedarás convicto.

CLAUDIO.

Á Icilio de Virginia he separado
Cuando ya la hospedaba este recinto:
¿Qué importa lo demás?

MARCO.

La esposa virgen
Rechazará tu amor.

CLAUDIO.

Si no consigo
Que á mi clamor benévola responda,
Venceré de otro modo su desvío.
Mi plan conoces.

MARCO.

Tan odiosa trama
De ejecutar desiste.

CLAUDIO.

No desisto.

MARCO.

Son tus contrarios muchos.

CLAUDIO.

Nada temo.

MARCO.

Dando señal de encono vengativo
Á Sicinio Dentato el pueblo llora.

CLAUDIO.

Llórele.

MARCO.

Y pide su gobierno antiguo.

CLAUDIO.

Deja que el pueblo como enfermo iluso
Á dolencia sin cura busque alivio.
Dueño seré de Roma y de Virginia.
Si á estar conmigo en paz luchar conmigo

Prefieren ambas, luchen: yo prefiero
Á ser amado ser obedecido.

Óyese otro toque de bocinas.

Va la hueste á partir.

Con mucha alegría y dirigiéndose hacia la puerta del foro.

MARCO.

Detenla. Aun puedes
Á tiempo remediar el desatino.

CLAUDIO.

Antes haré que para siempre calles.

Volviendo furioso hacia Marco y asiéndole de un brazo violentamente.

MARCO.

¡Piedad! ¡Perdón!

Cayendo á los pies de Claudio.

CLAUDIO.

Acátame sumiso.

Obligándole á levantarse.

MARCO.

Procuraba tu bien.

CLAUDIO.

Amo á Virginia.

MARCO.

Cumple tu anhelo.

CLAUDIO.

Cumplo mi destino.

Va hacia la puerta del foro. Marco le sigue.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Larario de la casa de Virginio. Puerta en el foro. Otra á la izquierda. En el mismo lado un asiento grande, como los que con el nombre de lechos usaban los antiguos romanos. A la derecha, en primer término, una ventana. Más allá el ara de los penates. En los muros trofeos de armas.

ESCENA PRIMERA.

VIRGINIA y CAMILA: aquélla dormida en el lecho; ésta hilando á la luz de una lámpara.

CAMILA.

Aun duerme, sí; pero también de angustia
Señales da la mísera durmiendo.
Tú, en quien por ley benéfica del hado
Tienen los males temporal remedio;
Tú, que á ilusorio mundo nos elevas
Donde mentido gozo hallar podemos;
Paz de la vida, sombra de la muerte,
Irresistible Dios, caro Morfeo;
Tú con la triste, á tu piadoso yugo
Rendida al cabo, muéstrate halagüeño,
Y plácida quietud y alegre dolo
Por ti restauren su abatido esfuerzo,
Ya que al cerrar los párpados lloraba
Y no ha de abrirlos sin llorar de nuevo.

VIRGINIA.

¡No, Claudio! ¡Nunca!

Soñando y como si luchara violentamente con alguien.

CAMILA.

El Hijo de la Noche
Desoye mi clamor.

Levantándose y observando á Virginia.

¡Fatal ensueño!

VIRGINIA.

¡Nunca! ¡Aparta!

CAMILA.

¿Qué haré?

VIRGINIA.

¡Cruel! ¡Impío!
Mi soledad merézcate respeto.
¡No! ¡No! ¡Mil veces no!

CAMILA.

¡Virginia!

Acercándose á Virginia y llamándola.

VIRGINIA.

¡Dioses,
Mi honor salvad!

CAMILA.

Despierta.

Acercándose más y moviéndola.

VIRGINIA.

¡Oh!

Despierta dando un grito, se arroja del lecho, repele bruscamente á Camila y corre de un lado á otro huyendo de ella.

¡Lejos,
Lejos, lejos de mí! No corras, no me sigas
Que no me alcanzarás.

CAMILA.

Vuelve en tu acuerdo.

Siguiéndola.

Camila soy.

VIRGINIA.

¡Camila!

Deteniéndose.

Huyamos.

Corriendo de nuevo.

CAMILA.

Deja

De soñar, infeliz.

Enérgicamente.

VIRGINIA.

Soñaba.

Deteniéndose de pronto.

Es cierto.

Soñaba.

Permanece inmóvil y callada breves momentos. Luego se aproxima á Camila. Ésta se enjuga las lágrimas.

El campo en que á mi padre vimos
Y á mi esposo partir y en que su anhelo
Claudio me descubrió..... Nadie á mi lado.....
Silencio..... Obscuridad..... Fulgor siniestro,
Que de sus ojos parte, las tinieblas
Súbito rompe. Convertida en hielo,
Mover no puedo el pie, la voz me falta;
Y á mí se acerca pavoroso espectro.
Cuando mujer, que ostenta envanecida
Con matador puñal rasgado el seno,
Del cielo baja, postra á mi enemigo,
Y «aquella soy»—prorrumpe—«que, muriendo,
Limpia dejó su fama, y á un tirano
Ahogó en la sangre que vertió su pecho.»
Yo, en tanto, amotinado al pueblo miro,
Á Bruto vencedor, en tierra el cetro
Con que Tarquino esclavizaba á Roma;

Y «Roma gime en nuevo cautiverio:
Sálvela otra mujer: te espero»—dice
La divinal matrona; y, repitiendo
«Te espero», vuela; y, al hender las nubes,
Aun, por última vez, clamó «te espero».
Írguese entonces Claudio embravecido;
Yo entonces voz recobro y movimiento;
Y ¡oh cuán horrida pugna! Como fiera
Me acosa; como fiera le repelo.
Mas ya sus férreas y encendidas manos
En mí se clavan; con su impuro aliento
Llaga mi rostro; mi vigor decae;
Su rabia crece; ¡en vano me defiendo!
¿Yo del oprobio defenderme en vano?
Sueño, Camila, fué; no más que sueño.

CAMILA.

Bien dices, hija: diéronte los dioses
Virtud incontrastable. Sin recelo
Procura descansar.

VIRGINIA.

Aulo no viene.

CAMILA.

Aulo conspira y en lugar secreto
Pasado habrá la noche. Á su morada
Muy luego ha de volver y allí Numerio
Dos avisos dejó. Vendrá. ¿Qué puedes
Temer en tanto?

VIRGINIA.

Ignoro lo que temo.
Temo, Camila.

CAMILA.

Tu inocencia escudan
Los sacros muros del hogar paterno;

Y acaso el hombre altivo que, humillado,
Debió pedir á la razón consejo,
De su empeño desista.

VIRGINIA.

Arraiga mucho
En alma depravada inicuo empeño.
Claudio es el hombre de infamarme ansioso;
Claudio, que goza con el daño ajeno;
Recuérdalo; recuerda sus palabras,
Su instar horrible, su feroz despecho,
Y di que no desmaye á la paloma
Cuando el milano la persiga hambriento;
Pero deja que tiemble y busque auxilio
Quien tiene que evitar más grave riesgo;
Deja que al padre y al esposo envíe,
Por el dolor vencida, mis lamentos;
Deja, Camila, que en tus brazos llore.
Dolor comunicado aflige menos.

CAMILA.

Si por las dos yo sola padeciera.....,
¡Oh qué feliz sería padeciendo!

VIRGINIA.

Llama á Numerio, llámale, y en busca
De Aulo vaya otra vez. Yo se lo ordeno;
Yo se lo pido.

CAMILA.

Irá.

VIRGINIA.

Que al punto vaya,
Que no torne sin él, que torne presto.

Camila se va por la puerta del foro.

ESCENA II.

VIRGINIA.

Acércase lentamente á la ventana y mira hacia fuera, iluminada por el resplandor de la luna.

VIRGINIA.

Pálida reina de la noche umbría,
Corre, termine tu aflictivo imperio,
Y brilla tú que al inocente amparas
Y al malo arredras, generoso Febo.
Ya no responde á mis dolientes ayes
De ave nocturna el grito lastimero;
Ya no se queja rumoroso el Tíber
Llorando el deshonor del patrio suelo;
Ya ni se mueve ni susurra el aire,
De la quietud esclavo y el silencio.
¡Ay! Todo calla mientras yo suspiro:
Todo reposa mientras yo padezco.

Se retira de la ventana.

¿Dónde la turba que á mi lado ufana
Marchaba ayer con ruido placentero?
¿Qué fué de aquella insólita alegría?
Los nupciales ornatos, ¿qué se hicieron?
Torció su rueda la voluble diosa
Y acabó con mi dicha en un momento.
Sacros penates, númenes amigos

Acercándose al ara.

Del venerando hogar en que aún me encuentro,
Virgen cual antes de llamarme esposa,
No rechacéis el llanto que os ofrezco,
Y dadme ver de nuevo á mis amados;
Dadme que pueda sin espanto verlos.

ESCENA III.

VIRGINIA y CAMILA.

CAMILA.

Ya Numerio se va.

Entrando por la puerta del foro.

VIRGINIA.

¿No oyes?

Corriendo hacia la ventana.

CAMILA.

El ruido
Que el esclavo al salir.....

VIRGINIA.

¡Dioses eternos!

CAMILA.

¿Qué pasa?

Corriendo también hacia la ventana.

VIRGINIA.

Varios hombres le circundan.

CAMILA.

Es verdad.

VIRGINIA.

Le afianzan. Y uno de ellos.....
¡Mira!

CAMILA.

¡Claudio! Encerrémonos.

Con gran pavor y corriendo hacia la puerta del foro. Al oir á Virginia se detiene y vuelve á su lado.

VIRGINIA.

¿Qué puerta
No abre un tirano? Sólo hay un remedio.

CAMILA.

¿Cuál?

VIRGINIA.

Escucharle y que me escuche. Vete.

CAMILA.

¡Sola!

VIRGINIA.

Si es fuerza, ven. ¡Maldito el miedo!
Vete.

CAMILA.

Pero ¿qué intentas?

VIRGINIA.

Con mi audacia
De la suya triunfar. Vete.

CAMILA.

Obedezco.

Vase por la puerta de la izquierda.

ESCENA IV.

VIRGINIA y luego APIO CLAUDIO.

VIRGINIA.

Ya le siento acercarse.

Perdiendo el ánimo.

¡Padre, Icilio!
¿Por qué no me acorréis en tanto duelo?
¡Él es!..... ¡Él es!.....

Escuchando con terror los pasos de Claudio. Después recobra su energía, y, como tomando una resolución, se acerca á uno de los trofeos y coge un puñal que se esconde entre los pliegues del cuerpo de la túnica.

Por el honor de Roma
Impávidos luchad; yo guardo el vuestro.

Queda dando la espalda á la puerta del foro.

CLAUDIO.

(Despierta, sola.)

Deteniéndose en la puerta del foro.

El decenviro Claudio
Perdón te pide.

Acercándose á Virginia.

VIRGINIA.

Gratitud le debo.

Volviéndose hacia Claudio.

¿Cuándo el hogar del centurión Virginio
Honra tal mereció?

CLAUDIO.

Si en él penetro
Antes de que la aurora resplandezca.....

VIRGINIA.

¿Es quizá porque fausto mensajero
Nuevas te dió que mi zozobra calmen?

CLAUDIO.

Á repetir que te idolatro vengo.

VIRGINIA.

Harto adivino el móvil que te guía.
Enaltecer mi fama te has propuesto
Fingiendo combatirla, y de mi padre
Y de mi esposo el bélico ardimiento
Galardonar cuando triunfantes vuelvan,
Probándoles mi púdico denuedo.
¿Tú, mientras ambos, á tu voz sumisos,
Lejos de mí batallan como buenos,
Tú querer, ultrajándome, ultrajarlos?
No puede ser; mentira; no lo creo.

CLAUDIO.

Señora la ambición de mi albedrío,
Miré el amor con lástima y desprecio,

Hasta que el numen que al Saturnio humilla
Logró poner á mi arrogancia freno
Por tus ojos, lanzándome irritado
La aguda flecha del amor primero.
Juro al lugar donde en funesto día
Te vi, nunca volver; lo juro y vuelvo.
Pasas y, loco de placer, te miro,
No mirarte jurando al mismo tiempo.
Sé que unánime loa te proclama
De inmaculadas vírgenes modelo,
Y más y más te adoro. Sé que Icilio
Debe llamarte esposa, y crece el fuego
En que arden mis entrañas, atizado
Por la implacable garra de los celos.
Y cada nuevo estorbo comunica
Nuevo incentivo al amoroso afecto.
Y el corazón que en vida tempestuosa
Ni angustias, ni temores, ni deseos
Pudiera conmover, se agita al cabo
Cual peña sacudida por el viento.
Y ya es luchar inútil; ya me gozo
En dar adrede, pábulo al incendio;
Ya el afán de adquirir, la pompa vana
Y el poder y la gloria menosprecio;
Ya para mí despiden tus encantos
La única luz que alumbra al universo;
Ya sin otra esperanza que me anime,
Sin que mi vida tenga más objeto,
Quiero en pago de amor que á entrambos puede
Venturosos cual númenes hacernos
Oponer para entrambos en la tierra
Los mayores suplicios del averno,
Amor capaz de atropellarlo todo,

Amor inextinguible, amor inmenso,
Quiero el tuyo alcanzar. Asiente ó calla.

Notando que Virginia, indignada, va á responderle.

Dueño de Roma soy y he dicho «quiero».

VIRGINIA.

¿Forzar las almas quieres? Ni el humano
Tiene tanto poder, ni Roma dueño.
Padre de Roma, ampara al ofendido.
Padre de Roma, á ti de ti me quejo.
No, que á tus pies humilde y suplicante
Me postro y lloro. Desarruga el ceño;
Mírame compasivo; no te empeñes
En prolongar tu furia y mi tormento.
¿Qué lauro alcanza un hombre peleando
Contra débil mujer? Más alto empleo
Tenga al fin tu valor. El ay escucha
Que en todo hogar resuena; están cubiertos
Los campos de cadáveres; amagan
Pueblos feroces con estrago horrendo
Á la vencida Roma. Y ¿tú lo sufres;
Tú que la riges? ¡No! Blande el acero;
Sálvala, Claudio; y, adorando en ella,
Recobrarás la dicha y el sosiego,
Libre de amor fatal, que amor de patria,
Si arde en el corazón, le llena entero.

CLAUDIO.

Adoro en ti, Virginia, que desdeñas
Impunemente mi ardoroso ruego
Una vez y otra vez. De hoy más, romanos,
Desacatad al hombre que de Venus
Se dejó dominar; de hoy más tenedle,
No por león, sino por vil cordero;
De hoy más, en mofa el susto convertido,

Al déspota mirad trocado en siervo.

VIRGINIA.

Pues te rechazo, basta.

Señalándole con imperioso ademán la puerta del foro.

CLAUDIO.

Ruin plebeya
Rechaza una pasión que engreimiento
Á mujeres ilustres causaría.

VIRGINIA.

Yo de haberla inspirado me avergüenzo.

CLAUDIO.

¿Y amas á otro mortal? Que no responde.

VIRGINIA.

Si respondo que no, jura que miento.

CLAUDIO.

La hora llegó de que tu amor se acabe.

VIRGINIA.

No se acaba el amor si es verdadero.

CLAUDIO.

¡Tanto, Virginia!, ¿tanto á Icilio quieres?

VIRGINIA.

¡Tanto!..... Menos quizá que á ti te execro.

CLAUDIO.

Mía serás aunque me execres.

VIRGINIA.

¡Tuya!

CLAUDIO.

Mía.

VIRGINIA.

¡Por Jove que perdiste el seso!

CLAUDIO.

Precio tú misma á la merced señala.

VIRGINIA.

¿Yo vender mi virtud? No tiene precio.

CLAUDIO.

Persiste: cederás.

VIRGINIA.

Porfía: nunca
Me harás ceder.

CLAUDIO.

¿Ignoras cuánto puedo?

VIRGINIA.

Á reprimir y castigar delitos
Alcanza tu poder; no á cometerlos.

CLAUDIO.

Á todo alcanzará.

VIRGINIA.

Muy luego acaso
De otro mayor invoque el valimiento.

CLAUDIO.

¿Mayor que el mío? ¿Dónde?

VIRGINIA.

En Roma.

CLAUDIO.

En Roma,
¿Quién puede más que el decenviro?

VIRGINIA.

El pueblo.

CLAUDIO.

No solamente fuerza, desdichada;
Tengo también astucia.

VIRGINIA.

Yo, protervo,
Para luchar contigo y mi decoro
Poner á salvo de villano intento,

No solamente á la virtud cariño,
También el odio que me inspiras tengo.

Dentro suena ruido.

CLAUDIO.

¡Silencio!

VIRGINIA.

(Aulo quizá.)

ESCENA V.

DICHOS, AULO, dentro, luego CAMILA, después MARCO CLAUDIO.

AULO.

¿Sois familiares
De Virginia?

VIRGINIA.

¡Esa voz!.....

AULO.

¿Con qué derecho
El paso me cerráis?

VIRGINIA.

¡No hay duda! Es Aulo.

Con alegría.

CAMILA.

¡Aulo!

Entrando por la puerta de la izquierda, y corriendo hacia la ventana.

AULO.

Apartad.

Dentro suena ruido de espadas.

CLAUDIO.

Los hados le trajeron
A la muerte.

VIRGINIA.

¡Socorro!

CAMILA.

En vano lucha

Contra seis.

CLAUDIO.

Morirá.

VIRGINIA.

Vamos corriendo

Á darle auxilio.

Corriendo hacia la puerta del foro.

CLAUDIO.

¡Tente!

Yendo tras ella, y sujetándola con la mano derecha.

MARCO.

¡Ven!

Entrando aceleradamente por la puerta del foro y acercándose á Claudio.

CLAUDIO.

¡Dejarla!

MARCO.

Si aquí nos vieran.

Asiendo del brazo izquierdo á Claudio y procurando hacerle salir.

VIRGINIA.

¡Suelta!

Haciendo desesperados esfuerzos para desprender su mano de la de Claudio. Éste la sujeta con fuerza mayor.

CAMILA.

Los perversos

Redoblan su furor.

VIRGINIA.

¡Aulo!

Llamándole á voz en grito.

CAMILA.

¡Socorro!

VIRGINIA.

¡Aulo!

MARCO.

¿Qué tardas?

CLAUDIO.

En mis manos luego
Para siempre estarás.

Soltando á Virginia, y repeliéndola con impulso tan fuerte que ella pierde el equilibrio, y para no caer tiene que apoyar la espalda en el muro del foro. Apio Claudio y Marco Claudio se van precipitadamente.

VIRGINIA.

¡Maldito seas!

CAMILA.

¡Dioses!

Espantada por lo que ve.

¡Oh!

Dando un grito.

VIRGINIA.

Di.

Dando un paso hacia Camila.

CAMILA.

Cayó.

VIRGINIA.

¡Válgame el cielo!

Cayendo al suelo sin sentido. Camila se acerca á ella.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una plaza.

ESCENA PRIMERA.

VIRGINIA y CAMILA, después AULO.

Virginia y Camila entran corriendo por la derecha.

VIRGINIA.

¡Aulo!

Llamándole y mirando hacia una y otra parte.

CAMILA.

No sigas.

Queriendo detenerla.

VIRGINIA.

¡Aulo!

CAMILA.

Muerto ó vivo
Quizá se le han llevado.

VIRGINIA.

Registremos
Todos estos contornos.

CAMILA.

Aun pudiera
Próximo Claudio estar.

VIRGINIA.

¡Aulo!

CAMILA.

¡Silencio!

Sujetándola.

VIRGINIA.

Pasos.....; Aulo tal vez.

CAMILA.

Ó Claudio.

VIRGINIA.

¡Siempre
Temor!

CAMILA.

Allí podemos escondernos.

Impeliendo á Virginia hacia el pórtico de un edificio.

VIRGINIA.

Mírale.

Con alegría, mirando hacia la izquierda del fondo.

CAMILA.

Sí; no hay duda.

Ambas corren hacia Aulo, que entra por la izquierda del fondo.

VIRGINIA.

¡Aulo!

AULO.

¡Virginia!

Corriendo hacia ella.

VIRGINIA.

¿Estás herido?

AULO.

No. Golpe violento
Postróme en tierra; al punto los cobardes
Que luchaban conmigo huyen dispersos;
Corro tras uno que en distante vía
Logro amagar, al cabo, con mi acero;
Y «en mí—gritó—no es culpa someterme
Del decenviro Claudio á los preceptos».

Súbito el alma entonces siento herida
Por duda atroz, y á demandarte vengo
Qué ha pasado en tu hogar.

VIRGINIA.

Ese hombre.....

Deteniéndose ruborizada, y cubriéndose con las manos el rostro.

AULO.

Acaba.

CAMILA.

Mancharla intenta con oprobio eterno.

AULO.

¿Luego es verdad?

VIRGINIA.

¡Verdad aterradora!

AULO.

¿Cuándo te declaró su torpe anhelo?

VIRGINIA.

No bien quedé sin padre y sin esposo.

AULO.

¿Y ahora á tu lado estaba?

VIRGINIA.

Traicionero
Pudo hasta mí llegar.

AULO.

¿Quiso infamarte?

VIRGINIA.

No me infamó.

Con altivez.

AULO.

¿Tú, gloria de tu sexo,
Por un héroe engendrada y á otro unida,
Tú de liviano amor mísero objeto?
¿Y cómo resistir? La frente dobla:

Tu dueño sea quien de Roma es dueño.

VIRGINIA.

No aumentes mi dolor.

AULO.

Llega, aunque mucho
Tarde en llegar, el día justiciero;
Y acaso en breve aplaudan los romanos
De tu inicuo amador el fin sangriento.

Empieza á llegar gente á la plaza por todos lados.

VIRGINIA.

Vamos. Ya hay gente aquí.

AULO.

Vamos: conviene
Todavía callar.

CAMILA.

Y huir del riesgo.

VIRGINIA.

Nadie me vea.

Dirigiéndose hacia la izquierda seguida de Aulo y Camila.

ESCENA II.

DICHOS. PUBLIO, DECIO, FABIO, MARCELO, CELSA, OCTAVIA, HELVIDIA, MARCO CLAUDIO, ESCLAVOS y PUEBLO; después APIO CLAUDIO y LICTORES.

Publio anda apoyándose en un báculo y guiado por Decio. Marco Claudio y los esclavos entran por el lado izquierdo del fondo.

MARCO.

Tente.

Corriendo á detener á Virginia.

VIRGINIA.

¡Marco!

Retrocediendo.

CAMILA.

¡Dioses!

AULO.

¿Qué pretendes?

Poniéndose delante de Virginia.

MARCO.

Llevármela pretendo.

AULO.

¡Llevártela!

El pueblo se acerca rápidamente al grupo que forman Virginia, Camila y Aulo.

MARCO.

Sé dócil, y no quieras
Que sus manos en ti pongan mis siervos.

AULO.

¿Quién tocarla osará?

FABIO.

Culto excesivo
Marco, sin duda, tributó á Lieo.

VIRGINIA.

Le envía Claudio.

CAMILA.

Sí; Claudio le envía.

AULO.

¿Llegará su impudencia á tanto extremo?

MARCO.

Legal estima Claudio mi designio;
Yo por mi voluntad lo llevo á efecto.

AULO.

¿Qué designio es el tuyo?

MARCO.

Lo que el fraude
Me quitó recobrar.

VIRGINIA.

Tan sólo entiendo
Que algo traman.

AULO.

Explícate.

MARCO.

En presencia
De Claudio á todo responder ofrezco.
Mas tú seguirme debes.

CELSA.

No le sigas.

PUEBLO.

No; no le sigas.

FABIO.

¡Temerario empeño!

PUBLIO.

Lancémosle de aquí.

CELSA.

¡Fuera el osado!

PUEBLO.

¡Fuera!

MARCO.

Escuchadme.

PUEBLO.

¡Fuera!

Apio Claudio entra por el primer término de la izquierda seguido de sus doce lictores.

VIRGINIA.

¡Oh!

Con espanto y huyendo hacia la derecha. El pueblo calla amedrentado.

CLAUDIO.

¿Qué suceso
En cólera os inflama?

MARCO.

Apoderarme
De Virginia he querido, y con pretexto
De socorrerla, escándalo movía
Gente contraria al público sosiego.
Tú mi demanda apruebas, decenviro,
Y eso me basta.

CLAUDIO.

Con dolor la apruebo.

AULO.

¡Que de Virginia Marco se apodere!

PUBLIO.

¿Por qué?

CELSA.

Dilo.

PUEBLO.

¿Por qué?

MARCO.

Vais á saberlo.

PUEBLO.

Callad, oíd.

Movimiento y rumor con que el pueblo manifiesta su curiosidad. Luego calla y presta viva atención á lo que Marco dice.

MARCO.

La esposa de Virginio
Debió temer que de su estéril lecho,
Desamándola, huyera el ciudadano
Á quien no daba prole; y cuando lejos
Él y yo militábamos, encinta
Fíngese audaz, con el mayor secreto
De mi esclava Domicia el parto adquiere
Y como propio osténtale mintiendo.

VIRGINIA.

¡Dioses! ¡Madre!

AULO.

¡Esto más!

CAMILA.

¡Virginia esclava!

PUBLIO.

¿Qué dice ese hombre?

MARCO.

La verdad refiero.
Aun estaría oculto el latrocinio
Si ayer Domicia, á quien se dió tormento
Para que nueva culpa declarase,
La antigua al fin no hubiera descubierto;
Al fin, por ley sagrada, que devuelve
Á cada cual lo suyo, recupero
Lo que parió mi sierva.

AULO.

¡Horrible trama!

CAMILA.

¡Vil impostura!

VIRGINIA.

¡Audacia sin ejemplo!

CELSA.

Yo conozco á Virginia.

PUBLIO.

Con su padre
Yo he militado.

FABIO.

Con su padre, cierto;
Hija es del centurión.

El pueblo da señales de asentimiento.

AULO.

Inventa dolo
Menos inverosímil.

MARCO.

Nada invento.

PUBLIO.

Patraña es cuanto dices.

PUEBLO.

¡Sí!

MARCO.

Me injurian.

Acercándose á Claudio como para buscar su apoyo.

CLAUDIO.

Yo lo que ha dicho afirmo.

Con energía, dirigiéndose al pueblo para contenerle.

VIRGINIA.

Yo lo niego.

Con altivez, dando un paso hacia Claudio.

CLAUDIO.

Naciste esclava.

VIRGINIA.

Esclava, te odiaría;
Libre, te odio también y te desprecio.

El pueblo da señales de aprobación.

CELSA.

¿Quién sierva te llamó?

PUBLIO.

¡Por Jove, Claudio,
Que, si no es libre, intenta parecerlo!

VIRGINIA.

¡Y hubo quien se atreviera las cenizas
De mi madre á insultar! Ya que mi esfuerzo
Vano quieres hacer, ¿por qué no empleas

Para lograr tu afán distintos medios?
Yo, Claudio, soy quien tu coraje enciende;
Sobre mí, sin piedad, lanza veneno;
Pero á la honrada cónyuge respeta,
Respeta la memoria de los muertos.

CLAUDIO.

Estéril fué del centurión la esposa;
Tú de ella no eres hija, lo sostengo.

VIRGINIA.

Álzate del sepulcro, y la impostura
Ven, madre, á confundir, yo te lo ruego,
Por el placer con que en tu seno un día
Del fruto de tu amor sentiste el peso.

CLAUDIO.

Tu dueño te reclama.

AULO.

Y tú no puedes
Sentenciar sin juzgar.

PUBLIO.

Sentencia luego
Que hayas juzgado.

CELSA.

¡Y mira cómo fallas!

PUEBLO.

¡El juicio! ¡El juicio!

CLAUDIO.

Vamos, ya os precedo.

Dando algunos pasos hacia la derecha.

MARCO.

Al foro.

Queriendo asir de una mano á Virginia.

PUEBLO.

Al foro.

AULO.

Aun no. Llámase padre

Rechazando á Marco.

De esta mujer un ínclito guerrero.

CELSA.

Tiene Virginia á Icilio por esposo.

FABIO.

Ambos ayer de la ciudad partieron.

PUBLIO.

Que vuelvan.

PUEBLO.

Sí.

OCTAVIO.

¡Piedad!

PUEBLO.

¡Piedad!

CELSA.

¡Justicia!

CLAUDIO.

Nunca yo he de negarme á complaceros.

PUEBLO.

¡Víctor! ¡Víctor!

MARCO.

No olvides que entretanto
Pudiera huir mi esclava.

CLAUDIO.

Por encierro
Ajeno albergue tenga.

MARCO.

El mío.

VIRGINIA.

¡El tuyo!

Retrocediendo con espanto.

PUEBLO.

Marco, no..... Marco, no.

CLAUDIO.

Yo, como recto;
Yo, á mostrarme clemente decidido,
La guardaré bajo mi propio techo.

VIRGINIA.

¡Tú!

CAMILA.

¡Con él!

AULO.

Escuchad: Claudio á Virginia

Dirigiéndose al pueblo en voz muy alta.

Profesa amor que le inspiró el averno.

CAMILA.

Á viva fuerza su virtud combate.

VIRGINIA.

Y yo, romanos, mi virtud defiendo.

El pueblo manifiesta su indignación con gestos y ademanes y con rumores prolongados.

HELVIDIA.

¿Será verdad?

CELSA.

Quien dude que le mire.

Mirando á Claudio audazmente.

FABIO.

Ya se nos dió la clave del misterio.

PUBLIO.

Ya nueva infamia nos deshonra á todos.

A una señal de Claudio, los lictores sacan las hachas de las fasces.

MARCELO.

Todos vuestra osadía pagaremos.

PUEBLO.

Todos.—Sí.

El pueblo, amedrentado, se va retirando poco á poco hacia el foro.

CLAUDIO.

Calumniándome pretenden
Eludir la justicia. Nadie asenso
Á tal calumnia dé; nadie con voces
De rebelión se atreva á defenderlos.

De la gente del pueblo sólo quedan en primer término Publio, su hijo y Celsa.

CELSA.

No los defiende nadie.

Señalando al pueblo que guarda silencio profundo, sin atreverse á mirar á Claudio.

PUBLIO.

El nombre sólo
De Roma queda ya; sólo el recuerdo.

AULO.

No; Roma vive: si matarla quieres,
Tirano, ven y mátala en mi pecho.

CLAUDIO.

Herid.

A los lictores, algunos de los cuales se dirigen hacia Aulo con las hachas levantadas. El pueblo se aleja más y más con rumores que denotan su espanto.

VIRGINIA.

¡Perdón!

Poniéndose delante de Aulo.

CLAUDIO.

Con tal que me obedezcas.

Los lictores se detienen.

VIRGINIA.

No busques muerte inútil.

A Aulo en voz baja.

. Aun ileso
Resplandece mi honor, y en ti confío
Y en oculto puñal.

Tocando el que lleva escondido en el cuerpo de la túnica.

Sí; te obedezco.

A Claudio, acercándose á él.

CAMILA.

Yo de ti no me aparto.

Asiéndose á Virginia.

CLAUDIO.

Aparta.

Rechazando violentamente á Camila.

CAMILA.

¡Oh!

Cediendo al impulso y dando muestras de dolor.

VIRGINIA.

Mira
Con quien te ensañas.

En tono de reconvención desdeñosa.

Vamos.

Da un paso hacia la derecha y luego se detiene contemplando al pueblo.

¡Plegue al cielo
Que nunca más en cuanto Febo alumbra
Se vea otra mujer cual yo me veo!

CLAUDIO.

¿No vienes?

Acercándose á Virginia y asiéndole una mano.

VIRGINIA.

Sí; mas con tu mano impía
Mi honrada mano profanar te vedo.

Alejándose de Claudio rápidamente.

Vamos.

Vuelve á dirigirse hacia la derecha, y se detiene otra vez.

¿Por qué los númenes permiten
Que nazcan fieras con humano aspecto?
¡Ah, perdonad! Vuestro designio acato:
Al malo hacéis para probar al bueno.

CLAUDIO.

Á la fuerza llevadla: yo os lo mando:

A los lictores.

Harto esperé sufriendo sus denuestos.
Á la fuerza.

Dos lictores se acercan á Virginia.

VIRGINIA.

En buen hora.

Encarándose con los lictores como provocándolos á cumplir el mandato de Claudio. Los lictores se turban y permanecen inmóviles.

No se atreven
Á cumplir el inicuo mandamiento.
No, no se atreven. Nunca dos malvados
Tan grandes como tú viven á un tiempo.
Vamos.

Vase arrogantemente por el primer término de la izquierda seguida de los lictores, de Claudio y de Marco y sus esclavos.

AULO.

Aguarda aquí.

A Camila, y vase por el lado derecho del foro.

ESCENA III.

CAMILA, PUBLIO, DECIO, FABIO, MARCELO, CELSA, OCTAVIA, HELVIDIA y PUEBLO.

CAMILA.

La luz me falta;

Mi pie vacila; respirar no puedo.

Déjase caer en las gradas del pórtico de un edificio, reclinando en una de ellas la cabeza.

CELSA.

Yo te admiro, Virginia.

Mirando hacia el sitio por donde se fué.

HELVIDIA.

¡Ay de su esposo!

OCTAVIA.

¡Ay de su padre!

PUBLIO.

¡Oh noble compañero!
¿Quién nunca imaginó que fuese herida
Tu augusta ancianidad con tanto duelo?
¿Quién que pudiera en Roma cometerse
Tamaña villanía?

MARCELO.

Sé discreto,
Y no con loca audacia nos expongas
De Claudio á los furores.

Voces del pueblo.

Los plebeyos
¿Qué hemos de hacer?—Si es malo el decenviro,
No era el cónsul mejor.—Al daño ajeno
Ya compasión mostramos.

PUBLIO.

¡Y aún se ufanan
De su ruin cobardía!

MARCELO.

Calle el ciego.

PUBLIO.

Á los que veis no envidio: vuestros ojos,
Que pueden ver á Claudio, no os sirvieron

Para acabar con él.

CELSA.

Logren los míos
Mirarle en tierra desangrado y yerto,
Y aunque cieguen después.

El escenario se habrá obscurecido, y ahora brilla un relámpago.

OCTAVIA.

Todo presagia
Tormenta horrible.

MARCELO.

Amaga el firmamento
Y amaga Claudio á Roma.

Con acento de terror.

HELVIDIA.

¡Fabio!

Yendo hacia él y obligándole á seguirla.

OCTAVIA.

¡Emilia!

Asiendo de la mano á una niña y tomando en brazos á un niño de muy corta edad.

VOCES DEL PUEBLO.

Vamos.—Andad.—Venid.

El pueblo, sobrecogido de pavor, se va precipitadamente por distintos lados.

CELSA.

Permite, viejo,
Que acaricie tus canas.

Le coge la cabeza con ambas manos, y, empinándose, le besa en ella.

PUBLIO.

¡Si los hombres
Fueran, niña, cual tú!

CELSA.

Cónsul protervo,
Porque mi padre libertad pedía,

Condenóle á morir. Sobre su cuello
Vi yo caer el hacha matadora;
Yo su cabeza levanté del suelo;
Yo la besé bebiendo, enloquecida,
Sangre que hervir en mis entrañas siento,
Y yo también execro á los tiranos
Sin la ignominia de tenerles miedo.

Suena un trueno lejano.

Acompañarte déjame, y, unidos
Maldigamos á Claudio al són del trueno.

Vanse Publio, Decio y Celsa.

ESCENA IV.

CAMILA y AULO: después VIRGINIO.

Aulo entra por donde se fué y se aproxima á Camila, que no levanta la cabeza hasta que le oye hablar.

AULO.

Anímate. Del padre y del esposo
En busca irá mi deudo predilecto,
Y Porcio, Julio y Máximo, que deben,
Como yo, por solemne juramento
Á Claudio combatir, pronto á mi lado
En mi albergue estarán. Ponte en acecho
Junto al de ese hombre tú.

CAMILA.

¡Vana esperanza!

Al dirigirse hacia la izquierda, ve á Virginio, que entra por el foro del mismo lado.

¡Oh!

Deteniéndose.

AULO.

¿Qué?

Volviéndose hacia Camila al oir el grito que ésta da.

¡Virginio!

CAMILA.

¡Él es!

Aterrorizada.

AULO.

¡Tú aquí!

VIRGINIO.

No vuelvo
Por causa triste.

Yendo con semblante alegre hacia Aulo y Camila.

Sin temor ni pena
Recibirme podéis. No ha sido adverso
En lid reciente el hado á nuestras armas.
Llegar al bien guardado campamento
Se nos vió con asombro; y el caudillo,
Recelando que fuera de los ecuos
Pérfida estratagema la noticia
Que motivó el envío del refuerzo,
Por si atacar á Roma proyectaban
Volver nos hizo.

AULO.

Todo lo comprendo.
Claudio fingía.

VIRGINIO.

¿Qué fingía?

AULO.

¿Viene
Contigo Icilio?

VIRGINIO.

No. Yo poco trecho

Delante de la hueste vengo solo
Para anunciar su próximo regreso.
Pero ¿y Virginia?

Dirigiéndose á Camila, que prorrumpe en llanto congojoso.

¿Lloras?

AULO.

¡Tarde vuelves!

VIRGINIO.

¿Tarde?

AULO.

¡Infeliz!

VIRGINIO.

¿Qué pasa?

CAMILA.

¡Me estremezco!

VIRGINIO.

¿No respondéis?

AULO.

Valor.

VIRGINIO.

¡Valor!..... ¿Acaso?.....

Asaltado repentinamente del temor de que Virginia haya muerto.

¡Ay, que para morir basta un momento!

CAMILA.

Virginia vive.

Con presteza.

VIRGINIO.

¡Vive!

Con gozo.

AULO.

No te alegres.

VIRGINIO.

Hablad.

Con airada impaciencia.

AULO.

Estaba aquí.

Aulo y Camila se acercan mucho á Virginio, que queda en medio de los dos y hablan muy de prisa, quitándose la palabra de la boca. Virginio vuelve la cabeza alternativamente hacia el uno y la otra, dando señales de estupor.

CAMILA.

Vino resuelto
Á quitárnosla Claudio.

VIRGINIO.

¿Claudio?

AULO.

En breve
Silencio impuso al abatido pueblo.

CAMILA.

Y llevósela.

VIRGINIO.

¿Adónde?

AULO.

Á su palacio.

VIRGINIO.

¡Cómo!

CAMILA.

Asegura que nació del seno
De una esclava de Marco.

VIRGINIO.

¡Eh!

AULO.

De una esclava,
Que, fraude, hasta ahora oculto, cometiendo,
Se la vendió á tu esposa.

VIRGINIO.

¿Qué?

CAMILA.

De auxilio
Privarla quiere.

VIRGINIO.

¿Sí?

AULO.

Lascivo fuego
Siente por ella.

VIRGINIO.

¿Sí?

CAMILA.

Fué rechazado
Por ella.

VIRGINIO.

¿Sí?

CAMILA.

Cególe su despecho.

AULO.

Y á ultraje la condena que sería
De la más vil mujer suplicio horrendo.

VIRGINIO.

Pero ¿es verdad? ¿No sueño? ¿No deliro?
¿No deliráis? Decídmelo de nuevo.
¿Que ama á Virginia Claudio? ¿Que persigue
Claudio á Virginia con feroz intento?
¿Y había gente aquí, gente romana
Que vió impasible el bárbaro atropello?
No temas tú que á Roma tiranizas.
El pueblo que es esclavo debe serlo.

AULO.

¡Venganza!

Truena de nuevo.

CAMILA.

Jove su furor pregona.

VIRGINIO.

El mío bastará.

Dando un paso hacia la izquierda.

AULO.

No te detengo;
Mas para entrar allí la astucia emplea.

VIRGINIO.

De un familiar de Claudio ayuda espero.

AULO.

Á ser la astucia vana, obre el coraje.

CAMILA.

Entrarás.

VIRGINIO.

Entraré.

AULO.

Luego, muy luego
Yo con valientes que luchar codician
Te seguiré.

VIRGINIO.

Por nuestro honor luchemos.

AULO.

Por nuestra libertad.

VIRGINIO.

Por nuestros hijos.

AULO.

A Icilio espera tú.

CAMILA.

Corro á su encuentro.

VIRGINIO.

Tardar no puede.

CAMILA.

¡El cielo nos ampare!

Corriendo hacia la izquierda del foro.

AULO.

Armada va con escondido hierro.

Corre hacia la derecha del foro.

VIRGINIO.

Pues si he de hallarla deshonrada ó muerta,
Muerta, dioses, ¿lo oís?, muerta primero.

Corre hacia el primer término de la izquierda.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Cámara del palacio de Apio Claudio. Puerta en el foro y otra á la izquierda. En el mismo lado un lecho como el del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

APIO CLAUDIO, un AUGUR, MARCO CLAUDIO y ESCLAVOS.

Claudio, tendido en el lecho y como acabando de volver de un leta'go. Marco á su lado contemplándole. El augur, revestido de la trábea y con el lituo en la mano, cerca del proscenio. Los esclavos, arrodillados en el foro. Instantes de silencio.

AUGUR.

Ya el éter se ilumina; ya los vientos
En sus profundas cuevas se encerraron,
Ya no se ven amenazantes llamas
Precursoras del trueno.

CLAUDIO.

Aun el letargo,
De que víctima fuí, mi sangre hiela.

Incorporándose en el lecho. Los esclavos se levantan.

AUGUR.

Cesan festejos y solemnes actos;
Calla la vida en plazas y en hogares;
Su calma pierde el corazón más bravo
Cuando olímpico estrépito retumba
Y las nubes se encienden con el rayo.

De este palacio al pórtico debía
Contra el cielo refugio: me llamaron
Tus siervos y acudí. ¿Qué ordenas?

CLAUDIO.

Todos
Lejos de aquí esperad.

Levantándose. Marco y los esclavos se van por la puerta del foro hacia la izquierda.

Augur, reclamo
Tu auxilio. Escucha, y para siempre olvida,
Si la luz no te ofende, mi relato.

AUGUR.

Sean de mi prudencia fiadores
Este lituo y mis canas.

CLAUDIO.

Idolatro
Á una mujer que me aborrece: quise
Vencer en la demanda mal su grado;
Y hoy que en estrecha cárcel recluída
Ya no esperaba de la tierra amparo,
El del cielo invocó: de pronto el cielo
Da respuesta á la súplica tronando,
Y «el cielo me defiende: tiembla», dijo,
Y temblé como tiemblo al recordarlo.
«Huye», exclamó, y en angustiosa huída
Busco alivio al terror con que batallo,
Y á un sitio y otro corro, y donde quiera
Nueva amenaza y nuevo sobresalto.
Rásgaseme la toga con chirrido
Que mis entrañas punza como dardo;
Ave agorera mis cabellos roza;
Negro can á mi vista pasa aullando;
Quiero ofrecer rendido á mis penates

Propiciatoria miel en áureo vaso,
Y otra vez el relámpago fulgura
Y yo á mis pies convulso la derramo.
Crece el furor de la tormenta; crece
La horrible obscuridad; crece mi espanto;
Mortal congoja el corazón me oprime,
Y al fin en tierra sin aliento caigo.
¿Qué significan, dime, los augurios
Que así mi pecho y mi razón turbaron?
No calles, no: tu ministerio ejerce;
De lo futuro muéstrame el arcano.

AUGUR.

Antes la paz recobra.

CLAUDIO.

Me engañaba;

Con vehemente elegría.

Sin motivo temblé, ¿no es cierto? Caro

Mirando hacia la izquierda.

Va mi susto á pagar. Suya la culpa,
Suya no más, si á un tiempo le arrebato
Vida y honor.

AUGUR.

(¡Tan joven! ¡Tan hermosa!)

CLAUDIO.

Quizá la angustia con que lucho en vano
Tenga en su muerte el único remedio.

Yendo precipitadamente hacia la izquierda.

AUGUR.

¡Ay de ti si ella muere, desdichado!

Como asaltado de repentina inspiración y con voz enérgica y solemne.

CLAUDIO.

¿Por qué?

Deteniéndose. Luego corre hacia el augur.

AUGUR.

Ya entiendo los augurios, causa
De tu pavor: ya puedo interpretarlos.

CLAUDIO.

Intérprétalos: di.

Con ansiedad y miedo.

AUGUR.

No quiere el cielo
Qué en su honra esa mujer padezca agravio,
Y morirá si mancillarla intentas.

CLAUDIO.

Muera.

AUGUR.

Morid; que por estrecho lazo
Ligada está su vida con la tuya,
Y casi al par feneceréis entrambos.

CLAUDIO.

¡Qué oigo! ¿Te burlas? ¿Desatinas? ¿Mientes?

AUGUR.

Habla á la tierra por mi boca el hado.

CLAUDIO.

¿Será verdad?

AUGUR.

Sacrílego, no dudes,
Y arranca de tu pecho anhelo infando,
Ó en breve morirás.

CLAUDIO.

¡En breve!

AUGUR.

Anuncian
Dolor las aves con su vuelo y canto:
Víctima, ayer á Jove consagrada,
Claro indicio mostró de mal cercano.

CLAUDIO.

Y ese funesto vínculo ¿no puede
Rompense á Jove dones tributando?

AUGUR.

Es el hado inmutable: sus decretos
Nunca jamás en balde se dictaron,
Cuando Virginia muera.....

CLAUDIO.

No la nombres

AUGUR.

Cuando Virginia muera, á ser juzgado
En el orco prepárate.

CLAUDIO.

Adivino,
Mal á Claudio conoces.

Con mal reprimida cólera.

AUGUR.

¡Ay de Claudio
Cuando Virginia muera!

CLAUDIO.

¿Y aún no callas?

Yendo hacia él con aspecto amenazador.

AUGUR.

¡Ay del que hiere á la inocencia ufano!

Deteniéndole con la mirada y el ademán.

¡Ay del impío en cuyo rostro el sello
De eterna maldición miro grabado!

Vase lentamente por la puerta del foro hacia la derecha.

ESCENA II.

APIO CLAUDIO.

«Y morirás si mancillarla intentas,
Y casi al par feneceréis entrambos.»
Díjolo así quien logra la mirada
Clavar en lo futuro, y algo extraño
Cuanto me pasa indica. No es afecto
Natural este afecto malhadado
Que humilló de repente mi albedrío
Y hace en todo mi sér tan hondo estrago:
Que es sobrehumano influjo el que me arrastra,
De mi enemiga en pos. ¿Cómo dudarlo?
¿Quiere tal vez providencial destino
Que hacia secreto fin juntos vayamos?
«Y morirá si mancillarla intentas.....»
Si muere, y creo que divino fallo
Me condena á seguirla..... El moribundo,
Con la esperanza de vivir, lejano
Ve su próximo fin: yo á mí la muerte
Llegar vería de esperanza falto.

Pausa.

Mas ¿qué dudo? ¿qué temo? No es posible
Que estén á malograrse destinados
Hechizos con que á humana criatura
Sólo una vez los dioses adornaron.
Osténtase mi amada todavía
De la existencia en el Abril lozano;
Aquel semblante en púrpura teñido
Fuerza vital pregona. Como avaro
Yo guardaré su vida, sin que el cielo

De mi pasión me niegue el justo lauro.
Otra pausa.
El cielo calla, y su fulgor más puro
Despide el luminar rey de los astros.
Augurios, terroríficas visiones
Fueron quizá de mi demencia parto.
Mi demencia acabó. Y aún solo impero.
Y aquí Virginia está. Vuelva á mi lado.
Da un paso hacia la izquierda y se detiene.
No, la aflicción no mata..... Dura poco
Pena á que sirve de consuelo el fausto.....
Yo con los bienes todos de la tierra
Puedo halagarla. Y si el fatal presagio
Ha de cumplirse, cúmplase. En mi pecho,
Para el miedo el furor no deja espacio.
Rompa la plebe airada su cadena.
Venga otra vez la tempestad bramando.
¡Todo en vano será! Te adoro, ingrata,
Y á ti me impele el fuego en que me abraso.
Va precipitadamente hacia la izquierda y abre la puerta que hay en aquel lado.
¡Virginia!
Llamándola con acento imperioso.

ESCENA III.

APIO CLAUDIO y VIRGINIA.

Virginia va lentamente hacia el proscenio, y allí se detiene sin mirar á Claudio. Éste la contempla en silencio algunos instantes, y después se acerca á ella.

CLAUDIO.
¿Ves que nadie te socorre,
Que todo se doblega á mis mandatos?

Cede, que sola estás; ¿lo escuchas? Sola.

VIRGINIA.

Conmigo està el pudor.

CLAUDIO.

Débil resguardo
Contra mi anhelo.

VIRGINIA.

¡Anhelo abominable!
Tú ceja en tu propósito.

CLAUDIO.

Del arco
Despedida la flecha, atrás no vuelve:
Tal es mi voluntad.

VIRGINIA.

Mira, insensato,
Que nunca falla la justicia eterna.
Mira cuánto padezco.

CLAUDIO.

En lloro amargo
Trocóse la arrogancia.

VIRGINIA.

¿Qué sería
De un infeliz si le faltase el llanto?
Piadoso enjuga el que mi rostro baña.

CLAUDIO.

Yo tu piedad imploro, y no la alcanzo.

VIRGINIA.

Hay en Roma un hogar. Ya en él me viste,
Donde lejos del tráfago mundano
Se deslizó mi vida mansamente
Como arroyo entre flores por el prado,
Sin que ni un solo punto las virtudes
Dejaran de mostrarme sus encantos.

Reposa allí de sus fatigas, culto
Dando al honor, ilustre veterano;
Allí con voces, que oigo todavía,
Del sueño de la muerte procuramos
Despertar á mi madre: todo es puro
Con su recuerdo allí, todo es sagrado.
Á esa morada llévame, y logremos
La dicha tú de remediar los daños
Que al inocente aflige, yo la dicha
De bendecir el nombre del culpado.

CLAUDIO.

¿Para que luego á título de esposo
Reclame tu obediencia mi adversario,
Y él goce y yo padezca? Por amante
Á Claudio ten ó le tendrás por amo.

VIRGINIA.

Tiranizar, mintiendo, á un pueblo iluso;
De cuanto el mundo acata hacer escarnio;
Gozar el fruto del sudor ajeno;
Sangre verter de insignes ciudadanos;
Contra débil mujer, que su honra guarda,
Brutal violencia usar y aleve amaño;
Esas tus glorias: glorias á que el cielo
Da como justo el merecido pago.
Sí, que en la cumbre del poder te miras
Á inacabable angustia condenado,
Porque á sí propia la maldad se ofende,
Porque al hacer temblar, tiembla el tirano:

CLAUDIO.

Agráviame: te adoro. Un sí, Virginia,
Y cuanto anheles obtendrás en cambio:
La libertad, riquezas, poderío.....
¿Roma colmara tu ambición acaso?

Tuya Roma será.

VIRGINIA.

Se estima en poco
Y se da fácilmente lo robado.

CLAUDIO.

Pues ablandar tu pecho no consigo,
Ciega y loca mujer, le haré pedazos.
Quiérelo así mi amor.

VIRGINIA.

¡Maldito sea
Tu amor que al odio se parece tanto!

CLAUDIO.

Llora á tu esposo y á tu padre llora.

VIRGINIA.

Tú los puedes matar: yo no los mato.

CLAUDIO.

Morirán á tu vista.

VIRGINIA.

Sin oprobio.

CLAUDIO.

Cede, ó tú morirás.

Fuera de sí.

VIRGINIA.

Venga el descanso.

Con gran serenidad.

CLAUDIO.

Piénsalo bien: la muerte.

VIRGINIA.

Soy romana.

CLAUDIO.

Pierdes la vida.

VIRGINIA.

La inocencia salvo.

CLAUDIO.

No ha de matarte el hombre que te adora.
No mi rencor; mi anhelo satisfago.

Yendo hacia ella con los brazos abiertos.

VIRGINIA.

Un paso más, y abrazas un cadáver.

Alejándose de Claudio y poniéndose encima del pecho la punta del puñal que llevaba oculto.

CLAUDIO.

¿Qué haces? ¡Morir!

Inmóvil y lleno de terror.

Detente.

Dando un paso hacia ella.

VIRGINIA.

Un solo paso.

En la misma actitud y retrocediendo.

CLAUDIO.

¡Oh no!..... ¡Perdón!..... ¡Piedad!

Andando hacia atrás rápidamente y sin apartar de ella los ojos.

Suelta ese acero.
Suéltalo. Dame.

Yendo de nuevo hacia Virginia sin poder contenerse.

VIRGINIA.

Aparta.

Amenazándose con el puñal.

CLAUDIO.

Sí, me aparto.

Alejándose.

Más..... Más aún..... Me iré..... Tú sola mandas.
Yo te obedezco y á tus pies me arrastro.

Cayendo á los pies de Virginia.

Fingí querer matarte..... ¡Vive!..... ¡Vive!.....
¡Ay, que si mueres tú!..... Los dos vivamos.

VIRGINIA.

¿Temes conmigo en el sepulcro hundirte?
¿Sí? Pues el hierro en mis entrañas clavo.

Con gozo levantando de nuevo sobre su pecho el puñal. Claudio da un grito y, despavorido, se pone en pie.

ESCENA IV.

DICHOS y VIRGINIO.

VIRGINIO.

¡Hija!

Dentro.

VIRGINIA.

¡Mi padre!

CLAUDIO.

¡Oh rabia!

Virginio sale por la puerta del foro.

VIRGINIA.

¡Padre mío!

Corriendo á precipitarse en los brazos de Virginio.

VIRGINIO.

Ya no está sola; mira: está en mis brazos.

VIRGINIA.

¡Llegaste al fin!

VIRGINIO.

Llegué..... Mas quita y habla.

Apartándola de sí.

VIRGINIA.

¿Tú rechazarme?

VIRGINIO.

Sepa este cuitado
Si aún te puede abrazar.

VIRGINIA.

Por vez primera
Me creo digna del paterno halago.

VIRGINIO.

¿Pura cual antes?

VIRGINIA.

Sí.

VIRGINIO.

¿Venciste? ¿Cómo?

Sin acabar de dar crédito á su ventura.

VIRGINIA.

Vencí, la muerte impávida arrostrando
Por salvar el honor. Cual tú peleo,
Y también, como tú, laureles gano.

Con gozo y ufanía.

VIRGINIO.

¡Oh de tu honor invicta defensora,
Recibe mis caricias y mi aplauso!

Abrazándola impetuosamente.

Y yo sentí que el fruto de mi lecho
No pudiera ceñirse el férreo casco!
En ti, mi bien, la mujeril ternura,
Y en ti del hombre el ánimo esforzado.

VIRGINIA.

Envídianos: las almas inocentes
Hallan consuelo en el mayor quebranto.

Á Claudio, sin desasirse de los brazos de su padre.

VIRGINIO.

¡Culpa la tuya atroz! ¡Dichosa culpa
Que su virtud á conocer me ha dado!

CLAUDIO.

Algún traidor me vende; y tú, Virginio,
Como ladrón asaltas mi palacio.

VIRGINIO.

Imperas, Claudio, tú, y el imperante
Siempre fué de los súbditos dechado.

CLAUDIO.

Y ¿á qué vienes?

VIRGINIO.

¡Por Hércules, que vengo
Á sacarla de aquí!

CLAUDIO.

Yo aquí la guardo
Cumpliendo mi deber.

VIRGINIO.

Maldad tan grande
Se haya visto quizá; no tal descaro.

VIRGINIA.

¡Cielos!

Temiendo por su padre.

VIRGINIO.

Ven, hija mía.

Asiéndola de una mano.

CLAUDIO.

¿Es hija tuya?

VIRGINIO.

¿Tú no lo sabes?

Deteniéndose.

CLAUDIO.

Á inquirirlo vamos.

VIRGINIO.

¡Y á mí también que es hija de una esclava
Se atreverá á decirme este malvado!

Soltando á su hija y yendo hacia Claudio con ademán amenazador.

VIRGINIA.

¡Padre!

Corriendo á contenerle.

VIRGINIO.

Tú padre, sí; tu padre. Dicen
Que tu padre no soy. ¿Quién á este engaño
Puede crédito dar? Nunca lo dudes:
Yo soy tu padre, yo.

VIRGINIA.

¡Padre adorado!

VIRGINIO.

Yo, que amándote, gloria de mis canas,
Con el más grande amor del pecho humano,
Tus venturas gocé, lloré tus penas,
De tu vida viví; yo, que del antro
Donde te ví con indecible angustia,
Con indecible júbilo te arranco.
Porque el derecho en la ciudad nos robas,

Volviendo de pronto la mirada hacia Claudio.

¿Quieres en el hogar la paz robarnos?
Porque vulneras leyes de la patria,
¿Quieres ley destruir de origen santo?
Porque en la tierra ejerces tiranía,
¿Quieres al cielo mismo hacer esclavo?
Nada te arredre; por encima salta
De cuanto pone límites al mando;
Déjate al Rey atrás; para que sea
Tu caída mayor sube más alto.

CLAUDIO.

Huye de aquí.

VIRGINIO.

Los hombres de mi raza
Nunca huyeron.

CLAUDIO.

Pues tiembla.

VIRGINIO.

Ni temblaron.

CLAUDIO.

¡Lictores!

Yendo hacia el foro y llamándolos en voz alta.

VIRGINIA.

¡Oh!

Acercándose á Virginio como para defenderle.

VIRGINIO.

Ven.

Queriendo llevarla hacia el foro. Dentro suena ruido temeroso de gente amotinada.

VIRGINIA.

Déjame.

Separándose de él.

VIRGINIO.

No temas.

Con gozo, prestando atención al ruido que se oye, y que cada vez es mayor.

VIRGINIA.

Ese ruido.....

CLAUDIO.

¡Lictores!

Llamándolos de nuevo con furiosa impaciencia.

VIRGINIO.

Oye, insano.

PUEBLO.

Dentro.

¡Virginia, el juicio!

VIRGINIO.

El pueblo nos ampara.

CLAUDIO.

Por fin pudisteis congregar incautos
Que se alcen contra mí.

PUEBLO.

¡Virginia, el juicio!

VIRGINIO.

Responde al pueblo.

CLAUDIO.

Aun hay decenvirato
Que le responda.

ESCENA V.

DICHOS, MARCO CLAUDIO Y LICTORES; después ICILIO y AULO.

Marco entra por la puerta del foro corriendo y dando señales de inquietud. Los dos lictores que le seguían con las hachas en las manos se quedan al otro lado de la puerta.

MARCO.

Turba amotinada
Quiere invadir el pórtico.

CLAUDIO.

Embistamos
Á los rebeldes.

Dando un paso hacia el foro.

MARCO.

Entrarán si hay lucha.

En voz baja, deteniéndole.

CLAUDIO.

¿Y ha de quedar impune el desacato?

En voz alta, sin poder reprimirse.

MARCO.

Ganemos tiempo. En breve tus colegas

En voz baja, como antes.

Te darán el auxilio necesario.
No haya entonces piedad. Permite ahora
Que algunos por la plebe designados
Lleguen á ti.

PUEBLO.

¡Virginia!

Arrecia el tumulto.

MARCO.

¡Pronto!

Con ansiedad.

CLAUDIO.

Sea.

Marco se va precipitadamente por la puerta del foro, seguido de los dos lictores que vinieron con él.

VIRGINIO.

Roma alienta de nuevo: estoy vengado.

CLAUDIO.

Yo en reprimir la furia con que á veces
Da señales de vida me complazco;
Mas ahora suena el último quejido
Que lanza el moribundo entre mis manos.

VIRGINIO.

Ese clamor que hiere tus entrañas
Anuncia que volvió de su desmayo,
Y se despierta un pueblo más brioso
Á medida que el sueño fué más largo.

Icilio, Aulo y Marco entran por la puerta del foro seguidos de cuatro lictores, que se quedan al otro lado de la puerta con las segures en las manos.

ICILIO.

Salid, que el pueblo os llama.

A Virginia y su padre.

AULO.

Y pide el juicio.

CLAUDIO.

Pues bien, salid y al juicio preparaos.

VIRGINIO.

¿Como juez en el foro la calumnia
Osarás mantener?

CLAUDIO.

Allí mi labio
Fulminará sentencia inapelable;
Y al punto que en el foro los soldados
Amaguen á la plebe espantadiza,
¿Quiénes serán allí tus partidarios?

VIRGINIO.

Mi derecho.

ICILIO.

Tus crímenes.

AULO.

Los dioses.

VIRGINIO.

Los padres y los hijos, sublevados
Al grito del amor.

ICILIO.

Allí te espero,
Y allí verás que en Roma aún hay romanos.

CLAUDIO.

Luche conmigo, luche en hora buena,
Y ¡ay de Roma!

VIRGINIO.

¡Ay de ti, si advierte al cabo
Que es tolerar á déspotas inicuos
Más difícil empresa que matarlos!

PUEBLO.

¡Justicia! ¡Libertad!

ICILIO.

Tu imperio acaba.

CLAUDIO.

¡Salid!

VIRGINIA.

Con honra entré; con honra salgo.

Mirando á Claudio cara á cara. Después se dirige lentamente hacia la puerta del foro. Síguenla Icilio, Aulo y Virginio, que vuelve el rostro para mirar con expresión de cólera y amenaza á Claudio. Este permanece inmóvil cerca del proscenio, señalando la puerta del foro con el brazo derecho extendido.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

El Foro.

ESCENA PRIMERA.

VIRGINIA, CAMILA, VIRGINIO, ICILIO, AULO, PUBLIO, DECIO, MARCELO, FABIO, CELSA, OCTAVIA, HELVIDIA y PUEBLO.

Virginia, Camila y dos ancianas, en traje de luto, de rodillas y en actitud suplicante, á la derecha del escenario. Virginio é Icilio, enlutados también, y Aulo, en el centro. Virginio, con una corona de encina en la cabeza, algo más inmediato al proscenio y llamando la atención del pueblo hacia el grupo que forman Virginia y las mujeres que la acompañan. El pueblo da señales de abatimiento y procura esquivar las miradas de Virginio en tanto que éste habla.

VIRGINIO.

Pueblo romano, escucha á la familia
Que ahora costumbre veneranda observa,
Con luto aquí mostrándose á tus ojos
Para que tú de su aflicción te duelas.
El que los propios méritos decante
Por vanidad, no logre tu indulgencia;
Lógrela el que los suyos te recuerde,
Porque mover á lástima pretenda.
Lucio Virginio soy; ni leve culpa
Turbó jamás la paz de mi conciencia:
Desde que pude, imberbe todavía,

La espada manejar, luché sin tregua,
Y ciñeron mi frente las coronas
Con que se pagan bélicas proezas.
Ved cual ostento la envidiada encina,
Del soldado mejor honra suprema.
Ni es el denuedo nunca desmentido
Mi único timbre; fama lisonjera
De probo ciudadano y tierno padre
Recomiéndame al par. Quizá merezca
Favor en mi desdicha. Todos saben
Por qué le imploro. ¿Nadie me contesta?

AULO.

Así eres, pueblo: menos tornadiza
Que tú la mar, y menos traicionera.
Y ¡oh, cuál te adula y miente el que pregona
Tus virtudes, callando tus vilezas!
Momentos ha, con susto del cobarde
Que te asusta, gritabas á las puertas
De su impúdico hogar; ¿y ahora enmudeces,
Pronto á besar la mano que te hiera?
Sí, Porcio y Julio aprisionados fueron;
Máximo, herido; por doquier resuenan
Las bocinas; lictores y soldados
Á defender la iniquidad se aprestan.
¿Y qué? Resiste; á la justicia ampara,
Y acaso el cielo rompa tus cadenas.

ICILIO.

Si ni piedad ni cólera te infunde
Nuestro duelo mirar, mira tu mengua.
Para seguir cebando su apetito
De torpes goces el poder detentan
Esos malvados que las leyes hacen
Y á infringirlas aprenden al hacerlas.

Y no tan sólo abominable yugo,
También te aflige ignominiosa guerra
En que á vencer no aspiran tus legiones
Sino á evitar que sus caudillos venzan.
Por ti, de quien amante se mostraba;
Por ti que, si le lloras no le vengas,
Murió Dentato, y sus inultos manes
La paz no logran de la noche eterna.
¿Tan flaca y ruin la gente que debía
Guardar de Bruto incólume la herencia?
¿De nuevo hundida en servidumbre infame
Gente que el trono de los reyes vuelca?
Porque ahora diez á un tiempo nos oprimen
Y el título de rey ninguno lleva.
¿Libre á Roma juzgáis? La tiranía,
No porque abunden los tiranos cesa;
Ni porque tomen nombres diferentes
De ser tiranos los tiranos dejan.

VIRGINIA.

Dirigiéndose á las mujeres.

Claudio el honor pretende arrebatarme,
Á su querer teniéndome sujeta.
La trama urdida con tan vil designio
¿Á qué mujer honrada no subleva?
Libre soy, libre fuí, cual libre pude
Sentarme á vuestro lado en las escuelas,
Dar á los dioses culto á vuestro lado,
Á vuestro lado presenciar las fiestas.
Cuando ese malhechor me llame esclava,
Desmentidle vosotras, compañeras.

VIRGINIO.

¿Para quién no hay peligro? Ya no tienen
Las combatidas vírgenes defensa

En el santo pudor; ni ya el marido,
Temeroso del fraude y la violencia,
En la virtud de su mujer descansa;
Ni ya los padres con sus hijos cuentan;
Ya es el amor continuo sobresalto,
Y es dón funesto el dón de la belleza.

VIRGINIA.

Levantándose y yendo hacia el grupo en que están Celsa, Octavia y Helvidia.

¡Oh sí, temblad, temblad! Nuestra amargura
Es infalible anuncio de la vuestra.
Guárdalos bien, Octavia; tienes hijos
Porque aún ese hombre quiere que los tengas.

Poniendo en los brazos de Octavia el menor de los dos niños que tiene ésta á su lado.

Hoy, Helvidia, en los brazos de tu esposo
Alégrate con dicha que pudieran
Mañana arrebatarte.

Impeliéndola hacia un hombre, á quien Helvidia abraza.

Celsa es libre:

Acercándose á ella.

Quizá muy pronto esclava llore Celsa.

CELSA.

¡Esclava yo!

Con altivez.

OCTAVIA.

Postradas pediremos
Clemencia al decenviro.

HELVIDIA.

Que te absuelva
Lograremos tal vez.

CELSA.

Claudio es tirano;
Pidámosle otra cosa, no clemencia.

HELVIDIA.

¿Hay recurso mejor?

CELSA.

Con el castigo
Se doma á los tiranos y á las fieras.

HELVIDIA.

Y ¿qué puede, responde, aunque aventure
La vida una mujer?

CELSA.

Puede perderla.

HELVIDIA.

¿Basta morir? Muramos.

VIRGINIA.

¡Celsa! ¡Helvidia!

Abrazándolas.

CELSA.

Para que libre y casta permanezcas,
Si por miedo te dejan los varones,
Sin miedo auxilio te darán las hembras.

El pueblo se conmueve.

AULO.

Varones, escuchadla.

VIRGINIO.

¡Cuántas veces
No arriesgué yo mi vida por la ajena!
Pregónanlo mis nobles cicatrices.
Tú, Publio, di, sin duda lo recuerdas,

Yendo hacia Publio y asiéndole una mano.

Que peleando contra quince un día,
Te libré de morir en lid funesta.

PUBLIO.

Bien lo recuerdo, intrépido Virginio,
Y si hoy ciego y caduco aliento apenas,

Quien la vida te debe de su padre,
Hoy la suya te ofrece en recompensa.

Cogiendo á tientas por un brazo á Fulvio, que está á su lado, y presentándoselo á Virginio.

DECIO.

Ni al bien que tú me hiciste corresponde
Lo que te doy en pago de mi deuda.

El pueblo se muestra cada vez más conmovido y agitado.

ICILIO.

Y tampoco olvidéis que un tiempo Icilio
Fué tribuno leal. Yo vuestras quejas
Apoyé con esfuerzo irresistible
Del Senado y el Foro en las contiendas;
Yo tuve de los cónsules á raya
La opresora ambición; yo la soberbia
Del patricio abatí; yo los derechos
Del humilde escudé; yo la indigencia
Del pobre combatiendo, á Roma ahita
Hice escuchar la voz de Roma hambrienta;
Y agraria ley, por la codicia odiada,
Socorro dió y aliento á la pobreza.

FABIO.

Todos al buen tribuno defendamos.

PUBLIO.

Al buen guerrero.

CELSA.

Á la mujer honesta.

Movimiento y ruido de entusiasmo en el pueblo.

AULO.

¡Justicia!

PUEBLO.

¡Sí!

PUBLIO.

Contra el infame todos.

PUEBLO.

Todos.

CAMILA.

¡Cielos!

Elevando las manos al cielo como para darle gracias.

VIRGINIA.

¡Oh dicha!

PUBLIO.

La paciencia
De Roma se agotó.

VIRGINIO.

Sangre romana
Es la que al fin se enciende en vuestras venas.

Suena dentro ruido como de gente que viene corriendo. El pueblo se queda súbitamente inmóvil y callado.

MARCELO.

¡Silencio!

CELSA.

¡Él es!

Entran corriendo por el foro izquierdo hombres, mujeres y muchachos. Voces de la gente que acaba de llegar.

Ahí viene el decenviro;—
Ahí viene —Con la toga descompuesta.—
Roja la faz,—Cual rayo la mirada,—
Indica todo en él ira violenta.—
Precédenle arrogantes sus lictores,—
Sus clientes solícitos le cercan;—
Los soldados en pos.

VIRGINIO.

Ya tardan.

Voces de la gente que está al lado de Marcelo, á la derecha del escenario.

Nadie
Provoque al juez.—Acaso falle en regla.—
Calma.—

CELSA.

¿Teméis? Huid.

MARCELO.

Somos prudentes.

PUBLIO.

Los cobardes encomian su prudencia.

MARCELO.

¿Cobardes?

Marcelo y la turba capitaneada por él toman actitud amenazadora.
La gente que está al lado de Publio y Celsa, á la izquierda del escenario.

¡Sí!

Dando algunos pasos hacia Marcelo y los suyos, como para acometerlos.

AULO.

¿Qué hacéis? En Claudio solo

Poniéndose entre los dos grupos.

Cada romano su enemigo vea.

Voces de los que están más cerca del foro y subidos en los plintos de las columnas y otros lugares altos.

¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!

El pueblo se retira atropelladamente hacia la derecha y la izquierda para dejar paso á Claudio y á los que con él vienen.

ICILIO.

¡Virginia!

Acercándose á ella.

VIRGINIA.

¡Icilio!

¡Padre!

Yendo primero hacia aquél, y luego hacia éste, al cual se abraza llena de terror.

VIRGINIO.

¡Valor!

Dejándose llevar hacia la izquierda por su hija, que corre como para huir de Claudio.

AULO.

Mirad: un rey se acerca.

En el comedio del escenario, dirigiéndose al pueblo y señalando hacia el foro derecha. Por este lado entran lictores, Apio Claudio, clientes suyos, y soldados: por el foro izquierda, Marco Claudio, tres ciudadanos y esclavos de ambos sexos.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, APIO CLAUDIO, MARCO CLAUDIO, clientes de aquél, esclavos de éste, LICTORES y SOLDADOS; luego el AUGUR.

Claudio sube á la tribuna, donde permanece de pie. Marco y los que le acompañan se colocan á la izquierda del escenario: los lictores á entrambos lados y detrás de la tribuna: los soldados en el foro y á la derecha.

CLAUDIO.

Muestra, romano pueblo, tus virtudes
En este juicio que ahora nos congrega,
Y mudo el labio, el ánimo sereno,
Libre la mente de falaz sospecha,
Sin que ni el odio ni el amor te ofusque,
De entrambas partes las razones pesa.
Yo en este sitio donde nunca impune
Logró quedar la culpa entre tinieblas,
Donde en los jueces siempre se adunaron
La rectitud, el tino y la firmeza,
Fallo espero dictar que á Temis plazca.

Se sienta.

Llegad Virginio y Marco á mi presencia,
Y no mentir jurad.

MARCO.

Lo juro.

Acercándose á la tribuna.

VIRGINIO.

Juro
Que, al jurar no mentir, mintió su lengua.

Sin moverse del sitio en que está.

CLAUDIO.

¡Soberbio!

Levantándose.

VIRGINIO.

Juro, Claudio, que la mía
No ha de mentir aunque la tuya mienta.

CLAUDIO.

¿Quién como tú defiende su derecho?

VIRGINIO.

Pláceme herir de frente en la pelea.

CLAUDIO.

Hiéreme, pues: los númenes impiden
Que mi razón se turbe con la ofensa.

Se sienta y hace una seña á Marco para que hable.

MARCO.

Pública es mi demanda. Pido sólo
Que á mi poder lo que me hurtaron vuelva.
He aquí la esclava, madre y vendedora
De esa mujer.

Sacando de entre sus esclavos á una anciana que lleva atadas las manos, y empujándola violentamente hacia la tribuna, después de señalar á Virginia. La esclava cae de rodillas delante de Claudio.

VIRGINIO.

¡El cielo me contenga!

Movimiento y rumor de indignación en el pueblo.
Los que están detrás pugnan por avanzar para ver á la esclava. Virginia se arroja en brazos de Camila.

AULO.

No engañas, Marco, á nadie.

PUEBLO.

Á nadie.

PUBLIO.

Cumple
La sierva tu querer.

CELSA.

Cede á la fuerza.

DECIO.

Trémula está.

CLAUDIO.

Retírate.

A la esclava, que se levanta y con paso vacilante se dirige hacia donde están los demás esclavos de Marco.

FABIO.

No puede
Mover el pie.

VIRGINIA.

Yo debo sostenerla;

Corriendo hacia la esclava y asiéndola de un brazo.

Yo, que de ella nací. ¿Tú madre mía?
Dímelo faz á faz.

La esclava mira con angustia á Virginia y con terror á Marco.

MARCO.

¿Qué te amedrenta?

A la esclava en tono amenazador.

LA ESCLAVA.

Sí, sí; tu madre.

Llena de espanto.

VIRGINIA.

Ni piedad mereces:
Sufriendo esclavitud, vivir deseas.

Rechazándola.

MARCO.

Cómplices para el fraude que denuncio
En estos dos halló.

Mostrando á dos esclavos que llevan también atadas las manos, y se adelantan hacia la tribuna, aparentando abatimiento y confusión. Luego á una señal de Claudio se retiran.

AULO.

¿Que no se presta
Crédito á un siervo ignoras?

MARCO.

Ciudadanos,
Hablad.

A tres ciudadanos que se acercan á la tribuna.

UNO DE LOS TRES CIUDADANOS.

Nos consta cuanto Marco alega.

Los tres extienden el brazo derecho como para prestar juramento.

CLAUDIO.

Son ciudadanos y atestiguan.

VIRGINIO.

Valen
Menos que los esclavos.

CLAUDIO.

Tu insolencia
Nos atropella á todos.

VIRGINIO.

¿No he jurado
Decir verdad? Pues cumplo mi promesa.

CELSA.

Virginia es libre.

PUEBLO.

Libre.

CAMILA.

Yo lo afirmo,

Yo que vi de su madre verdadera
El maternal amor.

AULO.

Yo sosteniendo
Que á su virtud libidinoso atentas.

El pueblo da muestras de asentimiento.

ICILIO.

Yo, alevemente de ella separado.

VIRGINIA.

Yo en quien no hallaste condición de sierva.

VIRGINIO.

Lo afirmo yo que la engendré.

PUBLIO.

Rechaza
Tan execrable dolo Roma entera.

PUEBLO.

¡Dolo! ¡Ficción! ¡Patraña!

CLAUDIO.

Pueblo iluso,
Desconfía de vanas apariencias.

Poniéndose de pie.

Marco probó que es suyo lo que pide,
Y un juez sin tacha en su favor sentencia.

Movimiento general de indignación. Los plebeyos hacen ademanes violentos y hablan unos con otros, ocasionando ruido cada vez mayor.

VIRGINIO.

¿Qué dices, Claudio?

ICILIO.

¡En tu poder mi esposa!

VIRGINIA.

¡Triste de mí!

Corriendo despavorida hacía la izquierda.

CAMILA.

Deidades, protegedla.

AULO.

Retráctate.

PUBLIO.

La plebe te lo manda.

OCTAVIA.

Las mujeres llorando te lo ruegan.

Octavia, Helvidia y otras mujeres van hacia la tribuna y bajan humildemente la cabeza delante de Claudio.

PUEBLO.

¡Retráctate! ¡Retráctate!

Con furor, dando algunos pasos hacia la tribuna.

MARCELO.

El derecho
De Marco es evidente y Claudio acierta.

PUBLIO.

¡Mil veces no!

PUEBLO.

¡No!

Los que están al lado de Marcelo.

¡Sí!

CLAUDIO.

Nadie lo dude.
Rectamente fallé.

AULO.

Si en Roma imperas
Cual déspota feroz, ¿por qué te allanas
Á quererla ofuscar con vil cautela?

ICILIO.

Cumple mejor un déspota su oficio
Cuando raposo y tigre al par se muestra.

El pueblo da señales de aprobar lo dicho por Icilio.

CLAUDIO.

¡Cuál se me ofende ved!

VIRGINIO.

¡Ved que á Virginia
Robarme quieren!

Dominado por la emoción y en voz lacrimosa.

CLAUDIO.

El dolor que ostentas
Ruin flaqueza sería, aun siendo justo.

VIRGINIO.

¡Llama al amor de padre ruin flaqueza!

Dirigiéndose al pueblo.

CLAUDIO.

¿No te han dicho que fuiste en el engaño
De tu mujer la víctima primera?

VIRGINIO.

Engañado no fuí.

CLAUDIO.

¿Cómo lo sabes?

VIRGINIO.

¿Cómo lo sé? Los padres que me cercan
Por mí respondan. ¿Cuál, si le dijesen:
El puro afecto que tu pecho llena
De una ilusión procede; el sér que adoras,
Teniéndole por hijo, la existencia
De ti no recibió; tú no eres padre;
Padres que me escucháis, cuál lo creyera?

PUBLIO.

Sangre tuya es Virginia. ¡Por los dioses!

Extendiendo el brazo derecho como para prestar juramento.

PUEBLO.

¡Sí, por los dioses!

Haciendo el mismo ademán.

VIRGINIO.

Júzgueme asamblea
De padres de familia, y un suspiro
Será en mi abono irrecusable prueba.
¿Cómo lo sé? La parte de mi vida
Más grata al cielo; mis mayores penas;
Mis deleites mayores; las virtudes
Que al hombre da la dignidad paterna;
Los campos donde al riesgo me ofrecía;
De mi impecable cónyuge la huesa;
De mis dioses domésticos el ara;
Cuanto en los muros de mi hogar se encierra;
Las colinas de Roma; estos lugares;
Aquel templo de Júpiter; las piedras;
La luz; el aire que respiro; todo
Que padre soy me dice. Voz secreta
Del alma, tú, diciéndomelo, triunfas
De mi dolor y el júbilo renuevas
Con que en esa beldad la imagen miro
De otra cara beldad, la dulce prenda
De santa unión; la carne de mi carne.

VIRGINIA.

¡Padre!

Corriendo hacia él con los brazos abiertos.

VIRGINIO.

¡Hija mía!

Abrazándola arrebatadamente.

Lo evidente niega

Dirigiéndose á Claudio sin soltar á Virginia.

Forja villano ardid; compra testigos;
El mando infama; la justicia huella.
Mi corazón es corazón de padre.
¿Cómo lo sé? ¿No basta que lo sienta?

CLAUDIO.

¡Vanas palabras!

VIRGINIA.

Antes que tu pecho,
La roca, el bronce lástima sintieran.

CLAUDIO.

Pronto, esclava, tu dueño, si le ofendes,
Te dará con el látigo respuesta.

VIRGINIO.

¡Bárbaro!

CLAUDIO.

Oidle.

CELSA.

Con razón te injuria.

CLAUDIO.

Tema daño más grande.

VIRGINIO.

Me condena
Más que á morir, á verla deshonrada,
Y otro daño mayor quiere que tema.

CLAUDIO.

Te condena la ley.

AULO.

La ley no invoques.

ICILIO.

La invoca más quien menos la respeta.

CLAUDIO.

No turbarás, tribuno incorregible,
La santa paz que á tu despecho reina.

ICILIO.

Santa es la paz que del amor proviene,
Y ¡oh cuán infame si el pavor la engendra!

El pueblo toma actitud amenazadora. Claudio se levanta.

CLAUDIO.

Ya el litigio acabó: tu esclava, Marco,
Sin zozobra ninguna recupera.

VIRGINIO.

¡No! ¡Imposible!

Como fuera de sí, abrazando á Virginia y retirándose con ella de Marco.

VIRGINIA.

¡Favor!

ICILIO.

¡Socorro, amigos!

AULO.

Sufriendo esta maldad la hacemos nuestra.

CELSA.

Ven, á Virginia de entre el pueblo saca.

A Claudio, asiendo de un brazo á Virginia y poniéndola entre el pueblo.

PUBLIO.

No vencerás si el Foro no ensangrientas.

FABIO.

Cede ó lucha, tirano.

PUEBLO.

Cede ó lucha.

CLAUDIO.

Soldados, de la plebe turbulenta
La audacia refrenad.

Los lictores sacan las hachas de las fasces. Los soldados, al ir á lanzarse contra el pueblo, se detienen delante de Virginio.

VIRGINIO.

Siempre estuvimos
Juntos al combatir.

Yendo hacia ellos.

CLAUDIO.

Nada os detenga.

Los soldados y los lictores acometen al pueblo, que huye hacia el fondo de la escena dando gritos de espanto.

PUEBLO.

¡Piedad!—¡Piedad!—¡Huyamos!

DECIO.

De nosotros
Tomad ejemplo.

Icilio, Aulo, Decio, Fulvio y algunos más sacan armas y luchan con los soldados, que en breve se apoderan de ellos.

VIRGINIO.

¡Inútil resistencia!

PUBLIO.

¡Un momento de luz!

Con acento de desesperación.

CELSA.

Herid, lictores.

Presentándoles el pecho.

CLAUDIO.

Á ese anciano apartad y á esa doncella,
Que deliran sin duda.

Dirigiéndose á los lictores, dos de los cuales asen violentamente á Celsa y Publio y los llevan al fondo del escenario.

CELSA.

No delira
Quien la muerte prefiere á la vergüenza.

PUBLIO.

Delira el que te sufre.

CLAUDIO.

Á los caudillos
Del motín sujetad.

Los soldados y lictores, mientras habla Virginia, acaban de someter al pueblo. Los que estaban á la derecha vuelven á su sitio, llevando aprisionados á Icilio, Aulo y Virginio. A la izquierda quedan solamente Virginia, Camila, Marco y sus esclavos.

VIRGINIA.

Y aún que se os crea

Justos, querréis, ¡oh númenes! ¿Qué amparo
Consigue de vosotros la inocencia?
¿Padre y esposo, y nombre y paz y dicha,
Y honor y libertad dejáis que pierda?
Tú, dios fulminador, abre la mano
En que espantable lumbre centellea,
Y con un rayo que me trueque en polvo
La divina piedad baje á la tierra.

CLAUDIO.

Llévate á esa mujer.

VIRGINIA.

¡Nadie me ampara!

Huyendo de Marco, y mirando con angustia á un lado y otro.

VIRGINIO.

Claudio, á tus pies Virginio se prosterna.

Arrodillándose.

Sí, yo te calumnié; sí, tú eres justo;
Y en el dicho de Marco no hay falencia,
Y me engañó mi esposa, y á Virginia
Dió la vida una esclava; pero piensa
Que, si no es hija mía, la idolatro—
¿Qué más puedes pedir?—

Dominado por la cólera y levantándose.

Cual si lo fuera.

Reprimiéndose, arrodillándose de nuevo y bajando la cabeza con humildad.

AULO.

Trocar de un pueblo el luto en regocijo,
Su desdoro evitar nada te cuesta:
Decir una palabra. Dila.

CLAUDIO.

Pides
Que de lo suyo á Marco desposea.

PUBLIO.

Pues bien, si Marco de Virginia es dueño,
Véndasela á Virginio.

Corriendo seguido del pueblo, desde el fondo al centro del escenario.

PUEBLO.

Que la venda.

CELSA.

Para Virginio el pueblo se la compra.

PUEBLO.

¡Sí!

FABIO.

Cada cual lo que pudiere ofrezca.

Voces del pueblo.

Mis ahorros.—Los míos.—Los jornales
Que he de cobrar mañana.—Cien ovejas.—
Un molino.—Seis bueyes.—Dos caballos.—
Un telar.—Un viñedo.—Mis colmenas.—
Mi tugurio.—Los lechos de mis hijos.—
El pan que otro me dió.

PUBLIO.

Toda mi hacienda.

CELSA.

Pida sin tasa.

PUEBLO.

Pida.

PUBLIO.

Le daremos
Cuanto quiera, ¿verdad?

PUEBLO.

Sí, cuanto quiera.

CLAUDIO.

Decide.

A Marco.

MARCO.

No la vendo.

Gritos de indignación.

CELSA.

Escucha, Marco.

Dando un paso hacia Marco y gritando para hacerse oir.

Padres no tengo: acéptame por ella.

VIRGINIO.

Por ella te daré mi sangre toda.

MARCO.

Ya está en mis manos, y en mis manos queda.

CLAUDIO.

Del Foro, pues, salid.

A Marco airadamente.

MARCO.

Prestadme ayuda.

Marco y sus esclavos asen á Virginia.

VIRGINIA.

¡No! ¡No! ¡Soltad!

Forcejeando desesperadamente con ellos.

MARCO.

Preciso es que obedezcas.

VIRGINIO.

¡Padre! ¡Icilio! ¡Romanos! ¡Dioses! ¿Nadie
Me salvará de tan horrible afrenta?

A voz en grito. Marco y sus esclavos logran levantarla del suelo.

CLAUDIO

Más no se oiga su voz.

PUBLIO.

¡Maldito día!

VIRGINIO.

Permite al menos que por vez postrera
La abrace yo.

PUEBLO.

Permítelo.—Consiente.

CLAUDIO.

Dejad, lictores, que abrazarla pueda.

Virginio va hacia su hija, á quien sueltan los esclavos, y la cual corre á juntarse con él. Ambos quedan próximos al proscenio, aislados de todos los circunstantes y hablan en voz muy baja.

VIRGINIA.

¡Padre!

Dando á entender que ha comprendido su intención.

VIRGINIO.

¡Virginia!

VIRGINIA.

Te comprendo.

VIRGINIO.

Ahogada

Vas á morir.

VIRGINIA.

No: ten.

Dándole recatadamente el puñal de Icilio que llevaba oculto.

Mi frente besa,

Y acaba.

VIRGINIO.

¡Hierro atroz!

Mirando á hurtadillas el puñal y estremeciéndose.

VIRGINIA.

¿Eres mi padre?

Con tono agresivo.

VIRGINIO.

¿Lo dudas tú?

Con espanto.

VIRGINIA.

Lo dudaré si tiemblas.

VIRGINIO.

No tiemblo.

Con viveza besando en la frente á su hija.

No lo dudes.

Separándose un poco para poder herir con fuerza y clavando el cuchillo en el corazón de Virginia. Ésta vacila, pero logra tenerse en pie. Todos dan un grito de espanto.

VIRGINIA.

¡Ya soy libre!

Yendo hacia Claudio con paso trémulo. Después cae á tierra. Camila y otras mujeres corren á prestarle auxilio. El pueblo se agita con ruido temeroso.

CLAUDIO.

¡Horror!

Poniéndose de pie y mirando despavorido á Virginia.

ICILIO.

¡Virginia!

Corriendo hacia ella sin que los lictores traten de detenerle. El augur sale de entre el pueblo y se acerca pausadamente á Claudio.

CLAUDIO.

¡Horror!

Clavando los ojos en el augur.

VIRGINIA.

¡Muero contenta!

Incorpórase un instante para mirar á Icilio y expira.

VIRGINIO.

¡Véis como soy su padre!

Con gozo feroz, levantando el cuchillo para mostrar al pueblo la sangre de Virginia. Crece el tumulto.

AUGUR.

¡Lo has querido!

Levantando el lituo hacia Claudio.

VIRGINIO.

Yo al averno consagro tu cabeza

Por esta sangre.

AUGUR.

Pueblo de Virginia,
Acuérdate del pueblo de Lucrecia.

Con acento al par enérgico y solemne.

CELSA.

¡Muera el tirano!

Quitando el hacha á un lictor y corriendo al centro de la escena.

ICILIO Y AULO.

¡Libertad!

VIRGINIO.

¡Venganza!

Corriendo hacia la tribuna. Los lictores la desamparan, y éstos y los soldados amenazan con sus armas al decenviro.

PUEBLO, SOLDADOS Y LICTORES.

¡Muera!

PUBLIO.

¡Día bendito!

Arrojando el báculo en que se apoyaba y corriendo á tientas en busca de Claudio.

PUEBLO, SOLDADOS Y LICTORES.

¡Muera! ¡Muera!

Icilio, Aulo y el pueblo corren á la tribuna. Virginio sube á ella, y viendo, al ir á matar á Claudio, que éste cae anonadado á sus pies, cúbrele con su cuerpo, como asaltado de idea repentina, volviéndose hacia los que le siguen para contenerlos.

VIRGINIO.

No debe así morir. Roma y Virginia
Por mano de la ley vengadas sean.

FIN DE LA TRAGEDIA.

LA LOCURA DE AMOR.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

Más ha de veintitrés años que te dediqué esta obra, escasa de mérito como todas las mías, pero no escasa de ventura. Traducida está al portugués, al francés, al italiano y al alemán, y aún sigue representándose con aplauso en los teatros españoles.

Encomié al dedicártela tus virtudes: de entonces acá no has vivido sino para seguir dando testimonio de bondad sin límites, de sobrenatural fortaleza, de santa abnegación. Te dije entonces que nunca te faltarían mi amor y mi respeto: no te engañé.

Amalia, esposa mía, angelical enfermera de mis padres y de los hijos de mis hermanos: quiera Dios que puedas hacer por mí lo que te vi hacer por otros; quiera Dios que yo logre la dicha de morir en tus brazos.

MANUEL.

REPARTO

en el estreno de la obra, representada en el teatro del Príncipe, el 12 de Enero de 1855 á beneficio de Doña Teodora Lamadrid.

PERSONAJES.	ACTORES.
La reina Doña Juana........	Doña Teodora Lamadrid.
Aldara....................	» María Rodríguez.
Doña Elvira...............	» Joaquina García.
El rey don Felipe..........	Don Joaquín Arjona.
El capitán don Álvar......	» Victorino Tamayo y Baus
El almirante de Castilla..	» José Ortiz.
Ludovico Marliano.........	» José García.
Don Juan Manuel...........	» Vicente Jordán.
El marqués de Villena....	» José Alisedo.
Don Filiberto de Vere.....	» Atanasio Maré.
Garci-Pérez, mesonero......	» Fernando Ossorio.
Hernán....................	Doña Antonia Segura.
Un paje...................	Don Mariano Serrano.
Un capitán................	» N. N.
Una moza del mesón.......	Doña Juana Ridaura.
Dama 1.ª..................	» Elisa Molina.
Ídem 2.ª..................	» Paulina Sotomayor.
Noble 1.º.................	Don Emilio Álvarez.
Ídem 2.º..................	» Felipe Iglesias.
Trajinante 1.º............	» Fernando Cuello.
Ídem 2.º..................	» José Bullón.
Ídem 3.º..................	» Luis Cubas.

Damas, grandes, prelados, médicos, pajes, soldados castellanos, soldados flamencos, embozados y trajineros.

La acción del primer acto, en Tudela de Duero; la del segundo, en un mesón poco distante de Tudela; la de los tres restantes, en el palacio del Condestable en Burgos.—1506.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio de Tudela de Duero. A la izquierda una ventana en primer término; puertas á entrambos lados y en el foro. Mesa y muebles propios de la época.

ESCENA PRIMERA.

EL ALMIRANTE y D. JUAN MANUEL.

ALMIRANTE.

Dígoos, D. Juan Manuel, que vanamente os empeñáis en convencerme de que la reina Doña Juana está loca.

DON JUAN MANUEL.

¡Invencible obstinación la vuestra, Almirante! ¿Había de querer Su Alteza privarse de tan bella y tan amante esposa como Doña Juana si no fuera su demencia cosa de todo punto segura? La manía de ponerse diariamente un mismo traje, hasta que, deslucido y roto, por fuerza se le quitan sus damas; el no probar vianda alguna durante días enteros; el gustar de que cuando llueve le caiga el agua encima; el escaparse de palacio para celar á D. Felipe; sus lágrimas intempestivas, sus infundados arrebatos de cólera, sus continuas extravagancias, todo esto, en fin, ¿no basta á probar la deplorable perturbación de sus sentidos?

ALMIRANTE.

Prueba todo eso que cuando se padece mucho se piensa poco; prueba que D. Felipe de Austria no es más digno de sentarse en el trono de la reina doña Juana que de ocupar el tálamo de mujer semejante.

DON JUAN MANUEL.

Agriamente le censuráis.

ALMIRANTE.

Don Felipe, como hombre aficionado á deshonestos amoríos, quiere librarse de una esposa que le cela; como rey ambicioso, de la que es reina propietaria de Castilla—no finjáis ignorarlo;—y en Dios y en mi alma, que antes se me ha de acabar la vida que la voluntad de cumplir con lo que juzgo deber sagrado de todo el que tenga en las venas sangre castellana.

DON JUAN MANUEL.

Vuestra terquedad y la de cuantos opinan como vos, serán causa de que la dolencia de Doña Juana, que en la reclusión pudiera hallar remedio, se haga al fin incurable. Bien se nota que obráis por instigaciones del Duque de Alba, que aún se promete ver de nuevo al rey D. Fernando en el trono de su hija.

ALMIRANTE.

Por lo que mi conciencia me dicta, obro como veis, que no por ajenas instigaciones. Con razón aseguráis que el trono español pertenece á Doña Juana, hija y sucesora de su madre Isabel. Procuraré evitar que traidoramente se le arrebate para que entero le ocupe su esposo el Archiduque de Austria. Hartos desafueros cometen ya sus amados compatriotas, á cuya codicia es vivo aguijón la buena ley del oro de nuestra tierra.

DON JUAN MANUEL.

Conque ¿debo responder á Su Alteza?.....

ALMIRANTE.

Respondedle que desconfíe de mí si otra vez atenta á la libertad de nuestra legítima y natural señora.

DON JUAN MANUEL.

Guárdeos el cielo.

ALMIRANTE.

Él os acompañe.

DON JUAN MANUEL.

(Tiempo perdido.)

ALMIRANTE.

(Trabajo inútil, D. Juan Manuel.)

ESCENA II.

El Almirante, un Paje, y después D. Alvar.

PAJE.

Un caballero que dice ser el capitán D. Álvar de Estúñiga, desea ver al señor Almirante.

ALMIRANTE.

¡Aquí D. Álvar! Que venga al momento. (Vase el paje.) Dichoso hallazgo, por vida mía. Llegad acá, mi ilustre deudo, mi fiel amigo, llegad.

Viendo aparecer á D. Álvar en la puerta del foro.

DON ÁLVAR.

Pensé tener que asaltar el palacio como fortaleza enemiga.

ALMIRANTE.

¿Y qué? ¿No queréis alargarme la mano?

DON ÁLVAR.

Á fe que la mano me parece poco, y que no me contento con nada menos que los brazos.

ALMIRANTE.

Vuestros son ahora como siempre.

DON ÁLVAR.

Años ha que nos separó la fortuna.

ALMIRANTE.

Decidme cómo es que en Tudela de Duero os hallo; qué tal os ha ido por Italia. Contadas al amigo después de la ausencia, se endulzan las penas y se aumentan las alegrías.

DON ÁLVAR.

Antes sepa yo de vos la verdad de lo que por Castilla se suena.

ALMIRANTE.

La verdad es que los flamencos se reparten pacíficamente los oficios públicos y con todo negocian; que el hambre aflige al reino en tan gran manera, que las más fértiles provincias tienen que surtirse de trigo extranjero; que el rey D. Felipe exige del pueblo, en tales circunstancias, un servicio oneroso; y quiere encerrar á Doña Juana, suponiendo que está demente, con el fin de quedarse solo en el trono y dar rienda suelta á sus tiránicos desmanes y licenciosos extravíos.

DON ÁLVAR.

¿Conque no hay tal locura?

Con grande alegría.

ALMIRANTE.

Sólo hay, hasta ahora, un desacordado amor, que tal parece.

DON ÁLVAR.

¿Tanto ama á su marido?

ALMIRANTE.

No es posible encarecerlo.

DON ÁLVAR.

¿Y él la desdeña, la atormenta, la ultraja?

ALMIRANTE.

Á toda hora sin piedad. Quiso dejarla en Mucientes y partir solo á Valladolid. Ahora que á Burgos nos dirigíamos, ha hecho alto en este pueblo para ver si logra dejarla aquí y continuar solo el viaje. En Burgos intentará de nuevo apartarla de su lado.

DON ÁLVAR.

¿Y no hay medio de poner coto á los abusos y tropelías de ese Archiduque de Austria, que Dios confunda?

ALMIRANTE.

Casi todos los grandes le patrocinan.

DON ÁLVAR.

El pueblo le aborrece y adora á la hija de la católica Isabel.

ALMIRANTE.

Doña Juana sería la primera en contrarrestar cualquiera tentativa que en su pro y en contra de su marido se hiciese. Pero ¡qué diablos!, ya trataremos de estas cosas. Habladme ahora de vos.

DON ÁLVAR.

Mi historia es sucinta. Que fuí á Italia; que maté franceses siguiendo las banderas del Gran Capitán; que ha poco tiempo dí la vuelta á Castilla, por cierto con bien mala ventura.

ALMIRANTE.

Pues ¿qué os sucedió?

DON ÁLVAR.

Abriéronseme con la fatiga del camino dos de mis más recientes heridas, y en un mesón, á corta distancia de este pueblo, me encontré sin poder seguir adelante. Hoy por vez primera salgo de mi fementido lecho.

ALMIRANTE.

¿Restablecido completamente?

DON ÁLVAR.

Casi, casi.

ALMIRANTE.

¿Por obra de la naturaleza?

DON ÁLVAR.

Gracias á los desvelos de una mujer.

ALMIRANTE.

¡Hola, hola! Dama tenemos de por medio.

DON ÁLVAR.

Dama que me siguió á Italia; que á Castilla me ha seguido, y que en el tal mesón se me apareció un día convertida en sobrina del mesonero.

ALMIRANTE.

Emprendedora debe de ser.

DON ÁLVAR.

Su natural fogoso y arrebatado disculpa sus acciones; su peregrina condición las autoriza.

ALMIRANTE.

Pues ¿quién es ella?

DON ÁLVAR.

Es nada menos que la hija de un rey.

ALMIRANTE.

¿Os burláis?

DON ÁLVAR.

No, por mi vida. El rey Zagal fué su padre.

ALMIRANTE.

¡Una mora, una hija del desdichado Rey de Granada!

DON ÁLVAR.

Fuera yo más venturoso si nunca la hubiese conocido.

ALMIRANTE.

¿Por qué razón?

DON ÁLVAR.

Quiéreme, salvó con imponderable solicitud mi existencia, y yo en breve causaré su desgracia rompiendo la cadena con que me tiene preso, y que no puedo ya soportar.

ALMIRANTE.

¿Es bonita?

DON ÁLVAR.

No cabe serlo más.

ALMIRANTE.

Y entonces, ¿en qué se funda vuestro desamor?

DON ÁLVAR.

No acierto á deciros otra cosa sino que á una sola mujer he podido amar en toda mi vida; á una á quien sólo raras veces he visto, y de quien estuve mucho tiempo alejado; á una que ni sabe ni sabrá jamás los sentimientos que me inspira.

ALMIRANTE.

¿Y de veras creéis estar enamorado de esa dama?

DON ÁLVAR.

Ignoro si es amor el que vive de sí propio, solitario dentro del alma, y no se alimenta de temor, ni de esperanza, ni deseo. Amo un recuerdo, una ilusión, una sombra; amo á un sér ideal que á todas partes me sigue, animando en la pelea mi brazo, purificando

mi corazón en la paz; sér que vivirá siempre á mi lado, y recogerá piadoso mi último suspiro. No: no es éste el amor que una mujer nos inspira; es la adoración que en silencio tributamos á nuestra santa predilecta. ¿Os sorprende oir tales palabras de boca de un guerrero, propio solamente para gozarse en el tumulto y los estragos del campo de batalla? Pues ved que os digo la verdad.

ALMIRANTE.

Hombre más extraño que vos no le hay en la tierra.

ESCENA III.

DICHOS y MARLIANO.

MARLIANO.

Deseaba veros, señor Almirante.

DON ÁLVAR.

Os dejo, pero no antes de suplicaros que solicitéis para mí una audiencia de Su Alteza, mi señora.

ALMIRANTE.

Dadla por conseguida.

DON ÁLVAR.

Regresaré á palacio dentro de una hora. (Da la mano al Almirante y se retira.) (¡Al fin voy á volver á verla!)

Vase por el foro.

MARLIANO.

Acabo de hablar con la Reina: inútilmente he procurado decidirla á permanecer aquí y dejar que el Rey parta sin ella á Burgos. Tratad, como yo, de convencerla.

ALMIRANTE.

Marliano, ¿vos también habéis cedido á las amenazas ó á las dádivas del Rey?

MARLIANO.

Aspiro, no á complacer al Monarca, sino á salvar á mi noble enferma. Al lado del Rey tiene á cada instante nuevos motivos de angustia y desesperación; quizá la soledad fuese alivio á sus padecimientos.

ALMIRANTE.

¿Y queréis que, en tanto que aquí permanece doña Juana, el Rey en Burgos le usurpe su corona?

MARLIANO.

Es natural: vos habláis como hombre de estado: yo como médico; vos pensáis en la Reina: yo en la mujer que padece.

ESCENA IV.

DICHOS, la REINA y DOÑA ELVIRA.

REINA.

¿Aun no ha vuelto?

MARLIANO.

Aun no, señora. Perdonadme si de nuevo os repito que el estado de vuestra salud.....

REINA.

Mi salud. ¿Por qué yo no he de poder ir á Burgos? ¿Qué enfermedad es esa de que todo el mundo me habla y cuyo nombre ignoro? ¿Á qué empeñarse en buscar en el cuerpo lo que está en el corazón? ¿En qué puede parecerse el quejido del enfermo al ay del desdichado? Mira, mira, guarda tus consejos y medi-

cinas para quien los necesite. Lo que á mí me hace falta no has de dármelo tú.

DOÑA ELVIRA.

Tranquilizaos, señora.

REINA.

Pero ¿no oyes que este insensato quiere curarme separándome de él?

MARLIANO.

No insisto; vuestro bien únicamente ambiciono.

REINA.

Lo conozco, Marliano; y espero que, en cuanto vuelva el Rey, le dirás que estoy buena, muy buena, y que mañana mismo podemos continuar el viaje. ¡Oh! ¿Vos aquí?

Reparando en el Almirante.

ALMIRANTE.

Tengo que pedir una merced á Vuestra Alteza.

REINA.

¿Cuál?

ALMIRANTE.

Un antiguo y leal servidor desea volver á ver á su Reina.

REINA.

¿Quién es?

ALMIRANTE.

El capitán D. Álvar de Estúñiga.

REINA.

Me acuerdo de él. ¿Dónde ha estado?

ALMIRANTE.

En Italia.

REINA.

Mi padre le estimaba mucho. Decidle que venga..... Pero el Rey que no vuelve aún. ¡Hasta cuándo va á

durar esta maldita caza! Id, señores, id á ver si recibís alguna noticia.

Vanse el Almirante y Marliano por la puerta del foro.

ESCENA V.

La Reina y Doña Elvira.

REINA.

Mira. ¿No distingues nada á lo lejos?

Asomándose á la ventana.

DOÑA ELVIRA.

Nada, señora.

REINA.

Hoy tarda más que de costumbre. ¿Le habrá sucedido algo?

DOÑA ELVIRA.

¡Infundada zozobra!

REINA.

Cinco horas ha que se fué.

DOÑA ELVIRA.

No ignoráis que el Rey es muy aficionado á la caza.

REINA.

¡La caza! ¿Crees tú que el Rey estará cazando?

DOÑA ELVIRA.

Sin duda.

REINA.

Puede ser. ¡Ojalá! No veo el instante de salir de Tudela.

DOÑA ELVIRA.

¿Por qué motivo?

REINA.

¡Ay, Elvira! Felipe me engaña; Felipe se ha enamorado aquí de alguna.

DOÑA ELVIRA.

¡De alguna!

REINA.

Sí: no sé de quién; pero siento en mi corazón que ama á otra, y tal es, sin duda, la causa de nuestra detención en este pueblo.

DOÑA ELVIRA.

No parece sino que tenéis gusto en atormentaros.

REINA.

¿Á qué, para hacerme desconfiar de ti como de todos cuantos me cercan, tratas también de engañarme? Que el Rey muchas veces fué traidor conmigo, no lo ignoras. Hoy..... Nada había querido decirte temiendo que, como en otras ocasiones, me reprendieses. Ya se ve: tú que no tienes celos, no puedes comprender ciertas cosas. Pero ¿te parece justo que, habiéndome en ti deparado el cielo una amiga, ni aun el consuelo de ser participadas logren mis amarguras? ¿De qué me sirve entonces el amor que me tienes? Vamos, ofréceme no reñirme y te contaré lo que recientemente he sabido.

DOÑA ELVIRA.

Hablad, señora: desahóguese el vuestro en este corazón, que entero os pertenece.

REINA.

Gracias, mi leal, mi cariñosa compañera. Pues bien, noté que todas las tardes..... ¡Ah! (Corriendo á la ventana.) ¿Oiste? (Volviendo al proscenio.) No, nada, todavía no viene.

DOÑA ELVIRA.

Continuad.

REINA.

Noté que todas las tardes salía el Rey de palacio, y transcurrían por lo menos dos horas antes de que volviese. Ayer hice que mi buen paje Hernán siguiera sus pasos.

DOÑA ELVIRA.

¿Conque jamás se corregirá Vuestra Alteza?

REINA.

Has ofrecido no reñirme. El Rey fué ayer tarde..... ¿Adónde dirás? No es posible que los presumas. Fué al mesón del Toledano, uno que hay en los alrededores de este pueblo.

DOÑA ELVIRA.

¿Á un mesón D. Felipe?

REINA.

¿Y á qué puede ir él á un mesón? Supiéralo ya si Hernán no se hubiese quedado á la puerta; pero el necio paje temió que el Rey le viera y le conociese. ¡Sí, Elvira; por alguna mujer va á semejante sitio! Sólo esta conjetura me parece acertada.

DOÑA ELVIRA.

Ninguna puede serlo menos.

REINA.

¡Ojalá que me engañe; ojalá, Elvira, ojalá! Á bien que pronto saldremos de dudas. Hoy Hernán penetrará en la posada.

DOÑA ELVIRA.

¡Cómo! ¿Tratáis de que también hoy siga á Su Alteza?

REINA.

Si fuese lo que me imagino..... De pensarlo nada más, parece que se me acaba la vida.

DOÑA ELVIRA.

Considerad, señora, que en tal paraje no puede haber más que villanas.

REINA.

Y qué, ¿las villanas no son mujeres como nosotras? Si mi esposo fuera villano, ¿piensas que yo no le amaría?

DOÑA ELVIRA.

Debo evitar que cometáis tales imprudencias.

REINA.

¿Sabes que quien no nos conociese te tomaría por la señora? Que yo lo soy recuerda.

DOÑA ELVIRA.

Perdóneme Vuestra Alteza si mi celo le enfada.

REINA.

¿Á qué me obligas á decirte estas cosas? Vamos, perdóname tú.

DOÑA ELVIRA.

¡Oh, no me avergoncéis!

REINA.

En esta ansiedad no podría vivir. Si me equivoco, ¿qué mayor ventura que un desengaño? Si no me equivoco, si Felipe ama á otra, ya ves que no es justo que yo siga adorándole. Muchas veces le perdoné; ya no le perdonaría. Segura estoy de aborrecerle si es cierto que me engaña. La duda basta para hacérmele odioso. ¡Oh! (Corriendo otra vez á la ventana.) ¡Ahora sí que es él! Ya ha vuelto, Elvira mía, ya ha vuelto. Mira, voy á recibirle. ¡Felipe de mi alma!

Sale precipitadamente por la puerta del foro.

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA.

¿Tendrá razón? ¿La ofenderá el Rey con algún otro vergonzoso amorío? ¿Se habrá prendado de una aldeana? De todo es capaz. ¡Desdichada señora! Ya con él se acerca llena de júbilo.

Éntrase en el cuarto de la derecha.

ESCENA VII.

El REY y la REINA.

REY.

Lo que te he dicho nada más: me empeñé en dar alcance á un venado cuyo rastro habíamos perdido tres veces.

REINA.

Bien hiciste; no importaba que yo esperase.

REY.

¡Qué infundadas reconvenciones!

REINA.

Pero supongo que ya hoy no me volverás á dejar.

REY.

Á pesar mío tendré que abandonarte muy luego.

REINA.

¡Otra vez! ¡Ya! Para ir al mesón.

REY.

¿Cómo? ¿Qué dices?

REINA.

No, no hay insensatez que iguale á la mía. ¡Qué bien me vendí!

REY.

Explicaos, señora.

REINA.

¿Te parece que aún no me he explicado bastante? ¿Qué te lleva á ese bienaventurado mesón?

REY.

(Lo ignora.)

REINA.

Habla, responde; tómate siquiera el trabajo de engañarme.

REY.

Imposible es que vivamos pacíficamente. Á pesar del dictamen de todos tus médicos y de los repetidos consejos de tus más fieles servidores, había determinado que juntos partiésemos á Burgos mañana mismo.....

REINA.

¿De veras? ¿Eso habíais determinado?

REY.

Pero otra cosa es la que á entrambos nos conviene: permanecerás en Tudela; partiré solo.

REINA.

No, Felipe, no; partiremos juntos.

REY.

Insistes en vano.

REINA.

No me atormentes. Dime el motivo de tus visitas á la posada; dímelo, y te creo.

REY.

Por no entristecerte lo he ocultado hasta ahora. ¡Buen pago recibo!

REINA.

¿Acabarás de mortificarme?

REY.

Un negocio de estado es lo que me conduce allí.

REINA.

¿Un negocio de estado?

REY.

Sí, señora, sí.

REINA.

Bien; te creo: habla.

REY.

Trato de ganarme la voluntad de uno de los más fervorosos amigos de tu padre.

REINA.

¿Del Duque de Alba?

REY.

Justamente. Era su intención promover alborotos para arrebatarnos la corona y devolvérsela al rey D. Fernando. Por fortuna ya ha empezado á darse á partido; pero, temiendo que si aquí nos ven conferenciar se trasluzca la concordia y llegue á noticia del Rey, exige que nuestras entrevistas se verifiquen secretamente donde menos pueda nadie imaginarse.

REINA.

(¿Será cierto lo que me cuenta?)

REY.

¿Estás ya convencida de tu injusticia?

REINA.

Sí, de todo lo que quieras. ¿Partiremos juntos mañana?

REY.

¿Quién, ingrata, más que yo lo desea? Confía en tu esposo; no le ofendas dudando de su cariño.

REINA.

¿Sabes, Felipe, que ya están agotadas mis fuerzas,

y me moriré de dolor si hoy creyese y tuviera que volver á dudar mañana? ¿Sabes que mi amor ha sido más poderoso que el tiempo y tus desdenes? Te amé cuando te vi; más cuando me llamé esposa tuya; más cuando fuí madre de tus hijos. Existe el que me dió el sér, existen las prendas de mis entrañas, hay un Dios en el cielo que á todos nos redimió con su sangre. Pues bien, óyelo y duélete de esta infeliz: en mí tienen celos de la esposa, la hija, la madre, la cristiana. Sí, lo conozco, es un crimen: ofendo á la Naturaleza y á Dios: por eso el cielo me castiga; pero ¡ay de mí! que no lo puedo remediar.

REY.

Hasta el fondo de mi pecho penetran tus hermosas palabras. Ellas me animan á suplicarte de nuevo que en Burgos, como en Valladolid, permitas que yo solo gobierne los Estados que poseemos juntos.

REINA.

Soy Reina; ciño la corona de mi madre Isabel; mas no ignoras cuánto desdeño yo esas grandezas, que, comparadas con el sentimiento que llena todo mi corazón, me parecen mezquinas. Dame, en vez de esplendente diadema de oro, una corona de flores tejida por tu mano; en vez de regio alcázar, en donde siempre hay turbas que nos separan, pobre choza en donde sólo nosotros y nuestros hijos quepamos; en vez de dilatados imperios, un campo con algunos frutos, y una sepultura que pueda contener abrazados nuestros cuerpos; tu amor en vez del poder y la gloria, y creería yo entonces que pasaba del purgatorio al paraíso.

REY.

¡Juana idolatrada!

REINA.

Oye: muchas veces se presenta á mis ojos la veneranda sombra de mi madre Isabel, señalándome un mundo con la una mano, y con la otra mano otro mundo; y veo que ambos se abrazan y que aquél ofrece á su hermano los tesoros de sus entrañas virginales, y que éste le envía en recompensa el nombre de Dios flotando sobre las aguas. Y oigo que la voz de la reina Isabel me dice: piensa en tus sagrados deberes, y yo pienso en ti; ama á tu pueblo, y yo á ti te adoro; conserva mi herencia, débate España nuevas glorias y dichas; y mi corazón sólo responde, *amo* en cada uno de sus latidos, y quiero llorar como reina arrepentida, y lloro como mujer enamorada. ¿Qué más? Si hoy bajara un ángel del cielo y me dijese: en mi mano está remediar tu desgracia deshaciendo lo hecho y volviéndote á la edad feliz en que aún no eras esposa, yo, sin vacilar un punto, le respondería: no, no, y mil veces no; quiero ser esposa de Felipe; quiero amarle, aun cuando él haya de aborrecerme; quiero penar por él y morir llamándole mío.

REY.

Serénate y enjuga esas preciosas lágrimas.

REINA.

Ahora son de felicidad.

REY.

Ojalá entonces que siempre las vea yo en tu rostro. Don Juan Manuel me aguarda. Volveré para decirte adiós.

REINA.

Vuelve, Felipe, vuelve.

REY.

Se acabaron para siempre los celos, ¿verdad?

REINA.

Te lo prometo; para siempre.

REY.

(Á fe que voy avergonzado.)

Éntrase por la puerta de la izquierda.

ESCENA VIII.

La REINA, á poco DOÑA ELVIRA, un PAJE luego, después D. ÁLVAR.

REINA.

Harto lo conozco; siempre nos ponemos en lo peor. Gracias, Dios santo, gracias.

DOÑA ELVIRA.

¿Ya os encuentro sola?

REINA.

Sí, Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Y alegre, á lo que noto.

REINA.

Me equivocaba, mis celos eran infundados.

DOÑA ELVIRA.

Ahora debiera yo enojarme con Vuestra Alteza.

REINA.

Terminó ya lo que á ti te enojaba: he ofrecido no volver á estar celosa.

DOÑA ELVIRA.

No saldría yo por fiadora de vuestra promesa.

REINA.

Ríete; ya verás si la cumplo.

DOÑA ELVIRA.

Aguarda ese D. Álvar, á quien habéis concedido una audiencia.

REINA.

Pues que venga, que venga al instante.

Doña Elvira se asoma al cuarto de la derecha, hace una seña y preséntase Hernán, el cual, después de oir algunas palabras que aquélla en voz baja le dice, vase por la puerta del foro.

DOÑA ELVIRA.

Hernán va á darle aviso.

REINA.

¡Si vieras qué mozo tan bizarro era cuando yo le conocí! Querrá pedirme alguna gracia: debo protegerle. ¡Hoy, más que otros días, siento tan grandes deseos de hacer bien! Cuando uno es feliz, ¡cómo desea la felicidad de todos!

DON ÁLVAR.

Si Vuestra Alteza me otorga su venia.....

Presentándose en la puerta del foro. A una señal de la Reina entra y permanece á respetuosa distancia. La Reina se sienta.

REINA.

Mucho celebro que hayáis venido, capitán.

DON ÁLVAR.

(¿Qué pasa por mí?)

REINA.

Sé que habéis estado en Italia.

DON ÁLVAR.

Sí, señora (Reponiéndose.); en Italia he guerreado contra los enemigos del nombre español.

REINA.

Gonzalo de Córdoba es el mejor capitán del mundo.

DON ÁLVAR.

¿Qué no diera él por oir tal encomio de boca de Vuestra Alteza?

REINA.

¿Se acuerda de mí?

DON ÁLVAR.

¿Cómo podríamos haber olvidado á la hija queridísima de nuestra señora la reina Isabel?

REINA.

¿Verdad que me quería entrañablemente? ¿Recordáis con qué angelical donosura me llamaba señora suegra por la extraña semejanza que con mi abuela paterna tenía yo, al decir de cuantos la habían conocido?

DON ÁLVAR.

No pronunció palabra delante de mí aquella bendita mujer, que para siempre no esté fija en mi memoria.

REINA.

Mucho sentiríais su muerte, capitán.

DON ÁLVAR.

No hubo en Italia soldado que no la llorase.

REINA.

Juzgad si yo la lloraría; yo que, ausente en apartadas tierras, ni siquiera tuve el consuelo de verla morir. Tengo, sí, el único que puede endulzar la amargura de un huérfano: el consuelo de saber que la madre que pierde se va derecha á la gloria.

DON ÁLVAR.

(¿Cómo no amarla?)

REINA.

El valor y la lealtad con que á mis padres habéis servido, reclaman premio. Pedidme alguna merced, don Álvar.

DON ÁLVAR.

Consagrarme al servicio de Vuestra Alteza sería para mí gran ventura.

REINA.

Mañana partimos á Burgos, y nos alojaremos en el palacio del Condestable. No dejaréis de vernos allí. ¿Conocéis al Rey?

DON ÁLVAR.

No, señora.

REINA.

¿Cómo no, habitando en Tudela?

DON ÁLVAR.

Habito fuera de poblado, en un mesón donde ha no pocos días me obligó á detenerme una grave dolencia.

REINA.

¿En un mesón decís? (Levantándose.) ¿En el del Toledano quizá?

DON ÁLVAR.

En ese mismo.

REINA.

Habréis visto en él á dos caballeros que le visitan diariamente.

DON ÁLVAR.

Á nadie he visto, porque hasta hoy no he podido salir de mi aposento; pero sí sé que un caballero flamenco frecuenta la posada.

REINA.

Un caballero flamenco que tiene allí entrevistas con un caballero español.

DON ÁLVAR.

No, señora: allí no va ningún caballero español.

REINA.

Y entonces....., entonces el otro ¿á qué va?

DOÑA ELVIRA.

(¡Y habíais prometido no volver á tener celos!)

Bajo á la Reina.

REINA.

(Calla.) Sepamos, ¿qué busca por allí?

Procurando disimular.

DON ÁLVAR.

¿Qué busca?

Sin saber qué debe contestar.

REINA.

(No acierta á responderme.)

DON ÁLVAR.

Nada..... Nada que importe á Vuestra Alteza.

REINA.

Decidme la verdad, don Álvar; también las reina somos curiosas.

DON ÁLVAR.

Aseguro á Vuestra Alteza que no sé de fijo.....

Titubeando.

REINA.

Mentís, capitán.

Sin poder reprimirse.

DON ÁLVAR.

¡Oh! (¡Qué arrebato!)

REINA.

En el tal mesón hay una beldad campesina, y es caballero flamenco se ha prendado de ella.

DON ÁLVAR.

En vano será que yo niegue lo que Vuestra Altez no ignora. Perdonad: no creí que estuvieseis tan bie informada.

REINA.

(¡Madre de Dios! ¡Mentía! ¡Mentía!)

DOÑA ELVIRA.

(Ved que os observan.)

Bajo á la Reina.

REINA.

¿Con que estaba bien informada? ¿Un amorío es lo que le lleva al mesón?

DON ÁLVAR.

Un mero galanteo, que terminará muy en breve.

REINA.

¿Sabéis, capitán, que si no me hubieseis dicho verdad correría grave riesgo vuestra cabeza?

DON ÁLVAR.

¡Señora!

REINA.

Olvidad estas palabras y retiraos.

DON ÁLVAR.

(¿Qué significa esto? ¿Será verdad que está loca?)

Saluda, y vase por la puerta del foro.

ESCENA IX.

La Reina y Doña Elvira.

REINA.

¡Elvira, Elvira!

Dejándose caer en un sillón desfallecida.

DOÑA ELVIRA.

Señora, volved en vos. ¿Queréis que llame?

REINA.

No; detente. (Levantándose con nuevo vigor.) ¿Ves que hombre tan falso, tan inicuo? No hay palabras con que decir lo que ese hombre es. ¡Si le hubieses escucha-

do!..... Va á partir en busca de su amada. Yo también iré á verla.

DOÑA ELVIRA.

¿Vos?

REINA.

Sí, yo; yo, contigo.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué intentáis, señora?

REINA.

Eso: lo que acabas de oir.

DOÑA ELVIRA.

Por compasión.

REINA.

Obedece y calla.

DOÑA ELVIRA.

El Rey.

REINA.

Trae mantos.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué va á ser de esta desventurada?

Entra en el cuarto de la derecha.

ESCENA X.

La REINA y el REY.

REY.

Vuelvo, como te había ofrecido, á decirte adiós.

REINA.

Por mí no te detengas. Ve y cumple con tus deberes de soberano.

REY.

Así quisiera yo verte siempre.

REINA.

Siempre me verás como ahora. Adiós.

REY.

Qué, ¿no abrazas á tu esposo?

REINA.

Con vida y alma.

Abrazándole.

REY.

¿Te quedas contenta, eres feliz?

REINA.

¿Pues no estás viendo cómo me río? ¿No he de ser feliz con un esposo como tú?

REY.

Logré que al fin conocieses tu error.

REINA.

Por demás era injusta contigo.

REY.

Adiós, pues, Juana mía.

Besándole una mano.

REINA.

Adiós, Felipe mío, adiós.

Vase el Rey por la puerta del foro.

ESCENA XI.

La REINA, y después DOÑA ELVIRA.

REINA.

¡Cómo se irá diciendo ahora: pobre mujer, qué bien la engaño, qué bien sé fingir! ¡Con qué alegría, exento de todo recelo, correrá á lanzarse en los brazos de su amiga! Juntos me parece ya verlos, clava-

dos los ojos del uno en los del otro, con las manos enlazadas, exhalando tiernos suspiros de amor. ¡Oh! Pronto en mí sola se fijarán sus miradas; á mí se dirigirán sus manos pidiendo compasión; los suspiros se cambiarán en gritos de espanto. Él lo quiere; sea, luchemos: en todas partes me encontrará, no tendrá un minuto de reposo, envenenaré todos sus placeres. ¡Por Dios y los santos que ese hombre ha de soñar conmigo! Vamos, ya es hora.

A Doña Elvira, que sale con mantos.

DOÑA ELVIRA.

¿Aun insistís?

REINA.

Sígueme.

DOÑA ELVIRA.

Aguardad á lo menos á que se disponga una litera.

REINA.

¿Para que los espías del Rey lo noten, y vayan y le avisen? Saldremos por esa puerta. (Indicando la de la derecha de segundo término.) Iremos á pie.

DOÑA ELVIRA.

¡Á pie! ¡Tan débil como estáis!

REINA.

¿Yo débil ahora? Esta mujer no sabe lo que se dice.

DOÑA ELVIRA.

Recordad que vuestra frente ciñe una corona.

REINA.

Sí, sí, en este momento de coronas debes hablarme.

DOÑA ELVIRA.

Nunca una reina ha de olvidarse de que lo es.

REINA.

Yo no soy más que una mujer celosa disfrazada de reina.

DOÑA ELVIRA.

¡Inspiradla, Dios santo!

REINA.

Partiré sola. Quita.

DOÑA ELVIRA.

¡Oh, no! Pronta estoy á seguiros.

REINA.

Vamos entonces á sorprender á los dichosos amantes. Ven, ven y verás cómo se apartan las palomas cuando las sorprende el milano.

Dirígese precipitadamente, seguida de Elvira, á la puerta de la derecha de segundo término.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Pieza de un mesón. Puertas laterales; otra en el foro, que da á un patio. A la derecha una escalera: súbese por ella á un corredor practicable que se extiende en el foro de un extremo á otro del teatro. En el promedio de este corredor la puerta del cuarto de Aldara. Mesas, sillas, bancos.

ESCENA PRIMERA.

El Mesonero y Trajinantes; después una Moza del mesón.

TRAJINANTE 1.º

Lo dicho: no hay cosa mejor que un rey bueno, ni cosa peor que uno malo.

MESONERO.

Cierto; que así como el bueno es imagen de Dios en la tierra, el malo sólo puede ser imagen del demonio.

TRAJINANTE 2.º

Y ahí tenéis que, cuando los pobres se mueren de hambre, el Rey pide un servicio de cien cuentos de maravedís.

TRAJINANTE 3.º

Y los flamencos que por acá se trajo aprópianse á tuerto ó á derecho el oro de Castilla.

TRAJINANTE 1.º

Son á fe sus mercedes tan largos de manos como anchos de conciencia.

MESONERO.

Para hacerles hueco, y á fin de que pongan en feria lo que para sí no codicien, ha quitado el Rey á las ciudades sus corregidores, y á los castillos sus alcaides, y sus generales á las fronteras.

TRAJINANTE 2.°

Y á todo esto, la Reina en celar á su marido se pasa la vida.

TRAJINANTE 3.°

Cuentan que ha perdido el seso.

MESONERO.

Medrados estamos con Reina loca y Rey tan ligero de cascos.

TRAJINANTE 1.°

¡Ay, si resucitara la otra!

TRAJINANTE 2.°

¡Aquélla sí que fué toda una Reina!

MESONERO.

Como que no parece sino que el cielo quiso juntar en la reina Isabel cuantas virtudes habían adorado los hombres, repartidas entre los mejores monarcas de la tierra.

TRAJINANTE 3.°

Yo oí decir que lo mismo era para ella un señor que un labriego.

TRAJINANTE 1.°

Así es la verdad; que un día me eché á sus pies cuando salía de Palacio, y más me dió de lo que yo le pedí; y á mi Juanico, que allí conmigo estaba, le hizo una fiesta en el rostro. Ni su madre ni yo podemos mirar desde entonces al muchacho sin una especie de veneración y respeto, y el día que se cumplió un año de la muerte de Su Alteza compramos dos hermosos

cirios, que por el descanso de su alma estuvieron ardiendo hasta consumirse; y todos los años haremos lo mismo; y nuestro hijo lo hará, con la gracia de Dios, cuando nosotros faltemos.

TRAJINANTE 2.°

Yo nunca le vi la cara á la Reina, porque una vez que pasó por mi lado quise mirarla, y levantar los ojos y volverlos á bajar sin saber lo que me pasaba, todo fué uno.

MESONERO.

Es que su mercé tenía cara de virgen.

TRAJINANTE 1.°

Por ella nos vemos libres de esos perros moros que ultrajaban á Jesús Nazareno y á su bendita Madre.

TRAJINANTE 2.°

Cubierta de hierro, y expuesta á las inclemencias del cielo y á los peligros de las batallas, estuvo la reina Isabel, así como el último de sus soldados.

TRAJINANTE 1.°

Ella, vendiendo sus joyas, hizo que aquel buen ginovés fuese á descubrir tierras para España.

TRAJINANTE 3.°

Ella sujetó á los próceres turbulentos.

MESONERO.

Á ella debemos poder hoy respirar sin temor de que los señores nos traten peor que á su perro de caza.

TRAJINANTE 2.°

¡Cuánto trabajó la pobre! ¡Cuánto pasaría por nosotros!

MESONERO.

¡Qué! ¡Si no tenía más pío que hacer la dicha de su pueblo!

TRAJINANTE 3.°

Y diz que murió como una santa.

MESONERO.

No es mucho que muera como santo quien como tal haya vivido.

TRAJINANTE 1.°

Una mujer así no debía morirse nunca.

MESONERO.

Vamos, hombre, no te enternezcas, que la cosa ya no tiene remedio.

TRAJINANTE 1.°

Porque no tiene remedio lloro, que si lo tuviera, yo me dejaría matar por que ella resucitase.

MESONERO.

¡Toma! Si con la vida ajena se hubiera podido ir alargando la suya, aún viviera y viviría por los siglos de los siglos.

TRAJINANTE 2.°

¿Parece que también su merced se ablanda?

MESONERO.

¿Qué se le ha de hacer? No es uno de risco; y ya que con otra cosa no pudimos pagarle los pobres mientras vivió, justo es que después de muerta la paguemos con lágrimas el bien que nos hizo; y á fe á fe que la buena señora ve vuestro llanto desde el cielo.

TRAJINANTE 1.°

Premie Dios sus virtudes, que Él sólo puede recompensarlas como es debido.

TODOS.

¡Dios la bendiga! ¡Dios la bendiga!

MESONERO.

Ea, ea, basta de pucheros, y vaya un Padrenuestro

por la gloria de su alma. (El mesonero y todos los trajinantes se levantan, se quitan el sombrero y permanecen en silencio breves instantes, como si estuvieran rezando.) *Requiescat in pace.*

TODOS.

Amén.

Todos se santiguan.

MESONERO.

Y ahora un trago.

TODOS.

¡Venga, venga!

Escancíanse vino.

MESONERO.

A la memoria de la mejor de las reinas.

TODOS.

Á su memoria.

Beben.

MOZA.

¡Alabado sea Dios!

Saliendo por el foro con un velón de Lucena, que pone en la mesa.

TODOS.

Bendito y alabado.

MOZA.

La cena se enfría.

TRAJINANTE 1.°

¡Santa palabra!

TODOS.

Á cenar.

Vanse los trajinantes por la puerta del foro seguidos de la moza.

ESCENA II.

El Mesonero y Aldara.

Momentos antes se la habrá visto salir de su habitación y bajar por la escalera.

ALDARA.

¿Qué hay, Garci-Pérez?

MESONERO.

Que su merced todavía no ha dado la vuelta.

ALDARA.

(¡Oh!) ¿Y ese caballero flamenco que viene todos los días á estas horas?

MESONERO.

Tampoco ha parecido.

ALDARA.

Ya os dije que no quiero verle.

MESONERO.

Todo el mundo tiene derecho de entrar en el mesón con tal de que pague al salir. Harto os sirvo haciendo creer á la gente que sois sobrina mía. Y temiéndome estoy que fragüe una de las suyas el diablo y se descubra el enredo.

ALDARA.

Poco permaneceré ya en vuestra casa.

Hácele señal de que se retire.

MESONERO.

(¡Lástima es!)

Vase por la puerta del foro.

ESCENA III.

ALDARA, y después D. ÁLVAR.

ALDARA.

Sí, lo conozco; nunca debí amar á un cristiano. Con razón me castigas ¡oh dios inexorable de mis abuelos! ¿Y si me hubiese engañado? ¿Hasta cuándo he de estar engañándome á mí propia? Siempre noté en él tristeza misteriosa; constantemente hubo una sombra en medio de los dos. Que era la sombra de una mujer, yo me lo imaginaba. Y ahora, ¿cómo dudarlo? Cuando supo la llegada de los Reyes á Tudela, ¡qué agitación la suya! Cuando la fiebre le embargaba los sentidos, oíale gritar: «¡Está en Tudela; voy á volverla á ver!» Enfermo aún, no ha podido por más tiempo vencer su afán, y ha volado á Tudela con riesgo de la vida. ¿Qué mujer es ésa? ¿Habrá venido con los Reyes? ¡Cuitada yo, que juzgué posible que un hombre me amase eternamente! Él es.

DON ÁLVAR.

(Aquí está. ¿Cómo desengañarla?)

Saliendo por la puerta del foro.

ALDARA.

Creí que no íbais á volver.

DON ÁLVAR.

¿Me recibís enojada porque he tardado? Nunca quisiera yo enojar á quien tanto hizo por mí. Os debo la vida.

ALDARA.

Más que la vida os debí yo: la felicidad.

DON ÁLVAR.

Será mi gratitud eterna.

ALDARA.

¿Gratitud me ofrecéis?

DON ÁLVAR.

Decid: ¿vendrá también hoy el caballero que o corteja? Restablecido al fin, quiero pedirle cuenta d las molestias que os ha causado.

ALDARA.

Dejad en paz á ese caballero, y no con vanas apa riencias intentéis deslumbrarme.

DON ÁLVAR.

No comprendo vuestras palabras.

ALDARA.

¿Á qué habéis ido á Tudela?

DON ÁLVAR.

¿No os lo dije? Á ver á mi deudo el Almirante d Castilla.

ALDARA.

¿Y á ninguna otra persona habéis visto?

DON ÁLVAR.

Sí, á la Reina.

ALDARA.

¿A la Reina?

DON ÁLVAR.

¿Por qué os sorprende?

ALDARA.

¿Es hermosa?

DON ÁLVAR.

Ángel del cielo parece por el rostro y por el corazó

ALDARA.

Mucho la encomiáis.

DON ÁLVAR.

Poco os parecería si la conocieseis. Me ha ofrecic su protección.

ALDARA.

Bien la merecéis.

DON ÁLVAR.

Mañana mismo pienso partir á Burgos.

ALDARA.

¿Parten mañana también Sus Altezas?

DON ÁLVAR.

Mañana.

ALDARA.

¿Y sólo con el Almirante y con la Reina habéis hablado?

DON ÁLVAR.

Sólo con el Almirante y con la Reina.

ALDARA.

Aseguran que Doña Juana está loca.

DON ÁLVAR.

Falso: torpe calumnia divulgada por el Rey, que quiere apartarla de sí, desconociendo el tesoro que injustamente posee. Pero, por la espada del Gran Capitán, que aún hay castellanos prontos á morir, si es preciso, por defenderla.

ALDARA.

Dios la confunda.

DON ÁLVAR.

¿Qué proferís?

ALDARA.

Mal hicisteis en encomiar delante de mí á quien tanto aborrezco.

DON ÁLVAR.

¿Que aborrecéis á la Reina? ¿Por qué causa?

ALDARA.

¿Á qué fingís ignorarlo? Hubo una mujer que, haciendo derecho de la usurpación y ley de la fuerza,

subió á un trono que no le pertenecía, y todo fué poco para saciar su sed de poderío y de mando. Tendió su mirada de águila por la tierra: vió un imperio compuesto de catorce ciudades y noventa y siete villas; vióle grandemente enriquecido por la fortuna, con insólito afán acariciado por la Naturaleza; vióle y le deseó, y dijo: venga á mi mano. Dos reyes disputábanse el cetro de aquel imperio: el vicio y el valor se le disputaban. La astuta serpiente, que para sí le quería, amparó al rey cobarde contra el valiente, porque bien conoció que así después la victoria sería más fácil. Cayó mi padre, el Rey Zagal; el Rey Chico volvió á ser dueño del trono; desplomáronse sobre Granada, Aragón y Castilla; el Genil fué Guadalete para la media luna, brilló vencedora sobre las torres de la Alhambra la enseña de la cruz, y la ciudad hermosa, hija predilecta del Profeta, antes por la propia flaqueza rendida que por el valor ajeno, dobló su coronada frente bajo la planta del cristiano. Mira cómo huye al África mi padre infeliz, á llorar la mengua de los hijos de Agar; cómo el bárbaro Rey de Fez, creyéndole cómplice de los enemigos de Granada, le quema en venganza los ojos. Mírale mendigando el sustento preciso con un cartel pendiente del cuello en donde se lee: «Éste es el desdichado Rey de Granada.» De sus ojos sin luz corren lágrimas de sangre; sus manos descarnadas se clavan en la frente, donde no encuentran la corona que buscan. Oye cómo grita al morir: venganza contra la reina Isabel y contra toda su generación. ¡Y me preguntas por qué aborrezco á la reina Doña Juana, á una hija de la reina Isabel! ¿Ignoras que antes de conocerte no había más que anhelo de venganza en mi pecho? ¿Por qué te conocí?

Quizá hubiera logrado la gloria de morir por odio á los cristianos; y no que hoy moriré, quizá, de amargura por haber amado á uno sólo.

DON ÁLVAR.

¡Aldara!

ALDARA.

Y, sin embargo, ¿qué más pude sacrificarle? ¿Qué mujer puede merecer el amor de un hombre si yo no merezco el suyo? Te perdí; el Dios á quien ultrajé me rechaza. Nada me queda: vergüenza y llanto nada más.

DON ÁLVAR.

Aldara, yo no he dicho que no os amo. Los beneficios que de vos recibí siempre vivirán grabados en mi pecho.

ALDARA.

¿Otra vez vais á hablarme de gratitud? Antes bien explicadme la causa que os impide pagar mi amor con amor; decidme que amáis á otra, á otra á quien sin duda en mucho tiempo no habréis visto, porque entonces sin remedio la hubiera visto yo también. ¿La habéis vuelto á encontrar por ventura, sin que yo sepa cuándo ni cómo? ¿En Tudela tal vez? Vamos, contadme todo esto. Si es cierto que amáis á otra, yo no debo ignorarlo. No; si es cierto, que yo lo ignore siempre, porque sería capaz....., sería capaz de matarla.

DON ÁLVAR.

¡Matarla!

ALDARA.

Luego ¿existe; existe?

DON ÁLVAR.

Y suponiendo que existiese.....

ALDARA.

No me desafiéis.

DON ÁLVAR.

¿Cuáles son vuestros derechos sobre mí?

ALDARA.

Vos, porque os he amado, tenéis el de ultrajarme.

DON ÁLVAR.

Termine hoy aquí nuestra plática. Espero que mañana con más tranquilidad podréis oirme y conocer lo indebido de tan reiteradas inculpaciones.

Éntrase por la puerta de la izquierda.

ESCENA IV.

ALDARA, y después el REY.

ALDARA.

¡Y así me deja! ¡Y partirá mañana mismo! Tiempo era ya de que el altivo cristiano humillase á su esclava. Por un momento he pensado en la Reina..... Imposible. ¿Por qué? Mil veces le escuché hablar de ella con arrebato singular. ¿Será otro amor el que creí amor del súbdito á la señora? ¿Cómo averiguar la verdad? Pero ¿ha de amar la Reina á este hombre; la Reina, que, según afirman, idolatra á su esposo? ¿No puede tener engañado al mundo? ¿No puede Álvar, que desdeña mi afecto, amar á quien el suyo rechace? Le perdonaría que no me amara; que ame á otra, no puedo, no quiero perdonárselo. ¡Oh! ¿Quién llega?

Yendo hacia la escalera.

REY.

No huyas. Detente.

Entrando por la puerta del foro y asiendo á Aldara de una mano.

ALDARA.

Soltad.

REY.

¿Habrá en el mundo aldeana menos complaciente que tú?

ALDARA.

¿Habrá caballero tan necio como vos?

REY.

¿Necio me llamas?

ALDARA.

Necio sois en perseguir á quien nunca habéis de alcanzar.

REY.

Tiene en ti Garci-Pérez una sobrina con humos de princesa.

ALDARA.

Más me acerco á princesa que á sobrina de un mesonero.

REY.

¿Cómo?

ALDARA.

Sabed la verdad: ya no tengo por qué ocultarla; no soy sobrina de Garci-Pérez.

REY.

¡Extraño misterio el que os rodea, señora! Con razón supuse que la condición que aparentabais no era la vuestra. Pues bien, yo no soy tampoco un simple hidalgo cual aquí se me cree; soy.....

ALDARA.

¿Quién?

REY.

Un prócer, un prócer flamenco de lo más esclarecido.

ALDARA.

(Este pudiera tal vez ayudarme.)

REY.

Desde el día en que mi buena estrella me hizo pasar por delante de este mesón, cifro en veros mi dicha. Hasta qué punto logró subyugarme vuestra hermosura, no cabe ponderarlo. Mi corazón os pertenece, señora; por una palabra cariñosa de vuestros labios diera parte de mi existencia. Tengo que partir á Burgos mañana.....

ALDARA.

¿Con los Reyes acaso?

REY.

Sí, con los Reyes. Seguidme, y exigid en cambio todo lo que queráis; hasta lo que os parezca imposible.

ALDARA.

¿Tanto podéis?

REY.

Cuanto quiero.

ALDARA.

¿Sois amigo del Rey?

REY.

Más que amigo.

ALDARA.

¿Su privado quizá?

REY.

Puede decirse que el Rey y yo somos una misma persona.

ALDARA.

¿Y si á mí se me antojase frecuentar su palacio?

REY.

Seríais dama de la Reina.

ALDARA.

¿Cómo, si por muy ilustre que fuese mi estirpe yo no pudiera descubrirla?

REY.

¿No pasáis aquí por sobrina de un mesonero? Mejor podríais pasar allá por deuda de algún conde ó marqués.

ALDARA.

¿Y vos os daríais por bien pagado con la única dicha de verme?

REY.

Sin duda.

ALDARA.

Meditaré acerca de tal ofrecimiento.

REY.

¿Olvidáis que tengo que partir mañana?

ALDARA.

Por escrito os comunicaría mi resolución.

REY.

¡Oh! no, bien mío; fuerza es que os decidáis al momento. Mirad: á corta distancia del mesón hay una litera en donde, escoltada por hombres de toda mi confianza, podéis emprender esta misma noche el viaje.

ALDARA.

¿Todo eso tenéis preparado?

REY.

Todo eso.

ALDARA.

¿Pensabais, quizá, sacarme de aquí por fuerza?

REY.

Quizá.

ALDARA.

Pues quizá no parta yo á Burgos en toda la vida.

Alejándose.

REY.

¿Qué, así os retiráis?

Tratando de detenerla.

ALDARA.

Os he dicho que meditaré.

Apartándose más.

REY.

¡Señora!

Siguiéndola.

ALDARA.

Tened un poco de paciencia.

Sube por la escalera y entra en su cuarto.

ESCENA V.

El Rey, á poco el Mesonero, después la Reina y Doña Elvir

REY.

Mejor dispuesta que esperaba la encuentro. Muchas veces he creído estar enamorado: á fe mía que ahora va de veras. Su misteriosa condición, sus repulsas continuas, ese tenaz desdén á que no estoy acostumbrado, aumentan más y más la llama que arde por ella en mi pecho. Aseguremos el golpe. (Dando porrazos sobre la mesa.) ¡Hola! ¡Mesonero de Barrabás! ¡Hola!

MESONERO.

¿Qué se os ofrece?

Saliendo por la puerta del foro.

REY.

Venid acá, don bellaco, señor mesonero trapalón, señor tío postizo.

MESONERO.

¡Eh!

REY.

¿Conque tan fingidas son tus sobrinas como tus liebres?

MESONERO.

Pues qué, ¿sabéis?.....

REY.

Todo lo sé, y escucha atentamente lo que voy á decirte.

MESONERO.

Ya escucho.

REY.

¿Qué gente hay en el mesón?

MESONERO.

Unos trajinantes.

REY.

¿Qué hacen ahora?

MESONERO.

Dormir á pierna suelta.

REY.

Bien. ¿Y nadie más?

MESONERO.

Sí, un capitán, un D. Álvar de Estúñiga.

REY.

¿Ese que, según he oído, está enfermo?

MESONERO.

Justamente.

REY.

(Ese no puede estorbarme.)

MESONERO.

¿Acabasteis ya de preguntar?

REY.

Acabaron las preguntas; empiezan las órdenes.

MESONERO.

¡Oiga!

REY.

Primeramente dejarás á obscuras estas habitaciones.

MESONERO.

Pues ¿qué diablos vamos á hacer á obscuras?

REY.

Lo verás si no ciegas.

MESONERO.

¡Me gusta la aprensión!

REY.

Obedece aunque no te guste.

MESONERO.

¡Por supuesto!

REY.

Encerrarás después, por allá adentro, á todos los mozos.

MESONERO.

¡Festivo humor traéis esta noche!

REY.

Irás en seguida á abrir la puerta del corral, por donde entraré yo con cuatro embozados.

MESONERO.

Vaya, vaya, este señor ha empinado hoy más de lo justo.

REY.

El objeto es sacar de aquí bien á bien, y si no mal á mal, á tu señora sobrina.

MESONERO.

¿Habráse visto insolencia igual? Si no por otra cosa, por las intenciones se os conocería que sois flamenco. Y como tenemos un Rey tan casquivano y antojadizo, parece que todos queremos sacar los pies del plato. ¿Qué apostamos á que aviso á los mozos, y á garrotazos os hacen salir del mesón?

REY.

Una sola cosa me falta que añadir.

MESONERO.

¿Qué le falta que añadir á vuestra merced?

REY.

Que como nada es verdad en tu mesón endemoniado, tampoco yo soy lo que parezco.

MESONERO.

Y sepamos, ¿quién sois? ¿Algún truhán con visos de caballero?

REY.

Soy el Rey.

MESONERO.

¡Jesucristo!..... ¡El Rey!

REY.

Y si esta noche no me obedeces, haré que te ahorquen mañana.

MESONERO.

Señor..... yo..... Vuestra Alteza.....

REY.

Nada más tengo que decirte.

MESONERO.

(Bastante es.)

REINA.

¡Oh!

Apareciendo con Doña Elvira en la puerta del foro en el momento en que el Rey va á salir por ella. Ambas vienen completamente cubiertas con mantos.

REY.

Perdonad. (Nuevos huéspedes.) Mira. (Acercándose de nuevo al mesonero.) Aloja á ésas en habitaciones retiradas. (Todo saldrá bien.)

Vase por la puerta del foro.

ESCENA VI.

La REINA, DOÑA ELVIRA y el MESONERO.

REINA.

El Rey ya se va. Hemos llegado tarde.

MESONERO.

Y yo que le he dicho..... (En el proscenio, absorto en sus meditaciones.) ¡Quién se había de figurar!..... En fin, que la robe y que buen provecho le haga.

REINA.

¿Que la robe? ¿Á quién?

MESONERO.

Calla, ¿me oíais? Ya ni siquiera me acordaba.....

REINA.

¿Á quién va á robar ese caballero?

MESONERO.

Á nadie.

REINA.

Decías.....

MESONERO.

Yo no decía nada. ¡Vaya una curiosidad! ¿Queréis un cuarto? Pronto: decid, que tengo prisa.

REINA.

¡Vive Dios! Responde á lo que te pregunto.

MESONERO.

También jura. Pues, ¡vive Cristo!, que podéis con-

tinuar vuestro viaje, porque no tengo donde alojaros.

REINA.

¿Volverá ese hombre esta noche?

MESONERO.

¡Dale, machaca! ¡Ni que fuerais su mujer!

REINA.

Lo soy.

MESONERO.

¿Vos su mujer? ¡Ja, ja, ja!

DOÑA ELVIRA.

Respetad á esta dama.

MESONERO.

Pero si dice que el caballero que aquí estaba es su marido. Sería preciso que ella fuese nada menos que..... (¡Chitón!)

REINA.

¿Sabéis quién es ese caballero?

MESONERO.

¡Vaya si lo sé! Mejor que vos, por lo visto.

REINA.

¿Sabéis que es el Rey?

MESONERO.

¡Cómo!..... ¿Vos?.....

REINA.

¿No os he dicho que soy su esposa?

MESONERO.

¿Qué?.....

REINA.

Responde á la Reina.

MESONERO.

¡La Reina! ¡Madre de los pecadores!

REINA.

¿Qué te ha dicho el Rey?

MESONERO.

Me ha dicho..... Me ha dicho.....

REINA.

¿Qué? Acaba.

MESONERO.

Yo bien quisiera....., pero la turbación y el..... Vuestra Alteza me perdonará..... Como nunca me vi delante de una reina.....

REINA.

Una reina es una mujer como todas las demás, y no tenemos tiempo que perder en asombros ni vanas demostraciones. Vamos; habla, di.

MESONERO.

Pero es que, si hablo, el Rey hará que me ahorquen mañana.

REINA.

Y si no hablas, la Reina hará que te ahorquen esta noche.

MESONERO.

¿Conque por fuerza me han de ahorcar?

REINA.

Por mi nombre te juro que nada tienes que temer si me revelas cuanto deseo.

MESONERO.

¿De veras? ¿Vuestra Alteza no me dejará luego en la estacada? Permítame Vuestra Alteza que le bese los pies.

REINA.

De nada respondo si más me apuras la paciencia.

MESONERO.

Pues bien, señora. Hay en el mesón una mujer muy linda, que se llama Aldara.

REINA.

Prosigue.

MESONERO.

El Rey..... Ya se ve, un rey, según Vuestra Alteza ha dicho muy bien, es un hombre como todos los demás. El enemigo malo anda siempre suelto....., á veces el más cuerdo la yerra....., la muchacha vale un tesoro.....

REINA.

¿Acabarás?

MESONERO.

En fin, un pecadillo venial, un antojillo sin malicia.

REINA.

¿Qué más? ¿Qué más? Eso que me decías antes de robo.

MESONERO.

Eso: que se le ha antojado robarla esta noche, y quiere que yo prepare la fuga.

REINA.

(¡Dios mío, Dios mío!) ¿Dónde tiene ella su cuarto?

MESONERO.

Aquél es, señora.

Señalando á la puerta del corredor.

REINA.

¿Hay por aquí alguno vacío?

MESONERO.

Aquí hay uno bien acondicionado.

Abriendo la puerta de la derecha.

REINA.

Anda, y di al Rey que ya puede venir por Aldara.

El mesonero se aleja un poco y vuelve.

MESONERO.

Me encargó Su Alteza que dejase á obscuras estas

habitaciones. Si aquí ve luz, desde luego comprenderá el engaño.

REINA.

No la verá.

Aléjase de nuevo el mesonero, y vuelve como antes.

MESONERO.

¿Conque Vuestra Alteza me asegura que no corro peligro de ser ahorcado?

Hincándose de rodillas delante de la Reina.

REINA.

Ninguno si al punto vas á cumplir mis órdenes.

MESONERO.

Volando voy. (Mucho cuesta conocer á los reyes.)

Vase por la puerta del foro.

ESCENA VII.

La Reina y Doña Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Sentaos, señora, y recobrad las fuerzas perdidas.

REINA.

La lluvia, el aire, el cansancio, la zozobra que me devoraba, todo ha contribuído á que las perdiese. Pero ya me siento bien: créelo, Elvira.

DOÑA ELVIRA.

¡Qué imprudencia, señora! En fin, ya no tiene remedio. Procurad no irritar sobradamente á D. Felipe.

REINA.

Va á venir: retírate á aquel aposento. Que no nos interrumpas te encargo.

DOÑA ELVIRA.

Confíe en mi sumisión Vuestra Alteza.

REINA.

Llévate esa luz.

DOÑA ELVIRA.

¡Sea la Virgen con nosotras!

Entra por la puerta de la derecha, llevándose la luz.

ESCENA VIII.

La REINA sola, después el REY y EMBOZADOS: luego D. ÁLVAR, ALDARA y DOÑA ELVIRA.

REINA.

Allí está esa mujer. ¿Será muy hermosa? Verla puedo ahora mismo. ¿Qué hago? No: esperemos aquí á Felipe. ¿Se atreverá á mentir todavía? ¡Cómo voy á gozarme en su turbación, en su cólera! Día es éste para mí de triunfo; momento es éste que me indemniza de las amarguras soportadas en muchos años. ¡Oh, pasos oigo! ¿Serán los suyos? ¡Cuáles otros pudieran retumbar así en el fondo de mis entrañas!

REY.

Quedaos ahí; aguardad á que os llame.

Hablando desde la puerta del foro.

REINA.

(¿Qué me sucede? ¿Es ésta la fortaleza con que contaba?)

REY.

Subamos á su cuarto (Al dirigirse á la escalera que conduce al cuarto de Aldara, repara en la Reina) ¡Oh! ¿Será ella?

REINA.

(Se detiene.)

REY.

Aldara, ¿sois vos?

Acercándose.

REINA.

(¿Qué haré, qué haré?)

REY.

Aldara. (Asiendo una mano á la Reina.) (No retira su mano.)

REINA.

(¡Valor!)

REY.

No queréis responderme.

REINA.

¡Ja, ja, ja!

(Prorrumpe en ruidosa carcajada, como habiendo tomado una resolución.)

REY.

¿Os burláis de mí?

REINA.

¡Ja, ja, ja!

REY.

¡Cielos, no es ella! ¿Quién entonces? ¿Quién sois? Responded. Luces, Beltrán, luces.

REINA.

Pensé que me verías con los ojos del corazón.

REY.

¡Esta voz!..... Deteneos. (Toma la luz de mano de uno de los embozados que se presentan en la puerta del foro, y después de ordenarles que allí permanezcan, se acerca precipitadamente á D.ª Juana.) ¡La Reina! ¡La Reina aquí!

REINA.

¿Dónde mejor puede estar la Reina que al lado del Rey?

REY.

Salid todos: aguardadme lejos de este recinto. (Dirigiéndose á los embozados después de dejar la luz en la mesa.) Nadie penetre en él, suceda lo que quiera. Cuando os necesite saldré á buscaros. (Vanse los embozados, y el Rey cierra

la puerta del foro.) ¿Queréis decirme, señora, por qué razón os encuentro aquí?

REINA.

¿No lo adivinas?

REY.

Quiero que vos me lo digáis.

REINA.

Vengo á darte ayuda en el negocio de estado que te trae á este sitio.

REY.

(¿Qué dice?)

REINA.

Sí; quiero hablar con ese magnate á quien diariamente concedes en este mesón audiencia secreta. Por lo visto no has logrado aún granjearte su afecto, y el rebelde persiste en su idea de promover trastornos en contra tuya. Pues bien: sabrá de mi boca que, lejos de ofenderme y tiranizarme, cada día me das pruebas más patentes de amor y respeto; que en vez de oprimir y vejar á Castilla, por su bien te desvives; que todo lo malo que de ti se cuenta, en fin, son calumnias fraguadas por tus enemigos; y puesto que ellos han tomado por bandera mi nombre, justo es que yo misma me encargue de justificarte á la faz del mundo entero, publicando tus virtudes de esposo y de rey. ¿Qué te parece? ¿Está mal pensado? No contará seguramente con mi venida el buen Duque de Alba. Gran golpe vamos á dar á los partidarios de mi padre. Tiempo era ya de que España te conociese como yo te conozco.

REY.

(¿Qué debo pensar?)

REINA.

Dime ante todo: ¿qué mujer es esa que has nombrado al entrar aquí?

REY.

Es la sobrina del mesonero.

REINA.

Y ¿para qué la buscabas?

REY.

Para preguntarle si había venido ya el Duque.

REINA.

¿Y para eso era menester asirle una mano?

REY.

Como no se me respondía, traté de cerciorarme.....

REINA.

¿Sabes que el oficio de rey no es tan fácil como parece?

REY.

Cuesta, efectivamente, grandes amarguras.

REINA.

¡Pobre Felipe! ¡Cuántas humillaciones, cuántos afanes, por evitar que la sangre de tus vasallos corra en contienda civil!

REY.

Celebro que me hagáis justicia.

REINA.

¿Que si te hago justicia? Más de lo que supones. ¿Qué creyera otra mujer, á quien se le hubiese dicho que sólo á cortejar á una moza bonita vienes á este mesón, y que esta misma noche tratabas de robarla? Creyéralo verdad, y al verte aquí buscando á una mujer en medio de las tinieblas, no vacilara en llamarte falso, perjuro, traidor.....

REY.

¡Doña Juana!

REINA.

Mas ni por un instante imaginé yo que fueses capaz de tanta villanía.

REY.

Basta, señora.

REINA.

Yo he cerrado á la evidencia los ojos y los oídos, y sólo doy crédito á lo que tú me dices.

REY.

¡Señora!

REINA.

Insensato, ¿no conocías que me estaba burlando de ti?

REY.

Me asombra tanta audacia. ¿Y pensáis que he de someterme á esa vergonzosa tutela que sobre mí queréis ejercer?

REINA.

¿Y pensáis vos que he de permitir que se me ultraje impunemente?

REY.

Tranquilizaos ante todo.

REINA.

¿Tranquilizarme? Ahora que con mi presencia logro arrebatarte el bien que anhelabas, ahora tú eres el que padece, yo soy dichosa; tú el que tiembla, yo sosegada estoy. El dolor tiene también su alegría; también la desesperación tiene su tranquilidad.

REY.

Pero ved que con semejantes locuras ponéis en riesgo mi honor.

REINA.

¿De tu honor te atreves á hablarme? ¿Y el mío? ¡El honor de los hombres!..... También nosotras tenemos nuestro orgullo, nuestros derechos, nuestro honor. Guardadora del tuyo, aquí vine para reclamar que guardes el mío. Mentira: no hizo Dios el pudor patrimonio exclusivo de la mujer.

REY.

Engañada vivís si creéis que así se conquista el afecto de un esposo.

REINA.

Si lo que yo quiero es que me aborrezcas; y como mi amor es tu castigo, yo te amaré más cada día; siempre más.

REY.

El amor que me tenéis raya en desatino, en locura, y al fin llegará á ser mofa de la gente.

REINA.

¿Mofa de la gente el amor que te tengo? Oh, sí: natural es que una mujer ame á un galán; pero no que ame años y años á su marido. El amor ilegítimo, el amor adúltero, ese es amor: el amor legítimo y santo, ese no es amor; es rareza, desatino, locura.

REY.

Volveos á Tudela, señora; yo os daré quien os acompañe.

REINA.

¿Qué más?

REY.

Vuestra temeridad necesita un correctivo.

REINA.

¡Pérfido, y al par insolente!

REY.

Repito que las apariencias os engañan.

REINA.

¡Siempre la mentira en su boca!

REY.

Básteos ver cómo me ultrajáis y cómo yo lo tolero.

REINA.

¡Siempre la hipocresía en su alma!

REY.

¿Queréis oir la verdad? Oidla: vuestro amor es un yugo que me hace padecer.

REINA.

Óyelo y padece: ¡te amo!

REY.

Paso, señora. Voy á buscar á esa dama.

REINA.

¿Cómo? ¿Te atreverías?.....

REY.

Á todo.

REINA.

No me obligues á publicar aquí tu mengua.

REY.

Sola estáis á mi lado.

REINA.

Gritaré.

REY.

Nadie responderá á vuestras voces.

REINA.

Lo veremos. ¡Favor..... Socorro!.....

REY.

Ved lo que hacéis.

REINA.

Tú lo has querido.

REY.

¡Silencio, desdichada!

REINA.

¡Socorro; favor á la Reina!

DON ÁLVAR.

¡Cielos, qué miro! (Presentándose en la puerta de su cuarto y conociendo á la Reina.) ¡Infame!

Desnudando la espada y corriendo hacia el Rey.

REINA.

¡Eh! ¿Quién sois? ¿Qué queréis?

Cubriendo al Rey con su cuerpo.

DON ÁLVAR.

Su muerte.

REY.

¡Villano!

Poniendo mano á su acero.

REINA.

¿Su muerte? ¿Matarle á él? Á mí primero. Atrás. Yo le amparo, yo le escudo. De rodillas, capitán, de rodillas. ¡Es mi esposo, es el Rey!

DON ÁLVAR.

¡El Rey!

Doblando la rodilla.

ALDARA.

¡La Reina!

Asomándose por el corredor con una lámpara en la mano.

El Rey dirige al capitán una mirada amenazadora, con la mano puesta en el pomo de la espada; la Reina, llena de espanto, no deja de cubrir al Rey con su cuerpo; D. Alvar, á alguna distancia, de rodillas, humillando su acero á los pies de la Reina; Aldara, asomada en el centro del corredor; Doña Elvira á la puerta del aposento en que antes había entrado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salón del palacio del Condestable en Burgos. Tres puertas al foro, otras laterales: la de la derecha conduce á las habitaciones del Rey, y la de la izquierda á las de Doña Juana. Una mesa á cada lado del escenario, cerca del proscenio.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN MANUEL y el MARQUÉS DE VILLENA; después FILIBERTO DE VERE; luego el ALMIRANTE y varios nobles, en seguida otros, y á poco MARLIANO.

DON JUAN MANUEL.

Como lo oís Pacheco amigo. Y es lo más peregrino del caso que la Reina, en estos breves días, ha cobrado mucho afecto á su encubierta competidora.

MARQUÉS.

No he conocido hombre menos escrupuloso que el Rey para este linaje de aventuras. Caro paga Doña Juana los celos con que tan á la continua le aburre. Y á punto fijo, ¿se sabe el nombre y condición de esa misteriosa beldad, hoy por vos convertida en dama de la Reina?

DON JUAN MANUEL.

Supuesto es el nombre de Beatriz que ahora se le da: Aldara llamábase anteriormente. Su verdadera condición aun el mismo D. Felipe la ignora.

MARQUÉS.

¿Y no teméis que Doña Juana trasluzca el engaño?

DON JUAN MANUEL.

Difícil es. Como deuda mía fué Aldara admitida, al mismo tiempo que otras damas, en la servidumbre de la Reina. Tal, excepto nosotros, la cree todo el mundo.

MARQUÉS.

¿Qué hay, señor de Vere? (A Filiberto de Vere, que sale del cuarto del Rey.) ¿Ha participado ya D. Felipe á los Grandes su acuerdo de recluir á la Reina?

FILIBERTO.

Y no se ha oído la nueva con tanto agrado como ambos suponíais.

DON JUAN MANUEL.

No receléis tan pronto. Seguro estoy de que muchos cumplirán el ofrecimiento, que sellaron con sus firmas, de amparar al Rey en caso de que fuera preciso encerrar á Doña Juana y de que el pueblo no llevase á bien esta grave resolución. Sobrarán medios para triunfar de los que hoy se muestran rehacios.

FILIBERTO.

Su Alteza no ha escaseado las mercedes. El toisón de oro de su casa de Borgoña pende ya del cuello de muchos nobles y ricoshombres de Castilla.

DON JUAN MANUEL.

Aun no ha hecho bastante.

FILIBERTO.

De vuestro celo, señores, fía Su Alteza el logro de sus planes. Una reina loca es obstáculo invencible á la buena gobernación de la monarquía. En D. Felipe tendrán los castellanos un rey justo y valeroso, y

vosotros un amigo siempre dócil á los sanos consejos.

MARQUÉS.

Justo es sin duda ninguna, que á mí me ha ofrecido devolverme las tierras del marquesado de Villena, que indebidamente me quitó la reina Isabel.

FILIBERTO.

Tiene, sin embargo, tenaces enemigos. Varios Grandes le amenazan desde Andalucía: el de Alba no perdona medio de combatirle; el Almirante.....

ALMIRANTE.

¿Sabéis, señores, de qué se trata esta mañana en la estancia del Rey?

Saliendo por el foro con otros nobles.

DON JUAN MANUEL.

El Rey, señor Almirante, ha decidido recluir á su infeliz esposa, y ahora se lo participa á los Grandes.

ALMIRANTE.

Pues á fe que ese incalificable empeño del Rey-Archiduque puede acarrear males espantosos.

DON JUAN MANUEL.

Empeño incalificable el vuestro y el de cuantos niegan lo que ya está fuera de duda.

FILIBERTO.

Su Alteza obra como debe, señor Almirante

ALMIRANTE.

No hay por qué me sorprenda, señor mayordomo del Rey, que la turba extranjera, capitaneada por vos, quiera hacer propiedad de D. Felipe el trono castellano; que siendo vuestro generoso compatriota único señor de estos reinos, más impunemente como á tierra conquistada los trataríais.

FILIBERTO.

¡Caballero!

DON JUAN MANUEL.

Válgate Dios por áspero y desabrido.

NOBLE 1.º

El Rey exige demasiado.

Saliendo con otros del cuarto del Rey.

NOBLE 2.º

Nosotros, señores, estimamos acertada su determinación.

DON JUAN MANUEL.

Inhábil Doña Juana para reinar, ¿á quién sino á él pertenece la corona durante la menor edad del príncipe D. Carlos?

ALMIRANTE.

Cuenta con lo que prometéis, caballeros: en Cortes únicamente pudiera tomarse tan importante acuerdo. Las de Valladolid, siguiendo el ejemplo de las de Toro, sólo reconocieron por Reina propietaria de Castilla á la hija de Isabel y Fernando. Los procuradores de las ciudades no dieron crédito á la torpe calumnia con que hoy de nuevo se aspira á destronarla. ¿Serán los próceres del reino menos leales? Don Felipe quiere oponer vuestra fuerza al encono del pueblo. ¿Patrocinaréis vosotros la usurpación y la injusticia?

FILIBERTO.

¿Eso decís en Palacio?

ALMIRANTE.

También en Palacio debe decirse la verdad. Los que no teman exponerse al enojo del Príncipe borgoñón, acudan hoy conmigo á una audiencia que pediremos á la Reina. Veréis todos que merece serlo; que los que tratan de hacernos creer que está loca, ó se engañan ó mienten.

Marliano sale del cuarto del Rey.

MARLIANO.

Yo, su médico; yo, que vivo constantemente á su lado, eso mismo afirmo y sostengo.

Murmullos entre los cortesanos.

NOBLE 1.°

Acudiré á esa entrevista con vos, Almirante.

NOBLE 2.°

También nosotros.

ALMIRANTE.

Os buscaré después, señores.

Vase por el foro, seguido de algunos.

MARLIANO.

Don Juan Manuel, Su Alteza manda que reunáis el Consejo.

DON JUAN MANUEL.

Voy á convocarle.

FILIBERTO.

Temo que ahora tampoco logre el Rey su deseo.

MARQUÉS.

Temor infundado.

ESCENA II.

MARLIANO; después la REINA y DOÑA ELVIRA.

MARLIANO.

¡Que yo sustente como verdad lo que sé que es mentira! Mal me conoces, Rey tirano. Si mis dóciles compañeros deponen su conciencia á tus plantas movidos de temor ó codicia, nunca yo seguiré ejemplo tan vergonzoso.

REINA.

No lo dudes, Elvira (Saliendo de su cuarto con Doña Elvira.): el Rey confía en mí demasiado.

MARLIANO.

Vuestra Alteza sigue bien, ¿no es cierto?

REINA.

Tres veces me lo has preguntado ya esta mañana.

MARLIANO.

Vuestra salud es para mí inestimable tesoro.

Saluda y vase.

ESCENA III.

La Reina y Doña Elvira.

REINA.

Sí, Elvira, sí; la excesiva confianza perjudica al amor.

DOÑA ELVIRA.

Desechad, señora, tal idea de vuestra mente.

REINA.

Ya ves que ahora Felipe se muestra conmigo más solícito que nunca, y permanece largo tiempo á mi lado. Que no mira al capitán con buenos ojos es indudable; algo habrá conocido. ¡Si por este medio recabara su amor!

DOÑA ELVIRA.

Creedme: estáis cometiendo una imprudencia.

REINA.

¡Qué prudentes sois los dichosos! Á no serlo me autoriza mi desgracia, y el noble fin que me propongo harto me sirve de disculpa. Estímase doblemente un bien si tememos perderle. Tema Felipe, que siem-

pre ha confiado. Lo que no conseguí padeciendo por él, quizá mortificando su vanidad lo consiga. Desamaríale si pudiese: no puedo, ni debo. No es únicamente mi esposo; es también el padre de mis hijos. No sólo para mí trato de ganarme su corazón, sino también para los hijos de mis entrañas.

DOÑA ELVIRA.

Con todo, si D. Álvar interpretase indebidamente vuestras afectuosas demostraciones.....

REINA.

Así quizá las interpretaría un cortesano; él, ni por pienso: la vida de los campamentos no pervierte el corazón como la vida de los palacios. Para el buen D. Álvar no soy una mujer; no soy más que la Reina. ¡Inspirar celos á Felipe! ¡Ventura envidiable la mía si tanto lograse! ¡Qué quieres! Adoro á mi marido; es desgracia que no tiene remedio. Mucho me ofendió; no importa: todo se lo perdono con tal de que no me engañe otra vez. ¿Cuando piensas que volverá Hernán?

DOÑA ELVIRA.

Hoy le aguardo.

REINA.

Ya siento haberle enviado á ese maldito mesón. Sin causa temí que el Rey hubiese traído esa mujer á Burgos. Ahora apenas sale de Palacio, y no sale nunca sin que yo sepa después adónde ha ido. Lo conozco; soy extremadamente celosa. Hernán—no cabe duda—habrá encontrado allí á esa Aldara, que tanto daño me causó.

DOÑA ELVIRA.

Verla debisteis, ya que por ella fuimos á la posada.

REINA.

¿Cuándo? Con Felipe abandonamos aquel sitio no bien D. Álvar acudió á defenderme.

DOÑA ELVIRA.

Don Álvar, que desnudó contra el Rey su acero.

REINA.

Ignorando quien fuese. El Rey le perdonó, y le admite en Palacio.

DOÑA ELVIRA.

Pero tiene ya contra él motivos de resentimiento. En grave riesgo ponéis al capitán haciendo que Su Alteza sospeche.....

REINA.

Oh, á ser preciso descubriría yo la verdad. ¿Y Doña Beatriz? ¿Cómo es que todavía no ha venido á saludarme?

DOÑA ELVIRA.

¿Por qué os habéis aficionado tan pronto á esa dama?

REINA.

¡Qué sé yo! Miento; lo sé: rubor me cuesta confesártelo. La aprecio porque estoy segura de que no amará nunca á mi esposo.

DOÑA ELVIRA.

(¿Me habré equivocado?)

REINA.

Mira cómo por allí se pasea meditabundo D. Álvar. (Asomándose á un ajimez.) En su Gran Capitán estará pensando, que nunca se le cae de la boca.

ESCENA IV.

DICHAS y ALDARA: después el REY.

ALDARA.

(¿Qué mirará con tanta atención?) (Colocándose detrás de la Reina, y mirando como ella por la ventana.) ¡Oh! ¡Á él le mira, á él!)

REINA.

Os vemos, por fin, esta mañana, señora.

ALDARA.

¿Cómo ha pasado Vuestra Alteza la noche?

REINA.

Bien: muy bien. ¿Y vos? ¡Me parece que estáis algo pálida! ¿Os sentís mal?

ALDARA.

No, señora.

REINA.

Después de Elvira, sois de todas mis damas la que yo más estimo, y cualquiera dolencia vuestra me afligiría mucho.

ALDARA.

¡Cuánta bondad!

REINA.

Y, sin embargo, la ninguna voluntad que mostráis á mi esposo debiera enajenaros la mía.

ALDARA.

¿Vuestra Alteza supone?.....

REINA.

¡Si creeréis que no lo he notado!

ALDARA.

Perdonad si mi tibieza..... Procuraré enmendarme.

REINA.

Oh, no, al contrario..... (Reprimiéndose.) Os perdono, os perdono.

DOÑA ELVIRA.

(Su Alteza, señora.)

Bajo á la Reina.

REINA.

(¡Ah! Ven.)

Se acerca de nuevo al ajimez. Doña Elvira la sigue.

ALDARA.

(Vuelve á la ventana.)

REY.

¿Aquí estabais?

Con vehemencia, saliendo de su habitación.

ALDARA.

Reparad.....

Señalando hacia donde está la Reina.

REY.

(¡Ah! La Reina.)

REINA.

Es dechado de nobles y valerosos caballeros.

REY.

¿Á quién se dirigen tales alabanzas?

Acercándose á ella.

REINA.

¿Sois vos?

Fingiendo sobresalto.

ALDARA.

(Se turba.)

REY.

¿Á D. Álvar se dirigen acaso?

Mirando también hacia dentro.

REINA.

Ciertamente, á D. Álvar.

Retirándose.

REY.

¿Os vais?

REINA.

Si no disponéis otra cosa.....

REY.

No os detengo.

REINA.

(Paréceme que no finjo mal.)

A Doña Elvira, al irse con ella.

ESCENA V.

El REY y ALDARA.

REY.

¡Cambio más peregrino! Dijérase que Doña Juana esquiva ahora mi presencia.

ALDARA.

¿Eso habéis reparado?

REY.

Hace días.

ALDARA.

(¡Cruel certidumbre!)

REY.

Pocos instantes puedo permanecer aquí: mi Consejo me espera. Una palabra de cariño, por favor.

ALDARA.

¿Cuándo partirá la Reina?

REY.

¡Qué mal me pagáis! En vano suplico, me deses-

pero en vano; á un tiempo crecen mi pasión y vuestro desvío.

ALDARA.

¿Cuándo partirá la Reina?

REY.

Pronto; de eso vamos á tratar en el Consejo. Pero, ¿es posible que tengáis celos de Doña Juana?

ALDARA.

¿Que si tengo celos de Doña Juana? Sí; tengo celos de vuestra esposa.

REY.

Luego ¿tanto me amáis?

ALDARA.

Amo, amo, á pesar mío.

REY.

¿Á pesar vuestro, ingrata? Pues ¿qué no hice yo para merecer vuestro amor? Quisísteis venir á Palacio, ser dama de la Reina: ya está cumplido vuestro anhelo. Por vos, antes de lo que fuera oportuno, voy á realizar mi designio de alejarla para siempre de mi lado. Os amo, y no me prevalí todavía del derecho que me da vuestro afecto, ni del poder que me da mi corona. Hablad; decidme vuestro nombre; yo haré que al punto recobre su esplendor primitivo si, como induce á suponerlo vuestra tenaz reserva, alguna mancha le deslustra. No hay mancha que no lave la gracia del Rey. Rey de España es quien os adora rendido. Cien y cien estados escucharán de rodillas la palabra de vuestra boca; por satisfacer los deseos de vuestro corazón seres innumerables se agitarán en toda la tierra.

ALDARA.

Temo que también, como la Reina, hayáis perdido el juicio.

REY.

Celos tengo también como ella, celos de cuantos miro á vuestro lado; y sobre todo de ese hombre que en el mismo mesón que vos habitaba, de ese hombre que osó desnudar contra mí su acero, y por el cual la Reina y vos á una habéis intercedido.

ALDARA.

Señor, me prometisteis no tener celos de ese hombre.

REY.

Vos me asegurasteis que no piensa en vos, que suspira por otra.

ALDARA.

Y de nuevo os lo aseguro. ¿Estáis satisfecho?

REY.

Perdonadme, Aldara; tiemblo, dudo; porque me parece imposible que haya quien os vea y no os ame.

ALDARA.

Recordad que os aguardan.

REY.

¿Me amáis?

ALDARA.

¿Á qué repetirlo?

REY.

Y ¿cuándo me daréis una prueba de vuestro amor?

ALDARA.

Haced que parta pronto la Reina.

REY.

Hasta luego, bien mío; no tardaré.

Vase.

ESCENA VI.

ALDARA, y á poco D. ÁLVAR.

ALDARA.

¡Y decía la pérfida que amaba á su marido! ¡Qué pronto le olvidó! Las hijas del Profeta sí que sabemos amar y aborrecer.

DON ÁLVAR.

Os buscaba, señora.

Saliendo por el foro.

ALDARA.

Hablad.

DON ÁLVAR.

Hora es ya de que medie una explicación entre nosotros. ¿Qué hacéis aquí?

ALDARA.

Vengarme.

DON ÁLVAR.

¿De quién?

ALDARA.

De la Reina.

DON ÁLVAR.

Que el Rey trata de encerrarla en un castillo acabo de oir. ¿Qué seguridad tenéis de que yo la ame?

ALDARA.

Y ¿quién piensa en vos? En una hija de la reina Isabel vengo á mi padre; en una Reina cristiana vengo á mi raza entera.

DON ÁLVAR.

Revelaré á Doña Juana vuestro designio.

ALDARA.

Eso acelerará su ruina.

DON ÁLVAR.

¡Oh, señora! Si es cierto que alguna vez me habéis amado, desistid de tan inicuo propósito. Huid de este Palacio, donde solamente ignominia podéis hallar.

ALDARA.

Para nada os curéis de mí, caballero. Ni el Rey ha vencido ni vencerá nunca mi fortaleza.

DON ÁLVAR.

Y ¿á qué disfrazar con apariencias engañosas la nobleza de vuestro carácter? Si un día pudisteis dar entrada al rencor en vuestro pecho, tiempo ha que para siempre quedó en él borrado por otros sentimientos más puros.

ALDARA.

En vos amaba á un cristiano; por vos los hubiera amado á todos, renunciando á mi dios y adorando en el vuestro.

DON ÁLVAR.

Pues considerad, por lo que á vos os mortifica una vana imaginación, cuánto padecerá esa desdichada Reina si al fin descubre la perfidia del hombre á quien ciega idolatra.

ALDARA.

¿También vos queréis hacerme creer que la Reina está enamorada de su marido?

DON ÁLVAR.

¿Quién sino vos lo niega? Abrid los ojos á la luz, sed piadosa. Creo lo que decís; creo que aún sois digna de estimación. Pues bien, huyamos juntos; convertíos á la fe del Salvador, y ¿qué más? seré vuestro esposo. Mañana mismo huiremos de aquí; hoy, sin tardanza, al punto·

ALDARA.

¿Pero no veis, insensato, que cada una de vuestras palabras es hierro encendido que se me clava en el corazón? ¿Qué hacéis sino probarme el inmenso amor que la Reina os inspira? Por ella se anublan vuestros ojos; por ella vuestra altivez desmaya; por ella consentís en ser esposo de tan infame criatura como yo. Dierais contento, por evitarle el menor disgusto, vuestra espada de soldado, vuestro honor de caballero, vuestra sangre, vuestra vida. ¡Todo por ella! ¿Y probándome esto queréis aplacarme? ¿Qué hizo esa mujer? ¿Cómo logró ser tan querida? Y yo..... yo que os adoro..... ¡Callad; idos; dejadme! ¡Silencio! ¡Ay de mi enemiga! ¡Ay de vos! ¡Ay de mí!

DON ÁLVAR.

¡La Reina!

ESCENA VII.

DICHOS y la REINA; después el REY.

REINA.

¿Por qué no habéis ido á buscarme, Beatriz? ¿Os ha entretenido acaso vuestro pariente D. Juan Manuel?

ALDARA.

No; ahora iba á buscar á Vuestra Alteza.

Procurando ocultar su agitación.

REINA.

Guárdeos el cielo, D. Álvar.

DON ÁLVAR.

Si Vuestra Alteza me da su permiso.....

REINA.

¿Por qué os retiráis? Grata me es la presencia de mis leales servidores.

ALDARA.

(Adrede me insulta.)

REINA.

He oído decir que en el juego de ajedrez sois invencible. Veamos vuestra habilidad.

Sentándose cerca de la mesa colocada á la izquierda del proscenio, y en la cual habrá un juego de ajedrez.

DON ÁLVAR.

Señora.....

REINA.

No admito disculpa. Venid: sentáos.

ALDARA.

(¡Qué humillación!)

DON ÁLVAR.

(¡Qué funesta casualidad!)

Sentándose.

ALDARA.

(¡Ah, el Rey!)

Viéndole aparecer.

REINA.

(Le esperaba.)

Empieza á jugar.

REY.

Pláceme, Doña Juana, que así honréis al capitán.

DON ÁLVAR.

Señor, la merced que la Reina me otorga.....

REINA.

Es muy merecida: la nobleza de vuestra cuna os autoriza á estar á mi lado; la de vuestro corazón os hace acreedor á mis bondades. El que es amigo del Gran Capitán debe serlo nuestro.

REY.

Mal empezáis, D. Álvar.

Observando el juego.

REINA.

Está muy turbado, y hace además por que yo gane.

REY.

No me esperaba esta ventura.

Acercándose á Aldara, que está de pie en el extremo opuesto del escenario.

ALDARA.

Hablemos, señor, hablemos de nuestro mútuo cariño.

REY.

Ved; felizmente ni siquiera repara en mí Doña Juana.

ALDARA.

(En otro pone su atención.)

Siguen hablando en voz baja.

REINA.

Cuéntase, capitán, que en la batalla de Cerinola hicisteis prodigios de valor, y os visteis cara á cara con el mismo Duque de Nemours.

DON ÁLVAR.

¡Bravo caudillo! Nada menos que la espada del Gran Capitán se necesitaba para vencerle.

ALDARA.

¿Qué se ha decidido en el Consejo?

REY.

La reclusión de Doña Juana; es cosa resuelta.

DON ÁLVAR.

(Temo por la Reina..... ¿qué debo hacer?)

REINA.

Distraído estáis, D. Álvar.

DON ÁLVAR.

Perdonad.

Siguen jugando.

REY.

Concededme la entrevista que os pido.

ALDARA.

(¡Le mira, le mira!)

Sin apartar los ojos de la mesa en donde están la Reina y D. Alvar.

REINA.

(Yo le haré que sospeche.)

REY.

¿No me oís, Aldara?

ALDARA.

¿Cómo no, señor?..... (¡Y él será tan dichoso en este momento!)

REY.

Tenéis clavados los ojos en el capitán.

REINA.

(Mira hacia aquí.)

Por el Rey.

ALDARA.

Bien haciais en estar celoso de D. Álvar.

REY.

¿Os burláis?

ALDARA.

No á fe; con motivo recelabais.

REY.

¿Sabéis, señora, que no tendría piedad con él ni con vos tampoco?

REINA.

(Inquieto está; habla acaloradamente.)

Observando al Rey.

DON ÁLVAR.

(Algo trama: esa mujer es capaz de todo.)

Observando á Aldara.

ALDARA.

Yo ni remotamente me figuraba..... Pero es lo cierto que me amaba en secreto y que hoy me ha declarado su amor.

REY.

¡Vive Cristo!

En voz alta y dando un paso hacia donde está D. Alvar sin poder contenerse.

REINA.

¡Oh! ¿Qué tenéis?

Levantándose.

ALDARA.

(Reportaos.)

REY.

Nada, no es nada; continuad vuestro juego.

REINA.

(¡Qué miradas lanza al capitán! ¿Estará ya celoso?)

Con alegría, y vuelve á sentarse.

DON ÁLVAR.

(Procura perderme.)

ALDARA.

Nada de escándalos, señor. Buscad un pretexto de enojo contra él, y enviadle otra vez á Italia.

REY.

Ahora mismo.

Acércase á la mesa, y observa el juego.

ALDARA.

(Ella aquí, él en Italia, y aún no me parece que estarán bastante separados, ni yo vengada como deseo.)

REY.

¿Cómo es eso, don Álvar, á dar mate al rey aspiráis nada menos?

REINA.

Creo que aún le tengo seguro.

REY.

Por lo visto, los soldados del Gran Capitán de manera ninguna quieren dejarse vencer. Y á propósito del Gran Capitán, ¡lástima es que tan hábil guerrero peque de avariento y ambicioso!

DON ÁLVAR.

¿Quién lo asegura?

REY.

Sus famosas cuentas prueban que no le era posible darlas de los caudales que á Italia se le habían enviado.

DON ÁLVAR.

Prueban que un soldado como él, no ha de dar cuentas á sus Reyes con la pluma, sino con la espada.

REINA.

(Quiere irritarle.)

REY.

Que es ambicioso, claramente lo dice su proyecto de hacerse rey en el territorio conquistado.

DON ÁLVAR.

Al rey D. Fernando de Castilla pertenecía ese territorio (Levantándose.): mintió quien acusase de traidor á Gonzálo de Córdoba.

REY.

¡Vive Dios! ¿Que miento decís?

Levántase la Reina.

DON ÁLVAR.

No se dirigen á Vuestra Alteza mis palabras.

REY.

He aquí lo que se logra con fijar una mirada de benevolencia en estos audaces aventureros.

DON ÁLVAR.

(¡Delante de ella!)

REY.

Porque nos hemos dignado tenderle una mano protectora y honrarle con nuestra confianza, ya se atreve á desmentirnos, á insultarnos públicamente.

DON ÁLVAR.

(¡Mujer inicua!)

REINA.

(¡Pobre capitán!)

ALDARA.

(Aun no padece como yo.)

DON ÁLVAR.

Señor.....

REY.

Silencio. Tres días os doy de término para que salgáis de Burgos. Volveréis á Italia á pedir al Gran Capitán el precio de las buenas ausencias que os debe.

REINA.

(Le aleja de mí.)

Con gran satisfacción.

DON ÁLVAR.

Saldré de Burgos dentro de tres días; sufriré mi destierro. No pediré á Gonzalo de Córdoba un salario por lo que en su pro he dicho á Vuestra Alteza, que harto, honrando á quien lo merece, se honra uno á sí propio. Aventurero me habéis llamado: razón tenéis. Á cuchilladas están escritas en todo mi cuerpo mis aventuras por mano de moros y franceses. Vuestros beneficios me habéis echado en cara; yo, sin embargo,

los agradezco, y para pagarlos dignamente juzgo poco mi vida. Colme Dios la vuestra de felicidades, señor. Adelánteos á vos, señora, en la tierra, alguna de las que en el cielo os aguardan.

Vase.

ALDARA.

(Para mí ni un insulto, ni una mirada de desprecio.)

REINA.

Habéis sido injusto, señor; permitidme que en vuestro nombre le perdone.

REY.

Harto hice con perdonarle la vida.

REINA.

Acceded á mis ruegos. Rogadle vos también, Beatriz.

REY.

Todo será en vano: sabéis cuál es mi voluntad.

Vase.

REINA.

La cólera del Rey debe tener otro motivo. Con intención ha ofendido á Gonzalo de Córdoba delante de D. Álvar. ¿Qué pensáis vos, Beatriz?

ALDARA.

Presumo que el Rey está celoso.

Con pérfida intención.

REINA.

¿Vos también lo habéis conocido? Yo me lo temía.

ALDARA

(¡Cree ser la causa! ¿Qué prueba mayor?)

REINA.

Menester es que le desengañe.

ALDARA.

(¡Cómo se vende! Bien hice: que parta.)

Vase.

ESCENA VIII.

La REINA y DOÑA ELVIRA, á poco HERNÁN, y después un PAJE.

REINA.

Ven, Elvira, ven y abraza á tu Reina. Mírame. ¿No te parezco otra? ¿No te anuncian mis ojos, mi voz, que mi esposo me ama? ¿Qué te decía yo? Ha desterrado al capitán para alejarle de mí. ¡Pobre capitán! Será preciso resarcirle de esta mala ventura. ¡Dios eterno, y yo te pedí algunas veces la muerte! ¡Cómo desconfié tan pronto de tu justicia! Sí, Elvira, sí; está furioso; tiene celos; ¡celos que yo le inspiro! ¡Ves qué felicidad tan grande!

DOÑA ELVIRA.

¿Luego nada hay ya que temer?

REINA.

Nada.

DOÑA ELVIRA.

Pues venía á anunciaros el regreso de Hernán; aquí llega.

REINA.

Inútilmente ha viajado.

DOÑA ELVIRA.

Le diré que se retire.

HERNÁN.

¿Vuestra Alteza me da su venia?

REINA.

Sí, acércate. ¿Vuelves ahora del mesón adonde te envié? ¿Y qué? Allí habrás visto á la mujer cuyo paradero debías indagar. Bien, nada más quiero saber. Recompensaré tus servicios. Vete, déjanos.

HERNÁN.

La mujer que allí pasaba por sobrina del mesonero, y que, según éste afirma, debía de ser alguna dama principal, no está ya en el mesón, como Vuestra Alteza supone.

REINA.

¿Que era dama principal? ¿Que no está ya en aquel sitio? ¿Pues dónde? Tú lo habrás averiguado.

HERNÁN.

Vínose á Burgos tan luego como recibió una carta en respuesta á otra suya que un mozo del mesón había traído á esta ciudad con encargo de hacer que secretamente llegará á manos del Rey.

REINA.

¡Ha escrito al Rey! ¿Oyes, Elvira?

DOÑA ELVIRA.

¿Quién sabe con qué objeto?

REINA.

Imposible es que yo goce un día entero de tranquilidad. (A Doña Elvira, llevándosela aparte.) Aldara en Burgos..... Una carta suya para el Rey..... ¿Conservará aún Felipe esa carta? Él es muy aficionado á conservar estas cosas. No hay mueble en su cuarto que yo no conozca y pueda abrir. Á estar el papel en alguno de ellos.....

Un paje se presenta en la puerta del foro.

PAJE.

El Almirante y otros señores que le acompañan piden audiencia.

REINA.

Ahora no; que vengan después; dentro de un rato. (Vase el paje.) En probar ¿qué pierdo?

Dirigiéndose al cuarto del Rey.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué vais á hacer, señora?

REINA.

¿Quieres que no haga nada, que así me esté? Muchas veces engañan las apariencias. Verás cómo no encuentro carta ninguna. ¡Si la hallase!..... ¡Si la hallase!.....

Éntrase en el cuarto de D. Felipe.

ESCENA IX.

DOÑA ELVIRA y HERNÁN.

DOÑA ELVIRA.

¿Es cierto lo que has dicho á la Reina?

HERNÁN.

Dije lo que á mí me dijeron. Y á fe que no me costó poco trabajo averiguar..... Mas el oro todo lo allana.....

DOÑA ELVIRA.

Á nadie cuentes lo que has hecho.

HERNÁN.

No temáis, no cometeré ninguna imprudencia.

DOÑA ELVIRA.

Origen puede ser la más leve de grandes males.

HERNÁN.

Tengo probada mi lealtad, Doña Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Sé que eres adicto á la Reina.

HERNÁN.

Por deber y por inclinación, que es mi señora un ángel del cielo. En Palacio vuelve á asegurarse que ha perdido el juicio.

DOÑA ELVIRA.

Silencio; si te oyera, ese golpe la mataría.

HERNÁN.

Mejor fuera hacerle conocer de una vez al señor rey D. Felipe.

DOÑA ELVIRA.

Retírate.

HERNÁN.

¡Cómo viene!

Mirando hacia la puerta del cuarto del Rey.

DOÑA ELVIRA.

Retírate, Hernán.

Vase Hernán por el foro.

ESCENA X.

LA REINA y DOÑA ELVIRA.

REINA.

No me había engañado; mira la carta de esa mujer. Derecha fuí adonde estaba.

DOÑA ELVIRA.

¿Será posible?

REINA.

He querido leerla. Mis ojos se han clavado en ella, pero nada han visto.

DOÑA ELVIRA.

No la leáis.

REINA.

¿Que no la lea? ¡Dios mío! Tú no has amado nunca; nunca has estado celosa; no tienes corazón. ¿Que no la lea? ¿Para qué la he buscado entonces? Mira, mira cómo te obedezco. (Leyendo.) «Señor: que yo sería

dama de la Reina, en cuanto os lo pidiese, me fué concedido por vos. Quien del Palacio, buscándome solícito, descendió á la posada, súbame hoy de la posada al Palacio. La dama del mesón.» Y el Rey contestó..... Y esa mujer está aquí..... Y porque ella está ahora á mi lado, estaba ahora siempre á mi lado Felipe..... ¿Lo entiendes ya? No, no lo creo..... No lo quiero creer.

DOÑA ELVIRA.

Sosegaos, señora.

REINA.

Parece que no sabes decir más que eso. ¿No oyes que está aquí? ¿No oyes que me la ha traído á mi propia casa? Por fuerza ese hombre ha olvidado que yo aquí soy la Reina; que ni él mismo se librará de mi furor. ¡Y supuse que me amaba, que tenía celos de mí! ¿Hay simpleza como la de una mujer enamorada? ¡Qué bien se habrá reído á mi costa! De ambos debo tomar venganza. ¿Por cuál empezaré?..... Una venganza que no desmerezca del agravio. Corre; llama al Rey..... No: escucha..... (Deteniéndola.) Antes conviene..... Vamos, vamos....., si no me tranquilizo, no haremos cosa de provecho. Maldito corazón, que jamás ha de obedecer..... Sí; ya estoy tranquila..... Conviene..... ¿Qué te decía yo?.....

DOÑA ELVIRA.

(Acabarán con su razón y con su vida.)

REINA.

Conviene..... ¡Ah! (Como recordando.) Conviene descubrir cuál de mis damas es la amiga del Rey. Casi todas aquí en Burgos han entrado á servirme..... Esta carta me pone en camino de dar con ella. Haciendo que todas escriban delante de mí....., cotejando las letras..... Ya ves que aún puedo discurrir. Anda, corre;

que al punto vengan á esta cámara, al punto..... Dime (Deteniéndola otra vez.): lo que esa mujer ha hecho es un crimen. Debe haber alguna ley que castigue estos delitos; debe haberla. ¿No es cierto? Seguramente que la habrá en un país donde mandan mujeres. Y si no la hay, yo la haré. ¿No soy la Reina? Para algo ha de servirle á una ser soberana de un reino compuesto de muchos, y de un nuevo mundo además. Se han burlado de la mujer virtuosa y amante. ¡Por Cristo que se van á llevar chasco muy solemne cuando la vean convertirse en Reina vengativa! ¿Qué me vas á decir? (A Doña Elvira que hace ademán de ir á hablar.) ¿Otro desatino? Calla no quiero oirle. Vuela: trae á todas mis damas. ¡Ay de ti si me vendes!..... ¿Quién viene? ¿Qué hombres son ésos?

Viendo aparecer en el foro al Almirante y los Grandes.

DOÑA ELVIRA.

Son los Grandes que desean hablaros.

Vase por la izquierda.

REINA.

¡Ah, sí, ya me acuerdo! (Cambiando repentinamente de tono.) Adelante, señores, adelante, y seáis bien venidos.

ESCENA XI.

La Reina, el Almirante, D. Juan Manuel, el Marqués de Villena, Filiberto de Vere y nobles: después Doña Elvira y damas de la Reina.

ALMIRANTE.

Veremos si está loca. (A los que con él vienen, que se colocan en el lado derecho del escenario.) Penoso deber nos conduce, señora, á vuestra presencia.

Acercándose á la Reina.

REINA.

Pues ¿qué ocurre?

ALMIRANTE.

Grandes males amenazan á todo el reino, y sólo Vuestra Alteza puede evitarlos.

REINA.

Hablad: mi madre me legó por herencia el amor que tuvo á su pueblo.

ALMIRANTE.

¿Oís? (A los Nobles con íntima satisfacción.) (A la Reina.) Intervenid en la gobernación de vuestros estados si no queréis presenciar su ruina. Vos sois la Reina propietaria.

REINA.

¿Verdad que sí? Yo soy la Reina, la única señora.

ALMIRANTE.

¿Y á qué callarlo? El Rey abusa de la ternura que como fiel esposa le tributáis.

REINA.

Decís bien, Almirante; el Rey es el más inicuo de todos los hombres.

ALMIRANTE.

No he dicho eso, señora.

Sorprendido y titubeando.

REINA.

Lo digo yo; es igual.

ALMIRANTE.

(¡Cielos!)

Rumores de extrañeza. Sonrisas maliciosas de D. Juan Manuel, el Marqués de Villena y Filiberto de Vere.

REINA.

(¡Cuándo acabarán de venir!)

ALMIRANTE.

Los flamencos saquean y tiranizan á Castilla. El

Rey exige el servicio otorgado en Valladolid; y el hambre, en tanto, hace estragos terribles en vuestro pueblo.

REINA.

¿Conque mi pueblo tiene hambre? ¿Y los flamencos se enriquecen? ¿Y el Rey?..... ¡Ah! Por fin. (Viendo entrar á Elvira seguida de sus damas. Quédanse éstas en el lado izquierdo.) ¿Vienen todas? A Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Doña Beatriz no estaba en su aposento; ya he mandado buscarla.

REINA.

(¿Cuál de éstas será?) Señora de Javalquinto, escribid aquí cualquier cosa.

La dama á quien se dirige la Reina acércase á la mesa y escribe.

ALMIRANTE.

No me oye Vuestra Alteza, y de esta conferencia depende quizá la suerte futura del reino.

Como queriendo fijar la atención de la Reina en lo que él le dice.

REINA.

Sí, os escucho: decíamos que los flamencos..... Podéis seguir.

ALMIRANTE.

Pues bien, señora.....

REINA.

No es ésta. (Acercándose de nuevo á la mesa y comparando furtivamente lo escrito por su dama con la carta de Aldara.) Condesa, vos ahora.

A otra que también se pone á escribir.

ALMIRANTE.

¿Tanto os importa conocer la letra de esas damas?

REINA.

¿Que si me importa? Nada me importa tanto.

ALMIRANTE.

¿Ni la salvación de un reino?

REINA.

Ni la salvación de un reino. Tampoco. (Repitiendo el juego anterior.) Vos, Leonor.

Otra dama escribe también.

MARQUÉS.

Capricho más extravagante.

Hablando con los Nobles.

DON JUAN MANUEL.

¿Os vais convenciendo?

Al Almirante.

NOBLE 1.°

No hay duda, señor Almirante: la Reina desvaría.

ALMIRANTE.

Señora, prestad atención á mis palabras. (A la Reina con gran vehemencia.) Hay quien duda de vuestra aptitud para reinar, y es preciso que hagáis por que nadie lo dude.

REINA.

Haré luego todo lo que queráis. (Repitiendo otra vez el mismo juego) Tampoco, tampoco. Escribid todas.

Escriben algunas más.

ALMIRANTE.

Ved que España entera está á punto de sublevarse.

REINA.

Que se subleve; ya es hora de que nos teman los austriacos.

ALMIRANTE.

Y el Rey..... el Rey es vuestro mayor enemigo: conspira contra vos. ¡Si supieseis!.....

Los partidarios del Rey dan señales de indignación y enojo contra el Almirante, cuya audacia sorprende á todos igualmente.

REINA.

Lo sé. (Bajo al Almirante.) ¿La conocéis, por ventura? ¿Cuál de éstas es?

ALMIRANTE.

(¿Qué dice?) No entiendo á Vuestra Alteza.

REINA.

Entonces yo estoy mucho mejor enterada. Y vosotras, ¿por qué no escribís?

Volviendo á ver la letra de las damas á quienes últimamente se dirigió, y reparando en algunas que no han escrito.

DAMA 1.ª

Porque no sabemos.

REINA.

(¿Será alguna de éstas? ¿Habrá conocido mi intención la culpada?) ¿Que no sabéis escribir?..... Falso, señores, ¿no es cierto que estas damas saben escribir?

DAMA 1.ª

La verdad dijimos á Vuestra Alteza.

REINA.

(Pues no hay remedio; alguna ha fingido la letra.) Leonor, venid acá. Miradme cara á cara.

Trae al proscenio á esta dama y la mira, poniéndola una mano en la frente.

DON JUAN MANUEL.

¿Más loca la queréis?

REINA.

(Ésta no se turba.) Condesa (Dirigiéndose á otra.), ¿qué noticias tenéis del mesón?

DAMA 2.ª

¿De qué mesón, señora?

REINA.

(¿Y no he de dar con ella?) ¿Ninguno de vosotros (A los Nobles bajo.) sabe si alguna de estas damas ha vivido en un mesón hace poco?

Todos contestan con una señal negativa. La Reina se aleja llena de despecho.

ALMIRANTE.

Caballeros, respetad su desgracia.

A algunos que se ríen.

REINA.

¡Oh, todos sois traidores, y vosotras todas me engañáis! Salid; sal Elvira.

A Doña Elvira que se le acerca.

DON JUAN MANUEL.

¿Dudáis aún?

Al Almirante.

ALMIRANTE.

(¿Qué significa esto?)

NOBLE 1.º

Loca está, señor Almirante.

NOBLES.

¡Está loca!

Vanse todos, excepto la Reina.

REINA.

Don Álvar la conoce. ¡Hola! Yo sabré obligarle á que me diga la verdad. Al capitán don Álvar (A Hernán que sale.), que aquí le espero. Si ya no estuviese en Palacio, corre en su busca.

Vase Hernán.

ESCENA XII.

LA REINA; á poco D. ALVAR; luego ALDARA.

REINA.

Beatriz es la única que no ha escrito. Va á venir; escribirá también. ¿Será ella? ¿Tenerla aquí entre mis manos y no saber cuál es? En Flandes me dí por

satisfecha cortando á mi rival los rizos encantadores que tanto habían agradado á mi esposo. Más necesitaría hoy para satisfacerme. ¡Oh malditas grandezas humanas! ¡Por qué no nací pobre y humilde! Ni el más ruin labriego me hubiera ultrajado de esta suerte. Sólo un rey es capaz de poner bajo el mismo techo á su esposa y á su manceba. ¡Dios mío, si este premio alcanza la virtud en la tierra, grande debe ser en el cielo tu misericordia con los malos!

DON ÁLVAR.

¿Me habéis mandado llamar?

REINA.

Sí, para deciros que sois un traidor.

DON ÁLVAR.

¡Señora!.....

REINA.

La dama del mesón está aquí, en Palacio. Vos, como todos, me engañabais. No abráis la boca para mentir de nuevo: mirad esta carta.

DON ÁLVAR.

(¡Su letra es!)

REINA.

¿Por qué no me habéis dicho la verdad?

DON ÁLVAR.

Disponed de mi vida. La muerte ambiciono.

REINA.

En vuestra vida pienso yo ahora. ¿Qué me importa á mí vuestra vida? Todo lo habéis remediado ya con ofrecerme vuestra vida.

DON ÁLVAR.

¿Sabe esa mujer que está descubierta?

REINA.

Aun lo ignora: va á saberlo al instante.

DON ÁLVAR.

Yo la veré, yo la obligaré á partir.

REINA.

¡Partir! ¿He dispuesto yo que parta, por ventura?

DON ÁLVAR.

Desistid, señora, de todo propósito que hayáis formado; no veáis á esa mujer; confiadme el encargo de hacerla abandonar este sitio.

REINA.

(¡Y no la descubre!)

DON ÁLVAR.

Por la memoria de vuestra madre, por la vida de vuestros hijos, os lo ruego.

Cayendo á sus plantas.

REINA.

(¡Y no la descubre!)

DON ÁLVAR.

¿Qué resolvéis?

REINA.

Vengarme, capitán; vengarme.

ALDARA.

¡Á sus pies!

Saliendo por el foro.

DON ÁLVAR.

¡Oh! (Viéndola y levantándose.) ¡Qué fatalidad!

REINA.

¡Cómo!

Volviendo el rostro y viendo también á Aldara.

DON ÁLVAR.

Evitad un escándalo.

REINA.

¿Conque era ésa, era ésa?

DON ÁLVAR.

¿Lo ignorabais?

REINA.

Vos me lo habéis dicho.

DON ÁLVAR.

¡Yo!

REINA.

Dejadme.

DON ÁLVAR.

¡Por piedad!

REINA.

¡Fuego de Dios! Salid.

DON ÁLVAR.

(¿Qué va á suceder?)

Vase por el foro.

ESCENA XIII.

LA REINA y ALDARA.

REINA.

¿Es vuestra esta carta?

Corriendo hacia Aldara y mostrándole el papel

ALDARA.

(Me ha vendido.)

REINA.

Contestad.

ALDARA.

Mía es.

REINA.

¿Vuestra? Franca sois á lo menos. Pero qué, ¿aun no

estáis pidiéndome perdón? ¿Aun no estáis de rodillas delante de vuestra Reina? ¡De rodillas!

Asiendo de un brazo á Aldara y queriendo obligarla á arrodillarse.

ALDARA.

No todo el mundo se ha de prosternar hoy ante vos.

Resistiéndose.

REINA.

¿Estoy soñando? ¿Qué dice esta mujer? Si creo que me desafía.

ALDARA.

Hija de reyes sois; yo también.

REINA.

¿Tú?

ALDARA.

Me aborrecéis porque vuestro esposo me ama; os aborrezco porque amáis al que amo; porque adoráis en Jesús y yo en el Profeta; porque sois hija de la reina Isabel y yo de Muley Audalla, el Rey Zagal: yo sí que os aborrezco.

REINA.

¿Que naciste infiel, enemiga de mi Dios? No cabe mayor ignominia en ti, ni mayor vileza en él; ni puede ser más ofendida una reina cristiana. ¿Y lo dices? ¿Ya no mientes? ¿Ya no me engañas? ¡Oh! Mal hizo la pantera del desierto en ponerse frente á frente de la leona de Castilla.

ALDARA.

Leona de Castilla, la pantera del desierto te ha vencido esta vez.

REINA.

Pero ¿no conoces que por tu imprudencia es mayor tu crimen, y tendrá que ser mayor tu castigo? Castigada estarías si yo hubiese elegido manera de casti-

garte; pero todo cuanto imagino, todo es poco, muy poco. ¡Oh, qué felices son los hombres! Cuando uno se cree injuriado, cuando tiene un rival, corre en su busca; y allí donde le encuentra, allí, sin más tardanza, le insulta, allí le arroja un guante á la cara. Y si hay gente que presencie el agravio, mil veces mejor. Y luego, cuerpo á cuerpo, con una buena espada pelea: pelea y muere ó mata. ¡Esto sí que es vengarse! Así, así, así, no de otra manera, quisiera yo vengarme de esta mujer.

ALDARA.

Y yo de vos.

REINA.

¿De veras? Pues aguarda, aguarda.

Éntrase en la habitación del Rey aceleradamente.

ESCENA XIV.

ALDARA sola: dos PAJES en seguida; á poco D. ÁLVAR; después la REINA; luego el REY, el ALMIRANTE, MARLIANO, D. JUAN MANUEL, el MARQUÉS DE VILLENA, FILIBERTO DE VERE, NOBLES, MÉDICOS, DAMAS Y PAJES.

ALDARA.

¡Hola, pajes, hola; pronto, acudid!

Asomándose á la puerta del foro.

PAJE.

¿Qué mandáis?

Apareciendo con otro.

ALDARA.

La Reina, dominada de su locura, quiere matarme; está furiosa. Corred, avisad al Rey, llamad gente.

(Vanse los pajes.) Esta es la ocasión. ¿Quién luego podrá dudar de que ha perdido el juicio?

DON ÁLVAR.

¿Cuál es vuestro intento?

Saliendo por el foro y asiendo á Aldara violentamente de la mano.

ALDARA.

¿Acechando estabais?

DON ÁLVAR.

Para defenderla contra vos.

ALDARA.

¿Y si hubieseis llegado tarde?

DON ÁLVAR.

Ved que no respondo de mí.

ALDARA.

Cuenta con lo que decís á una dama, señor capitán español.

DON ÁLVAR.

Desoisteis mis súplicas.

ALDARA.

Y desprecio vuestras amenazas.

REINA.

Toma.

Arroja al suelo una de dos espadas que trae, y quédase con la otra en la mano.

DON ÁLVAR.

Reprimid vuestra furia. El Rey va á venir.

REINA.

Me alegro: le veré temblar por su amada.

DON ÁLVAR.

Esta cámara va á llenarse de gente.

REINA.

Mejor; mi venganza tendrá testigos.

DON ÁLVAR.

¡Oh, desdichada; al veros, al oiros, se afirmarán

más y más en la idea de que!..... ¡Fuerza es decíroslo todo! Se trama contra vos un horrible atentado. El Rey quiere arrojaros del trono; quiere encerraros para siempre en una cárcel.

REINA.

¿Á mí; á su reina; á su esposa? ¡Á la madre de sus hijos!

Prorrumpiendo en copioso llanto.

DON ÁLVAR.

¡Y bajo qué pretexto! No hay mayor infamia, no hay mayor crueldad. Apoyado por la Nobleza, por vuestros mismos médicos, por cuantos os rodean afirma.....

REINA.

Acabad.

DON ÁLVAR.

Afirma que habéis perdido la razón, que estáis loca.

REINA.

¡Jesús! ¡Loca!

Dando un grito terrible y dejando caer el acero.

REY.

Sí; loca estáis, desdichada.

Saliendo por el foro con el acompañamiento arriba indicado. Acércase rápidamente á su esposa, comprendiendo lo que sucede; y como para contenerla, le dice estas palabras con reconcentrado furor. Pausa.

REINA.

¡Loca!..... ¡Loca!..... ¡Si fuera verdad! ¿Y por qué no? Los médicos lo aseguran, cuantos me rodean lo creen..... Entonces todo sería obra de mi locura, y no de la perfidia de un esposo adorado. Eso....., eso debe de ser. Felipe me ama; nunca estuve yo en un mesón; yo no he visto carta ninguna; esa mujer no se llama

Aldara, sino Beatriz; es deuda de D. Juan Manuel, no hija de un rey moro de Granada. ¿Cómo he podido creer tales disparates? Todo, todo efecto de mi delirio. Dímelo tú, Marliano (Dirigiéndose á cada uno de los personajes que nombra.); decídmelo vosotros, señores; vos, señora; vos, capitán; tú, esposo mío; ¿no es cierto que estoy loca? Cierto es; nadie lo dude. ¡Qué felicidad, Dios eterno, qué felicidad! Creía que era desgraciada, y no era eso: ¡era que estaba loca!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salón de Palacio. En el foro un trono.

ESCENA PRIMERA.

El Rey y D. Juan Manuel; á poco Marliano.

REY.

¿Habéis hecho lo que os ordené?

DON JUAN MANUEL.

Guardadas están ya las puertas del aposento de Doña Juana.

REY.

Y Aldara, ¿qué respuesta os ha dado?

DON JUAN MANUEL.

Hasta que la Reina haya partido no saldrá de su cámara.

REY.

¡Qué mal me siento! ¡Qué peso, qué ardor en la cabeza! El sobresalto que ayer experimenté cuando Aldara fué descubierta por la Reina, y los continuos afanes que desde aquel momento han trabajado mi espíritu, son indudablemente causa de esta dolencia que á tan mala hora me acomete. ¡Ver uno por uno á cuantos me negaban obediencia; soportar repulsas y altivos desdenes; luego el consejo, que ha durado

toda la noche!..... ¡Qué larga mortificación! ¡Con tal que no salgan fallidas nuestras esperanzas!

DON JUAN MANUEL.

No lo temáis: la Reina partirá hoy mismo al sitio en que haya de ser recluída, y todos ó casi todos los Grandes reconocerán á Vuestra Alteza por único señor de estos reinos.

REY.

¡Cuánto os debo, D. Juan Manuel! Nunca á Pacheco ni á vos podré premiaros dignamente.

DON JUAN MANUEL.

Con mi deber cumplo al serviros.

REY.

También tendré que castigar. El Almirante agotó mi paciencia (A Marliano, que sale por la izquierda.). ¿Qué ha decidido Doña Juana?

MARLIANO.

Se niega á partir.

REY.

No me equivoqué al suponer que vuestros esfuerzos serían inútiles. Partirá de grado ó por fuerza.

MARLIANO.

Varias veces os he manifestado mi opinión; permítaseme publicarla.

REY.

Os aconsejo, Marliano, por vuestro bien, que no cometáis una imprudencia. Se acerca la hora: id á buscar á vuestros amigos (A D. Juan Manuel.). (Arrojaré al fin á esa mujer de mi tálamo y de mi trono.)

Vase el Rey por la derecha y D. Juan Manuel por el foro.

ESCENA II.

MARLIANO; después D. ALVAR; á poco el ALMIRANTE.

MARLIANO.

Conserve yo mi virtud aunque pierda la vida.

DON ÁLVAR.

¿Lograsteis penetrar en la estancia de la Reina?

ALMIRANTE.

¿Qué hay, Marliano?

MARLIANO.

Dije al Rey que trataría de reducir á Doña Juana á que partiese de propia voluntad, y así logré que se me permitiera entrar en el aposento que le sirve de cárcel. No bien supo lo que el Rey trama contra ella, anegóse en llanto, y vencida su fortaleza quiso partir.

ALMIRANTE.

¡Partir!

DON ÁLVAR.

Y vos ¿qué hicistes?

MARLIANO.

Recordéle sus deberes de Reina; los males que padecen sus pueblos bajo el yugo de los flamencos; las torpes miras con que D. Juan Manuel, el Marqués de Villena y el señor de Vere fomentan los desmanes de D. Felipe; invoqué el nombre de su madre; llegué hasta el punto de exacerbar sus celos. Con indignación y cólera hizo al fin juramento de no salir de Burgos y de no dejar la corona.

DON ÁLVAR.

¿Y el pueblo, Almirante?

ALMIRANTE.

Gracias á la actividad de sagaces criados míos, nadie ignora ya en la ciudad que hoy debe abandonarla Doña Juana por mandato de D. Felipe, y que éste va á ser declarado único dueño de la corona. Suspéndese todo quehacer, el amigo busca al amigo, en calles y plazas hay turbas animadas por unánime sentimiento: «¡mueran los flamencos y viva la Reina!» es el grito que han dado ya los corazones, y que del corazón pugna por subir á los labios.

DON ÁLVAR.

¡Loado sea Dios!

MARLIANO.

Viendo está la pureza de nuestros pechos.

ALMIRANTE.

¿Y la guardia de Palacio?

DON ÁLVAR.

Los soldados españoles adoran á su Reina: los flamencos han recibido el oro que para ellos me disteis.

ALMIRANTE.

El cielo ampara nuestra causa.

MARLIANO.

Cuando conspiran los malos, fuerza es que también conspiren los buenos.

ALMIRANTE.

Noble hazaña, sin duda, salvar á una Reina del oprobio, y á un pueblo de la tiranía. Por Cristo, señores, que ya era tiempo de hacer conocer al buen Archiduque de Austria y á sus infames lisonjeros la tierra que pisan.

ESCENA III.

DICHOS, el MARQUÉS DE VILLENA, D. JUAN MANUEL, FILIBERTO DE VERE y NOBLES que acuden por ambos lados.

FILIBERTO.

Don Felipe será modelo de monarcas.

DON JUAN MANUEL.

Puede decirse que hoy empezará su reinado; hoy que la Reina loca dejará de ser óbice á sus planes maravillosos.

MARQUÉS.

Era inhumanidad tener aquí á esa desdichada.

DON JUAN MANUEL.

¡Oh, señor Almirante!

Saludándole.

MARQUÉS.

¡Cuánto me duele vuestra ciega obstinación! Tenéis al Rey muy enojado.

DON JUAN MANUEL.

Pero ¿qué plausible motivo os obliga á rechazar una vez y otra el toisón de que Su Alteza quiere haceros merced?

ALMIRANTE.

Gracia inmerecida es salario, no premio; y no quisiera que, al ver tal insignia en mi pecho, dijese alguno: he ahí, no la recompensa de su virtud, sino el precio de su infamia; he ahí, no lo que ha ganado, sino por cuánto se ha vendido.

MARQUÉS.

¿Tratáis por ventura de ofendernos?

FILIBERTO.

Pudiera suceder que el Rey no gustase de veros en Palacio.

MARQUÉS.

Dejadle: bien me sé yo por qué sirve tan fielmente á una Reina loca. El Almirante, por su sangre y por su juicio, tiene con ella parentesco.

ALMIRANTE.

Cierto es que sirvo fielmente á una Reina; vosotros servís á un amo; díganlo si no esos collares que os ha puesto en el cuello.

Por el toisón que llevan D. Juan Manuel, el Marqués de Villena, Filiberto de Vere y otros nobles.

DON JUAN MANUEL.

¡Almirante!

MARQUÉS.

¡Por vida mía!

DON ÁLVAR.

El Rey.

ESCENA IV.

DICHOS, el REY con manto, el CAPITÁN de la guardia de Palacio, NOBLES, PRELADOS, MÉDICOS, PAJES y SOLDADOS, que se sitúan á uno y otro lado del trono.

REY.

Sabéis, señores, el triste motivo que aquí nos reune. Dementada la Reina, es imposible que gobierne; y solamente reduciéndola á estrecha clausura se logrará dilatar su vida. ¿Estáis prontos, señores, á hacer pública la demencia de Doña Juana, á reconocerme por legítimo y único señor de Castilla, á pres-

tarme todo el auxilio que necesite, en el caso deplorable de que mis enemigos fomentasen alguna alteración en el reino?

DON JUAN MANUEL.

Todos haremos lo que Vuestra Alteza desea para el bien de la patria. ¿Todos, no es cierto, señores?

NOBLES.

Todos.

ALMIRANTE.

No todos. Hay quien asegura que la Reina sólo padece efímeros arrebatos, hijos, no de enfermedad corporal, sino de aflicciones del espíritu.

REY.

Nadie ayer ponía en duda su demencia.

ALMIRANTE.

Ayer muchos, y yo el primero, creímos ver indicios de enajenación mental en las acciones de Doña Juana. Después se ha descubierto la verdadera causa de tales acciones. Espero que Vuestra Alteza no me obligará publicarla.

REY.

Yo sí que no os comprendo á vos, Almirante. ¿Quién ha podido explicar naturalmente el proceder de la Reina?

DON ÁLVAR.

Yo, señor.

REY.

(¡Don Álvar!)

ALMIRANTE.

Recuerde Vuestra Alteza que las ciudades en las Cortes de Valladolid negaron su asentimiento á lo que hoy arbitrariamente se trata de llevar á cabo; tened presente que, para defender á Doña Juana, se

han confederado en Andalucía el Conde de Cabra y el de Ureña, el Marqués de Priego y el Duque de Medina-Sidonia; ved que el pueblo en que estáis es un pueblo de valientes y de leales.

REY.

¡Amenaza á su Rey!

DON JUAN MANUEL.

¡Es un crimen!

NOBLES.

Sí, sí.

ALMIRANTE.

Vuestras voces no me intimidan.

MARLIANO.

Yo juro por el nombre de Dios que aún no ha perdido el juicio la Reina.

REY.

Éstos son traidores vendidos al rey D. Fernando.

ALMIRANTE.

Sólo el rey D. Fernando, según el testamento de la reina Doña Isabel, tendría derecho á sentarse en el trono si la locura de su hija Doña Juana fuese cierta.

REY.

¿Oís, señores? Bien hice en contar con vuestro apoyo.

MARQUÉS.

Subid al trono, señor; solemnemente prestaremos el juramento que tengáis á bien exigirnos. Vuestra es la corona; ceñidla.

El Rey se pone la corona y empuña el cetro.

DON JUAN MANUEL.

Vuestro es el trono; ocupadle.

ALMIRANTE.

Oid antes, señor.

Poniéndose delante del Rey.

REY.

Atrás, rebelde.

MARQUÉS.

¡Detener al Monarca!

Rumores entre los cortesanos.

DON ÁLVAR.

(¡Villanos!)

REY.

¡Plaza al Rey!

ESCENA V.

Dichos y la Reina, con manto, corona y cetro.

REINA.

¡Plaza á la Reina!

Subiendo al trono antes que el Rey.

REY.

¡La Reina!

Prolongados rumores, sorpresa general.

MARQUÉS.

¡Doña Juana!

DON ÁLVAR.

(Esto es más de lo que esperábamos.)

Pausa.

REINA.

¿Qué os turba y sorprende? ¿No contabais con mi presencia? Pues mal lo imaginasteis. Cerradas estaban las puertas de mi aposento; mas diz que para todo hay remedio en el mundo, si no es para la muerte. Que las cerrasen mandó el Rey; la Reina mandó que las abriesen de par en par; pudo más que la perfidia flamenca la lealtad castellana, y aquí me tenéis.

DON JUAN MANUEL.

Fuerza es obrar con energía.

Bajo al Rey.

REY.

Dignaos de volver á vuestra estancia, señora.

REINA.

No hay para qué. Sé de qué graves negocios estabais tratando. Trátase de recluirme en alguna buena fortaleza por todo el resto de mi vida; trátase de hacer propiedad de D. Felipe de Austria la corona que á mí sola me pertenece. Acuerdo es éste de todo punto necesario; tal lo juzgo yo propia, y vengo, por lo tanto, á endulzar la pena que, á no dudar, oprime el tierno corazón de mi esposo; á pagar el noble celo que en pro del público bien habéis casi todos vosotros manifestado; á decir en seguida un adiós eterno al trono de mis padres. Y noticiosa de que ya ibais cobrando ojeriza á mi pobre vestido negro, para contentaros, y siquiera una vez pareceros Reina, me he echado encima, como veis, mis galas más deslumbradoras. (Desciende del trono y apostrofa á D. Juan Manuel y á los otros Grandes con delicada ironía.) Guárdeos el cielo, D. Juan Manuel, señor de Belmonte de Campos y de Cevico de la Torre, embajador en Roma, maestresala de mi madre doña Isabel, primer caballero español del Toisón de Oro de la casa de Borgoña, y presidente de mi Consejo. Gloria mayor la vuestra que la de aquel otro D. Juan Manuel, cuya docta pluma hizo su nombre tan famoso, y cuyo invicto acero rindió y desbarató al fuerte Ozmín, general de la casa de Granada, á orillas del río Guadalferce. He aquí, señores, á un nieto del infante D. Manuel, á un descendiente del rey San Fernando y de los emperadores de Constan-

tinopla, convertido hoy en agente de los excesos de un Archiduque de Austria.

DON JUAN MANUEL.

¡Señora!

REINA.

¡Oh, que también está por aquí el noble Marqués de Villena, Duque de Escalona! Cuentan que vuestro ascendiente, el caballero portugués Diego López Pacheco, fué por ansia de medro uno de los asesinos de Doña Inés de Castro; que vuestro noble padre dió veneno al príncipe D. Alfonso, de quien era parcial; para volver á la gracia de su legítimo señor, mi tío D. Enrique, al cual después, no sabiendo ya qué quitar, quitó el entierro que el buen Monarca para sí destinaba en el Parral de Segovia; que vos hicisteis matar á vuestra primera mujer, la Condesa de Santisteban, nieta del Condestable D. Álvaro de Luna; que ahora, desposeído, por la voluntad de mis padres, de Trujillo, Chinchilla, Albacete, San Clemente, Rota y demás pueblos del marquesado de Villena, de la ciudad de Alcázar y de la tenencia de Madrid, queréis recobrarlos á toda costa, pronto, por conseguirlo, á matarme á mí y á diez mujeres más. ¡Á ser esto cierto, señor Marqués de Villena, gloriosa raza la vuestra, por vida mía!

MARQUÉS.

(¡Conténgame Dios!)

REINA.

Loor á todos vosotros, señores. Natural es que así procuréis el ultraje de vuestra Reina y la ignominia de vuestra patria, cuál por un aumento de territorio, cuál por una dignidad que ha tiempo codiciaba, cuál por un Toisón de Oro para deslumbrar á sus inferio-

res, cuál por diez oficios públicos para diez de sus allegados. No hay por qué á nadie se maraville: constantemente fué vuestro anhelo empobrecer al pechero y al monarca; siempre fuisteis enemigos naturales del trono y del pueblo.

NOBLE 1.°

Nos insultáis.

DON JUAN MANUEL.

Insultáis á la Grandeza de Castilla.

REINA.

Bueno fuera que os dieseis por ofendido. ¿Sabe una loca lo que se dice? Y yo estoy loca hasta más no poder. Como que estos señores, que son mis médicos, quieren encerrarme. (Dirigiéndose á los médicos.) Sólo que yo no quiero dejarme encerrar. Matad á la gente, señores míos; tal es vuestro derecho: para enterrarla viva aún no tenéis licencia. Pero ¿qué? ¿También vosotros os enojáis? ¡Todos malvados! (Con acento de cólera.) ¡Todos necios!

Riéndose.

REY.

Ved que yo por más tiempo no puedo tolerar.....

REINA.

Y á ti, Felipe, ¿qué te podré decir para consuelo de tu pena? (Apartándole de los demás, y en voz baja.) Que harto bien pagada está la corona de Castilla con tus estados de Borgoña y de Flandes; que aún necesitas reposo y vigor en el espíritu para terminar la obra que bajo tan buenos auspicios has comenzado: hacer tuyo el trono de la madre, ha sido empezarla; quitárselo al hijo legítimo para dárselo á un bastardo infame, será concluirla.

REY.

¡Doña Juana!

REINA.

¡Bah! Si ya sabes y acabas de oir que estoy rematadamente loca.

REY.

Señores, esto es ya demasiado: llegó el momento.....

REINA.

Sí, ¡por Cristo!; sonó la hora de que yo empezase á reinar. Demencia y crimen era en mí anteponer otro amor al amor de mi pueblo. Yo expié mi culpa: de hoy más no lloraré torpes ingratitudes. Amar como todas las mujeres, es amar á un hombre; á semejanza de Dios debe amar una reina, amando á un pueblo entero.

REY.

(¡Me vence, me humilla!)

Los Grandes se acercan, comq ofreciéndole amparo contra Doña Juana.

REINA.

Ni penséis vosotros romper de nuevo el freno de las leyes, con que os sujetó la mano poderosa de la católica Isabel. Temblad ante la hija, como temblabais ante la madre. Vuelvan al reino los bienes que le arrebató vuestra codicia; vuelva la fuerza que es suya á la Corona; deponed del todo vuestros cetros usurpados. Ya vosotros no sois Castilla: Castilla es el pueblo; Castilla es el monarca.

REY.

Salid de aquí. No me obliguéis á emplear la violencia.

REINA.

¿Quién se atreverá á tocarme?

ALMIRANTE.

Conteneos, señor, si no queréis encender oprobiosa guerra.

DON ÁLVAR.

No hagáis que la sangre española corra por mano española vertida.

REY.

La rebelión estalla dentro de mi propio Palacio.

MARQUÉS.

¡Viva el Rey!

NOBLES.

¡Viva!

REY.

¿Oís, señora, cómo la Grandeza de Castilla aclama al Rey?

PUEBLO.

¡Viva la Reina! ¡Viva la Reina!

Dentro.

REINA.

Oye tú cómo el pueblo español aclama á su Reina.

REY.

¡Oh rabia!

ALMIRANTE.

La justicia prevalece.

DON ÁLVAR.

¡La Reina triunfa!

REINA.

Parece que esos gritos no os suenan bien: pues yo quiero oirlos más de cerca.

Asómase al balcón.

PUEBLO.

¡Viva la Reina! ¡Viva la Reina!

Dentro.

REINA.

Gracias, hijos míos. Nada temáis; no saldré de Burgos. Fío en vuestra constancia.

Desde el balcón.

PUEBLO.

¡Viva la Reina! ¡Mueran los flamencos!

REINA.

¿Qué queréis, Felipe? Mi pueblo ha perdido el juicio como yo.

Volviendo al lado del Rey.

REY.

Soldados, dispersad esa turba.

CAPITÁN.

Si la Reina lo manda.

REINA.

Calla, ¿éstos también? Con razón asegura el refrán que un loco hace ciento. Ya lo veis: los locos abundamos en Burgos que es una maravilla. Réstame advertiros que no es cordura jugar con ellos. Felipe, señores, adiós quedad. La Reina loca os saluda.

Hace una reverencia y se va.

ESCENA VI.

DICHOS excepto la REINA.

REY.

(¡Empeñar una lucha, una lucha en que tal vez sería vencido! ¿Adónde lanzar el rayo de mi furia?)

ALMIRANTE.

Señor, dad oídos á la prudencia y la piedad.

REY.

¡Silencio, Almirante! ¡Por vida de mi padre, que habéis de llorar vuestra osadía!

ALMIRANTE.

El castigo de la virtud, que no el premio de la maldad, ambiciono. La hora del desengaño suena también en la vida de los reyes; sonará en la vuestra, señor. Lloraréis entonces haber acogido y acariciado la pérfida lisonja, que deslumbra los ojos y envenena el corazón de los príncipes, y la interesada adhesión que los empuja y precipita; lloraréis haber despreciado y oprimido la noble franqueza y la generosa abnegación, que suelen salirles al paso para iluminarlos y contenerlos. Nunca me arrepentiré yo de haber amparado á una dama como caballero, y á una Reina como español.

Saluda y vase.

REY.

Dejadme, señores; necesito estar solo.

DON JUAN MANUEL.

(Vamos. Buen chasco nos ha dado la loca.)

MARQUÉS.

(Empiezo á sospechar que tiene más juicio del que fuera menester.)

REY.

Quedaos vos, Marliano; también vos, D. Álvar. (Elegid dos soldados flamencos en quienes se pueda confiar, y traedlos aquí.)

Bajo á Filiberto de Vere, el cual se va por el foro.

ESCENA VII.

El REY, D. ÁLVAR y MARLIANO.

REY.

Buen pago habéis dado á mis beneficios, señor Marliano.

MARLIANO.

No se han de pagar los beneficios con malas acciones. Creo que no debe tener queja de mí Vuestra Alteza, ni como hombre, ni como soberano.

REY.

¿Eso creéis? Quizá con dos años de meditación en un encierro mudaréis de dictamen.

MARLIANO.

En el cadalso creería lo mismo.

Vase.

ESCENA VIII.

El REY y D. ÁLVAR; después FILIBERTO DE VERE y dos SOLDADOS.

REY.

Ayer os desterré, D. Álvar; hoy no sólo volvéis á presentaros en Palacio, sino que á él venís con el único objeto de hacerme guerra.

DON ÁLVAR.

Tres días me disteis de término para salir de Burgos. Vine á Palacio porque á él me llamaba mi obligación de vasallo leal.

REY.

Colígese fácilmente que á vos y á vuestro amigo el señor Almirante debo el alboroto de la plebe y la

traición de la guardia. Por él y por vos he padecido cruel tormento. Puedo aseguraros, capitán, que mi venganza será terrible.

DON ÁLVAR.

Haced de nosotros, en hora buena, lo que os plazca; pero doleos del infortunio de vuestra esposa. Reducida al último extremo, halló en la desesperación energía para luchar, no contra vos, sino por vos. ¿Qué le importa á ella su trono? Lo que le importa es veros, vivir á vuestro lado. Sus derechos de esposa son los que ha defendido, que no sus derechos de reina.

REY.

¿Conque me aconsejáis que ame á Doña Juana? ¿Pensáis que ignoro el motivo que os mueve á darme tales consejos, y os movió á promover disturbios en contra mía?

DON ÁLVAR.

No hay más motivo que el amor que tengo á mi Reina y á mi Patria.

REY.

Sé que habéis osado poner los ojos en donde yo los tenía puestos.

DON ÁLVAR.

(¡Aldara inicua!)

REY.

Y ¿qué dudo? Vos fuisteis el que ayer descubrió á Doña Juana mi secreto, induciéndola á que buscase pruebas. ¿El amor de vuestra Reina y de vuestra Patria, decís? Vil hipócrita: bien heriste en medio del corazón al amante y al soberano; bien castigada será tu culpa: en ti saciaré todo el furor que abriga mi pecho.

DON ÁLVAR.

Sin razón me ofendéis.

REY.

Mirad, D. Álvar: me siento gravemente enfermo; con trabajo me sostengo de pie. Sois leal, y cuento con que os tendréis por dichoso con poder restituirme la salud. El bálsamo que necesito para recobrarla es toda vuestra sangre.

DON ÁLVAR.

Tomadla, señor.

REY.

No me queréis por Rey; me tendréis por tirano. Ni será cosa nueva en Castilla un Monarca que se complazca en hacer rodar por el suelo de su propio palacio la cabeza de un rebelde. Nombres de *Justiciero* y de *Cruel* dan al rey D. Pedro los castellanos: que á mí me apelliden como quieran. (A Filiberto de Vere, que sale seguido de dos soldados.) Creí que nunca ibais á llegar. Don Álvar, rendid el acero.

DON ÁLVAR.

Entregando á los soldados la espada.

Un soldado del Gran Capitán está acostumbrado á pelear contra muchos; pero ved, señor, que no nací rebelde.

REY.

A los soldados.

Conducidle secretamente á una de las torres del Alcázar. (A D. Alvar.) Capitán, la muerte os espera.

DON ÁLVAR.

La muerte y yo nos vimos muchas veces las caras: ya no me asusta; seguro, además, de que recibe al bueno en sus brazos cual amiga cariñosa. Así me recibirá á mí, señor; no os acogerá á vos de la misma manera.

REY.

(Ni aun el consuelo de verle temblar.) Llevadle. (Vase D. Alvar con los dos soldados.) Haced que ese hombre se disponga á bien morir, y muera luego.

FILIBERTO.

¿Tal es vuestra determinación?

REY.

Cuidad, sobre todo, de que esto se haga con el mayor sigilo. ¿Entendéis?

FILIBERTO.

Cumpliré vuestras órdenes.

Vase por donde D. Alvar.

ESCENA IX.

El REY, y en seguida ALDARA.

REY.

Sí, justa es la pena que le impongo. ¿Será excesiva? ¡Oh qué pronto vacila mi corazón, siempre irresoluto y cobarde! Venid, Aldara; necesitaba veros.

ALDARA.

El estado en que os encuentro no me maravilla. Sé que ya no parte la Reina; yo soy en tal caso quien debe partir sin tardanza.

REY.

No me atormentéis más; demasiado padezco.

ALDARA.

De nadie os quejéis sino de vos mismo. ¿Qué habéis hecho á estas horas para contener la audacia de vuestros adversarios?

REY.

Fundadas son tales reconvenciones. Cayó en mis

manos uno de los rebeldes, y antes de oiros empezaba ya á sentirme pesaroso de haber mandado castigarle.

ALDARA.

¿Que tenéis en vuestras manos á uno de los que se oponen á que la Reina salga de Burgos, y que aún no le habéis castigado? ¡Oh torpe flaqueza! Para conquistar un trono, el interés de los menos facilita el camino; el miedo de los más solamente puede allanarlo. Ya hicisteis sobradas mercedes; castigad ahora; castigad sin reparo ni compasión.

REY.

Castigaré, os lo prometo.

ALDARA.

El escarmiento de uno de los partidarios de Doña Juana amedrentará á los demás.

REY.

¿Y no sabéis? Ese hombre es doblemente culpado; es el que intenta arrebatarme vuestro amor.

ALDARA.

¿Qué?..... ¿Qué decís?

REY.

Vuestro amor, que es mi ventura, que es mi vida.

ALDARA.

Pero ¿de quién habláis?

REY.

¿No lo dije? De mi aborrecido competidor; de Don Álvar.

ALDARA.

¡Don Álvar!

REY.

No temáis, no revocaré su sentencia. Adiós, Aldara; necesito reposo.

ALDARA.

Siguiéndole.

¿Esa sentencia?.....

REY.

Pronto se ejecutará en una de las torres de este mismo Alcázar.

ALDARA.

Con voz ahogada por el espanto.

¿Está condenado?.....

REY.

Á muerte.

Vase por la derecha.

ESCENA X.

ALDARA, y á poco la REINA.

ALDARA.

¡Á muerte! ¡Morir él; morir por culpa mía!..... No me equivoco; el Rey lo dijo: bien lo escuché..... Corro á sus plantas..... (Dirigiéndose hacia el lado por donde ha salido el Rey.) ¡Triste de mí! (Deteniéndose.) El Rey está celoso; mis súplicas acelerarían su muerte. ¡Oh maldita venganza, cómo de rechazo me hieres! Es preciso correr en su ayuda, buscar medios, salvarle. Sí, salvarle ó morir con él. Y ¿á quién acudir?; ¿de quién valerme? ¡Ah! ¡Compasión, señora, compasión!

Corriendo hacia la Reina, que sale por la izquierda.

REINA.

¡Aquí vos! ¿Y osáis presentaros á mi vista?

ALDARA.

No me abandonéis.

REINA.

Apartad; busco á mi esposo.

ALDARA.

Arrojándose á sus pies.

¡Piedad! ¡Perdón! Mucho os ofendí; pero ved que me arrepiento y me postro.

REINA.

Explicaos de una vez

ALDARA.

Creedme; creedme lo que voy á deciros. No amo al Rey, no, no le amo, no le amé jamás; otro mereció mi cariño; en Álvar ha tiempo le puse.

REINA.

¿Qué pronuncias? ¡Que no amas al Rey! ¿Qué nueva perfidia es ésta?

ALDARA.

¿Por qué la engañé? Ahora no querrá creerme. Ved: estas lágrimas de mis ojos son verdad; estos latidos de mi pecho son verdad; pues así, así las palabras de mi boca. Os juro que no tengo por qué avergonzarme en vuestra presencia. ¿Lo creéis, no es cierto? ¿Qué haría yo para que me creyese?

REINA.

No te entiendo aún; explícate más, más todavía.

ALDARA.

Imaginé, perdonadme, imaginé que Álvar era amado de vos, que por vos perdía yo su cariño, y tuve celos.

REINA.

Acelerando la explicación.

Celos quise yo inspirar al Rey tratando con benevolencia á ese hombre.

ALDARA.

Y yo á vos en venganza, fingiendo amar á vuestro esposo.

REINA.

Con alegría.

¿Conque tú no amas al Rey?

ALDARA.

Con gozo, como la Reina.

¿Conque vos nunca amasteis al capitán?

REINA.

¿Y has estado celosa? ¡Desdichada, cuánto has debido padecer!

ALDARA.

Sí; vos comprendéis lo que es tener celos; disculpadme entonces y salvad á un infeliz. Qué, ¿aun no os lo había dicho? El Rey quiere matarle.

REINA.

¿Por qué?

ALDARA.

Porque ha sido fiel á su legítima Reina, á su natural señora. ¿Consentiréis que el Rey mate por esta culpa á vuestros vasallos?

REINA.

No los matará.

ALDARA.

Álvar debe morir muy pronto.

REINA.

¿Cuándo?

ALDARA.

Quizá en este momento, en una torre de este Alcázar. ¿Y aún estáis á mi lado? Pero entonces es que queréis dejarle morir. Señora, por vuestro Dios (Como inspirada.), os pido que le salvéis; por vuestro Dios,

que os manda ser clemente, que os manda perdonar; por vuestro Dios, en quien yo adoro desde este momento, porque es el Dios del perdón y de la clemencia.

REINA.

Si en mi Dios crees y confías, mi hermana eres; si tal amor cabe en tu pecho por un hombre, mi hermana eres también. (Aldara, ahogada por sollozos, la besa repetidamente la mano.) La tiranía levanta su cuchillo sobre un inocente; no temas; la Reina salvará al súbdito leal, tu hermana salvará á tu amante.

Vase.

ESCENA XI.

ALDARA, y á poco el REY; después la REINA.

ALDARA.

Yo le mataba; ella corre á salvar su vida. ¡El Dios de esa mujer es el Dios verdadero!

REY.

Aldara.

Acercándose á ella.

ALDARA.

¡El Rey!

Con espanto, retirándose.

REY.

¿Qué sucede? ¿Hablabais con la Reina? He oído voces, lamentos.....

ALDARA.

Dejadme; apartaos de mí.

REY.

¿Qué significa esto?

ALDARA.

Significa que yo he sido la más vil de las mujeres, y vos el más ingrato de todos los hombres; que hemos ofendido á un ángel; que el cielo me castigó y empieza á castigaros.

REY.

¿Qué repentina piedad se apodera de vuestro pecho? No me hagáis dudar ahora de vuestro cariño.

ALDARA.

¡Mi cariño! Horror me inspiráis; horror me inspiro yo á mí propia.

REY.

¿Qué oigo?

ALDARA.

Sabedlo: de otro es mi corazón. Por vengarme fingí quereros.

REY.

¡Aldara!

ALDARA.

Al aceptar mi expiación, Dios me convierte en instrumento de su justicia; por mi mano venga con martirio igual el martirio de una santa.

REY.

¿Qué es esto? ¿Estoy soñando? ¿Habla tu lengua ó la fiebre que me devora?

ALDARA.

Hablan mi conciencia y la tuya.

REY.

¿Y el hombre á quien amáis es sin duda el que yo sentencié? ¡Cómo me he dejado engañar! ¿Y la noticia de su muerte es la que así os desespera? Morirá, pérfida, morirá.

ALDARA.

No; la Reina ha ido á salvarle.

REY.

¡Á salvarle! No habrá llegado á tiempo.

ALDARA.

¡Oh, callad!

REY.

Y si no, yo mismo.....

ALDARA.

No, no pasaréis.

Cerrándole el paso.

REY.

Ved que en nada reparo.

ALDARA.

Muera yo.

REY.

Él primero.

ALDARA Y REY.

¡Ah!

Volviendo aparecer á la Reina.

ALDARA.

¡Señora!.....

Después de una breve pausa y como temerosa de indagar la suerte de D. Alvar.

REY.

Hablad.

ALDARA.

¿Vive?

REY.

Murió, ¿no es cierto?

REINA.

No, que yo le salvé.

REY.

Le seguirán. ¡Oh, me ahogo!

Cayendo al suelo sin sentido.

REINA.

¡Cielos!

ALDARA.

Todo lo sabe; estáis vengada.

REINA.

¿Qué has hecho? ¡Socorro, socorro! (Corriendo hacia el foro.) ¡Felipe! (Volviendo al lado del Rey.) No oye, no respira. Llama tú también, desdichada. ¡Socorro! ¡Señor, mi vida por la suya!

Aldara se dirige hacia el foro; la Reina cae de rodillas junto al Rey.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Cámara contigua á la habitación del Rey. Puerta á la derecha, cubierta con tapiz; otra en el foro; otra á la izquierda, en segundo término. Un reclinatorio en este mismo lado.

ESCENA PRIMERA.

La REINA, y á poco el ALMIRANTE; después HERNÁN.

La Reina aparece orando, arrodillada delante del reclinatorio; transcurridos algunos momentos, sale el Almirante por la puerta de la derecha.

REINA.

¿Qué hay? ¿Se ha puesto peor?

Levantándose sobresaltada.

ALMIRANTE.

Su Alteza continúa en el mismo estado.

REINA.

Os aseguro que ayer perdí las esperanzas; pero hoy todos hemos notado en él grande alivio: parece otro. ¿No es cierto, Almirante, que hoy tiene más vigor, más vida?

ALMIRANTE.

Cierto es, señora.

REINA.

¿Conque también creéis como yo? (Con alegría.) Sí, no hay duda: la mejoría es evidente. ¿Quién no lo ve? ¡Qué dicha para mí, qué dicha para mi Felipe tener

un amigo como vos! Porque también amáis al Rey. ¿Verdad que amáis al pobre enfermo?

ALMIRANTE.

¡Ojalá pudiera dilatar su existencia á costa de la mía!

REINA.

La Virgen Santísima os lo pague. Yo estaba aguardando á que me trajesen..... (Hernán sale por la puerta del foro con una salvilla, sobre la cual habrá una copa dorada.) ¡Ah, por fin! Dame. (Tomando la salvilla.) Dicen que esta medicina ha de aliviarle mucho. (A Hernán, que se va por el foro.) Se aliviará de fijo. Dios tendrá lástima de nosotros.

Dirigiéndose á la puerta de la derecha, por la cual desaparece.

ALMIRANTE.

¡Qué hermoso y qué desdichado corazón!

HERNÁN.

Entrad: allí le tenéis.

Apareciendo de nuevo en el foro con D. Alvar. En seguida vuelve á marcharse

ESCENA II.

El ALMIRANTE y D. ÁLVAR.

ALMIRANTE.

¡Don Álvar!

DON ÁLVAR.

¡Almirante!

ALMIRANTE.

¡Con qué impaciencia os aguardaba!

DON ÁLVAR.

Considerad cuál habrá sido la mía por volver á este sitio.

ALMIRANTE.

El Rey, para descargar su conciencia, quiere reconciliarse con vos antes de morir.

DON ÁLVAR.

No bien recibí en el camino vuestro mensaje torcí riendas, y apresuradamente he regresado á Burgos. Más y más al entrar aquí, se aumentó mi amargura. ¿Es posible que en tan breve tiempo se haya agravado la enfermedad del Rey, hasta el punto de poner en riesgo su vida?

ALMIRANTE.

Ayer Su Alteza recibió los santos Sacramentos; y aun cuando esta mañana parece haberse disminuído la horrible postración en que estaba, creo que sus ojos no verán la luz de un nuevo sol.

DON ÁLVAR.

¿Qué va á ser de la Reina?

ALMIRANTE.

Los mismos que antes contra ella conspiraban, rinden á su dolor tributo de piedad y respeto. Ángel de la Guarda parece, fija á la cabecera del lecho de su esposo. Nadie más que ella ha de acercar á sus labios los benéficos jugos que los médicos le prescriben; ella, adivinando todos sus pensamientos, ha de ser quien únicamente le sirva; y por temor de que turben su reposo, el vuelo de un insecto la irrita, el más leve ruido del aire la desespera. Sólo abandona al Rey cuando conoce que no va á poder reprimirse, y entonces ya permanece con la vista clavada en el suelo sin dar señales de vida; ya recorre velozmente una y otra cámara, como si cambiando de sitio esperase encontrar consuelo, ya de pronto empieza á llamar á gritos en su ayuda á Dios, la Virgen y los san-

tos. Si alguna vez logramos, á fuerza de súplicas, que admita el preciso alimento, al punto salpicado de lágrimas le rechaza. Y, sobre todo, nos inquieta y maravilla el que ni un solo instante, en tres días consecutivos, se le haya visto cerrar los ojos. ¡Ay, don Álvar, no hubo jamás en pecho humano aflicción más grande que la suya!

DON ÁLVAR.

¿Y teméis?.....

ALMIRANTE.

Temo que el trono se quede completamente vacío.

DON ÁLVAR.

Si ha de perder á su esposo, preferible es que doña Juana también se muera. Los ángeles, sus hermanos, se apresurarían á abrirle las puertas del cielo, y allí sólo pueden encontrar los justos reposo y ventura.

ALMIRANTE.

La aflicción que en vuestro rostro se pinta no me sorprende, que yo, como vos, siento el corazón oprimido.

DON ÁLVAR.

Sin que me cause rubor, me aflijo por mi infeliz señora; también por mi Rey.

ALMIRANTE.

Sí, D. Álvar; olvidemos hoy los errores del soberano; compadezcamos el infortunio del hombre; admiremos y bendigamos la contrición del moribundo.

DON ÁLVAR.

¡Y quiere el triste reconciliarse conmigo; conmigo, que fuí para con él tan culpado! ¿Por qué no me veo ahora entre el tumulto de una batalla?

ALMIRANTE.

No es de valerosos pechos rendirse al infortunio.

Me dijisteis un día que amábais en secreto: creo haber adivinado la causa de vuestra pena desmedida.

DON ÁLVAR.

¡Cómo! ¿Habéis adivinado?.....

ALMIRANTE.

¡Ni una palabra más!

DON ÁLVAR.

Ni una sola. Y Aldara, ¿qué fué de ella? ¿Debo execrarla? ¿Merece compasión, por ventura?

ALMIRANTE.

Purificará muy pronto su alma el agua del bautismo: hállase en un monasterio, donde con piadosos ejercicios y ásperas penitencias procura hacerse acreedora á ceñir el santo velo de las esposas de Jesús.

DON ÁLVAR.

Él la proteja.

ALMIRANTE.

Cumpliendo las órdenes de la Reina envié á buscaros: yo, por más de un motivo, deseaba que volvieseis. Tranquilizad al Rey, consolad á la Reina: fuerza será que después nos congreguemos todos los buenos castellanos para cuidar de otra desventurada, que no creo que hayáis puesto en olvido. La Patria se verá muy luego en cruel orfandad: la Patria, que es antes que todo.

DON ÁLVAR.

¿Tan seguro estáis de que también perderemos á la Reina?

ALMIRANTE.

Seguro estoy de que si vive no vivirá para Castilla. La corona necesita dueño: vuelva de Italia, y cíñala otra vez el rey D. Fernando.

ESCENA III.

DICHOS, MARLIANO, el MARQUÉS DE VILLENA, PRELADOS, NOBLES y MÉDICOS; á poco D. JUAN MANUEL, después la REINA, luego HERNÁN.

DON ÁLVAR.

¿Y Su Alteza?

MARLIANO.

Acaba de abandonar el lecho.

ALMIRANTE.

¿Con vuestro permiso?

MARLIANO.

No he querido oponerme á que cumpla su gusto.

ALMIRANTE.

Pero ¿sigue acaso en aumento su mejoría?

MARLIANO.

Bien dije yo que ese repentino alivio era anuncio de su próximo fin.

Muévese el tapiz que cubre la puerta de la derecha.

DON ÁLVAR.

¿No hay esperanza ninguna?

MARLIANO.

Ninguna: mátale una calentura pestilencial incurable.

ALMIRANTE.

¿Y suponéis que dejará de existir hoy mismo?

MARLIANO.

Esta misma mañana.

Óyese un lamento detrás del tapiz.

DON ÁLVAR.

¿No oís?

ALMIRANTE.

¿Qué?

DON ÁLVAR.

Nada: el corazón me engañó, sin duda.

DON JUAN MANUEL.

Señores (Saliendo por la puerta del foro): ya es urgente refrenar la audacia de los flamencos. Que el Rey muere de veneno andan divulgando por todas partes.

MARQUÉS.

¿Será posible?

ALMIRANTE.

¡Qué iniquidad!

DON JUAN MANUEL.

Unos achacan el crimen á los agentes del rey don Fernando; otros dicen que la Reina es quien le ha envenenado en un arrebato de celos.

DON ÁLVAR.

¡Vive Cristo!

REINA.

¿Que yo he envenenado á mi esposo? (Saliendo de detrás del tapiz.) ¿Eso dicen? ¿Eso dicen? ¡Jesús! No se lo tome Dios en cuenta.

Cúbrese el rostro y solloza.

MARLIANO.

Nos estaba escuchando.

DON ÁLVAR.

¡Infeliz!

MARLIANO.

¡Señora!

Acercándose á ella con tierna solicitud.

ALMIRANTE.

No se aflija así Vuestra Alteza.

REINA.

Conque.....

Contiene los sollozos y hace, como para hablar, inútiles esfuerzos.

MARLIANO.

Hablad.

REINA.

¿Conque no hay remedio?

MARLIANO.

¡Qué no puede remediar la misericordia de Dios!

ALMIRANTE.

Confiad en Él.

REINA.

Y ¿por qué no en vosotros? Llegaos acá. (A los médicos, que se acercan á ella.) El Rey es joven, sólo tiene veintiocho años: debe haber medio de curar una dolencia cualquiera en cuerpo vigoroso. Recordad bien: posible es que hayáis olvidado precisamente el remedio que nos hace falta; sin duda existe algún bálsamo, alguna planta con virtud suficiente para salvarle. ¿No bastaría toda mi sangre para reanimar la suya? Otro esfuerzo, mi buen Marliano, mis fieles amigos. No; no calléis. Decidme algo, por piedad.

MARLIANO.

Ya hemos hecho por él cuanto estaba en nuestra mano.

REINA.

¿Y he de perderle? ¡Dios mío, qué enfermedad tan horrorosa! Ha breves días lleno de salud y de fuerza..... Hoy ¿quién le conoce? Mañana..... mañana..... Parece imposible. Nunca imaginé que él se pudiera morir primero que yo.

ALMIRANTE.

Conformidad, señora.

REINA.

Bien procuro irme conformando poco á poco; pero ¡ay! ¡No puedo conformarme, no puedo!

ALMIRANTE.

Dominad vuestra aflicción como cumple á una Reina.

REINA.

Por su vida cuanto poseo; mi cetro por su vida. ¿Verdad, señores, que todos me ayudaríais á sentar en el trono al que lograse evitar su muerte? Dicho está: el que codicie una corona que le salve, que me le devuelva. ¿No sois médicos? ¿No es obligación vuestra curarle? Pues ¡ay de vosotros si le pierdo! Don Juan Manuel, señor Marqués de Villena, creo que sin razón os ofendí el otro día. No me guardéis rencor, sed generosos con esta pobre mujer que tanto padece. ¿No se os ocurre medio ninguno que tentar? ¿No conocéis á alguno que sepa curar este linaje de dolencias? ¿Á uno de esos nigromantes que hacen prodigios? Sí, buscad á uno de esos y traedle para que vea á Felipe.

DON JUAN MANUEL.

Al Altísimo pedid socorro.

REINA.

Dios no ha querido oirme. Ni en la tierra ni en el cielo encontré piedad. Almirante, escribid á mi padre hoy mismo; decidle que venga, que Castilla se va á quedar sin Reyes, y mis pobres hijos sin padre y sin madre.

DON ÁLVAR.

Adelantándose.

Le escribiremos: vendrá.

REINA.

¡Don Álvar! No había reparado en vos. El Rey quiere veros.

DON ÁLVAR.

Yo aspiro á la gloria de besar sus plantas.

REINA.

Con pena muy reconcentrada.

¡Se muere, D. Álvar, se muere!

ALMIRANTE.

Considerad que todavía os quedan sagrados deberes que cumplir.

MARLIANO.

Á pesar vuestro, os salvaremos si es preciso.

REINA.

¿Á mí podéis salvarme y á él no? ¡Acabarán con mi paciencia! Id, señores; haced que ni un momento se interrumpan las preces en la capilla de Palacio. Orad por vuestro Rey.

Marliano entra en el cuarto del Rey, y los demás se van por el fóro.

ESCENA IV.

LA REINA, después el REY, MARLIANO y otro MÉDICO.

REINA.

¡Que tenga valor! Cuando á ellos se les esté muriendo la esposa ó el hijo, iré yo también á decirles que tengan valor. (Medita en silencio.) No hay remedio. Se muere. Dios se le lleva; me le quita porque le quiero demasiado. Me enmendaré. ¡Le querré menos si vive! ¡Ay Dios de mi alma, que si le pierdo voy á quererle más! (Otra breve pausa.) ¡Y no hago nada! Y ¿qué puedo hacer? Siento que no esté Aldara aquí. Dice

que se arrepiente de haberla amado. ¿Quién sabe? Quizá viéndola se reanime. ¿Qué no puede el amor? Si muerta yo me llamase él, creo que le respondería. ¡Qué venga esa mujer, que venga al instante! (Da precipitadamente algunos pasos hacía el foro.) ¡Jesús! (Deteniéndose.) ¡Qué infame, qué horrible pensamiento! Loca estoy. Ahora sí que ya no es posible dudarlo. ¡Espantosa locura que me deja conocer quién soy, qué me sucede, cómo y cuánto padezco! ¡Reina Isabel, madre y señora mía: si, como afirman tus pueblos, estás en la gloria de Dios, intercede con Él por esta hija infeliz que dejaste en la tierra: pídele que muramos juntos Felipe y yo!

REY.

Momentos antes habrá aparecido en la puerta de la derecha apoyado en Marliano y otro médico. Ahora se acerca al proscenio y se sienta.

Tú vivirás aunque yo muera.

REINA.

Cambiando en apacible la expresión de su rostro.

¿Tú aquí? ¿Es posible? (¡Ay de mí, qué semblante!)

Apartando de él los ojos con terror.

REY.

A los médicos, que se retiran.

Salid: que nadie venga.

ESCENA ÚLTIMA.

LA REINA y el REY; después el ALMIRANTE, MARLIANO y DON ÁLVAR; luego D. JUAN MANUEL, el MARQUÉS DE VILLENA, FILIBERTO DE VERE, PRELADOS, GRANDES y MÉDICOS.

REY.

Sí; tú vivirás, porque Dios te ordena vivir para un pueblo que en ti sola cifra todas sus esperanzas, y

para nuestros hijos, que de hoy más necesitarán doblemente de tu ternura. Y cuando Carlos vaya á subir al trono, dile que al borde de la tumba, sólo por el remordimiento, es el Rey culpado más grande que los demás hombres; dile que si dirige á un lado sus ojos, allí se le mostrará el mal que hizo, cual fantasma implacable; que si los dirige á otro lado, allí, el bien que estaba en su mano haber hecho, le acosa y le aterra; que si los vuelve al cielo, ve entre su culpa y la misericordia divina el mar de llanto vertido por su pueblo. Dile todo el daño que por mí padeció Castilla; pero no le digas el daño que á ti te causé; que deteste al monarca, pero que no aborrezca á su padre.

REINA.

Arrodillándose á su lado y sosteniéndole con sus brazos.

No me hables de ese modo; calla, serénate.

REY.

Dios me da fuerza para que pueda pedirte perdón.

REINA.

¿Perdon?..... ¿De qué? ¡Te agitas! Calla, Felipe calla.

REY.

Al morir no se miente. Óyelo: te amo.

REINA.

¿Me amas?

REY.

Levantándose.

Con amor indecible. Quiere el cielo, para mi castigo, que cuando va á cesar de latir, empiece mi corazón á idolatrarte. Permite generosa que te estreche en mis brazos; que ponga mis labios en tu frente purísima. Mas ¿qué digo? Vete, déjame solo: no me-

rezco la dicha de expirar á tu lado. Vete y no llores por mí. Vete y..... ¡Oh!

Cayéndose en el sillón.

REINA.

¡Felipe!

REY.

Llegó la hora de mi muerte.

REINA.

No: te engañas; deliras.....

REY.

Dejándose caer del sillón á los pies de la Reina.

Juana, perdóname.

REINA.

¿Qué haces? ¿Qué profieres?

REY.

Pon tus manos sobre mi cabeza y perdóname, ya que tan grande es tu piedad.

REINA.

¿Yo perdonarte?

REY.

Pronto; no te detengas.

REINA.

Poniendo sus manos sobre la cabeza del Rey.

Pues bien, sí, te perdono; te perdono, Felipe mío.

REY.

Volviendo á sentarse, ayudado por la Reina.

Tu perdón quizá me redima.

REINA.

Alejándose, como con intención de pedir socorro.

¡Oh!

REY.

No; no te vayas.

REINA.

Volviendo á su lado.

¡Ánimo, Felipe, valor!

REY.

¡Imposible!

REINA.

Vive para tu padre, que tanto te quiere.

REY.

¡Padre mío!

REINA.

Para tus hijos; para tu Carlos, para tu Isabel, para tu María. Y no ignoras que el cielo iba á concederte otra gran ventura: Felipe, si tienes corazón de padre, vive para ver, para abrazar al hijo que llevo en mis entrañas.

REY.

La vida, Señor, la vida, para hacerla tan venturosa como hasta aquí la hice desdichada. ¡Oh, si yo pudiese vivir, cuánto te amaría!

REINA.

¡Señor, sólo tú sabes lo que yo por él he padecido, y ahora que me ama, ahora vas á matarle! No, mentira, imposible. No puedes, no debes permitirlo. ¡Señor, que eres justo! ¡Señor, que eres misericordioso!

REY.

¡Mi Juana!

MARLIANO.

Apareciendo en la puerta del foro. Salen en seguida también por ella D. Alvar y el Almirante.

Llegad.

REINA.

Yendo hacia él.

¡Marliano, Marliano de mi corazón!

DON ÁLVAR.

¡Señor!

REY.

Don Álvar, vuestra mano; seamos amigos; velad todos por ella.

Don Alvar, arrodillándose, besa la mano que el Rey le tiende.

REINA.

Llevándose aparte á Marliano.

Pero ¿qué es eso? Habla. ¿Es que se va á morir?

ALMIRANTE.

Asiéndole una mano.

Fuerza es que nos sigáis.

REINA.

Rechazando al Almirante y corriendo al lado del Rey. Cógele una mano, que, dando un grito, suelta en seguida.

Dejadme. ¡Oh, qué frialdad! ¡La frialdad de la muerte!

MARLIANO.

Después de haber tocado al Rey. El Almirante se va precipitadamente por el foro.

Avisad, Almirante.

REINA.

Poniéndose delante del Rey, como si tratase de cerrar á alguien el paso y dando señales de verdadera demencia.

Allí la veo, que viene á llevársele. No, no pasará.

REY.

¡Juana!

REINA.

¡Pasa, pasa á través de mi cuerpo! ¡Se apodera del tuyo!

REY.

¡Juana! ¡Juana mía! ¡Qué horrible castigo! ¡Dios eterno, piedad....., perdón!.....

Expira.

REINA.

Arrojándose sobre su cuerpo.

¡Felipe, Felipe!

MARLIANO.

En tono solemne, al Almirante y los prelados y caballeros que entran por la puerta del foro.

El Rey ha muerto.

REINA.

Dando espantoso grito, y levantándose de pronto.

¡Oh!

DON ÁLVAR.

¡Venid, por compasión!

REINA.

¿Adónde? Él está aquí; yo con él.

ALMIRANTE.

Ya es tan sólo un cadáver.

REINA.

Pues con su cadáver. Su cadáver es mío. ¡Quitad! ¡Apartaos! (Todos se apartan con profunda emoción.) ¡Mío, nada más! Le regaré con las lágrimas de mis ojos; le acariciaré con los besos de mi boca! ¡Siempre á mi lado! ¡Él muerto! ¡Yo viva! ¿Y qué? ¡Siempre unidos! Sí, muerte implacable, burlaré tu intento. Poco es tu poder para arrancarle de mis brazos. (Cambiando repentinamente de expresión y de tono.) ¡Silencio, señores, silencio!..... El Rey se ha dormido. ¡Silencio!..... No le despertéis. ¡Duerme, amor mío; duerme....., duerme!.....

Quédase contemplando al Rey con ternura inefable.

FIN DEL DRAMA.

LA RICAHEMBRA

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS

Y EN VERSO

ESCRITO EN COLABORACIÓN CON

D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE

AL SR. D. MANUEL CAÑETE.

Simbolicen, Manuel queridísimo, nuestros nombres unidos al frente de esta composición, el vínculo indisoluble de pura y tierna amistad que enlaza nuestras almas.

MANUEL. AURELIANO.

REPARTO

en el estreno de la obra, representada el 20 de Abril de 1854 en el teatro del Príncipe.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA JUANA DE MENDOZA....	Doña Teodora Lamadrid.
MARINA..................	» Mercedes Buzón.
DON ALFONSO ENRÍQUEZ.....	Don José Calvo.
VIVALDO.................	» Manuel Ossorio.
BELTRÁN.................	» Joaquín Arjona.
UN VIEJO................	» Enrique Arjona.
MELENDO.................	» Antonino Bermonet.
LABRIEGO 1.º............	» Pedro Maffei.
ÍDEM 2.º................	» Manuel Álvarez.
ÍDEM 3.º................	» José Bullón.
ÍDEM 4.º................	» Luis Cubas.
UN ESCUDERO.............	» Esteban Montilla.

Labriegos, doncellas, pajes y soldados.

La acción pasa en un castillo de la Rioja, año de 1386.

ACTO PRIMERO.

Salón bajo de la casa fuerte de los Mendozas en Villaharta-Quintana, de suntuosa arquitectura bizantina, con puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

VIVALDO, DOÑA JUANA, MARINA y DONCELLAS.

El primero, sentado junto á un bufete, suelta al alzarse el telón un libro en que estaba leyendo. Las otras labran al lado opuesto de Vivaldo.

VIVALDO.

¡Pobre Tristán!

MARINA.

¿No lo dije?
¡Mal haya, amén, el rey Marco!
Su mujer, la linda Iseo,
Razón tuvo para odiarlo,
Y convertir su ternura
Al mozo apuesto y bizarro.

VIVALDO.

El Rey á Tristán debiera
Vencer en abierto campo;
Pero matarle dormido.....
Son ¡ay! los celos villanos.

DOÑA JUANA.

Decid que de un loco amor

Son los frutos siempre amargos.

MARINA.

¿Loco amor?

DOÑA JUANA.

No más Tristán
Y Lanzarote del Lago.
Es fiera peste del alma,
Libro ponzoñoso y vano.

VIVALDO.

Cuidad, que es verdad é historia.

DOÑA JUANA.

Cuida tú, que yo lo mando.
Vuelve á leerme proezas
De nuestro Cid castellano,
Ó lo que hicieron relata
Mis nobles antepasados.
Cómo el infante don Zuria
Fué de la morisma espanto;
Cómo.....

VIVALDO.

Y ¿para qué tan lejos,
Si vuestra casa han honrado,
Viviendo vos, adalides
Que son de Castilla pasmo?
En ésa de Aljubarrota,
¿No murieron hace un año
Vuestro padre y vuestro esposo?

DOÑA JUANA.

Dices bien, murieron ambos.

VIVALDO.

¡Vuestro padre! El gran don Pedro,
Rival de latinos lauros.
Aun sus palabras están

En mi pecho resonando:
«Si el caballo vos han muerto,
Subid, Rey, en mi caballo;
Si os roba el dolor las fuerzas,
Llegad, subiréos en brazos.
Poned un pie en el estribo,
Y el otro sobre mis manos.
Mirad que el tumulto arrecia,
Aunque muera yo, libradvos.
Pierdan mis hijos un padre,
Yo al padre de todos salvo;
Amparo sed de los míos,
Y adiós que va en vuestro amparo.»
Dijo el valiente alavés,
Señor de Hita y Buitrago,
Al rey don Juan el primero,
Y entróse á morir lidiando.

DOÑA JUANA.

Como bueno.

VIVALDO.

¡Era español!

DOÑA JUANA.

Era Mendoza.

VIVALDO.

¡Preclaro
Linaje, donde las hembras
Son un portento....., un milagro!
Cuál en sangrientas batallas
Vibra mortífero dardo,
Y cuál triunfa de sí misma
Con esfuerzo soberano.

DOÑA JUANA.

Esa la mejor. Ansíe

Triunfales palmas el bravo,
Imperios el ambicioso,
Renombre inmortal el sabio;
Guardar cumple á la mujer
Su honor y su fama intactos.

ESCENA II.

DICHOS y MELENDO.

Entra, Melendo.

MELENDO.

Señora,
Licencia dadme de hablaros.

DOÑA JUANA.

¿Cómo dejas la atalaya,
Que es tu puesto?

MELENDO.

Nuevas traigo.

DOÑA JUANA.

Di sin tardanza.

MELENDO.

Ya el sol
Va las nieblas disipando,
Y en remolinos de polvo
Y en són de guerra, á lo largo
Muchas lanzas se descubren,
Yelmos y arneses tranzados,
Mucha tendida bandera,
Mucho ligero caballo.
Lo arrollan todo: á sus pies
Son rastrojos los sembrados.

DOÑA JUANA.
Y en los pendones, ¿qué viste?
MELENDO.
Un acerado venablo.
DOÑA JUANA.
¡Oh! Los del conde don Tello.
¡Bravo alarde!
VIVALDO.
¡Estilo raro
De conquistar vuestras gracias!
DOÑA JUANA.
¿Aun no se juzga vengado,
Quemándome anoche un monte
Porque le negué mi mano?
MELENDO.
Mas nuevo el Conde en la tierra,
Con arrojo temerario,
Sin tino, la vuelta emprende
Del pedregoso barranco.
Le cerrará la salida
Laberinto de peñascos,
Y un puñado de los nuestros
Allí puede exterminarlo.
DOÑA JUANA.
Bien un castigo merece.
VIVALDO.
Con treinta lanzas contamos.
DOÑA JUANA.
¡Con treinta no más!..... ¿Y el Conde?
MELENDO.
Traerá doscientos caballos.
DOÑA JUANA.
Locura, á tal desventaja,

Fuera disputarle el paso.
Mas si del barranco sale
Y á estos muros llega osado,
Bien valdrá un soldado mío
Por muchos de los contrarios.
Y si han visto las lumbreras
Nuestros pueblos comarcanos
En las altas atalayas,
Aquí sus fuerzas llamando,
¡Ay del que necio me ofende!
¡Ay de ese Conde insensato!

MELENDO.

¿Vuelvo á mi puesto?

DOÑA JUANA.

Y avisa
Cuanto observes, y entretanto

Vase Melendo por la puerta del foro.

No turben nuestras faenas
Las mocedades de un fatuo.
Ya es mediodía: ya es hora.
Vos preparad el despacho,
Mi servidor y cronista,
El mi paje, el mi notario.
Cura tú, Aldonza, ese lino
Al sol, que se muestra claro.
Tú, de bastarda semilla,
Limpia los candeales granos.
Tú cierne. Tú azota y labra
La tierna masa, formando
El rubio pan, que es partido,
Cual nieve apretada, blanco.
Y tú, del florido huerto,
Los frutos coge tempranos,

Y haz que destilen su jugo
Los panales escarchados.

Vanse Vivaldo y las doncellas.

ESCENA III.

DOÑA JUANA y MARINA.

DOÑA JUANA.

Llega, Marina. ¿Cuál es
De tus pesares la causa?
Ya no encuentro en tus mejillas
El carmín de la alborada.

MARINA.

Señora.....

DOÑA JUANA.

Oyendo á Vivaldo
Bañóse tu rostro en lágrimas.

MARINA.

Es que esa historia de amores.....

DOÑA JUANA.

Tus sentimientos retrata.

MARINA.

Yo amar.....

DOÑA JUANA.

Las ficciones odio.
¿Por qué de mí te recatas,
Que con afecto de madre
Te miré desde tu infancia?

MARINA.

Es verdad, señora mía,
Es verdad..... ¡Oh, gracias, gracias!

DOÑA JUANA.
¿Piensas que ajenos dolores
Mi noble pecho no amargan?
Mis vasallos te lo digan,
Que son mis hijos, si aciaga
La fortuna los oprime.

MARINA.
Y os bendicen con el alma
Como yo.....

DOÑA JUANA.
Vamos: valor.

MARINA.
Señora..... soy desgraciada.

DOÑA JUANA.
¿Por qué?

MARINA.
No queráis saberlo.

DOÑA JUANA.
Debo no ignorarlo. ¿Amas?

MARINA.
¡Ay! Amo.

DOÑA JUANA.
¿Á un servidor mío?
Lo confiesas, pues lo callas.
¿Y él paga tu afecto?

MARINA.
Á veces
Así lo sueñan mis ansias;
Pero en otras..... ¡ay de mí!

DOÑA JUANA.
Tu aflicción mitiga y calma,
Y á ociosas meditaciones
El rápido vuelo ataja.

Mucho fío en tu recato:
Fía en mí tus esperanzas.
Corre á mi cuenta tu dicha.

MARINA.

Casi la miro lograda.
¡Qué bálsamo delicioso
Contienen vuestras palabras!

ESCENA IV.

Doña Juana y Vivaldo con cartera de despacho, de la cual irá sacando los papeles á que se hace referencia en esta escena y en la sexta.

DOÑA JUANA.

Enamorado galán,
Entrad, entrad en buen hora.

VIVALDO.

¿Enamorado yo?..... (¡Cielos!
¿Tal vez?..... ¡Esperanza loca!)
Si es amor.....

DOÑA JUANA.

Basta.

VIVALDO.

(Me turbo.)

DOÑA JUANA.

El despacho es lo que importa.
Relata, pues.

VIVALDO.

Aquí el guarda
Los daños calcula y nota
Del incendio de esta noche,
Que el monte mejor os roba.

DOÑA JUANA.

¡Servidor es puntual!
¿Cuánta la pérdida?

VIVALDO.

Monta,
En árboles y ganados,
Seis mil castellanas doblas.

DOÑA JUANA.

¡Seis mil! ¡Gran estrago!

VIVALDO.

Hazaña
Que pide venganza pronta.

DOÑA JUANA.

Si un vasallo me ofendiese,
Viérasme á piedades sorda;
Pero un enemigo ilustre,
Que su rencor desahoga
Poniendo fuego á mis tierras,
Merece desprecio y mofa.
¿Qué más triunfo ambicionara
Que darme pena y zozobra?
¡Por un azar angustiarse
Quien inmensos bienes logra,
La noble, la ricahembra
Doña Juana de Mendoza!
Sube, Conde, á esa atalaya
Que las altas nubes doma;
Cuanto ves es mío, cuanto
Los horizontes coronan.
Y mío cuanto columbres
Allá en las cimas remotas,
Desde la margen del Ebro
Hasta las aguas del Onza.

¿Qué huestes pusieran dique
Á mi ambición poderosa,
Si trocasen mis pastores
En azagayas sus hondas,
En espadas los cayados,
Los sayos en férreas cotas?
De Villarta y de Fonseca,
De Erramélluri señora,
De Ochánduri y de Loranco,
De mis abuelos victorias,
Más que yo sólo el Rey tiene.

VIVALDO.

(¡Y yo ni una pobre choza
Que pueda decir que es mía!)

DOÑA JUANA.

Tiempo y desengaño arrollan
Las altiveces de un sandio.
Mi venganza al tiempo toca.
¿Qué sucede?

A Marina, que entra por el foro.

ESCENA V.

DICHOS y MARINA.

MARINA.

Albricias dadme.
Tenemos quien nos socorra.
De Anguta y de Belforado
Se acercan amigas tropas.

DOÑA JUANA.

Luego que estén en el Rollo,
Venga Melendo. Á otra cosa.

Vase Marina.

ESCENA VI.

VIVALDO y DOÑA JUANA.

VIVALDO.

Diezmos de Ocón. Del palacio
De Treviño últimas rentas.
Cuentas.....

DOÑA JUANA.

Basta ya de cuentas,
Que piden calma y espacio.
¿No es mi mano pretendida
Por uno y otro galán,
Y en mil cartas?.....

VIVALDO.

Aquí están.
(Aquí están, y yo sin vida.)

DOÑA JUANA.

Responder me cumple, á ley
De cortesía.

VIVALDO.

Comience
Quien en gala á todos vence:
Un primo hermano del Rey;
En las batallas estrago,
De la corte regocijo,
Don Alfonso Enríquez, hijo
Del Maestre de Santiago.

DOÑA JUANA.

¿Y con tan necia arrogancia
En ultrajarme se goza,
Pretendiendo á una Mendoza
Un hijo vil de ganancia?

VIVALDO.

Almirante es de Castilla
Y le ennoblece el dosel.

DOÑA JUANA.

Rompe luego ese papel,
Que así mi altivez humilla.

VIVALDO.

Tanto rigor no se ajusta
Con el dulce pecho vuestro,
En ciencia y verdad maestro.
Borrad la sentencia injusta,
Que sume en fieras zozobras
Y en mortal desesperanza,
Que baldón eterno lanza
Al que es hijo de sus obras.
¿Por qué la infamia, por qué?
¿Dónde hay razón que consienta
Que sea jamás la afrenta
De quien la culpa no fué?
Vibre ufano el áurea palma,
Suba al alto capitolio,
Y aun resplandezca en el solio
El que noble tiene el alma;
El que virtudes acopia,
Que ése su linaje empieza,
Y es siempre mayor nobleza
Que la prestada, la propia.
Con lauro propio y no ajeno
Brillaron, y así me fundo,
Bastardo Enrique segundo,
Bastardo Guzmán el bueno.
Y con arrojo gallardo
¿No rindió vuestro linaje

Oro y vida en vasallaje
Á don Enrique el bastardo?

DOÑA JUANA.

Es cierto, mas cuidad vos,
Que nunca fué por el hombre
Con éste ó el otro nombre,
Fué por la imagen de Dios.
Rasga el papel.

VIVALDO.

Vuestro intento
Á esa imagen contradice:
Ved que el Almirante dice
Que el Rey quiere el casamiento.

DOÑA JUANA.

Por mi natural señor,
Que Dios prospere y defienda,
Sacrificaré mi hacienda,
Mi vida....., nunca mi honor.
Rasga el billete, y prevengo
Que es de más celo tan grande.

Vivaldo rasga el papel.

VIVALDO.

(¡Ojalá romper me mande
Cuantos en la mano tengo!)

DOÑA JUANA.

No abogue mi buen notario
Por osado pretendiente:
Recuérdeme llanamente
Sus nombres, sin comentario.

VIVALDO.

De Niebla un gran capitán
Merecíalo sin duelo:
Todo un Guzmán.

DOÑA JUANA.

Fué su abuelo
Aquel bastardo Guzmán.

VIVALDO.

El de Almazán.....

DOÑA JUANA.

Lindo mozo.

VIVALDO.

¿No es su estirpe?.....

DOÑA JUANA.

Antigua y clara.

VIVALDO.

Muere.....

DOÑA JUANA.

Por mí.

VIVALDO.

(¡Suerte avara!)

DOÑA JUANA.

Pero no le apunta el bozo.

VIVALDO.

La flor de los caballeros
Suspira por vuestra mano,
El más valiente riojano.

DOÑA JUANA.

El señor de los Cameros.

VIVALDO.

Á la jineta, ¿quién pudo
Aventajarle en pujanza?

DOÑA JUANA.

Así fuera, cual su lanza,
Su entendimiento de agudo.

VIVALDO.

¿Qué otros nombres, en tal caso,

Decir más grandes podré?
¿Quién triunfará?

DOÑA JUANA.

No lo sé.

VIVALDO.

¿Acaso ninguno?

DOÑA JUANA.

Acaso.

VIVALDO.

¿Luego no sentís amor,
Esa llama celestial
Que alienta á todo mortal
Y es su deleite mayor?
Cuando todo á amar se inclina,
¿Por qué endurecer el pecho?
Mirad cuál labra en el techo
Su nido la golondrina.
Y arden en fuego tan puro
El ave, la flor, la piedra;
Ved la trepadora hiedra
Cómo abraza al fuerte muro.
Presta amor al cielo hermoso
Luz, y perlas á la fuente;
Él da triunfos al valiente,
Él purifica al vicioso.
Y si es al hombre placer,
Gloria, virtud, ardimiento,
El amor es el aliento,
La vida de la mujer.

DOÑA JUANA.

Cual mozo lo habéis pintado,
Mas con sombras de razón.

VIVALDO.

¡Oh!, sí; vuestro corazón
Guarda ese fuego sagrado.
Quien de ternura es modelo,
De las almas soberana,
Señora sin ser tirana,
De los míseros consuelo,
Árbitra de la fortuna,
Y entre cien mujeres bellas
Perfección de todas ellas,
Ha de amar como ninguna.

DOÑA JUANA.

¡Eh! Paso.

VIVALDO.

Mas si en el mundo
Á obligaros no hallan norte
Riqueza, alcurnia, ni porte,
Pierdo el tino y me confundo.

DOÑA JUANA.

¿No hay más que Niebla, Almazán,
Ó el señor de los Cameros?

VIVALDO.

(¡Ay! ¿No dicen sus luceros
Que ya conoce mi afán?)

DOÑA JUANA.

Mirarse puede escondida,
Tal vez, la más bella flor.

VIVALDO.

(Le he de confesar mi amor,
Aunque me cueste la vida.)
De una sé.

DOÑA JUANA.

¿Digna de mí?.....

VIVALDO.

Entre las selvas nació.

DOÑA JUANA.

¿Y anhela?.....

VIVALDO.

Vuestro oro no,
Vuestras perfecciones sí.

DOÑA JUANA.

Pláceme.

VIVALDO.

Y firme batalla
Por ocultar su martirio.

DOÑA JUANA.

Bien.

VIVALDO.

Y os ama con delirio.

DOÑA JUANA.

¿Dónde ese galán se halla?

VIVALDO.

Sus padres, no cortesanos,
Sencillos labriegos fueron,
Que nunca se enriquecieron
Con sangre de sus hermanos.
Debieron á las cabañas
El candor que allí se encierra,
Y la piedad á la tierra
Cultivando sus entrañas.

DOÑA JUANA.

Raza humilde.

VIVALDO.

Generosa.

DOÑA JUANA.

Pechera.

VIVALDO.

Da su tesoro
Por su rey y contra el moro.

DOÑA JUANA.

¡Yo de un labrador esposa!

VIVALDO.

¿No hay lauros para el pechero?

DOÑA JUANA.

El mundo no quiso darlos.

VIVALDO.

Mas puede el alma arrancarlos
Y asombrar al mundo entero.
De ciega lealtad crisol,
Puerto en borrascas seguro,
Fué el Cid un soldado obscuro
Y es hoy de Castilla sol.
¿Quién señaló la distancia
De plebeyos y magnates?
Necios y vanos quilates
Del orgullo y la ignorancia.
Reparad que sus favores
Negó el Redentor divino
Al duro prócer mezquino,
Y no á humildes pescadores.

DOÑA JUANA.

Vivaldo, enfadoso andáis.

VIVALDO.

Duéleme si os enojé:
Del campo mi padre fué.

DOÑA JUANA.

Pero aquél de quien habláis,
¿Existe?

VIVALDO.

Existe, señora.

DOÑA JUANA.

(¡Pobre Marina!)

VIVALDO.

(¡Valor!)

DOÑA JUANA.

¿Y sueña ese labrador
Con trocarme en labradora?

VIVALDO.

Os servirá tan rendido.....

DOÑA JUANA.

¿Cómo se atrevió el insano,
Responded, cómo un villano
Miserable.....

VIVALDO.

(¡Estoy perdido!)

DOÑA JUANA.

Oh, decid, decid quién es,
Que aún le honrara mi rigor.

Vivaldo, lleno de confusión, hojea varios papeles, y al encontrar con uno, aparece como sorprendido por un feliz pensamiento.

VIVALDO.

Gutierre Sotomayor,
Aldeano burgalés.

Mostrando el papel que acaba de encontrar.

DOÑA JUANA.

¡Cuán divertido suceso!
El bueno del pretendiente
Ó es como niño inocente,
Ó tiene perdido el seso.
Acabemos

VIVALDO.

Ya el afán
Veis de tanto insigne amante.....
¿Qué anunciaré al Almirante,
Al de Niebla, al de Almazán?

DOÑA JUANA.

Que hoy se les responda quiero.

VIVALDO.

(En crudos celos me abraso.)

DOÑA JUANA.

Á todos que no me caso;
Ni una palabra al primero.

ESCENA VII.

DICHOS y MELENDO.

DOÑA JUANA.

Vienes, Melendo, á sazón.

MELENDO.

Llegó la hueste, y desea
Vivamente la pelea.
Señalad el campeón
Que la lleve á la victoria.

VIVALDO.

(Aun espero, aun no desmayo.)
De ventura luzca un rayo
Para mí. Dadme esa gloria.

DOÑA JUANA.

Oh, no es el acero, en suma,
Cual la pluma delicada.

VIVALDO.

Señora, por vos mi espada

No ha de ceder á mi pluma.
Y no hay, por dicha lo sé,
Para aspirar al trofeo,
Ni escuela como el deseo,
Ni valor como la fe.
Fuera que en la edad que goza
El aura de Abril florido,
Seguí de hierro vestido
Las banderas de Mendoza.
Logre yo lo que os pedí;
No me lo podéis negar.

DOÑA JUANA.

Ve, pues.

VIVALDO.

¡Oh dicha! ¡Á triunfar!

DOÑA JUANA.

(¿Por qué no es igual á mí?)

Viéndole partir.

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA, BELTRÁN y MARINA.

BELTRÁN.

Entremos juntos los dos.

A Marina.

MARINA.

Beltrán, el del monte, aguarda
Vuestra venia.

DOÑA JUANA.

Que éntre el guarda.

BELTRÁN.

Señora, la paz de Dios,

Que si llega al fin, no tarda.
¡Malas nuevas; trance amargo!

DOÑA JUANA.

Ya lo supe.

BELTRÁN.

Sin embargo,
Dar cuenta un vasallo debe
De lo que tuvo á su cargo.

DOÑA JUANA.

Habla, pues, pero sé breve.

BELTRÁN.

Mano de traidor no es lerda,
Y es natural que la cuerda
Por lo más delgado quiebre;
Y allí donde no se acuerda
Es donde salta la liebre.

DOÑA JUANA.

Las digresiones eluda
El buen guarda, ó no le escucho.

MARINA.

Tío.....

BELTRÁN.

Y vale más, sin duda,
Aquél á quien Dios ayuda
Que aquel que madruga mucho.
Dormía yo á pierna suelta,
Cuando oigo confuso estruendo;
Al campo salgo corriendo,
Y hallo á mi gente revuelta
Porque el monte estaba ardiendo.
«Helos allí», todos gritan;
Del incendio á los reflejos
Armas distingo á lo lejos,

Y á luchar se precipitan
Pastores mozos y viejos.
Sin muro que los esconda
Principio dan á la fiesta,
Y en el momento contesta
Al zumbido de la honda
El silbar de la ballesta.
Mas ya el contrario encubierto
Por los picos de un barranco,
Vuelvo á los míos, y advierto
Que cuál ha quedado tuerto,
Cojo el uno, el otro manco.

DOÑA JUANA.

Hoy darán mis campeones
Castigo á esa turba odiosa.

BELTRÁN.

¿Las armas? ¡Buenas razones!
¿No os pretenden por esposa
Multitud de señorones?
Pues dad á vuestros Estados
Quien sombra y vigor les preste.

DOÑA JUANA.

(La ignorancia engendra osados.)
Descuida. Por brava hueste
Seremos pronto vengados.

Vase.

ESCENA IX.

BELTRÁN y MARINA.

BELTRÁN.

¡Vengados! Al asno muerto.....
Y callo lo demás.

MARINA.

Tío,
Ese vuestro afán.....

BELTRÁN.

Sí; cierto:
Es predicar en desierto,
Machacar en hierro frío.
Familia en que no hay varón
Que la escude con la ley
De la fuerza y la razón,
Es como pueblo sin rey.

MARINA.

Tiene el ama otra opinión.

BELTRÁN.

No habrá así quien la defienda,
Ni quien respete su hacienda;
Y vendrán con fiero estrago,
Ya el insulto, ya el amago,
Ya la ruidosa contienda.
Verás que vuelven á ser
Nuestras fiestas batallar,
Nuestro amor aborrecer,
Nuestro descanso velar,
Maldecir nuestro placer.
¡Arma, arma!—¿Quién los vió?—
Pocos vienen.—Muchos ví.—
Por aquí.—No, por allí.—
Que llegan.—Que sí.—Que no.—
Que embisten.—Que no.—Que sí.
En cuanto la vista abarca
El campo se encuentra rojo.
Por cama seco rastrojo;
El agua de inmunda charca;

Siempre el enemigo al ojo.
  El grande zurra al pequeño;
Tú corres, yo me despeño,
Mueren mil y uno se salva;
Tambores durante el sueño,
Trompetas antes del alba.
  Y sigue la atroz pelea,
De nuevo la sangre humea,
Y cien más pierden la vida:
Si esto es cosa divertida,
Que baje Dios y lo vea.

MARINA.

  Ajeno al temor su pecho,
Si ya ha dicho no me caso,
Dicho está.

BELTRÁN.

Del dicho al hecho
Hay, sobrina, mucho trecho.

MARINA.

Para el ama hay sólo un paso.

BELTRÁN.

  De esta agua no beberé
No diga nadie en el mundo:
Oye, y te convenceré.

MARINA.

¿Es cuento?

BELTRÁN.

Cuento es á fe.

MARINA.

¿Y él lo prueba?

BELTRÁN.

En él me fundo.
  Es historia bien sucinta.

Gil Baile, pobre primero,
Y después rico heredero,
En la puerta de su quinta
Fijó altivo este letrero:
«Desde un río al otro río
Todo cuanto existe es mío;
Mío el frontero encinar:
Y lo que me ha de matar,
No es hambre, ni sed, ni frío.»
De caza una vez salió,
Y un tropezón ó un calambre
Á una sima le arrojó;
Y allí el infeliz murió
De sed, de frío y de hambre.

MARINA.

Á Dios castigarle plugo.

BELTRÁN.

Yo al ama impondré mi yugo,
Y la casaré, que el cobre
Se bate á golpes, y pobre
Pertinaz saca mendrugo.
Y también á ti, lucero,
Buscarte marido quiero.

MARINA.

Soy muy niña.

BELTRÁN.

No á mi ver,
Que juventud de mujer
Es como sol de Febrero.
Deja que á mis anchas obre.
Tú rechazaste á Matico.

MARINA.

Por feo.

BELTRÁN.

Á Blas.

MARINA.

Por borrico.

BELTRÁN.

Á Sancho.

MARINA.

Porque era pobre.

BELTRÁN.

¿Y á Fortún?

MARINA.

Porque era rico.

BELTRÁN.

Quiero arreglar sin demora
Esta casa, y por alguno
Fuerza es decidirse ahora.

MARINA.

Ya me decidí por uno.

BELTRÁN.

¿Cuál?

MARINA.

Silencio: la señora.

ESCENA X.

DICHOS y DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

(Tiemblo por él.) ¿Aun aquí?

Reparando en Beltrán.

BELTRÁN.

Al monte ¿á qué he de tornar?

DOÑA JUANA.
Aquí te puedes quedar
Cuidando del parque.

BELTRÁN.
Así
Siempre os dé el cielo que dar.

Vanse Beltrán y Marina.

ESCENA XI.

DOÑA JUANA. Después un ESCUDERO.

DOÑA JUANA.
Bien le sienta la armadura,
Bien rige el tordo bridón
Lleno de marcial bravura.
¡Ser de condición obscura,
Con tan noble corazón!
¡Y si en la contienda airada
Le vence más diestra espada!.....
Arrostra la muerte allí.
Mas, en verdad, que me agrada
Que vaya á luchar por mí.

ESCUDERO.
Un paje del Rey, licencia
Pide en su nombre.

DOÑA JUANA.
Que espere
Un instante..... El Rey lo quiere:
Condúcele á mi presencia.

ESCENA XII.

DOÑA JUANA y un PAJE.

PAJE.

Dadme á besar vuestros pies.
(¡Qué sin igual bizarría!)

DOÑA JUANA.

Hanme dicho que te envía.....

PAJE.

El Rey, mi amo.

DOÑA JUANA.

Habla, pues.

PAJE.

(Esperanzas, alentad.)
Es el querer soberano
Que esta carta en propia mano
Os entregue.

DOÑA JUANA.

Á ver.

PAJE.

Tomad.

DOÑA JUANA.

¿Y respuesta aguarda el paje?

PAJE.

No he de volverme sin ella.

DOÑA JUANA.

Dice así.

PAJE.

(¡Por Dios, que es bella!)

DOÑA JUANA.

(¡Por Dios, que es lindo mensaje!)

Lee

«Si en valle desierto sus galas humilla
Á todos oculta la rosa fragante,
Quien es en virtudes blasón de Castilla
Mi corte ennoblezca, sus glorias levante.
Y á más, recordando que al sumo imperante
Los fuertes Mendozas sirvieron á ley,
Esposa vos fago del noble Almirante,
Del gran don Alfonso, mi primo.=Yo el Rey.»
Más vale tomarlo á fiesta.
¡Oiga! ¡El Rey casamentero!

PAJE.

Vuestras órdenes espero.

DOÑA JUANA.

Vete.

PAJE.

No sin la respuesta
Que está aguardando anhelante.

DOÑA JUANA.

Yo haré que á sus manos llegue.

PAJE.

Dejad que en su nombre os ruegue
No diferirla un instante.

DOÑA JUANA.

Ya me enojas.

PAJE.

Con razón
Atrevido os parecí,
Mas sirvo á mi dueño así
Y sirvo á mi corazón:
Que en el Almirante fío
La amistad más verdadera,
Tal, que su contento fuera
También el contento mío.

DOÑA JUANA.

(¡Y debo al solio real
Tan inmerecida ofensa!)

PAJE.

(Mucho, vive Dios, lo piensa.)
¿Me dáis respuesta?

DOÑA JUANA.

Sí tal.

PAJE.

¿Les diré?.....

DOÑA JUANA.

Que yo te he dicho
Que ha de hacerse un casamiento
Por propio convencimiento,
No por ajeno capricho;
Y que es fuerza que frustradas
Queden hoy sus pretensiones,
Por éstas..... y otras razones
Que estimo para calladas.

PAJE.

Olvidáis que á ese galán
Hizo próspero destino
Del Rey difunto sobrino,
Y primo del rey don Juan.
Y si esto sólo pregona
Los timbres de su hidalguía,
No son de menos valía
Las prendas de su persona.
De su esfuerzo al combatir
Puede Aljubarrota hablar,
Do cien lanzas fué á quebrar.

DOÑA JUANA.

Donde no supo morir.

Sin rendir el fuerte acero
Allí mi esposo cayó,
Y mi padre allí murió
Salvando á don Juan primero.

PAJE.

Acabemos de una vez.
¿Qué respondo?

DOÑA JUANA.

¿Aun perseveras?
Que han de ser más duraderas
Las tocas de la viudez.

PAJE.

Así al Rey no satisfago.

DOÑA JUANA.

Ya la plática es prolija:
Dile entonces que soy hija
Del señor de Hita y Buitrago.

PAJE.

Bien sabéis que no lo ignora.

DOÑA JUANA.

Pues si ya á olvidarlo empieza,
Añade que mi nobleza
Es más limpia que la aurora.
Que el blasón que ileso guardo
No manchará humana ley.

PAJE.

Un primo suyo os da el Rey.

DOÑA JUANA.

Que es el hijo de un bastardo.

PAJE.

¡Oh!.....

DOÑA JUANA.

Jamás sobre mi escudo

Caerá tan negro borrón.
Esta es mi contestación
Al que imaginarlo pudo.

PAJE.

¡Tal oigo!

DOÑA JUANA.

¡El nombre manchar
Que heredé de mis abuelos!.....
¡Oh, nunca!

PAJE.

¡Viven los cielos!
¡Y no me puedo vengar!

DOÑA JUANA.

¿Me amenazas? ¡Qué insolencia!.....
Porque el monarca te envía
Tienes lengua todavía
Para hablar en mi presencia.
Vuela á cumplir tu mensaje
Á mi decoro ofensivo;
Huye, que mi pecho altivo
Enciéndese de coraje.
Y el hombre á quien sirves fiel,
Y con su empeño me ultraja,
Sepa que no se rebaja
La Ricahembra hasta él.
¡Unir su sangre á la mía
Y un bastardo le engendró!.....
¡Y él mismo también nació
Con sello de bastardía!

PAJE.

¡Basta ya!

DOÑA JUANA.

Con torpe mengua

Los votos rompió malvado:
Su padre á Dios consagrado,
Y ¿por quién?.....

PAJE.

¡Tened la lengua!

DOÑA JUANA.

Y de aquella unión impía
Brotando el retoño odioso,
El padre fué un religioso,
Fué la madre una judía.

PAJE.

Mentira.

Dale un bofetón (1). Pausa.

DOÑA JUANA.

¡Oh! ¿Será verdad?
¿Tu mano en mi rostro?..... Sí,
Que aún la siento impresa aquí.
Hola, mis guardias, llegad.

Asomándose á la puerta del foro y gritando. Aparecen en ella guardias y pajes.

PAJE.

Sobrado tiempo me humilla
Este disfraz en que estoy:
Don Alfonso Enríquez soy,
Almirante de Castilla.

DOÑA JUANA.

Temed todos mi furor
Si del muro alguien saliere.

A los guardias.

Que en mi cámara me espere
Decid á mi confesor,

A los pajes.

(1) Véanse las notas.

Ved que nunca fuerza ha sido
Tan exacto cumplimiento.

A los guardias y pajes, que se retiran.

DON ALFONSO.

¿Qué es lo que intentáis?

Después de batallar con mil dudas, en la mayor agitación.

DOÑA JUANA.

¿Qué intento?
Que vais á ser mi marido.

DON ALFONSO.

¡Cielos!

DOÑA JUANA.

Sin ningún retardo,
Antes de que á nadie habléis.

DON ALFONSO.

Señora, ved lo que hacéis;
Recordad que soy bastardo.

DOÑA JUANA.

Tu maldad que mi honra empaña,
¿Límites no reconoce?
¡Justo es que así te alboroce
Tan digna, tan noble hazaña!
Pero si á mis pies te postro
Y hago que tu sangre corra,
Con tu sangre no se borra
Esta mancha de mi rostro.
Á ser tu esposa me allano;
Mas nadie dirá atrevido,
Que quien no fué mi marido
Puso en mi rostro la mano.

ESCENA XIII.

DICHOS. VIVALDO, MELENDO, BELTRÁN y MARINA. Soldados que permanecen en el fondo.

VIVALDO.

¡Por nosotros la jornada!

DOÑA JUANA.

¿Qué buscas, dime; qué es ello?

VIVALDO.

Se entrega el conde don Tello.

DOÑA JUANA.

No estoy en mí.

VIVALDO.

Ved su espada.

Presentando una.

DOÑA JUANA.

¡Herido tú!

VIVALDO.

Allá en la linde
De los pomares le acoso,
Y con ánimo hazañoso
Mi gente á la suya rinde.
¡Del cielo ha sido milagro!

DOÑA JUANA.

Vivaldo, ¿es grave tu herida?

MELENDO.

Debo á su valor mi vida:
Por siempre se la consagro.

DOÑA JUANA.

¿Qué más venturas anhelo?

Con amarga expresión.

¡Hoy triunfo de mi enemigo,

Y á nuevo enlace me obligo!

Extrañeza en todos.

Con el Almirante.

Mostrándolo á todos.

VIVALDO.

(¡Cielo!)

Después de una gran pausa, dirigiéndose respetuosamente á Doña Juana.

¡Á la coyunda de amor
Cede al fin la mujer fuerte!

Reprimiendo apenas su despecho.

DOÑA JUANA.

Es más fuerte que la muerte
El imperio del honor.

DON ALFONSO.

Si os ultrajé, perdonad;
Ya os cumple mi arrojo insano.
Dadme á besar vuestra mano.

DOÑA JUANA.

Os la daré..... en el altar.

BELTRÁN.

¡Ah de Gil Baile!

VIVALDO.

(¡Ay de mí!)

BELTRÁN.

Aplica el adagio ahora.

A Marina.

Hoy se casa la señora;
Mañana te caso á ti.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Adarves de la casa fuerte de los Mendozas. A la izquierda la fachada principal y torres de la fortaleza. A la derecha dos cubos elevados. Por el fondo se descubre una amena campiña.

ESCENA PRIMERA.

DON ALFONSO, que figura contemplar un caballo. BELTRÁN aderezando varias armas. Algunos pajes atraviesan la escena con aprestos bélicos.

BELTRÁN.

Es, señor, única y sola
Tan linda estampa de bruto.

DON ALFONSO.

Lleno el pecho, el brazo enjuto,
Pomposa y luenga la cola,
Erguidos el cuello y frente,
Vivo el ojo y perspicaz,
Corta oreja y nunca en paz
Al menor rumor que siente.

BELTRÁN.

Cree de marcial contienda
Escuchar el ruido bronco.

DON ALFONSO.

Mírale doblar el tronco
Donde está fija la rienda.

BELTRÁN.

Va á ser, juro por Beltrán,
Más nombrado que el del Cid.

DON ALFONSO.

Anhelo entrar en la lid
Con tan brioso alazán.

BELTRÁN.

¡Oh, cuál prueba el duro callo
En la piedra resonante!

DON ALFONSO.

Un tesoro no es bastante
Á pagarme este caballo.
Por más que el bosque revuelva
Sus ramos, y su agua el río,
Cruza con el mismo brío
El ancho cauce y la selva.
No pudo cosa jamás
Torcer su curso violento;
Al competir con el viento,
El viento se deja atrás;
Y aunque truene la bombarda
Lanzando encendida piedra,
Ni el estrépito le arredra,
Ni el peligro le acobarda.

BELTRÁN.

Prodigios que es dado hacer
Al emplasto de Galeno.

DON ALFONSO.

¿Cómo?

BELTRÁN.

Al látigo y al freno,
Que hacen santa á la mujer.
En antojos de una niña

Necio el hombre su honra puso,
Ya que es fuerza andar al uso
Que el miedo guarde la viña.
  Yo sé que si á una beldad
Ronda un mancebo moscón,
Es siempre por devoción
Y nunca por santidad.

DON ALFONSO.

  Si ella es honrada.....

BELTRÁN.

Al más lego
Ya no le asusta un desdén,
Puesto que sabe muy bien
Lo de la estopa y el fuego.
  Sabe que tiene del rayo
La fuerza el maldito amor,
Y que hace al siervo señor
Y al señor trueca en lacayo.
  Como son dos al mohino.....
Como en nadie hay que fiar.....
Guárdate si ves pelar
Las barbas de tu vecino.

DON ALFONSO.

  En murmurar se te pasa
La vida.

BELTRÁN.

Es cosa resuelta
Que hay quien duerme á pierna suelta
Y se está ardiendo su casa.

DON ALFONSO.

  Habla más claro, Beltrán.

BELTRÁN.

Aludo al viejo Lorente,

Cuya hija burló inclemente
Un ocioso perillán.

DON ALFONSO.

(¡Qué locura!)

Luchando consigo mismo.

BELTRÁN.

No es extraño.....
Gente, al fin, de poco lastre;
Y ya veis que no es mal sastre
Aquel que conoce el paño.
Mas con todas, á mi ver,
Satanás se comunica:
Tonta ó cuerda, pobre ó rica,
La menos mala es mujer.
Por eso en toda ocasión,
Cuando una sale bellaca,
La mejor razón la estaca
Para ponerla en razón.

DON ALFONSO.

Mal las tratas. ¿Qué te han hecho?

BELTRÁN.

Como es arisco animal,
Siempre quien lo trate mal
Sacará mejor provecho.
¡De ello tengo pruebas hartas!
Vos pretendisteis en vano
De mi señora la mano
En mil comedidas cartas.
Después, según he sabido,
Caminasteis de otra suerte.....
No hay cosa como hablar fuerte
Para sacar buen partido.

DON ALFONSO.

¿Qué dices?

Sobresaltado.

BELTRÁN.

Alguien oyó.....

DON ALFONSO.

¿Qué?

BELTRÁN.

Las voces.

DON ALFONSO.

¿Nada más?

BELTRÁN.

¿Qué más hubo?

DON ALFONSO.

Necio estás.
Mi afecto la cautivó.

BELTRÁN.

Oh, fueran cual la señora
Las hembras de este lugar.
Merece el ama un altar.

DON ALFONSO.

Dices bien.

BELTRÁN.

¿Quién no la adora?
Cierto que alguno también
De sus bondades abusa.
Lo que se usa no se excusa.

DON ALFONSO.

¿Quién abusa?

BELTRÁN.

Alguno.

DON ALFONSO.

¿Quién?

BELTRÁN.

No espere buen aguinaldo,
Que al fin y al cabo.....

DON ALFONSO.

Su nombre.

BELTRÁN.

Fuera de ello, es todo un hombre.

DON ALFONSO.

Sí: Melendo.

BELTRÁN.

No: Vivaldo.
Sólo priva con el ama.
Y de ella jamás se cura
Cuando le ama con locura.

DON ALFONSO.

¡Ella!

BELTRÁN.

Sí, señor, le ama.
Llora la infeliz, ¡cruel!.....
Y él lo sabe, y su querella
Desoye.

DON ALFONSO.

¿Quién llora?

BELTRÁN.

Ella.

DON ALFONSO.

¿Quién es ella? ¿Quién es él?

Con gran impaciencia.

BELTRÁN.

No merece tal desprecio:
En pensarlo me sofoco.

DON ALFONSO.

Tú me estás volviendo loco.

Eres pesado.

BELTRÁN.

Él un necio.

DON ALFONSO.

(La paciencia se me acaba.)
Que sepa yo quién se aflige,
Ó juro.....

BELTRÁN.

¿Pues no le dije?
Marina.

DON ALFONSO.

(Por otra hablaba.)

BELTRÁN.

Pues ¿quién ha de ser? Marina.

DON ALFONSO.

¿Con que mi buen Secretario?....

BELTRÁN.

Sí, señor: es necesario
Casarle con mi sobrina.

DON ALFONSO.

Se casará.

Como tomando una resolución.

BELTRÁN.

No es tan obvio.

DON ALFONSO.

Un gran dote.....

BELTRÁN.

Soy un zote.
¡Oh sobrina! Con buen dote
No hay una mujer sin novio.
Vuelo á decirles, señor,
Nueva tan grata.

DON ALFONSO.

En buen hora.

BELTRÁN.

¡Vivaldo una protectora,
Y Marina un protector!

Éntrase en el castillo á tiempo que uno de los pajes que cruzan la escena recoge las armas que aquél estaba aderezando al comenzar el acto y se las lleva por la derecha.

ESCENA II.

DON ALFONSO.

¿Por qué su lenguaje extraño
Me conturba de tal modo?
Todo cuanto escucho, todo
Recelo que es en mi daño.
¡Cielo! ¿Y me han de separar
Hoy de mi esposa adorada?
¿No pudiera sin mi espada
El Rey en la lid triunfar?
Sin razón desconfié.
De Vivaldo la tristeza,
Su despego, su aspereza
Para conmigo, ¿por qué
Han de infundirme recelos?
¿No puede en su corazón
Dominar otra pasión?
¡Malditos, malditos celos!
Pero él se acerca.

ESCENA III.

DON ALFONSO y VIVALDO.

VIVALDO.

(¡Él aquí!)

DON ALFONSO.

(¡Si yo averiguar pudiera!.....)

VIVALDO.

(¡Oh, su presencia me altera!)

DON ALFONSO.

¡Parece que huyes de mí!
¿Qué tienes? ¿Por qué te veo
Siempre adusto y pensativo?

VIVALDO.

(Este celo intempestivo.....)
¿Sospecha de mí?

DON ALFONSO.

Deseo
Saber de tu pesadumbre
La causa. ¿Qué te suspende?
Habla.

VIVALDO.

(Explorarme pretende.
Fuerza es que yo le deslumbre.)
Ya os hubiera contestado,
Mas temo indiscreto ser.

DON ALFONSO.

Discreto es obedecer.

VIVALDO.

Pues bien: nac

DON

Quien

Su debilidad publica.

VIVALDO.

Mas ved.....

DON ALFONSO.

Cada cual fabrica
Su buena ó mala ventura.

VIVALDO.

Juntos ganan la victoria
El capitán y el soldado:
El uno muere olvidado,
El otro vive en la historia.

DON ALFONSO.

Lo que á la dicha conviene
No es un renombre glorioso:
Con su honra vive dichoso
El que sabe que la tiene.

VIVALDO.

Nada injusto he codiciado.

DON ALFONSO.

Pero ¿qué te falta?

VIVALDO.

Un nombre.
Tengo valor, y no es hombre
Quien no mejora su estado.

DON ALFONSO.

Que eres ambicioso ó loco,
Me hace creer lo que escucho.

VIVALDO.

Sólo sé que aspiro á mucho
Y que siempre alcanzo poco.

DON ALFONSO.

(Clara su ambición se ve.)
No basta la voluntad

Para elevarse.

VIVALDO.

Es verdad:
Yo presentar no podré
Armas en piedra esculpidas;
Pero sí abolladas cotas,
Lanzas y banderas rotas,
Y un pecho lleno de heridas.

DON ALFONSO.

(Desde que oyéndole estoy,
Á su valor me aficiono.)
Algo tienes en tu abono.

VIVALDO.

Obra es mía cuanto soy.

DON ALFONSO.

Bien sé que pobres ó ricos,
De humildes ó excelsos nombres,
No son de cerca los hombres
Ni tan grandes, ni tan chicos.
Mas no ansíe tu altivez
Trocar la choza en palacio:
Bien cruza el ave el espacio;
Bien nada en la mar el pez.

VIVALDO.

¿Alguna vez no acontece
Que, en los trances de la vida,
Se achica el grande á medida
Que el pequeño se engrandece?

DON ALFONSO.

Digna es de ser bien pagada
Cualquier insigne proeza;
Más vale adquirir nobleza
Que corromper la heredada.

VIVALDO.

Pero, ¡en cuántas ocasiones
Premio la virtud no cobra!
¡Y en cuántas la dicha es obra
Del oro y de los blasones!

DON ALFONSO.

¡Delirios de la ambición!

VIVALDO.

En el mundo, por desdoro,
Vence á la virtud el oro,
Vence un nombre á un corazón.

DON ALFONSO.

(Por mí habló. ¡Villano exceso!)

VIVALDO.

(¡Vive Dios, que me declaro!)

DON ALFONSO.

¿A un corazón?..... (¡Qué descaro!)
¿El oro?..... ¿Un nombre? No es eso.
Es que la soberbia loca
De escalar el cielo trata,
Y en injurias se desata
Cuando su impotencia toca.
Es que la dicha que sueñas,
No es tu dicha. Tiende el vuelo:
Procura escalar el cielo.
¡Ay de ti si te despeñas!

VIVALDO.

Señor.....

DON ALFONSO.

Basta. (Ya ¿qué puedo
Dudar?)

VIVALDO.

Ved.....

DON ALFONSO.

El labio sella.
(¿Y he de dejarle con ella?
¿Y he de partir?—No; me quedo.)

Vase por la derecha.

ESCENA IV.

VIVALDO.

Muy torpe anduve. El despecho
Me ha vendido. Sus enojos
Me descubren claramente
Que está de mí receloso.
¿Qué hacer? ¿Olvidar? ¿Fingir?
¡Oh, mi empresa no abandono!

ESCENA V.

VIVALDO y MARINA.

MARINA.

(Allí está. ¡Pues, como siempre!
Mal hayan sus soliloquios.
¿Pensará en mí? ¡Qué locura!
Debiera tenerle odio
Y rabia; pero tras él
Ciega y desalada corro.)

VIVALDO.

(Ya no es fácil disuadirle.
¡Si yo descubriese el modo!.....

Reparando en Marina y como iluminado por una repentina idea.

¡Ah! ¡Sí!)—Marina.....

MARINA.

(Me vió,
Y hablarle será forzoso.)
¿Me llamabas?

VIVALDO.

Sí.

MARINA.

¿Qué quieres?

VIVALDO.

(¿Y la he de engañar? ¡Qué oprobio!

Momentos de silencio.

MARINA.

(Pues, señor, ¡estamos bien!)

Con despecho, aparentando irse.

Vivaldo, adiós.

VIVALDO.

Poco á poco.

Con artificiosa dulzura.

¿No sabes que eres muy linda?

MARINA.

¿Quién te lo ha dicho?

VIVALDO.

Mis ojos.

MARINA.

¿Y cuándo?

VIVALDO.

Al punto que vieron
Tener envidia á tu rostro
Las rosas y los claveles
Que esmaltan esos arroyos.
Eres muy linda.

MARINA.

Habla quedo,

No escuche tales piropos
Quien lo sienta.

VIVALDO.

¿Quién?

MARINA.

La bella
Que turba así tu reposo.

VIVALDO.

Es verdad; pudiera oirme:
No está lejos de nosotros.

MARINA.

¿Vive en el castillo?

VIVALDO.

Aquí.....
En mi pecho.

MARINA.

¿La conozco?

VIVALDO.

La conoces.

MARINA.

¿Mucho?

VIVALDO.

Mucho.

MARINA.

¿Y es su nombre?.....

VIVALDO.

No la nombro.

MARINA.

¿Te has declarado?

VIVALDO.

Jamás.

MARINA.

Pues ¿qué temes?

VIVALDO.

Sus enojos.

MARINA.

Haz por llamar á la puerta.

VIVALDO.

¿Y si es el portero sordo?

MARINA.

Pruébalo á ver.

VIVALDO.

No me atrevo.
Todos los medios agoto.
Y.....

MARINA.

Cuando una mujer ama,
Se lo conoce el más bobo.

VIVALDO.

¿En qué?

MARINA.

Se conoce....,

VIVALDO.

¿En qué?

MARINA.

Á la legua..... Si es notorio.
¿Pues no se ha de adivinar?

VIVALDO.

¿En qué se adivina?

MARINA.

En todo.
Dime tú cómo se llama,
Y verás si al punto logro
Conocerlo.

VIVALDO.

Será en vano.

Ella sabe que la adoro,
Y finge ignorarlo.

MARINA.

Que ella
Hable primero no es propio.

VIVALDO.

Dios querrá que me declare.

MARINA.

Amén.

VIVALDO.

Amén.

MARINA.

Ten arrojo.

VIVALDO.

Pues bien: se llama..... Alguien viene.

MARINA.

Di.....

VIVALDO.

Marina..... adiós.

Estrechando su mano con entusiasmo aparente, y dando á sus palabras un sentido equívoco.

MARINA.

(¡Oh gozo!)

VIVALDO.

(¡Mi estrella así lo dispone!
Esto es indigno, alevoso.)

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA JUANA y BELTRÁN.

Vivaldo se dirige hacia el fondo, donde se encuentra con Doña Juana, que le detiene.

MARINA.

¡Marina, Marina, ha dicho!

BELTRÁN.

Tenemos dote, y no flojo.

MARINA.

Vivaldo.....

BELTRÁN.

Te ama. ¿Quién duda?

MARINA.

Se ha declarado.

BELTRÁN.

¡Ah, buen mozo!
Miel sobre hojuelas: en tanto
Que piensa el cuerdo, obra el loco.
¡Picarilla! Oros son triunfos.
Te protege don Alfonso.
¿Qué tal? ¿Lo entiendo? Hoy sin falta
Escritura y matrimonio.
Yo te domaré, Vivaldo.

Viendo llegar á Vivaldo.

¡Cualquier mujer ya es negocio!
Si rica, un áspid; si pobre,
Aburrimiento y estorbo;
Si hermosa, recelo y susto;
Si fea, tedio y bochorno.

Doña Juana y Vivaldo bajan al proscenio.

Vengan esos cinco, y vengan

Á Vivaldo.

Ambas manos. Lo sé todo.

Con misterio.

Hemos de hacer buenas migas;
Hemos.....

DOÑA JUANA.

Beltrán, ¿qué alborozo?.....

BELTRÁN.

No pueden estar ocultos
La dicha, el amor, ni el oro.

DOÑA JUANA.

Cuéntame.

Marina hace señas á su tío para que calle.

BELTRÁN.

¿Á qué son misterios?
Caso hoy mismo este pimpollo.

DOÑA JUANA.

¡Marina, tanta reserva!.....
¿Y dónde bueno está el novio?

BELTRÁN.

Ambos cónyuges presentes.

DOÑA JUANA.

¿Tú?

Á Vivaldo.

VIVALDO.

(Merezco tal sonrojo.)

DOÑA JUANA.

Muy bien, señor desposado.

VIVALDO.

Burlas de Beltrán.

MARINA.

(¡Qué oigo!)

VIVALDO.

Siempre decidor y alegre.

MARINA.

(¡Ay de mí!)

BELTRÁN.

Cuentos no forjo.

VIVALDO.

Pero.....

DOÑA JUANA.

Tu elección aplaudo.

A Vivaldo.

BELTRÁN.

Se ha declarado hace poco.

Dirigiéndose resuelto á Doña Juana.

MARINA.

Mas no con todas sus letras.

Bajo á Beltrán.

BELTRÁN.

¡Qué letras, ni qué demonio!

A Marina.

El hombre por la palabra.....

A Vivaldo.

DOÑA JUANA.

Pensad en ser venturosos.

VIVALDO.

¡Yo feliz! ¡Ay, no me entiende
Nunca la mujer que adoro!
Mísera hiedra caída,
Busco en vano el verde tronco.

DOÑA JUANA.

Ella te quiere.

VIVALDO.

(¿Qué dice?)

MARINA.

(Por mi mal.)

BELTRÁN.

Eres un topo.

A Vivaldo.

DOÑA JUANA.

¿No es cierto?

A Marina.

BELTRÁN.

Lleva gran dote.

A Vivaldo, reservada y enfáticamente.

DOÑA JUANA.

¡Hoy le llamarás tu esposo!

A Marina, con noble satisfacción.

VIVALDO.

(¿Qué hacer?)

BELTRÁN.

Piedra movediza

A Vivaldo, impaciente.

Nunca se cubre de moho.

MARINA.

(¡Crédula de mí!) Termine
Ya, señora, este coloquio.
Burla que suena á verdad,
Es fiera burla.

DOÑA JUANA.

¿Pues cómo?

MARINA.

Ni me quiere, ni le quiero:

Violentándose.

Dos buenos amigos somos.
¡Ah, señora! ¡Él á mi mano
Aspirar! Ni por asomo.

¿Quién á rústica villana
Se unirá en pobre consorcio,
Cuando frenético ansíe
Ceñir laureles heroicos?
¿Cómo ha de agitar el bieldo
Pudiendo lanzar bohordos,
Ni seguir con el arado
Tras los bueyes perezosos?
Quien de acero el pecho viste,
Desdeñará el sayo tosco;
No ha de preferir la aldea
Á ser de la corte asombro.
¿Cómo en humilde cabaña
Podrá cifrar su tesoro,
Y en honesta labradora,
Y en infantiles sollozos?
Siga otro rumbo Vivaldo:
Yo su ventura ambiciono.
Siempre en él veré un amigo.

BELTRÁN.

(¡Qué buen amigo es el lobo!)

DOÑA JUANA.

Mis hijos, no me ocultéis
Un afecto que no ignoro,
Que yo no extraño, que apruebo,
Y en el que ufana me gozo.
¡Oh, tú deliras! Vivaldo
Rinde constantes elogios
Á pastoriles albergues,
No á soberbios capitolios.
Más precia ver en tus manos
De blanco vellón los copos,
Que esmeraldas y diamantes

Cercados de perlas y oro.
Más precia que áulica pompa
La hermosura de tu rostro,
La inocencia de tu pecho,
La modestia de tus ojos.
El fuego de casto amor
En bálsamos deleitosos
Baña el alma, y la engrandece,
Y el cielo nos abre próvido.
La senda de la virtud
Es de rosas, no de abrojos.

VIVALDO.

¿Quién no os ama con delirio?

BELTRÁN.

Como un rapazuelo lloro.

VOCES DENTRO.

La hemos de ver.

OTRAS.

¿Dónde está?

OTRAS.

La hemos de ver.

DOÑA JUANA.

¿Qué alboroto?

BELTRÁN.

Son mis labriegos del monte,
Ciegos, mancos, tuertos, cojos.
El señor, por gente inútil,
Los planta en la calle á todos.

ESCENA VII.

DICHOS. Turba de LABRIEGOS ancianos y lisiados, que vienen por el foro. Después D. ALFONSO.

LABRIEGO 1.º

¡Piedad!

LABRIEGO 2.º

¡Compasión!

LABRIEGO 3.º

¡Piedad!

LABRIEGO 1.º

Cortando del monte el fuego
Quedé manco.....

LABRIEGO 2.º

Quedé ciego.

LABRIEGO 1.º

Es mucha inhumanidad
Así arrojarnos de casa.

LABRIEGO 2.º

Yo serví mientras podía.

DOÑA JUANA.

¿Y os echa?.....

VARIOS.

El amo.

DOÑA JUANA.

Á fe mía,
Que os iréis luego.

DON ALFONSO.

¿Qué pasa?

Entrando.

DOÑA JUANA.

Son los mozos que despides.

Con recato.

DON ALFONSO.

Ninguno puede servir;
Y si tardan en salir.....

DOÑA JUANA.

Jamás quien eres olvides.

LABRIEGO 1.º

Ved que es vuestro el señorío,

A Doña Juana.

Y que gobernáis mejor.

DOÑA JUANA.

Aquí no hay más que un señor,
Y ese señor es el mío.

LABRIEGO 1.º

Desque vino, á cada hora.....

DOÑA JUANA.

Ninguno se me desmande.
¿Quién hizo todo lo grande?

VARIOS.

Vos.

LABRIEGO 2.º

Sola vos.

LABRIEGO 1.º

Vos, señora.

DOÑA JUANA.

¿Quién labra, zagal intonso,
La iglesia, el puente, los muros,
Para que viváis seguros?
Don Alfonso, don Alfonso.

Murmullos entre los labriegos.

¿Qué murmuráis? Sin razón

Venís, y he de castigallo.

VARIOS.

No.

Desconcertados.

OTROS.

No.

DOÑA JUANA.

Enmudezca el vasallo

A la turba.

Y hable tu buen corazón.

Aparte á D. Alfonso.

Quédense todos aquí.
De tu amor lo solicito.

DON ALFONSO.

¿Para qué los necesito?

DOÑA JUANA.

Te necesitan á ti.

Vuelve á los labriegos.

¡Oh, cuán generoso, vedle!
Te da ganado. (Al 1.º) Á ti hacienda.

Al 2.º

Los pomares os arrienda.

A un grupo.

Vuestro es el monte: rompedle.

A los más.

Los labriegos se adelantan hacia D. Alfonso, y se prosternan ante él.

VARIOS.

¡Oh, señor!

DON ALFONSO.

(¡Esta mujer!.....)

BELTRÁN.

Basta ya de cortesía.

Separándolos.

DOÑA JUANA.

¿Queréis más?

BELTRÁN.

¡Bueno estaría!
¿Qué más han de pretender?

LABRIEGO 1.°

Señora, yo voy contento;
Pero, en fin, es necesario
Que me déis también salario.

BELTRÁN.

Yo te daré..... con un cuento.

Agarrándole por el brazo.

Jadeando, en el rigor
De Julio, entre ardientes breñas,
Envuelto en polvo y sudor,
Iba un triste segador,
De mi pueblo, por más señas.
Por el camino venía
Con su recua un trajinante,
Y al que á lástima movía
Le grita con buen talante:
«Monta esa caballería.»
Sube el otro, alienta, y cuando
Sobre el aparejo blando
Se contempla caballero,
Volviéndose al arriero
Le dice: «¿Y qué voy ganando?»

DOÑA JUANA.

Ya miráis cómo se apiada
El señor de vuestra cuita:
Del duro trabajo os quita,
Y os da vejez descansada.

LABRIEGO 2.º
Con mi sangre no le pago.
LABRIEGO 1.º
Mil lauros coja en la lid.
DOÑA JUANA.
Sus banderas despedid
Hasta las cumbres de Ayago.
Vanse por la derecha.

ESCENA VIII.

DON ALFONSO y DOÑA JUANA.

DON ALFONSO.
Id con Dios.
DOÑA JUANA.
Óyeme, Alfonso.
De tu consejo y prudencia
Reclamo ayuda.
DON ALFONSO.
Habla al punto.
DOÑA JUANA.
Que me inspirases quisiera
Para salvar á Ramiro.
DON ALFONSO.
¿Aquel que las canas huella
Del viejo Lorente?
DOÑA JUANA.
Debo
Juzgarle.
DON ALFONSO.
Y calla mi lengua:
Que al hombre aconseja el hombre,

Y al juez solo su conciencia.

DOÑA JUANA.

Cuerdo aviso, y yo le acato.
Ahora bien: dime si ordenas
Que á nadie entrar se permita
De noche en la fortaleza.
Sabes que así lo previene
Costumbre antigua y discreta.

DON ALFONSO.

Tú eres aquí la señora:
Dispón lo que te parezca.

DOÑA JUANA.

En tu ausencia es necesario.....

DON ALFONSO.

Desistí de ir á la guerra:
Todo apresto militar
Ya he mandado que suspendan.

DOÑA JUANA.

¿Cómo?

DON ALFONSO.

Lo he pensado bien.

DOÑA JUANA.

¿Bien lo has pensado y te quedas?

DON ALFONSO.

Sí.

DOÑA JUANA.

¿Cuando oprime á Galicia
El leopardo de Inglaterra?

DON ALFONSO.

Sí.

DOÑA JUANA.

¿Cuando pide Alencastre
Del rey don Pedro la herencia?

DON ALFONSO.

Sí.

DOÑA JUANA.

¿Cuando vacila el trono
De don Juan? ¡Oh! Por tus venas
La sangre de Trastamara
No corre.

DON ALFONSO.

En civil contienda
No correrá. Contra alarbes
Sólo fulmino mi diestra.

DOÑA JUANA.

¿Quién te hace juez de esa causa?
Ni califica ni cuenta
Un noble los enemigos.
Su estandarte el Rey despliega,
Y quien hidalgo nació,
Calla, lo sigue y pelea.

DON ALFONSO.

Me estoy por honrado aquí.

DOÑA JUANA.

¡Y allí el Rey te aguarda! ¡Oh mengua!
¡En ocio tú, y en su ayuda
Se arman los hijos del Sena!
Te desconozco.

DON ALFONSO.

Con intención.

La peste
El campo enemigo diezma.

DOÑA JUANA.

¿Y es acaso más temible
Que sus tiros y ballestas?

DON ALFONSO.
¿Buscas mi muerte?
DOÑA JUANA.
Tu vida,
Que es tu fama, y la atropellas.
¿Tienes miedo?
DON ALFONSO.
¡Miedo yo!
DOÑA JUANA.
Sí.
DON ALFONSO.
¡Juana!
DOÑA JUANA.
Sí.
DON ALFONSO.
¿Y tú me afrentas?
Si mujer, y mujer mía
No fueses, aquí murieras.
DOÑA JUANA.
¡Muy bien, muy bien! Esos bríos
En el palenque los muestra.
Vuelve los ojos y mira
De tu Rey las blancas tiendas,
Los corceles que galopan,
Las armas que centellean.
Los guerreros que del Betis
Pisan las dulces riberas;
El fuerte cántabro, el ágil
Murciano, el astur atleta;
Los que el áureo Tajo ilustran,
Ricos en valor y ciencia.
Oye, cual rumor de viento,
Atambores y trompetas,

De cien famosos linajes
Saludando las enseñas.
Partid, batallad, venced.....
Mas ¡ay! que allí en la refriega
No se alzan de los Mendozas
Las perínclitas banderas.
Tened, tened: ya la hueste
Parte de la Ricahembra.....
Si tú no, yo saldré al campo,
Y no seré la primera.

DON ALFONSO.

¡Tú! Nunca. Triunfar anhelo
Ó morir en la refriega.

DOÑA JUANA.

Allí te aguarda la gloria;
Aquí mis brazos te esperan.

DON ALFONSO.

(Tal mujer es imposible
Que me engañe y que me mienta.)
¡Mi Juana!

DOÑA JUANA.

Con voz solemne.

Tu honor es mío.

DON ALFONSO.

¡Te adoro!

DOÑA JUANA.

Mi afecto premias.
Corro á preparar la hueste.

DON ALFONSO.

Yo torno al instante.

DOÑA JUANA.

Vuela.

Doña Juana sale por la derecha. Don Alfonso se dirige al castillo. Vivaldo habrá aparecido momentos antes por el foro, permaneciendo oculto.

ESCENA IX.

VIVALDO solo.

Alienta, corazón mío,
Corazón hecho pedazos,
Que ves en ajenos brazos
Al dueño de tu albedrío.
Pronto mi dolor impío
Cambiará en glorias la suerte.
Reta, Alfonso, al Duque fuerte,
Lidia en dudosa pelea,
Y asombro tu triunfo sea;
Mas séllalo con tu muerte.
¿Es delirio? ¿Es realidad?
¿Va á lucir un solo día,
Claro el sol de mi alegría?
Horas de encanto, llegad.
Señora, ya á tu beldad
Puedo rendir sin enojos
Vida y alma por despojos,
Alcanzando en toda parte
Verte, oirte, contemplarte,
Morir de amor en tus ojos.
¡Fortuna, por fin darás
Algún alivio á mi pena!
No desisto: el verla ajena
Me hace desearla más.
¿Yo retroceder? ¡Jamás!
¿Un bastardo fué mejor
Amante que un labrador?
Misterio en ello ha de haber,

Porque tan grande mujer
Nunca eligió lo peor.
¡Por ella qué no arriesgué!
¿Por ella no combatí?
¿En su nombre no vencí?
¿En su bondad no esperé?
¡Éste el premio de mi fe!
Necio y torpe me lamento.
Y en tan bárbaro tormento,
Si para rendirla no,
¿Para qué el cielo me dió
La luz del entendimiento?

ESCENA X.

VIVALDO. DON ALFONSO con yelmo y manoplas.

DON ALFONSO.

(¿Por qué al verle se renueva

Deteniéndose al reparar en Vivaldo.

La lucha en el alma mía?
De él sospecho todavía.
Hagamos la última prueba.)
Vivaldo, tu corazón

Acercándose á él y en tono afectuoso.

Hoy á conocer me has dado.
Ven á la guerra: á mi lado
Podrás saciar tu ambición.

VIVALDO.

¡Partir!

Sin poderse dominar.

DON ALFONSO.

Sí; conmigo ven.

Observándole.

¿No eres valiente?

VIVALDO.

Lo soy.

DON ALFONSO.

Entonces.....

Pausa.

VIVALDO.

Señor..... estoy

Luchando consigo mismo.

Enamorado.

DON ALFONSO.

¿De quién?

Habla; di. ¿Quién es la bella?.....

VIVALDO.

De Marina soy galán.

DON ALFONSO.

Lo sabía, y á Beltrán
Casarte ofrecí con ella.
No insisto.

VIVALDO.

¡Cuán indulgente!.....

DON ALFONSO.

Tanto servirte me place,
Que se ha de hacer este enlace
Antes de que yo me ausente.

VIVALDO.

¡Señor!.....

DON ALFONSO.

Está decidido,
Y al punto.....

Alejándose.

VIVALDO.

Advertid primero.....

Procurando detenerle.

DON ALFONSO.

Cumplir mi promesa quiero.

Manifestando su enojo.

VIVALDO.

Mas yo nada he prometido.

DON ALFONSO.

No es mucho que yo reclame
Que mano de esposo des
Á quien amas.

VIVALDO.

Bien..... Después.....

DON ALFONSO.

(¡Oh! Sí: me engaña el infame.)
No me obligues á que ejerza
Mi autoridad contra ti.
Lo mando.

VIVALDO.

Yo mando en mí.

DON ALFONSO.

Por fuerza.

VIVALDO.

Nunca por fuerza.

DON ALFONSO.

Pues ha de ser.

VIVALDO.

¡Raro afán!

DON ALFONSO.

Será, cueste lo que cueste.

ESCENA XI.

DICHOS. DOÑA JUANA, BELTRÁN y MARINA, pajes y escuderos.

DOÑA JUANA.
Todo está á punto: la hueste
Espera á su capitán.

BELTRÁN.
Y con aire guerreador
Aun al más cobarde inflama.

DOÑA JUANA.
Alfonso, el honor te llama.

Viendo que permanece inmóvil.

DON ALFONSO.
Sé que me llama el honor.

DOÑA JUANA.
Á partir.

DON ALFONSO.
(¡Fiero destino!)
Tardaré algunos instantes.

DOÑA JUANA.
¿Qué aguardas?

DON ALFONSO.
Cúmpleme antes
Ser de una boda padrino.
Caso á Vivaldo.

BELTRÁN.
¡Oh placer!

MARINA.
¿Hoy?.....

DON ALFONSO.
Circunstancia precisa.

BELTRÁN.

Tiene el señor mucha prisa.

VIVALDO.

Tan pronto..... no puede ser.
Aun cuando en ello se aferra
Don Alfonso, es vano empeño.

DOÑA JUANA.

¿Cómo? Lo manda tu dueño.

VIVALDO.

En volviendo de la guerra.

DOÑA JUANA.

Tu palabra acepto.

DON ALFONSO.

No:
Hoy será.

DOÑA JUANA.

¡Necio capricho.

Llevando aparte á su marido.

DON ALFONSO.

Pues, Juana, lo tengo dicho.

DOÑA JUANA.

Y el viento se lo llevó.

DON ALFONSO.

¿Ante un loco he de cejar?
¿Conmigo ha de competir?
Fortaleza es resistir.

DOÑA JUANA.

Y prudencia no quebrar.

DON ALFONSO.

Dices bien. La orden revoco.

Alto.

(Él sí la quiere..... Mas ¡cielos!
¿Ella?..... ¡Imposible!..... Los celos,

Los celos me vuelven loco.)
Óyeme.

Habla al oído á Beltrán á un lado del teatro

DOÑA JUANA.

Vuelve á la calma.

A Marina, procurando consolarla.

MARINA.

¿Quién endulzará mi pena?

DOÑA JUANA.

¿Quién, hija? ¡Dios, que serena
Las tempestades del alma!

VIVALDO.

(Cielos, amparad mi amor.)

En el centro de la escena, en segundo término.

DON ALFONSO.

Que me obedezcas es ley.

A Beltrán en voz baja.

BELTRÁN.

Ni quito ni pongo rey,
Pero ayudo á mi señor.

DON ALFONSO.

Vamos á la lid campal.
(¡Oh, yo sabré!)

DOÑA JUANA.

Vamos.

DON ALFONSO.

Vamos.

VIVALDO.

(¡Se va!)

BELTRÁN.

Serviré á dos amos:
Pienso que no me ha de ir mal.

Don Alfonso, Doña Juana y los pajes y escuderos se dirigen hacia la derecha. Marina, sumamente afligida, permanece junto al castillo; Vivaldo en el mismo punto en que se hallaba.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de armas del castillo, con puerta y ventanas practicables en el fondo, que dan á una galería. Puertas en los costados, cubiertas por cortinas árabes. A la derecha del actor, en primer término, un ajimez. Bufete con luces en el lado opuesto.

ESCENA PRIMERA.

BELTRÁN.

Tiempo resta. Ojo avizor
Hasta que llegue el momento.
No se escucha otro rumor

Mirando por el ajimez.

Que en los pinares el viento
Y el silbo del ruiseñor.
Mas ¡ay! los agüeros van
Torciéndose. Una corneja

Vuelve á la escena.

Voló. ¿Qué es esto, Beltrán?
¿Te predice algún desmán?
En tu loco empeño ceja.
¿Qué hacer? ¿Me arrepiento y hablo?
Quien canta su mal espanta.
Cantemos, sí..... ¡Guarda, Pablo!
Él es quien es. ¿Y si el diablo

Tira luego de la manta?
¿Si se sabe que fuí yo
El que.....? Diré que no fuí:
San Pedro á Cristo negó;
Y á Dios gracias tiene un *no*
Tantas letras como un *sí*.
Ya mi palabra empeñé.
Conciencia, ¿por qué me escarbas
Y haces vacilar mi fe?
¿Si lo haré?..... ¿Si no lo haré?
Callen faldas y hablen barbas.

Asomándose al ajimez.

Á no marrar la doctrina
Del pastor, que bien recuerdo,
Son las diez; pues ya declina
Y toca en el brazo izquierdo
La boca de la bocina.
Aun largo tiempo la luna
Tardará en dar en el puente,
Que es la señal. Viene gente.

ESCENA II.

BELTRÁN. Un VIEJO.

VIEJO.

¿Es mi presencia importuna?

BELTRÁN.

Dios te guarde, buen Lorente.
¿Qué ocurre? ¿Tú por acá?

VIEJO.

He venido por mandato
Del ama.

BELTRÁN.

Rezando está,
Y aún en salir tardará.
Tienes que esperar un rato.

VIEJO.

¡Paciencia!

BELTRÁN.

Al fin has de hacer
Aquí noche.

VIEJO.

¿En el castillo?

BELTRÁN.

Es claro.

VIEJO.

No puede ser.

BELTRÁN.

Pues hasta el amanecer
No se levanta el rastrillo.

VIEJO.

¡Aquí encerrado hasta el día!
Necesita mi aflicción
Aire, campo.

BELTRÁN.

¡Bobería!

VIEJO.

¿No sabes que mi agonía
Raya en desesperación?

BELTRÁN.

¡Desesperarse á tus años!
Ellos mostrarte han debido,
Con patentes desengaños,
Que es gran médico el olvido
Para irremediables daños.

¿Y Constanza halló consuelo?
Mas, ¿cómo aliviar su duelo?
Y al fin tendrá que ser monja.....
¡Qué lastima!..... Sin lisonja,
La pastora es como un cielo.
Pues matar al delincuente
No es la mejor medicina.
Piénsalo bien: sé clemente.
Quien pronto se determina
Despacio al fin se arrepiente.
¿Qué dices?

VIEJO.

No digo nada.

BELTRÁN.

Parece que estás difunto.

VIEJO.

Recordar me desagrada
Esa historia desgraciada.

BELTRÁN.

Pues hablemos de otro asunto.
Ya sabrás que comenzó
La guerra.

VIEJO.

Ya lo sé.

BELTRÁN.

Y di:
¿Será larga?

VIEJO.

¿Qué sé yo?

BELTRÁN.

¿Irán los de Astorga?

VIEJO.

Sí.

BELTRÁN.
¿Y los de Palencia?
VIEJO.
No.
BELTRÁN.
Gente de tanto valer
Debe acudir la primera.
Mucha sangre va á correr.
Y, según tu parecer,
¿Quién triunfará?
VIEJO.
El que Dios quiera.
BELTRÁN.
¿Y qué me dices de Antón?.....
Pausa.
Estoy respuesta aguardando,
¿Y callas como un hurón?
VIEJO.
Te respondo así: callando.
BELTRÁN.
¡Vaya una contestación!
Un rústico llevó un día
Al cura de su lugar
Cierto asnillo que tenía,
Perjurando que leía
Con acierto singular.
El preste, de ingenio romo,
Busca, limpia y abre un tomo:
Lo mira el asno sesudo;
Mas ¿leer? Ni por asomo,
Se estaba mudo que mudo.
Ya el cura se amostazó,
É impaciente exclamó así:

«¿Lee este animal ó no?»
Y el otro le respondió:
«Leyendo está para sí.»

VIEJO.

Viene el ama á este aposento.....

BELTRÁN.

Te dejo en su compañía;
Y advierte que no es atento
Responder como leía
El borrico de mi cuento.

Vase por el foro.

ESCENA III.

DOÑA JUANA. El VIEJO.

DOÑA JUANA.

Anciano, guárdete el cielo.

VIEJO.

Él más dicha os dé que á mí.

DOÑA JUANA.

Te he llamado.

VIEJO.

Y héme aquí.

DOÑA JUANA.

Á solas hablarte anhelo.

VIEJO.

Honra inmerecida es,
Y os beso los pies ufano.

Hace ademán de rendirse á sus pies.

DOÑA JUANA.

No quiero yo ver, anciano,

Tus canas junto á mis pies.

VIEJO.

Vuestra virtud y prudencia
Dignas son de gran respeto:

DOÑA JUANA.

¿No presumes con qué objeto
Dispuse esta conferencia?

VIEJO.

Para calmar mi dolor.

Con intención.

Sin duda á anunciarme vais
Que ya decidida estáis
Á dar muerte al seductor.

DOÑA JUANA.

¿Y si la clemencia mía,
Compadeciendo su suerte,
Le librase de la muerte,
Qué pensaras?

VIEJO.

Pensaría
Que hollabais vuestro deber.

DOÑA JUANA.

¿Y así tu lengua ha podido.....?

VIEJO.

Vos sois la que habéis querido
Que os diga mi parecer.

DOÑA JUANA.

Dura respuesta no ofende
En que el dolor tiene parte.
Ahora quiero suplicarte.....

VIEJO.

¿Suplicarme vos.....?

DOÑA JUANA.

Atiende.
Á tu hija Constanza miro
Víctima de una vileza,
Que la flor de su pureza
Torpe mancilló Ramiro.
Ella en crudo padecer
Siente el pecho desgarrado;
Y ese hombre, ese malvado
Está unido á otra mujer.
Pero lo que el alma llena
De viva saña y horror,
Lo que hace el crimen mayor
Debe minorar la pena.
Su muerte, en crudos desvelos
Á una esposa abismaría,
Y en negra orfandad impía
Á dos tristes pequeñuelos.
El juez á la ley ceñido
Justo ha de ser, no clemente;
Y está el perdón solamente
En manos del ofendido.
Salva, pues, de angustia fiera
Á los que inocentes son:
Ten de un padre compasión.....
Habla; decide.

VIEJO.

Que muera.

DOÑA JUANA.

Próvida clemencia rija
Tu pecho que el odio encona.

VIEJO.

¿Y cuándo un padre perdona

Al seductor de su hija?
¿Sabéis cuánto es adorado
Por mísero anciano el hijo
En quien ve con regocijo
Su propio sér dilatado;
Joya que le da altivez
Cuando ya todo le humilla;
Sol de juventud, que brilla
Sobre su helada vejez;
Ángel que, de aciaga suerte
Aplacando los rigores,
Le va sembrando de flores
El camino de la muerte?
Y cuando en horrible duelo,
Pierdo en ella apoyo y guía,
Mi único bien, mi alegría,
Mi luz, mi gloria, mi cielo,
¿Queréis que perdone al hombre
Que inicuo me la arrebata,
Á quien la mata y me mata,
Á quien deshonra mi nombre?.....
Señora, mi justo encono
Me acompañará á la tumba.
¡Yo perdonarle!..... Sucumba
Mi enemigo. No perdono.
Nunca mayor criminal
Que el seductor pudo haber,
Que la honra de la mujer
Es llave del bien y el mal.

DOÑA JUANA.

Pero el vasallo olvidó
Que quien le suplica así,
Hoy todo lo puede aquí.

VIEJO.

Mucho sí, mas todo no.
Vos nos disteis sabias leyes;
Y vos no ignoráis, señora,
Que ante la ley bienhechora
Rinden su cetro los Reyes;
Que no hay poder soberano
Digno de existir sin ella,
Que el mismo Rey, si la huella,
De Rey se trueca en tirano.
Rasgando el impuro seno
Del que roba y asesina,
La ley es arma divina
Con que al malo vence el bueno.
Y ella la muerte reclama
Del vil que con alma impura,
Fué ladrón de mi ventura
Y asesino de mi fama.
Obrad, pues, con rectitud,
Aunque os duela el sacrificio;
Que dejar impune el vicio
Es corromper la virtud.
No aguardéis, pues, de mi boca,
El perdón de ese tirano.

DOÑA JUANA.

Advierte.....

VIEJO.

Todo es en vano:
Pensad que habláis á una roca.

DOÑA JUANA.

Sé cuál es mi obligación,
Y ya lo probé mil veces;
Pero ¡ay, anciano! los jueces

Tienen también corazón.
  La ley premia al virtuoso,
Hiriendo al que la atropella;
Pero ¡es la piedad tan bella!.....
¡Es el perdón tan hermoso!
  Acércate más, anciano;
Mira en mí tan sólo ahora
Una mujer que te implora
Y que te tiende la mano.
  Ramiro su grave yerro
En tierra lejana espíe;
Por su patria en vano ansíe;
También es muerte el destierro.
  Tú no pierdas la esperanza
De gozar horas serenas.
Cuando lágrimas y penas
Purifiquen á Constanza,
  Ya cederán los enojos;
Y anudados tiernos lazos,
Tú morirás en sus brazos,
Ella cerrará tus ojos.
  No repliques: bien sé yo
Que al fin la perdonarás;
Y en breve tal vez.....

VIEJO.

Jamás.....

DOÑA JUANA.

Si eres padre, ¿cómo no?
  Tú en mi palacio admitido
Vivirás siempre á mi lado,
De los míos respetado,
Y por mí favorecido.
  Tuyo es el puesto que elija

Tu ambición: nada lo impide.
Pide cuanto quieras; pide.....

VIEJO.

Dadme el honor de mi hija.

DOÑA JUANA.

¿Qué? ¿No logro conmoverte?

VIEJO.

No, que deshonrado estoy.

DOÑA JUANA.

¡Es padre!

VIEJO.

¡También lo soy!

DOÑA JUANA.

El destierro.....

VIEJO.

No; la muerte.

DOÑA JUANA.

Ve la sentencia.

Mostrándola.

VIEJO.

Acabad:
Firmadla, sed justiciera.

DOÑA JUANA.

¡Viejo! Por la vez postrera:
¿Rasgo este papel?

VIEJO.

Firmad.

DOÑA JUANA.

¡Alma tenaz y enemiga!

Después de firmar la sentencia y entregársela al viejo

No fuí yo quien le mató,
Sino tú.

VIEJO.

Ni vos, ni yo:
La ley, que premia y castiga.

Vase por el foro.

ESCENA IV.

DOÑA JUANA.

Á su implacable desdén
Da el paterno amor consejo.
Razón tiene el noble viejo
Y por quien soy, que hace bien.
¡Después de afanes prolijos,

Tristemente.

Morirá un hombre mañana!.....
Su viuda será mi hermana;
Sus hijos serán mis hijos.

ESCENA V.

DOÑA JUANA y VIVALDO.

VIVALDO.

(Sola está.)

DOÑA JUANA.

Ven. Te esperaba.

VIVALDO.

(Ya penetro su designio.)

DOÑA JUANA.

Quiero de Marina hablarte.

VIVALDO.

¿No oís en la selva ruido

Como de caballos?

DOÑA JUANA.

Sólo

Dirigiéndose hacia el ajimez.

Rumor de viento percibo.
Desierto aparece el bosque
De la luna al claro brillo.
¡Astro hermoso!

VIVALDO.

Compitiendo
Con vos se amengua su hechizo.

DOÑA JUANA.

Guarda tan galanas flores
Para Marina. Contigo
La he de casar.

VIVALDO.

Ese enlace
No es posible.

DOÑA JUANA.

Di el motivo.

VIVALDO.

(Ésta es la ocasión.) Señora,
Ocultarlo fuera indigno:
Sabed que por otra bella
Enamorado suspiro.

DOÑA JUANA.

¿Y esa mujer corresponde
Á tu amante desvarío?

VIVALDO.

Lo ignoro.

DOÑA JUANA.

¿Es libre?

VIVALDO.

En ajenos
Brazos, por mi mal, la miro.

DOÑA JUANA.

¡Casada! ¿Y los torpes ojos
Pusiste en ella atrevido?
Porque sedujo á Constanza
La vida pierde Ramiro;
Conviene á fe que lo sepas.

VIVALDO.

¿Y no es mayor el suplicio,
Decídmelo vos, señora,
De quien ama con delirio,
Y está por vínculo eterno
Á sér que aborrece unido?

DOÑA JUANA.

¿Qué quieres que yo te diga
De caso en que no me he visto?

VIVALDO.

(Consigo propia batalla,
Y en vano finge desvío.)

DOÑA JUANA.

Vuelve á la razón. Marina,
Flor de mágico atractivo,
Labrar tu ventura puede;
Premio otorga á su cariño.
Con tu dulce compañera
Dichoso vive y tranquilo
En las pingües heredades
Que yo en dote le destino.
Y si en noble afán de gloria
Sientes el pecho encendido,
La gente que puedas arma,

Y á tu Rey prestando auxilio,
Ya contra el feroz alarbe,
Ya contra el inglés altivo,
Con sangre en los campos deja
Tus altos hechos escritos,
Y da con tu humilde nombre
Á ilustre raza principio.
Después tornarás ufano
Al quieto envidiable asilo,
Donde un corazón dejaste
En redes de amor cautivo.
Y cuando la edad caduca
Te robe el vigor antiguo,
Mientras tus hijos combaten,
Émulos ya de tus bríos,
Báculo hallarás seguro
En los hijos de tus hijos.

VIVALDO.

Grandes son vuestros favores.
¡Oh, si pudiera admitirlos!

DOÑA JUANA.

¿Y por qué no?

VIVALDO.

Perdonad.

DOÑA JUANA.

Explícate.

VIVALDO.

Os lo repito:
Ardo en otro amor.

DOÑA JUANA.

Culpable.

VIVALDO.

Inmenso.

DOÑA JUANA.

Dale al olvido.

VIVALDO.

¿Basta querer?

DOÑA JUANA.

Basta.

VIVALDO.

¿Cómo
Ahogar del amor el grito?
En vano batalla, en vano,
Contra el corazón el juicio,
Que siempre en la pugna queda
Por vencedor su enemigo.

DOÑA JUANA.

Cuando hallar disculpa quieren
Á sus viles apetitos,
Que no pueden refrenarlos
Dicen siempre los inicuos;
Pero ni al prójimo engañan,
Ni se engañan á sí mismos.
El Hacedor de los hombres,
No esclavos, libres los hizo.

VIVALDO.

Esclavo soy del afecto
Que avasalla mi albedrío.

DOÑA JUANA.

Porque en sentirle te gozas,
Acaso con vil designio.
Retrocede, y hallarás
El premio en el sacrificio;
Avanza, y tu ruina es cierta;
Que de ese fatal camino
Un abismo cierra el paso.

Elige, pues.

VIVALDO.

El abismo.

DOÑA JUANA.

¡Vivaldo!

VIVALDO.

Cejar no puedo;
No. Martirio por martirio,
Entre morir ó perderla,
Morir esperando elijo.

DOÑA JUANA.

Morirás.

VIVALDO.

Si ella lo quiere
Bendeciré mi destino.

DOÑA JUANA.

Indújome la piedad
Á darte prudente aviso;
Ya la obligación me ordena
Emplear medios distintos.
Saldrás al romper el día
Para siempre del castillo.

VIVALDO.

¡Qué decís!

DOÑA JUANA.

De hoy más, Vivaldo,
En mí no has de hallar abrigo,
Que fuera mi tolerancia
Cómplice de tu delito.

VIVALDO.

Aun de mi pecho el arcano
Está en mi pecho escondido,
Y nadie ha de imaginar.....

DOÑA JUANA.

Basta si yo lo imagino.
En mal hora tus palabras
Llegaron á mis oídos;
En mal hora, que no puedo
Excusar ya tu castigo.

VIVALDO.

Ved que es rigor alejarme
Para siempre de estos sitios.

DOÑA JUANA.

Rigor necesario.

VIVALDO.

Injusto.

DOÑA JUANA.

Quizá leve.

VIVALDO.

Yo os suplico.....

DOÑA JUANA.

Te irás.

VIVALDO.

¡Irme!

DOÑA JUANA.

Sí.

VIVALDO.

¡Clemencia!

DOÑA JUANA.

Mañana.....

VIVALDO.

Pierdo el sentido.

DOÑA JUANA.

Cuando amanezca.

VIVALDO.

Tened

Compasión de mi delirio.
Ella me rechaza. Nunca
He de vencer su desvío.
Ya no pretendo, no espero.
Tan sólo verla codicio.

DOÑA JUANA.

Basta. Sal de mi presencia.

VIVALDO.

¡No!

Arrodillándose,

DOÑA JUANA.

Vete.

VIVALDO.

¡Piedad!

ESCENA VI.

DICHOS y D. ALFONSO. Éste entra por la puerta del foro, cerca de la cual se detiene.

DON ALFONSO.

(¡Qué miro!
Á sus pies!)

VIVALDO.

(¡El Almirante!)

DOÑA JUANA.

(¡Cielos!) Quieto.

Deteniendo imperiosamente á Vivaldo, que trata de levantarse.

VIVALDO.

(No adivino.....)

DOÑA JUANA.

¿Qué mal hay en que mi esposo
Te vea á mis pies rendido?

DON ALFONSO.

(¿Se burla?)

Yendo hacia Doña Juana dominado de violento furor.

DOÑA JUANA.

Pero, ¿tú aquí?
¿Á estas horas?..... ¿Qué motivo.....?

Con naturalidad y calma que turban á D. Alfonso.

DON ALFONSO.

Luego lo sabrás.

DOÑA JUANA.

Levanta.....
Que ruegas en balde he dicho.

A Vivaldo.

Á cumplir tu voluntad

A D. Alfonso.

Se resiste, y le despido.

DON ALFONSO.

Pronto llegará la hueste:
Manda que alcen el rastrillo.

DOÑA JUANA.

Le alzarán sin mi licencia.

DON ALFONSO.

Lo contrario se previno.

DOÑA JUANA.

Nunca respeta el vasallo
La ley que el señor deshizo.

DON ALFONSO.

Ya tardas en complacerme.

DOÑA JUANA.

Si ha de ser con mi permiso,
Vivaldo lleve la orden.

DON ALFONSO.

Que la des tú propia, exijo.

DOÑA JUANA.

No es decoroso.

DON ALFONSO.

Obedece.

DOÑA JUANA.

Obedezco á mi marido.

ESCENA VII.

DON ALFONSO y VIVALDO.

DON ALFONSO.

(¡Cierta es mi deshonra; sí!
¡Siervo aleve! ¡Esposa infiel!)

VIVALDO.

(¡También tiene celos él!
Sufra lo que yo sufrí.)

DON ALFONSO.

(No hay dudar: de verlo acabo.)

VIVALDO.

(Salgamos: mi saña ardiente
Domar no puedo.)

DON ALFONSO.

Detente.

VIVALDO.

Perdonad.....

DON ALFONSO.

Detente, esclavo.

VIVALDO.

¡Oh!..... Me afrentáis sin razón.

DON ALFONSO.

Á mí me ofende tu lengua;
Y no te escarmiento.....

VIVALDO.

(¡Oh mengua!)

DON ALFONSO.

Porque me das compasión.

VIVALDO.

¡Compasión!

Adelantándose.

DON ALFONSO.

¿Qué atrevimiento?

VIVALDO.

No de compasivo, alarde
Hagáis.

DON ALFONSO.

Vil, traidor, cobarde.

VIVALDO.

Apurad mi sufrimiento.

DON ALFONSO.

De eso trato.

VIVALDO.

Pues á fe
Que si se me apura más
Y olvido quien sois.....

DON ALFONSO.

¿Qué harás?

VIVALDO.

Dios lo sabe, y yo lo sé.

DON ALFONSO.

Dilo.

VIVALDO.

Mi valor probaros.

DON ALFONSO.

¿Cuándo?

VIVALDO.

Al punto.

DON ALFONSO.

¿Dónde?

VIVALDO

Aquí

DON ALFONSO.

¿Provocarme osaras?

VIVALDO.

Sí.

DON ALFONSO.

¿Y pelear?

VIVALDO.

Y mataros.

DON ALFONSO.

Pues ya aquí, tenlo entendido,
No hay vasallo, ni hay señor.

VIVALDO.

Pues vos el vil, el traidor,
El cobarde, el mal nacido.

DON ALFONSO.

Haz de tu impudencia gala,
Que así acrecientas mi furia.

VIVALDO.

Nada reparo: la injuria
Con quien me ofende me iguala.

DON ALFONSO.

Conmigo vas á reñir,
Que de ti vengarme quiero.

VIVALDO.

Ved ya desnudo mi acero.

Sacando la espada.

DON ALFONSO.

Á matar pues.

Desnudando la suya.

VIVALDO.

Ó á morir.

Riñen.

DON ALFONSO.

Sí; que en matar ¡vive Dios!
Ó en morir mi dicha fundo.

VIVALDO.

Bien decís; que ya en el mundo
No hay lugar para los dos.

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA JUANA y criados con hachas.

DOÑA JUANA.

¡Cielos! ¡Tened!

DON ALFONSO.

En logrando
Mi venganza con su muerte.

VIVALDO.

¡Aun aliento!

DOÑA JUANA.

Espera. Advierte.

Ora á D. Alfonso, ora á Vivaldo.

DON ALFONSO.

Nunca.

VIVALDO.

Jamás.

DOÑA JUANA.

Yo lo mando.

DOÑA JUANA.

Obra, pues, mas con prudencia.

DON ALFONSO.

¡Prudencia pides á un loco!

DOÑA JUANA.

Tente.

DON ALFONSO.

Muera quien me agravia.

En ademán de herir á Vivaldo.

DOÑA JUANA.

Dame tu espada.

A Vivaldo.

VIVALDO.

Señora.....

Como resistiéndose.

DOÑA JUANA.

Dámela.

Se la arrebata y la tira lejos de sí.

Mátale ahora.

A D. Alfonso.

DON ALFONSO.

¡Vive Cristo!

DOÑA JUANA.

¡Hiere!

DON ALFONSO.

¡Oh rabia!

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA.

MARINA y BELTRÁN.

MARINA.

Reparad.....

BELTRÁN.

Nada reparo.

MARINA.

Desistid: ved.....

BELTRÁN.

Nada veo.
Me cansan las dilaciones
Y abomino los enredos;
Sé que vale más un toma
Que dos te daré; me precio
De sagaz; lengua expedita
No me falta; y como el cielo
No desampara al osado,
Ni hay tus tus al perro viejo,
Voy á mi negocio siempre
Por el camino derecho.

MARINA.

¡Sendas por mi mal perdidas!
Esto no tiene remedio.

BELTRÁN.

¡Bueno es estarse llorando
Y dejar correr el tiempo,
Y que el demonio se lleve
El pactado casamiento!
No hay pez tan escurridizo
Como un novio, te lo advierto;
Y es un notorio milagro
Verle preso en el anzuelo.
Pero tú tiemblas.....

MARINA.

(Me asalta
Un horrible pensamiento,
Que me aterra y enloquece.
¡Ella de virtud modelo!.....
¡Oh, no: imposible!)

BELTRÁN.

¿En qué piensas?

MARINA.

En nada.

BELTRÁN.

Pues acabemos.
¿Amas á Vivaldo?

MARINA.

¡Así
Pagara mi tierno afecto!

BELTRÁN.

¿Fueras su mujer gustosa?

MARINA.

Mi gloria cifrara en ello.

BELTRÁN.

Entonces.....

MARINA.

No hay esperanza.

BELTRÁN.

¿Quién lo impide?

MARINA.

Mi hado adverso.

BELTRÁN.

¿Y he de estar brazicruzado?
¿Y he de callar?

MARINA.

Os lo ruego.

BELTRÁN.

Todas son unas. ¡Mujeres!
¿Quién jamás pudo entenderos?
Todo lo hacéis y decís
Siempre al revés. ¡Cuán discreto
Anduvo nuestro vecino
Ginés el alcabalero!
Cruzaba una vez el río
Que dista de aquí una legua,
Con su mujer y su yegua,
Ambas de genio bravío;
Y cátate que el demonio
Una de las suyas fragua,
Y tumba en medio del agua
Animal y matrimonio.
Asirse logra el paciente
Á unos mimbres de la orilla;
Pero su pobre costilla
Presa fué de la corriente.
Muy convencido Ginés,

Sin contrarios pareceres,
De que siempre las mujeres
Todo lo hacen al revés;
Á la suya, en ansia viva,
Al salir de aquel trabajo,
No buscaba río abajo,
Sino por el agua arriba.
Á más ver.

MARINA.

Tened.

BELTRÁN.

¡Ya basta!

MARINA.

¿Nada os dicen los misterios
De esta noche?

BELTRÁN.

¿Qué me importan?
(Por descifrarlos reviento.)

MARINA.

¿Nada la vuelta del amo,
Ni el crujir de los aceros,
La reserva de los mozos?.....

BELTRÁN.

Sí; me dice todo esto
Que grande señal de calma
Son relámpagos y truenos.
El ama: á pedir de boca.
Verás si luzco mi ingenio.

ESCENA II.

Dichos. Doña Juana.

BELTRÁN.

Señora.....

DOÑA JUANA.

Manda que ensillen
Un caballo.

BELTRÁN.

¿Ahora?

DOÑA JUANA.

Al momento.

BELTRÁN.

Será cosa muy urgente.
¿Algún aviso?..... ¿Algún pliego?....

DOÑA JUANA.

Ya tardas.

BELTRÁN.

Señora..... yo.....
(Vamos, hoy corre mal viento.)

Vase.

DOÑA JUANA.

Sola déjame. Á Vivaldo
Aguardo aquí.

MARINA.

(¡Dios eterno!)

Vase.

ESCENA III.

DOÑA JUANA y VIVALDO.

VIVALDO.

¿Me habéis mandado llamar?

DOÑA JUANA.

Sí.

VIVALDO.

Yo anhelaba también
Esta ocasión para hablaros.

DOÑA JUANA.

Sabe que si te llamé,
Te cumple tan sólo ahora
Oirme y obedecer.
Faltaste á mi esposo anoche;
Y evitar es mi interés
El enojo que tendrá
Si en el castillo te ve.
Un caballo, de orden mía,
Se encuentra dispuesto; en él
Para siempre de estos sitios
Te alejas.

VIVALDO.

¿Qué pretendéis?

DOÑA JUANA.

De estar en mi servidumbre
Has cesado desde ayer.

VIVALDO.

Señora, inventad castigos;
Cualquiera menos cruel
Será para mí.

DOÑA JUANA.

Te impongo
El que oportuno juzgué.

VIVALDO.

Pero advertid.....

DOÑA JUANA.

No hay remedio.

VIVALDO.

¡Yo partir!

DOÑA JUANA.

Luego ha de ser.

VIVALDO.

¿Para siempre?

DOÑA JUANA.

Para siempre.

VIVALDO.

¡Salir de mi patria! ¡Ved
Que en ella está mi contento,
Mi vida, mi único bien!

DOÑA JUANA.

Sabes que soy inflexible.

VIVALDO.

Señora, no me mandéis
Lo que no puedo cumplir.

DOÑA JUANA.

Que me obedezcas es ley.

VIVALDO.

¡Extraña impiedad!

DOÑA JUANA.

Precisa.

VIVALDO.

Destrozáis un pecho fiel,
Que es vuestro.....

DOÑA JUANA.

No quiero oirte.

VIVALDO.

Ya es fuerza que me escuchéis;
Harto he callado.

DOÑA JUANA.

¡Silencio!

VIVALDO.

No más, no más timidez.
Para vencerme no tengo
La fuerza que vos tenéis.....

DOÑA JUANA.

No te comprendo: obedece.

VIVALDO.

No me queréis comprender.

DOÑA JUANA.

Al punto: sal de mi casa.

VIVALDO.

¡Bien adivino por qué
Me imponéis silencio!

DOÑA JUANA.

Al punto.

VIVALDO.

¡Destino implacable!

DOÑA JUANA.

Ten
Presente que mayor pena
Que el destierro puede haber;
Y para nada procures
Volver á verme otra vez,
Porque no has de conseguirlo.

VIVALDO.

¡Señora!

DOÑA JUANA.

¡Obedece, pues!

Entra en su aposento.

ESCENA IV.

VIVALDO solo. Después BELTRÁN.

VIVALDO.

Me aleja porque me teme.
Me impide hablar, con desdén,
Porque una palabra mía
Dorrocara su altivez.
Sí; corresponde á mi amor.
No se engaña el pecho aquel
Que á hermoso dueño consagra,
Invencible, eterna fe.
¿Si no me quisiese ella,
Pudiérala yo querer?
¿Y me arrojáis del palacio
Para siempre? ¿Y no obtendré
El consuelo, ó la venganza
De decir á vuestros pies
Que os adoro? No: ¡mil veces,
Mil veces os lo diré!
Finge que mi amor ignora,
Porque su defensa es
Únicamente ignorarlo.
Pero ella al fin es mujer,
Y en que yo se lo declare
Tal vez cifradas estén
Mis esperanzas...... Mas, ¿cómo,
Cómo á su lado podré

Llegar? Si al fin lo consigo,
Poniendo en riesgo á la vez
Mi vida y su fama, ¿acaso
Más tenaz no la hallaré?
¿No me turbarán de nuevo,
Su aparente impavidez,
Su mirar fascinador,
Su acento?..... ¡Suerte cruel!
Mas fuerza es ya que lo sepa.
Por todo atropellaré,
Y lo sabrá. ¿Qué me importa
Lo que pueda suceder?
Si labro mi ruina, al menos
La habré merecido.

BELTRÁN.

¡Eh!.....

Apareciendo por la puerta del foro.

(¿Estará sordo?)

VIVALDO.

(¡Es preciso!)

BELTRÁN.

¿No sabes tú para quien

Acercándose.

Es el caballo que el ama
Mandó ensillar?

VIVALDO.

No lo sé.

Vase.

ESCENA V.

BELTRÁN.

¡Huye bendito de Dios!
Ya es la casa otra Babel;
Y al fin entre tantos locos
Dará mi juicio al través.
Vaya, aquí hay gato encerrado,
Y más grande que un lebrel.
Por más que discurro, nada.....
No cojo gato, ni pez.
Ya le cogí. Se dispone
Un alazán cordobés;
Se llama á Vivaldo luego;
Se le dice..... no sé qué;
Vuelvo á este sitio, y le hallo
Estampa de Lucifer.
Vivaldo será el jinete
Como dos y una son tres.
¿Dónde irá? ¿Por qué disgusta
La comisión al doncel?

ESCENA VI.

BELTRÁN y D. ALFONSO.

DON ALFONSO.

(¡Qué mujer! ¿Y aún dudo? Anoche
Me contuve..... Hoy con usura

Vengarme sabré..... Castigo
Secreto á secreta injuria.)

BELTRÁN.

¡Aquí el amo!..... Perdonad

Reparando en D. Alfonso.

Una indiscreta pregunta.

DON ALFONSO.

¡Eh! ¡Vete!

BELTRÁN.

(Pues él también.....
De muy lindo humor madruga.)
Sabéis que soy una malva,
Que mi gratitud es única.
Anoche, sin más ni más,
Por vos rompí la clausura,
Y os abrí el castillo, á riesgo.....

DON ALFONSO.

Ya de mi paciencia abusas.

BELTRÁN.

Como os habéis empeñado
En darme favor y ayuda,
Y como Vivaldo.....

DON ALFONSO.

Acaba.

BELTRÁN.

Se va á marchar.

DON ALFONSO.

¿Qué pronuncias?

BELTRÁN.

Ya estará á punto el caballo.

DON ALFONSO.

¡Un caballo!

BELTRÁN.

(¡Le disgusta!)
La señora lo ha dispuesto.

DON ALFONSO.

(Por salvarle de mi furia.
¡Oh! No será.)

BELTRÁN.

¡Pues!..... Y como
Quedamos, cosa muy justa,
En casarle con la otra.....

DON ALFONSO.

No; no se irá.....

BELTRÁN.

¡Qué ventura!
Ya imaginaba que vos
No consentiríais nunca
En que se marchase, cuando....

DON ALFONSO.

¿Eh, qué dices, qué murmuras?

BELTRÁN.

Nada. Como va á casarse.....,
Y como no tiene mucha
Gana de viajar....., y como
Le queréis con gran ternura.....

DON ALFONSO.

Sí, cierto..... Pero sosiega,
Que no ha de partir.

BELTRÁN.

¡Oh suma
Bondad! ¡Qué gran corazón!

DON ALFONSO.

Corre, y preven que á ninguna
Persona se le permita

Salir del castillo. Escucha.....
Iré yo mismo. Aquí aguarda.

Vase por el foro.

BELTRÁN.

Bien.

ESCENA VII.

BELTRÁN y VIVALDO: después MELENDO; á poco MARINA.

VIVALDO.

(Probemos por vez última,
Y como no.....)

BELTRÁN.

¿Adónde bueno?

VIVALDO.

Á entregar esta minuta
Y cuentas á la señora.

BELTRÁN.

¿Van las del monte?

VIVALDO.

Sí.

BELTRÁN.

¿Turbias?

VIVALDO.

Falta sólo que se aprueben.

BELTRÁN.

¿Y es cosa urgente?

VIVALDO.

Sin duda.

BELTRÁN.

(Bueno es que al ama entretenga
Hasta que el otro concluya.)

VIVALDO.

Valor. Entremos.

MELENDO.

No puedes
Entrar.

Desde la puerta del aposento de Doña Juana.

VIVALDO.

¿Quién lo dificulta?

MELENDO.

Del ama expreso mandato.
Perdona.

Con expresión de sentimiento.

VIVALDO.

¡Oh Dios!

BELTRÁN.

¿Qué te apura?
Lo mismo es hoy que mañana.

VIVALDO.

¡Qué bien lo supuse!

BELTRÁN.

(¡Juzga
Que va á partir!)

VIVALDO.

¡El infierno
En mi daño se conjura!

BELTRÁN.

¿Tengo yo franca la puerta?

A Melendo, que hace un movimiento afirmativo.

Pues entonces, aleluya.

Arrebata á Vivaldo la cartera, y se dirige presuroso hacia la habitación de doña Juana.

VIVALDO.

¿Qué haces? Detente.

BELTRÁN.

Suponlas
Ya en sus manos.

VIVALDO.

¡Importuna
Diligencia!

BELTRÁN.

Soy tu amigo.

Entra en el aposento de Doña Juana, y Melendo tras él.

VIVALDO.

Tente, aguarda..... ¡Es gran locura!.....
No importa.

MARINA.

(¡Él aquí!)

VIVALDO.

(¡Marina!
¡Cuál su presencia me turba!
No quiero hablarle.....; no quiero
Explicaciones ni excusas.....
¡Oh, la ansiedad me devora!
Que mi destino se cumpla.)

Vase por la puerta de la derecha.

MARINA.

¡Se va!..... ¡Me evita el martirio
De disimular mi angustia!

ESCENA VIII.

MARINA y BELTRÁN.

BELTRÁN.

¡No se puede sufrir esto!

Saliendo enfurecido de la habitación de Doña Juana, con la cartera del despacho en la mano.

MARINA.

¿Qué tenéis?

BELTRÁN.

¿Qué he de tener?
Que desde el amanecer
Todos me ponen mal gesto.
—Señora.....—¿Qué me presentas?

Como reproduciendo la conversación que se supone ha tenido con Doña Juana

—Cuentas de Vivaldo son:
Falta vuestra aprobación.....
—Vete; no estoy para cuentas.
—Creo que vienen muy claras.....—
Vete.—Y al momento.....—Vete.—
Pero.....—¡Pronto!—¿Quién me mete
En camisa de once varas?

MARINA.

Cargado está el horizonte.

BELTRÁN.

Y de nubes turbulentas.
No más cuentos, ni más cuentas.....
¡Y aquí vienen las del monte!

Con interés.

Hermoso bosque se ardió

Abre la cartera y ojea los papeles, como distraído.

Y á nadie fué de provecho.....
Pero, en fin, á lo hecho pecho.
¡Hola, por aquí ando yo!
Mi cuenta. No será raro
Que el secretario, mohino
Porque va á ser mi sobrino,
Me haya puesto algún reparo.

MARINA.

No penséis mal.

BELTRÁN.

Si le ofendo
Sin razón, él por su parte
Me ofende á mí al desairarte.
¡Jesucristo! ¡Qué estoy viendo!

Leyendo uno de los papeles que habrá en la cartera.

MARINA.

¿Qué sucede?

BELTRÁN.

¡Sí; no hay más!

Hablando consigo mismo.

MARINA.

¡Oh! ¿Qué dice ese papel?

BELTRÁN.

¡Y ella!..... Sí.

MARINA.

¿Qué dice?

BELTRÁN.

¡Y él!.....
Piensa mal y acertarás.

MARINA.

Hablad: mi zozobra acabe.

BELTRÁN.

Burlado quedo ¡oh baldón!
¡He sido como ratón
Que un solo agujero sabe!

MARINA.

Hablad.

BELTRÁN.

Me engañó. ¡Te humilla!.....

MARINA.

¿Quién? ¿Qué debo recelar?

BELTRÁN.

¡Después de tanto nadar,
No hay como ahogarse en la orilla!

MARINA.

Dejad que esa carta lea.

BELTRÁN.

En ella verás tu ruina.

Dándosela.

MARINA.

¡Cielo santo!

Leyéndola.

BELTRÁN.

No es harina
Todo aquello que blanquea.

MARINA.

¡Callad! Mi pecho destroza
Este secreto, y me asusta.

BELTRÁN.

¡Miren la grave, la adusta
Doña Juana de Mendoza!
También ella el germen siembra
Del oprobio, ingrata y ruin.
Una ricahembra, al fin,
Si es rica también es hembra.

MARINA.

¡Tal maldad su pecho esconde!

BELTRÁN.

Voy á decirle.....

MARINA.

Aguardad.

BELTRÁN.

Al són que canta el abad,
El sacristán le responde.

Ya con sus miradas hoscas
No me turbará la infiel;
Y no hay sino hazte de miel,
Y no te verás de moscas.

MARINA.

¡Por Dios!.....

BELTRÁN.

Sí, tu ruego acato,
Y espero ocasión mejor,
Que nunca es buen cazador
Siendo maullador el gato.

MARINA.

¡Faltarme así doña Juana!

BELTRÁN.

El escudero de Aroche,
De lo que dice de noche
No se acuerda á la mañana.

MARINA.

Y tú, Vivaldo, ¿por qué
Mi afecto pagas tan mal?
¿Cuál fué mi delito, cuál
Si el quererte no lo fué?
Mas ya te aborrezco, sí;
Ya os detesto, almas traidoras.

BELTRÁN.

¿Que le aborreces, y lloras
Y me haces llorar á mí?
En mi pecho tu dolor
Eco fiel siempre hallará,
Que el más alegre quizá
Es el que siente mejor.
Disponte luego á partir;
Nada contigo me aterra:

Donde una puerta se cierra,
Ciento se suelen abrir.
Y espere que digno esposo
Al cabo á sus pies se rinda,
Quien tiene cara tan linda
Y corazón tan hermoso.
Yo el sustento de los dos
Ganaré, y al fin completa
Será tu dicha, que aprieta
Mas no ahoga nunca Dios.

MARINA.

Sí; mi planta no vacila.

BELTRÁN.

Salgamos de esta morada
Con la frente levantada
Y la conciencia tranquila.

MARINA.

¡Oh cuán dura humillación
Suerte fatal me depara!

BELTRÁN.

Más vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazón.

ESCENA IX.

DICHOS y DON ALFONSO.

DON ALFONSO.

(¿Qué es ésto? ¿Los dos llorando

Deteniéndose en la puerta del foro.

Y demudado el semblante?)

BELTRÁN.

(¡El amo!)

MARINA.

(Dadme al instante
La carta.)

Beltrán se la da y ella trata de ocultarla entre las manos.

DON ALFONSO.

(¿Qué estoy mirando?
¡Marina un pliego ocultó!.....

MARINA.

(Que no sospeche.)

Procurando tranquilizarse.

DON ALFONSO.

(¡Cautela
Singular!..... ¿De mí recela?
¡Imposible! ¿Y por qué no?
¿Será?.....) ¿Qué nueva importuna

Adelantándose.

Contiene el pliego que guardas?

MARINA.

(Le ha visto.) Señor.....

DON ALFONSO.

Ya tardas
En responderme.

MARINA.

Ninguna.....

DON ALFONSO.

Dámelo.

MARINA.

Pero.....

BELTRÁN.

(El asunto
Va mal.)

MARINA.

Perdonad..... yo os ruego.....

BELTRÁN.

Es una cuenta.....

DON ALFONSO.

Ese pliego.

Imperiosamente.

MARINA.

¡Dios mío!

DON ALFONSO.

Dámele: al punto.

Toma el pliego de manos de Marina sin que ella oponga resistencia. A una señal imperativa de D. Alfonso, sale con Beltrán por la puerta del foro.

ESCENA X.

DON ALFONSO. Después MELENDO.

Sí: la prueba apetecida
Me otorga propicio el hado.....
Y por no haberla encontrado
Diera contento la vida.
¿Por qué abrasa este papel?
¿Qué puedo en él encontrar,
Que antes quisiera cegar
Que fijar la vista en él?

Leyendo.

«Os amo, y pagáis mi amor:
Ya es imposible ocultarlo,
Ni extinguirlo con la ausencia,
Ni remediar sus estragos.
Vedlo bien: con el destierro
No ponéis mi vida á salvo,
Y más amargáis la vuestra.
Antes la muerte.—Vivaldo.»

¡Oh sí: se amaban los dos!
Cierto, cierto es lo que miro.
No, no sueño; no deliro,
No me engaño..... ¡Ira de Dios!
¡Ardiendo en culpable llama
Desdeñó mi pura fe!
¡Y yo que necio fié
En la opinión de una dama!
He aquí la que no tenía
En la voz del mundo precio.
Siempre aplaude el mundo necio
La astucia y la hipocresía.
Muera quien manchó mi honor;
Ni es satisfacción bastante
El dolor de un solo instante
Para un eterno dolor.
¿Y con el suyo ha de ser
Envilecido mi nombre?.....
¡Maldita ley que hace al hombre
Juguete de la mujer!
¡Oh! ¿Qué?.....

Viendo á Melendo, que entra por la puerta del foro.

MELENDO.

La gente marcial
Ya para marchar se apresta.

DON ALFONSO.

Luego que se halle dispuesta,
Hagan las trompas señal.

Vase Melendo.

ESCENA XI.

DOÑA JUANA y D. ALFONSO. Después MELENDO.

DON ALFONSO.
(Ella viene. ¡Dios me valga!)
DOÑA JUANA.
¿Por qué, cuando yo despido
Á Vivaldo, has prohibido
Que de estos lugares salga?
DON ALFONSO.
¿Por qué? Convencerte espero
De que fué cuerda medida
No consentir su partida
Sin que esto vieses primero.
DOÑA JUANA.
¿Este pliego?.....
DON ALFONSO.
Dándosele.
Es para ti.
Doña Juana fija en él la vista.
Ve si es prudente que parta.
DOÑA JUANA.
¡Oh!
DON ALFONSO.
¿Qué dices?
DOÑA JUANA.
Que esta carta
No puede ser para mí.
DON ALFONSO.
Mal la turbación escondes

Que miro en tu faz pintada;
Eres de Vivaldo amada,
Y tú á su amor correspondes.

DOÑA JUANA.

¡Oh! ¿Qué escucho?

DON ALFONSO.

Tu traición
Ya es patente.

DOÑA JUANA.

Sella el labio,
Que no merezco el agravio,
Que me ofendes sin razón.

DON ALFONSO.

Mientes.

DOÑA JUANA.

El furor modera.

DON ALFONSO.

Ya vió este pliego Beltrán.
Muchos por él lo sabrán;
Lo sabrá Castilla entera.

DOÑA JUANA.

Ni habrá quien lo dude, no;
Que el mundo, de envidia lleno,
Siempre dudó de lo bueno,
Siempre lo malo creyó.
Sí; lo sé. ¿Qué no atropella
De vil calumnia el rigor?
Cuanto es la gloria mayor,
Tanto más se ceba en ella;
Y donde el monstruo infernal
Clava la garra homicida,
Aun cuando sane la herida
Queda siempre la señal.

¿Y habré de apurar las heces
De oprobio tanto? ¿Y osó
Vivaldo?..... ¿Yo infame? ¿Yo
Sin honra? ¡Jesús mil veces!

Cubriéndose el rostro con las manos.

DON ALFONSO.

Harto tiempo fué ignorada
La traición de un pecho ingrato.

DOÑA JUANA.

¿Con que, en su ciego arrebato,
Nada le contuvo, nada?
Tal castigo merecí
Por mi templanza excesiva.
Yo debí ser más altiva,
Más severa..... Yo debí
Con ánimo resoluto
Descubrir su torpe dolo.
¡Maldita piedad, que sólo
Das la ingratitud por fruto!

DON ALFONSO

Y en ver tu sangre vertida
Va á gozarse mi furor.

Desnudando una daga.

DOÑA JUANA.

Hiéreme, sí. Con mi honor
Debe acabarse mi vida.

Mirándole cara á cara.

DON ALFONSO.

Prepárate á recibir
Tu castigo.

DOÑA JUANA.

Desdichado,
Para el que muere culpado



Las palabras de aquel viejo.)
¡Hola! ¡Melendo!

Melendo aparece por el foro. Doña Juana se le acerca y l

DON ALFONSO.

(¡Cuál crece
Mi amante fuego por ella!
¡Ay del que sus glorias huella

MELENDO.

¡Cómo! ¡Señora!

Aterrado.

DOÑA JUANA.

Obedece.

Vase Melendo.

DON ALFONSO.

¿Qué intentas?

DOÑA JUANA.

De un siervo i
Castigar el ansia impura;
Mas tú ser prudente jura,
Y no ensangrentarte en él.

DON ALFONSO.

¡Oh; no! Mi mayor delicia
Será vengarme.

DOÑA JUANA.

Una afrenta
Con la venganza se aumenta,
Se lava con la justicia.

DON ALFONSO.

Pues bien; lo ofrezco. Serás
Acatada en cuanto mandes.

DOÑA JUANA.

Dios prueba las almas grande
Para engrandecerlas más.

Vase por el foro.

ESCENA XII.

Don ALFONSO. Á poco MARINA.

DON ALFONSO.

¿Por qué al hombre que la infama
Con tan insolente arrojo,
Así libra de mi enojo?

MARINA.

Don Alfonso.

Dentro.

DON ALFONSO.

¿Quién me llama?

MARINA.

Don Alfonso.

Dentro.

DON ALFONSO.

La voz es
De Marina.

MARINA.

Compasión

Saliendo por la puerta del foro y arrojándose á los pies de D. Alfonso.

Para Vivaldo. Perdón,
Ó aquí muero á vuestros pies.
Templad el rigor funesto
Del fallo que le condena.

DON ALFONSO.

Sufra Vivaldo la pena
Que le haya su juez impuesto.

MARINA.

¿Luego es ella, es doña Juana,
Que no vos, quien ha dictado,

Sin lástima de un cuitado,
Sentencia tan inhumana?

DON ALFONSO.

¿Y tú, á quien él desdeñó,
Eres hoy su medianera?

MARINA.

¿Qué importa que él no me quiera
Para que le adore yo?
¡Vivaldo! ¡Vivaldo, ven;
Deja que te ampare osada
Contra la mujer amada,
La que llora tu desdén!
Vos no seréis inflexible,
Vos seréis su salvador.
No es posible que el rencor
Ciegue tanto. No es posible
Que aprobéis en vuestra esposa
Resolución tan severa.
Pensadlo bien. ¿No se altera
Vuestra sangre generosa?
¡Van á matarle!

DON ALFONSO.

¿Á matarle?

MARINA.

¿Qué, lo ignorabais? Melendo
Me lo ha dicho, presumiendo
Que yo podría salvarle.

DON ALFONSO.

Pero, ¿estás segura?.....

MARINA.

Así
Lo quiere suerte cruel.
¡Van á matarle, y con él

Me van á matar á mí!
  Ya creo ver que un impío
Hiende su cuello ó quebranta
Su cerviz. ¡Morir con tanta
Juventud y tanto brío,
  Cuando al bárbaro rigor
De estrella nunca vencida,
Aún no sabe si hay más vida
Que la vida del dolor!
  Corred ó será ya tarde;
Y advertid que no consiente
Vuestra fama de valiente
Que os venguéis como un cobarde.
  ¡Harto le castiga Dios!
¿Y á quién no esclaviza, á quién,
Mujer tan grande? ¡También
La amasteis al verla vos!

DON ALFONSO.

  Me agravia: en horribles celos
Abrasó mi corazón.
¡Pero matarle á traición.....
No será, viven los cielos!
  Si por ella al recio yugo
Del amor su pecho late,
Merece que yo le mate;
No que le mate un verdugo.
  Ni ya podré sin quebranto
Castigar su anhelo impuro,
Que al verle en trance tan duro,
Ya no le aborrezco tanto.

MARINA.

  No en vano en vos esperé.
¡Con toda el alma os bendigo!

Venid. Venid.

DON ALFONSO.

Ya te sigo.

ESCENA XIII.

DICHOS y VIVALDO, que aparece en la puerta por donde antes entró. Después BELTRÁN.

MARINA.

¡Cielos!

VIVALDO.

¡Todo lo escuché!

MARINA.

Vivaldo, tu error confiesa;
Y á quien hoy te patrocina.....

VIVALDO.

(¡Ay de mí triste!) ¡Marina!.....
¡Señor!.....

MARINA.

Habla.

VIVALDO.

La sorpresa.....
El espanto.....

MARINA.

Haz que á tu ruego
Su justo rigor se doble.

VIVALDO.

(¡Ella tan buena, él tan noble,
Y yo tan vil y tan ciego!)
Con razón llenó la suerte,
Por castigo á mi demencia,
De amargura mi existencia

Y de ignominia mi muerte.

DON ALFONSO.

No hay suficiente castigo
Para agravio que es inmenso;
Pero matarle indefenso,
Fuera honrar al enemigo.
Y nadie ha de suponer
Que te dejé asesinar,
Temeroso de acabar
El duelo empezado ayer.
Antes que á ella me enlazara
Tú la amaste, y yo te doy
Que me la disputes hoy
Hierro á hierro y cara á cara.
Pues, ya que empeñado estás
En tan odiosa porfía,
Quiero probarte que es mía
Porque la merezco más.

VIVALDO.

No esperéis que este infelice
Arme contra vos la diestra;
Y harto su valor demuestra
Quien se arrepiente y lo dice.
Y tú, noble corazón,

Dirigiéndose á Marina.

Que desprecié en mi locura,
Astro de mi noche obscura,
Ángel de mi salvación.....
Sí, ya me siento capaz
De amarte, y mi fin maldigo,
Porque en deuda estoy contigo.

MARINA.

Vive, y estamos en paz.

BELTRÁN.

Huye, Vivaldo.

MARINA.

¡Gran Dios!

BELTRÁN.

Ya te busca el ballestero
Que ha de matarte.

DON ALFONSO.

El acero
Desnuda.

VIVALDO.

No contra vos.

Corriendo hacia el foro.

DON ALFONSO.

Tente.

Corriendo á detenerle.

BELTRÁN.

¿Qué haces?

MARINA.

¡Ay de mí!

VIVALDO.

Espera el verdugo

DON ALFONSO.

En vano,
Que de él te libra mi mano.

Poniéndose delante de Vivaldo como para escudarle.

VIVALDO.

¡Cielos, y yo le ofendí!

Cayendo á sus pies.

ESCENA XIV.

DICHOS y DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.
¡Oh! ¿Qué miro? ¿En compasión
Quedó trocada tu furia?
¿Así se venga una injuria?

DON ALFONSO.
¡Gran venganza es el perdón!
Pues hoy por su culpa brilla
Con nuevo esplendor tu frente,
Perdona al que se arrepiente
Y levanta al que se humilla.

Levantando á Vivaldo, que le besa la mano.

MARINA.
¡Oh! Señora, por piedad.....

BELTRÁN.
¡Hija es la piedad del cielo!

DOÑA JUANA.
¿Tú lo mandas?

DON ALFONSO.
Yo lo anhelo.

DOÑA JUANA.
¡Cúmplase tu voluntad!

DON ALFONSO.
Si mereciste alabanza
Por fuerte, prudente y justa,
Hoy ciñe tu sien la augusta
Corona de la templanza.

Oyense clarines.

Ven á la guerra. Fulmina

A Vivaldo.

La espada allí valeroso,
Y luego vive dichoso
En los brazos de Marina.

VIVALDO.

¡Oh, qué bondad!

Con viva emoción.

DON ALFONSO.

Ya el clarín
Nos llama rasgando el viento.

VIVALDO.

¡Señor!..... ¡Marina!..... ¡Un momento!

Besa la mano á D. Alfonso y después se dirige á Marina lleno de gozo.

BELTRÁN.

¡Se va sin casarse al fin!

En un ángulo del proscenio.

DON ALFONSO.

Hoy los cielos nos redimen
De oprobiosa esclavitud.

DOÑA JUANA.

Sólo hay dicha en la virtud.
¿Á qué buscarla en el crimen?

Óyese nuevo toque de clarines.

DON ALFONSO.

Contigo siempre estará
Mi pensamiento en la lucha.

Abrazándola.

DOÑA JUANA.

Volverás, si Dios me escucha.

DON ALFONSO.

¡Mi bien! ¡Mi orgullo!

DOÑA JUANA.

¡Ojalá
Que España aumente su gloria
Lidiando contra el inglés!

DON ALFONSO.

Y que yo rinda á tus pies
El laurel de la victoria.

Vase precipitadamente por el foro. Beltrán y Marina le siguen.

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA JUANA y VIVALDO.

VIVALDO.

¡Mi perdón!

Arrodillándose.

DOÑA JUANA.

Ya te lo dí.

VIVALDO.

¡Gracias!

Levantándose.

DOÑA JUANA.

¡Perdónete Dios!

VIVALDO.

¡Él esté siempre con vos!

Dirígese corriendo hacia el foro.

DOÑA JUANA.

(Si le amé, bien me vencí.) (1)

FIN DEL DRAMA.

---

(1) Don Manuel Tamayo pensaba publicar la colección de sus obras dramáticas, y había comenzado á corregirlas. El ejemplar de ésta que nos ha servido

para la edición tiene varias enmiendas y adiciones de puño y letra del autor, que en algunos casos, no sólo mejoran la forma, sino que dan más vigor á la situación dramática. Las de más consideración están en las escenas 1.ª y 7.ª del primer acto; 5.ª, 6.ª y 7.ª del tercero, y 11ª, 13.ª, 14.ª y última, que, aunque corta, es nueva, del cuarto. Las dos últimas escenas del drama aumentan extraordinariamente, á nuestro juicio, el mérito de la obra. *(N. del C.)*

NOTAS.

I. A esta composición ha dado asunto un libro, aún no impreso, qué el padre Hernando Pecha, de la Çompañía de Jesús, natural de Guadalajara, acabó de escribir en 1635. Lleva por título *Historia de las vidas de los Excelentísimos Sres. Duques de el Infantado y sus projenitores, desde el infante don Zuria primero, señor de Vizcaya.* Y cúmplenos extractar á continuación el capítulo v de códice tan precioso:

«Fué D.ª Juana hija mayor de Pero González de Mendoza y de D.ª Aldonza de Ayala; y sobre los muchos y peregrinos dones con que la dotó Naturaleza, tanto la mejoraron y enriquecieron sus padres, con tener doce hijos, que la llamaban en Castilla *la Ricahembra.* Casó con Diego Manrique de Lara, Adelantado mayor de León, que murió en la batalla de Aljubarrota. Y como fuese tan cabal mujer y de tan gran fama que, viéndola viuda, muchos y grandes señores pretendieran casarse con ella, puso vivo empeño en hacerla suya D. Alonso Enríquez, hijo del Maestre de Santiago D. Fadrique, procurando que, al propósito, su primo el rey D. Juan, que á la sazón reinaba, escribiese apretadamente á D.ª Juana para que con él se casase. Por el mejor logro de la carta, quiso llevarla el mismo D. Alonso con disfraz de criado del Rey. Fuese á Guadalajara, donde á la sazón estaba la Ricahembra (quien no conocía de vista á D. Alonso); demandó audiencia é hizo su embajada. Tomó y leyó la carta D.ª Juana de Mendoza, y dijo con enojo y cólera: «Los matri»monios, señor, han de ser voluntarios. No han de violentar los reyes en ma»terias semejantes. Don Alonso es mozo, yo de edad más crecida, viuda y con »un hijo. No me conviene casarme con él, y muévenme á ello, además, otras »razones ocultas y causas que yo tengo.» Don Alonso apretaba á D.ª Juana que mirase la calidad del novio; que era primo hermano del Rey; la voluntad del Monarca; las mercedes que podía esperar, y otras razones á este modo, con tal eficacia, que, irritada D.ª Juana, exclamó: «No quiero casarme con el hijo »de una judía.» Sentido del caso D. Alonso, levantó la mano, dió un bofetón á D.ª Juana y salióse. Pero, corrida y afrentada ella, dijo á un su criado: «Preguntad á aquel caballero que de aquí salió cómo se llama.» Hízolo el paje, y no sosegó D.ª Juana hasta que vino D. Alonso y juntamente el cura de Santiago, que los casó allí luego porque en ningún tiempo se pudiera decir que hombre que no era su marido se había atrevido á darle un bofetón. Después supo el Rey la historia, y alabó el hecho de él y de ella.

»Era castísima, tan recatada y prevenida, como se echó de ver en muchos casos, de los que se referirán dos únicamente.

»Doña Juana tenía de costumbre, en anocheciendo, cerrar las puertas de la fortaleza donde vivía, sin consentir que se alzase el rastrillo para persona del mundo. Sucedió que en una de sus largas ausencias, D. Alonso vino de repente y sin prevención una noche á la fortaleza; pero como ni creyese doña Juana que era su marido, ni, á serlo, estimase cuerdo abrir tan á deshora las puertas, aquél tuvo que hospedarse en la casa de un vasallo, bien que admirado de la prudencia de su mujer, de su recato y clausura.

»Más raro fué el segundo suceso en materia de honestidad. El Secretario de D.ª Juana, con atrevimiento loco y temerario, se arriesgó á escribirle un papel de amores, que puso en la cartera de la firma entre otras cartas y provisiones que traía. Pero como la Ricahembra sin leer no firmase jamás cosa ninguna, luego que tuvo en sus manos el billete, quedóse con él; disimuló, y sin que nadie lo notara, llamó al Gobernador de la villa é hízole prendiese en aquella noche al Secretario; el cual apareció á la mañana siguiente ahorcado frente de las ventanas de palacio.»

Hasta aquí el padre Pecha refiriendo la tradición que, exagerada acaso por el transcurso de dos siglos, se conservaba en la familia de Mendoza.

Pero cuando se ve, por documentos coetáneos, que no fué exacta la tradición al suponer á D.ª Juana en otra parte que en la Rioja al tiempo de su segundo casamiento; ni al reconocer en D. Alonso Enríquez por aquellos días un honrosísimo cargo que no tuvo hasta muchos años adelante, bien puede el poeta, á diferencia del cronista, suavizar la gótica fiereza de la relación precedente aderezando su obra con más dulces y humanos sentimientos. Respeta, sin embargo, en el poema el símbolo de la mujer idólatra de su honra, capaz de sacrificarlo todo á sus deberes, y que, abroquelándose con las virtudes, triunfa siempre de los demás y de sí misma.

II. Pág. 6. «Si el caballo vos han muerto.....»

Lope de Vega y Luis Vélez de Guevara incrustaron en comedias suyas este popular y antiguo romance, que anónimo se halla también inserto en el *Romancero general*. Su autor, hasta ahora desconocido, fué (según del referido códice aparece) un insigne poeta, Alfonso Hurtado de Valverde, natural de Guadalajara.

III. Pág. 12. «De Villarta y de Foncea.....»

Estos y muchos otros lugares aportó D.ª Juana en dote cuando su primer matrimonio, según instrumentos públicos otorgados en Avila á 6 y 16 de Diciembre de 1381, de los cuales posee la Biblioteca Nacional copia muy antigua.

III. Pág. 19. «Las banderas de Mendoza.»

El escudo de sus armas era verde con banda roja perfilada de oro.

IV. Pág. 22. «Es historia bien sucinta.»

Y verdadera la de Gil Bayle, señor de las Cuevas de Espelunca, principal caballero de Baeza, que murió poco antes del tiempo en que se supone la

acción del drama. Su casa, con antiguos escudos y follajes, existía junto á la iglesia mayor de aquella ciudad; y el cortijo, famoso por el letrero que en su puerta puso Gil Bayle, hallábase al pie del cerro de su nombre, entre los ríos Guadalén y Guadalhimar. (Véase Argote de Molina, en su *Nobleza del Andaluzia*, cap. XXXVIII.)

V. Pág. 27. **«El padre fué un religioso, Fué la madre una judía.»**

Tuvo el Maestre de Santiago D. Fadrique (hermano bastardo de Pedro *el Cruel*) á D. Alonso en la mujer de un mayordomo suyo, judía conversa de Guadalcanal y hermosísima criatura. Oculto, desconocido á todos y como judío, se crió D. Alonso hasta la edad de veinte años, á cuya sazón, reconocido por hijo del Maestre y recibido en el gremio de la Iglesia, tomó el sobrenombre de Enríquez por amor al Rey su tío D. Enrique II.

VI. Pág. 27. *(Dale un bofetón.)*

Aun entre dos hombres, hoy no tolera en la representación nuestro público tamaño desafuero. La destreza del actor que haga la figura de D. Alfonso consista, pues, en indicar que tiende á tapar la boca de D.ª Juana para que no prosiga; bien que dando á este ademán toda la rudeza y violencia que pide para justificar la resolución de la protagonista.

VII. Pág. 85. **¡Miren la grave, la adusta Doña Juana de Mendoza!**

Estas palabras conciertan con las del bachiller de Cibdareal, en su epístola I, en que da cuenta al Justicia mayor del nacimiento de Enrique IV. «La del Almirante (madrina del Príncipe) llevaba una *cara acontecida*, símil símil á la de D.ª Juana de Mendoza, que es ella mesma; y dice Pajarón que no ha visto otra cara que se le parezca.»

VIII. Pág. 92. **«Para fundar un linaje.»**

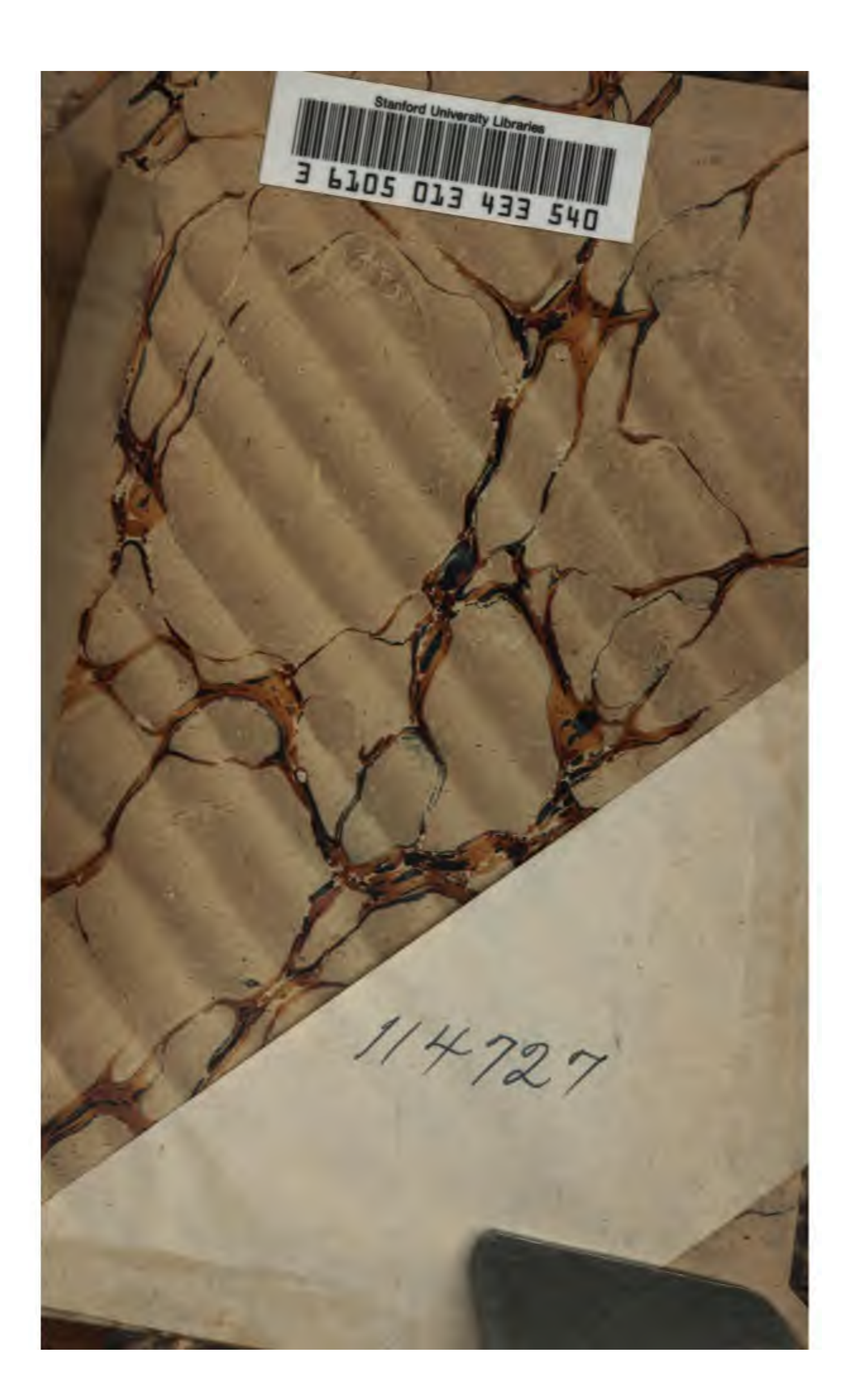
Tuvo *la Ricahembra* por nieta á D.ª Juana Enríquez de Mendoza, Reina de Aragón y madre de Fernando V, aquel que dividió con Isabel I de Castilla la más alta gloria del solio español.

IX. Pág. 97. **«Gran venganza es el perdón.»**

«Fué D. Alonso discreto é atentado asaz gracioso en su decir: la razón breve é corta. Turbábase mucho á menudo con saña, y era muy arrebatado con ella. De grande esfuerzo, é de buen acogimiento á los buenos. Entendía más que decía.» (Fernán Pérez de Guzmán: *Generaciones y semblanzas*, capítulo VI.)

ÍNDICE.


UNIVERSITY LIBRARY
should be returned on
stamped below


Stanford University Libraries
3 6105 013 433 540
114727

